

*Selecta*

*Agatha Allen*



SU ROSTRO  
VERDADERO

*Las bodas del diablo 2*

Su rostro verdadero  
Las bodas del diablo 2

*Agatha Allen*

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

## Capítulo 1

Cara de Rosa y yo nos encaminamos hacia la puerta de palacio, caballeros sobre los caballos con que habíamos viajado desde Marsella hasta París. El hermano mayor, Denis Couronne, nos había trazado un itinerario y nos facilitó un guía, Michael Luba, un hombre joven que sin embargo ya pertenecía a la hermandad. Luba había pasado tres años en Roma y conocía bien el camino; además, Denis Couronne le había confiado los salvoconductos necesarios. Yo tenía una carta de su puño y letra con la que poder obtener, finalmente, la página del libro del peregrino donde figuraba mi matrimonio con María. ¡Dios mío, y cuántas peripecias habíamos sufrido, cuántos quebraderos de cabeza nos había causado aquel bendito libro! Nunca mejor dicho, porque se trataba de un libro venerable. Adèle ya formaba parte de las hermanas seglares de San Luis, y se quedó en palacio para recibir adoctrinamiento de Denis Couronne en persona, hasta que pudiera regresar a su casa de Aviñón a predicar la humildad con su ejemplo y socorrer a los necesitados.

—El demonio se coló entre nosotros —dijo Denis Couronne al despedirnos—, inmenso es su poder y a punto estuvo de dar al traste con la congregación; vigilad, porque puede volver en cualquier momento, y parece que va a por vosotros.

—Así lo haremos, perded cuidado.

—Otra cosa, de las visiones que sufrimos todos aquí, ni una palabra a nadie.

—Por supuesto.

—Si lo contáramos nos tomarían por locos —dijo Cara de Rosa—; nadie las creería, y yo tampoco me las creo.

—Y sin embargo...

Dejamos atrás el puente de Nuestra Señora y la catedral en construcción una tarde radiante de primavera. Recorrimos un sinfín de callejas y volvimos a salir por la puerta meridional de la muralla. A la vista de los bosques que rodeaban la ciudad, Cara de Rosa todavía dijo:

—Creo que esta catedral que están haciendo será el templo más grandioso de la cristiandad.

Me hallaba trastornado por cuanto habíamos visto en la sala de las reliquias, y no creía que fueran simples visiones; empezaba a estar seguro de que el diablo había tomado posesión del capitán Olmos y, no sabía cómo, le había guiado hasta nosotros; solo así se explicaba que después de la ceremonia hubiera desaparecido como por ensalmo. También Adèle estaba poseída, o al menos lo había estado hasta el momento de abrazar la hermandad de San Luis que, no me cabía duda, era una orden sacrosanta, avanzada a su tiempo. También suponía que era el diablo quien se personificaba en la imagen de Ana, la hija de Francisco Tobar, sin dejarla descansar en paz en su tumba, o al menos lo había hecho sirviéndose de Adèle, aunque ahí debió de ser derrotado por las fuerzas del bien y Ana salir triunfante con su ángel bueno. Eso era lo que pensaba, mientras recorríamos el camino a caballo, sin prisa, porque el viaje hasta Roma era muy largo, y la verdad es que a veces lo veía todo muy claro, y otras me confundía con pensamientos encontrados y pensaba que todas mis suposiciones no eran sino una sarta de desatinos; por eso no le confié a Cara de Rosa ninguna de mis cábalas, no fuera a decirme que era un iluso, que todo eran pamplinas, que en la ceremonia diabólica estábamos todos drogados y cosas por el estilo que no harían sino desorientarme.

Recurrí nuevamente al camino para templar mis ánimos sobresaltados; concentrarme en cuanto veía, dejar vagar la mente entre la fascinación por el paisaje colmado de arboledas, de lomas tomadas por la vegetación exuberante, bajo un cielo a menudo lleno de nubes que amenazaban lluvia, o que nos hacían buscar cobijo desesperadamente bajo la tenacidad de un copioso aguacero; embozarme en la manta sobre el caballo, contemplar las orejas enhiestas del animal, casi entablar conversación con él, cuando la orografía no permitía demasiados comentarios con Cara de Rosa o con el guía, dejar pasar los desasosiegos, esa era una buena medicina para superar inquietudes y ver las cosas con claridad objetiva. Las pocas veces que hablaba con Cara de Rosa de los acontecimientos recientes, aunque fuera de

un modo somero, él confirmaba mis suposiciones:

—Cuando miras algo de muy cerca no lo puedes ver bien, necesitas cierta distancia; haces bien en dejar pasar las tribulaciones; luego lo verás todo más claro y te reirás de estos quebraderos de cabeza de ahora mismo.

—Es lo mismo que pasa con los sueños que nos desazonan por la noche; su influencia se pierde con el albor de la mañana, y lo que nos sobrecogió no tiene ya la menor importancia.

—Es más, nos reímos de lo que anoche nos asustaba.

Siempre acabábamos aunando nuestros puntos de vista, quizá porque congeniábamos y teníamos modos de ser complementarios; siempre encontraba apoyo en mi amigo del alma, siempre estuvo a mi lado, y fue mucho más que un hermano para mí. Era mi amigo, y pese a las diferencias explicables en dos personas distintas, era como si él fuera una parte de mí y yo de él; tenía mucha suerte de que fuera mi amigo, y sin embargo, nunca se lo decía; creo que no se lo había dicho en mi vida. Pensé que un día tendría que hacerlo, pero me limité a decir:

—No sé qué haría sin ti.

Por lo que respecta a Michael Luba, demostró ser un guía perfecto. Conocía al dedillo todos los recovecos del camino; sabía dónde había una cueva para refugiarnos, a qué distancia quedaba el próximo caserío, quiénes nos acogerían con los brazos abiertos y a quiénes era mejor no recurrir, y también sabía qué apreciaban nuestros anfitriones y tenía una sonrisa tan a flor de piel y un carácter tan apacible que raro era el ser humano capaz de negarle un favor.

—De lo que cuesta poco, dar mucho —solía decir.

Era alto y delgado, pero no enclenque; llevaba el pelo muy corto, y lo tenía muy negro; la nariz aguileña, la tez bronceada por el sol de todos los caminos, lavada por la lluvia y endurecida por el viento; era un hombre manso, un bienaventurado, recto como un santo, pero sin aspiraciones de santidad, sin ambiciones, pronto a socorrer al prójimo en todo momento.

—Dime, Luba —le dije, porque le llamábamos «Luba» a secas—, ¿tú estás tonsurado?

—No soy sacerdote, como habrás observado, pues no llevo sotana ni puedo decir misa; pero he recibido las órdenes menores. Espero llegar a ser digno de ser ordenado, aunque me asusta pensar si sabré cumplir con los designios de Dios.

—Estoy seguro de que serás un magnífico sacerdote.

Sonreía con humildad y no decía nada, pero no se le veía convencido. Tampoco a él le confié plenamente mis dudas; pensé que tal vez lo haría más adelante, cuando nos conociéramos un poco mejor, cuando le tuviera mayor confianza.

Recorríamos a la inversa el camino que habíamos hecho hacia París; reconocía muchas de las poblaciones que antes habíamos sobrepasado, y a veces el paisaje me resultaba tan familiar como si lo hubiera visto toda mi vida, como si hubiera nacido en el lugar. Creo que de tanto ver mundo empezaba a tener la sensación de que fuera donde fuere aquello era mi casa, mi tierra, solo que no podía tener a María ni dentro ni fuera de casa, y eso me apenaba sobremanera. Hasta que Luba anunció:

—Ya llegamos a Chalone sobre el Saona; desde ahí nos desviamos hacia la montaña.

—¿Ya no reconoceré el camino?

—No, si no lo has recorrido antes.

Cara de Rosa sonrió.

—Siempre adelante —dijo.

Seguimos el curso del Saona hasta Chalone, adonde llegamos un día en que el cielo estaba tan encapotado que parecía que iba a anochecer en plena mañana.

—Va a caer una buena —dijo Luba—, apresurémonos.

Apenas lo había acabado de decir cuando de repente las compuertas del cielo se abrieron y empezó a llover a cántaros. Nos cubrimos con las mantas, pero quedaron ensopadas en seguida, y los caballos, mal protegidos con sacos, se las veían y deseaban para abrirse paso entre aquella cortina de agua. Entrevimos las embarcaciones del muelle, chorreando como si estuvieran en alta mar, a merced del temporal; el vino se había derramado de algunas barricas y se mezclaba con el agua, de modo que parecía correr un río de sangre. Un buen samaritano nos llamó, haciendo muchos aspavientos a la puerta de lo que parecía una taberna; había un cobertizo donde secamos como buenamente pudimos a los caballos y les dimos forraje antes de sentarnos en torno al fuego del hogar, con la ropa tendida delante de nosotros, puesto que pese a que estábamos a finales de marzo hacía bastante frío. El buen samaritano nos prestó frazadas secas, y su mujer nos sirvió sopa caliente y abundante vino en el que mojar el pan moreno, pero recién horneado.

—Esto sabe a gloria.

—¿Adónde os dirigís con este tiempo de perros? —dijo el hombre, que dijo llamarse Marc Timen.

—Vamos a la montaña y después a Roma.

—Todos los caminos llevan a Roma —dijo Marc Timen—, pero en esta época todavía caen muchas lluvias; sería mejor viajar en verano.

—No podemos esperar tanto tiempo —dije yo.

Cara de Rosa se quedó mirándome, como si pensara, ¿y por qué no? Pero dijo:

—Ya estuvimos aquí, en casa del obispo.

Marc Timen se santiguó y dijo algo así como, «alabado sea Dios», porque la verdad es que me costaba bastante entenderle. Entonces nos trató con mayor deferencia; trajo más comida y llamó a voces a una sierva joven, con un paño enrollado en la cabeza, que se adornaba con una sonrisa la mar de servicial. Cuando se descubrió soltó su cabellera negra, y era larga y ensortijada, como arracimada, y se inclinó como para besarnos los pies, o para lavárnoslos y secárnoslos con su cabellera. Cara de Rosa también se agachó, pero era para ver lo que enseñaba por el escote, que, según dijo, no era moco de pavo.

—¿No me digas que te llamas María Magdalena?

—Mi nombre es Anne-Lise —dijo la chica, toda sonrisas.

De pronto me sobresaltó la idea de que podía transformarse súbitamente y volar hasta el techo, cruzado por una enorme viga de madera, convertida en la visión de Ana, la hija de Francisco Tobar; pero no ocurrió nada por el estilo.

—El obispo es un hombre muy sabio —terció Marc Timen, con devoción verdadera.

Mientras las ropas se secaban, Cara de Rosa se hizo cargo de la sierva, saliendo con ella ya no recuerdo bajo qué pretexto; sus intenciones estaban muy claras, pero ni Timen ni Luba hicieron comentario alguno, y fingieron no darse por enterados. Luego escampó afuera, incluso asomó un solecito tímido que era como una bendición de Dios. Los caballos habían descansado y llenado el estómago, y ya no se mostraban inquietos; pagué al posadero, aunque no quería aceptarme nada, y tuve que ir a llamar a Cara de Rosa; golpeé la puerta con los nudillos y dije:

—Nos vamos.

—¿Tan pronto?



—Hay una cola tremenda de hombres esperando —mentí.

Cara de Rosa se apresuró a salir y cuando vio que no había nadie se echó a reír y cabeceaba, haciéndose cruces de su propia candidez.

Cuando alcanzamos la casa del obispo vimos que estaba aguardando nuestra llegada. Recordé su capacidad de clarividencia y le pregunté:

—¿Acaso habéis adivinado nuestra visita?

—No —sonrió—, ha venido un mocito de parte del tabernero a anunciármela.

—Creí que algo extraordinario os la había auspiciado.

—Nada extraordinario.

—Aunque para ser sincero —añadió, cuando nos hubimos instalado y nos encontramos a solas ante el altar de San Vicente—, sé que habéis visto al diablo.

Naturalmente me quedé asombrado, prácticamente sin habla.

—Pero no me preguntes cómo lo sé.

Aquella noche dormí algo intranquilo. Me desperté de madrugada, soñando con el diablo, un sueño inquietante, tanto que todavía lo recuerdo. Estaba en Lérida, en casa de mis padres, y mi madre abrazaba a dos hombres azules; naturalmente, uno era el capitán Olmos, con orejas de burro y una cola de cerdo; el otro también era Olmos, pero tenía los ojos grandes, la cabellera lacia y sedosa de Adèle, bajo unos cuernos de toro con los que me embistió para matarme, desternillándose de risa. Mi madre tenía alas en la espalda y volaba hasta el lucero del alba, con una risita despectiva; era mi madre, pero era más hermosa de lo que había sido nunca, a pesar de que tenía un bigotito ralo que le desbordaba el labio superior. Luego vi seis diablos, seis ángeles y seis libros del peregrino; sabía que eran seis, pero no los había contado. Los ángeles tenían pares de alas de cisne, muy blancas, resplandecientes, y cuerpos sinuosos de mujer; todos eran rubios, con largas cabelleras doradas, acariciadas por el viento de las alturas; eran hermosos, más que hermosas, porque aunque los pechos abultaban bajo sus mantos virginales, tenían también barba y bigote, y unos ojos seductores, abanicados por largas pestañas. Olmos volvió a embestirme con sus cuernos de toro y logró traspasarme el corazón; fue entonces cuando vi a María, con la niña Marta en

brazos y los pies descalzos; lucía la más dulce de sus sonrisas; yo me moría y ella pasó a mi lado sin verme. Me desperté gritando:

—¡María, María!

Cara de Rosa me sacudía levemente, con un cuidado casi maternal.

—Estabas gritando en sueños.

—Lo siento.

Por la mañana le conté el sueño al obispo.

—Un sueño curioso —dijo—, pero todos soñamos.

—Decidme una cosa, ¿pasó por aquí el capitán Olmos, un hombre fornido y calvo, procedente de Bugía?

El obispo me miró con un gesto de inteligencia.

—Pasó un hombre con estas características, que dijo llamarse intendente O.

—Intendente Olmos.

—Dijo que conocía a mi hermano del alma, el beato Ramón Santos.

—Ya ¿Creéis que un hombre puede convertirse en el diablo?

—No, pero puede estar poseído por él.

—¿Estaba Olmos poseído por el diablo?

—Le vi dos veces; la primera se dirigía a París, y tenía conocimiento de la Asamblea de San Luis, tanto que parecía ser miembro de ella. La segunda vez regresaba de París, y sí, tenía algo extraño; de pronto puso los ojos en blanco y me habló con voz de ultratumba, de modo que temí que tuviera dentro el diablo.

—¿No podíais echarlo de su cuerpo?

—No estaba seguro, y además el diablo es muy astuto; puede tomar cientos de apariencias. Cuando quise acercarme a su lecho con una cruz y agua bendita, ya había desaparecido. La segunda vez estaba avisado, me había preparado por si volvía, pero debió de adivinarme la intención, porque cuando me di la vuelta ya no estaba; bajé a la calle y encontré una joven bajo los soportales que me dijo que un hombre había huido a caballo, echando chispas.

El corazón me dio un vuelco.

—¿Conocíais a esa joven?

—Nunca la había visto.

—¿Volvisteis a verla más tarde?

—No.

—¿Podéis describirla?

—Llevaba un vestido blanco, muy limpio, casi resplandeciente; tenía el cabello rubio, largo, y los ojos llenos de bondad; era muy hermosa.

—Era Ana, la hija de Francisco Tobar.

—¿Quién?

Miré al obispo de hito en hito.

—Era el diablo.

Me alejé, pero volví sobre mis pasos.

—Y vos lo sabíais; las dos veces lo sabíais, por eso me hablasteis del demonio la primera vez, y la segunda; aquel poseso había preguntado por mí.

—Preguntó primero por Cara de Rosa.

—Le tenemos pisándonos los talones. ¿Qué debo hacer para librarme de él?

—Crucifijos, agua bendita, reliquias...

—¿Reliquias?

—Sí, son muy efectivas.

—Por eso quemó el libro del peregrino, porque contiene una reliquia.

—¿Es el libro de tu sueño?

—Sí.

—Ese libro contiene algo más que una reliquia. Los seis diablos representan, naturalmente, a Satanás, los seis ángeles simbolizan al Anticristo, los seis libros aluden al Falso Profeta.

—El peregrino era un tal Miguel Senté —dije.

—Lo sé todo sobre él.

—¿Creéis que era el Falso Profeta? ¿Acaso el diablo, o el Anticristo?

—Creo que era un pobre hombre.

Al día siguiente salimos de madrugada de Chalona y fuimos bordeando el río Saona, en dirección a Tournus, donde había una abadía Benedictina, rodeada de viñedos, con una iglesia en la que se honraba a San Filiberto. Hacía tiempo que no me alojaba en un convento y sentí nostalgia de los tiempos pasados, cuando María y yo éramos dos fugitivos felices, disfrazados de religiosos, y podíamos deleitarnos en nuestro amor aunque fuera a salto de mata y clandestinamente. En cambio ahora ella estaba tan lejos, en la finca Villamar, sobre el puerto de Santa Catalina, y habían pasado tantas cosas que su compañía empezaba a antojármese inalcanzable. Llegamos de noche, pero

nos dieron una colación en la cocina, de modo que me acordé del hermano Jerónimo, el monje parlanchín de Santa María de Sogues, y aun del hermano Molina, el cocinero, que tenía una panza prominente y estaba siempre dispuesto a facilitarnos un refrigerio. El padre prior vino a vernos con un libro abierto entre las manos y no pude por menos que acordarme del hermano Ignacio Obrador, del monasterio de Santa María del Camino, que tenía una calva rodeada de largas guedejas y nos había enseñado a leer y escribir a María y a mí, aun a sabiendas de que la devoción que nos teníamos no era religiosa, precisamente, sino que nacía del amor más puro que pueda haber entre dos criaturas humanas. Me acordé también del hermano Ángel Pascual, que era el hombre más amable del mundo, y puede decirse que aquella noche olvidé todos los sobresaltos vividos últimamente y me sentí como en casa.

—Este sitio —le dije a Cara de Rosa— tiene algo que me lo hace familiar; es como si ya hubiera estado aquí.

—Lo cierto es que a mí también me lo ha parecido.

—Será por el buen trato y la comida abundante.

—Y por el buen vino.

—¿Sabes? Tengo la sensación de que me acostaré y a media noche vendrá María a colarse dentro de mi lecho.

Cara de Rosa sonrió, pero no dijo nada.

Me acosté, pero el lecho estaba frío y nadie vino a calentármelo. Me dormí como una marmota y no recuerdo que soñara nada. Sin embargo, me desperté de madrugada y me sobrecogió la oscuridad de la noche en la ventana. No había luna ni estrellas, y caía un aguacero pertinaz, cuyas gotas, gruesas como chorros, se estrellaban contra el ventanal, empujadas por el viento. Aún no había comenzado el mes de abril, pero hacía frío, lo sé porque el viento acabó abriendo el ventanal, que contrariamente a lo que pasaba con algunas ventanas estaba provisto de vidrios, y tuve que luchar mucho y mojarme de lo lindo para volver a cerrarlo; luego hube de secarme en la cámara de las letrinas, pero nadie más pareció advertir el incidente en el dormitorio. Pensé que aquella ráfaga de aire frío venía directamente del averno, pero sonreí a mis miedos infantiles y volví a dormirme profundamente. Al día siguiente le dije a Cara de Rosa:

—Menudo vendaval el de anoche; tuve que vérmelas con la ventana, donde arreciaba la lluvia, y las pasé canutas para cerrarla.

—No oí nada.

—Yo tampoco —dijo Luba.

—A juzgar por el solecito amable de esta mañana —añadió Cara de Rosa—, hasta podría ser que lo hubieras soñado.

Me acordé del viento helado que parecía el fétido aliento del infierno, porque se suponía que en el infierno ardía un fuego justiciero, que bien podría ser fuego helado; pero no quise desvelar mis temores, para que no me tildaran de fantasioso y miedica acobardado.

—Tal vez lo he soñado —admití—. Tal vez no existe nada de lo que vemos, ni siquiera María o Carmen.

Cara de Rosa sonrió para decir:

—La he tenido entre mis brazos y te aseguro que los suyos eran muy reales.

Cabalgamos ahora hasta Macon, ciudad situada en la orilla izquierda del Saona, que se extendía sobre el río como una pintura, con un puente bajo el que retozaban las aguas y muy de vez en cuando pasaba una barca cuyos ocupantes saludaban con ambos brazos, como si nos conocieran de toda la vida o quisieran llamar la atención en demanda de auxilio. En Macon nos alojamos en casa del hermano André Etienne, que no era un monje, sino hermano de la Asamblea de San Luis. Se trataba de un hombre tan alto como yo, pero orondo como una barrica de vino, que también dio en conocer al beato Ramón Santos, además del hermano mayor, Denis Couronne, que era quien le había proporcionado a Luba el salvoconducto. El orondo hermano André Etienne nos convidó a una cena de nunca acabar, a base de tantos platos y tantos vinos que cuando fue hora de levantarnos de la mesa no podíamos dar un paso en firme. Cara de Rosa y yo bajamos la escalera hacia nuestro aposento riéndonos de todo cuanto nos salía al paso, aunque fuera nuestra propia sombra vacilando a la luz de las antorchas. Fue entonces cuando me arriesgué a contarle lo del viento helado en la ventana, y Cara de Rosa se reía con una risa estridente, soltando jipíos y desgañitándose.

—¡Ja, ja, el aliento del diablo frío como la nieve, ja, ja! —repetía—, me estoy meando de risa.

Lo que puede el vino; yo también me moría de risa.

—¡Ja, ja; yo también me estoy meando!

Nos abrazamos en un rincón, a la sombra de una armadura herrumbrosa, y allí, sentados en el rellano, nos sorprendió la mañana a través de la doble ventana ojival que daba luz a la escalera. Cualquiera que nos hubiera visto,

que hubiera visto las melenas de mi amigo, sus labios femeninos y sus ojos claros, habría pensado que éramos amantes, o marido y mujer, con una cogorza de aúpa. Bajamos a la fuente y metimos la cabeza en el agua fría con la decidida intención de bebérsela toda.

Cuando nos repusimos salimos hacia Bôrg, como decían en lengua franco-provenzal por Bourg, donde a la vista del Ródano, como una lengua de plata entre los llanos, se sumaba la majestuosidad de los macizos que figuraban como un telón de fondo imponente.

—Ya llegamos a la montaña —dijo Luba—; más allá hay elevaciones tan grandes que uno se siente más cerca de Dios.

—Aquí parece como si el Creador se hubiera entretenido más, para armonizar tanta belleza.

Dos días más tarde llegábamos a Ginebra, agazapada junto a un lago tan enorme como el mar, en la embocadura del Ródano, y rodeada de montañas, de modo que la ciudad fortificada parecía tenerlo todo: río, mar, fosas y llanos. Luba nos guió a través de la ciudad hasta la sede episcopal, donde se ubicaba además el gobierno de la ciudad. Las edificaciones aparecían limpias y cuidadas, las calles muy bien empedradas, los palacios e iglesias dorados por el último sol de la tarde; parecía una ciudad de bolsillo donde reinara la calma y la riqueza del Sacro Imperio, pero yo me sentía tan cansado que apenas podía deleitarme con tanta belleza. Me acerqué a Michael Luba y le dije:

—Es una ciudad preciosa, de las mejores que he visto; pero llévanos a la posada y dejemos la visita para mañana.

—Es aquí —dijo, y señaló el palacio episcopal—, el obispo y regidor de Ginebra será nuestro anfitrión.

Aquella era una gentileza que no esperaba, y sirvió para despejarme y aprestarme a causar buena impresión a su eminencia. Pero cuando ya habíamos obtenido entrada franca se nos acercó una mujer alta y huesuda, que olía a vino a la legua y hablaba gesticulando y amenazando, comiéndose casi todas las palabras en una jerga endiablada que no había quién la entendiera. No sé por qué me pareció que aquella mujer ocultaba algún prodigio en la borrachera que la enajenaba, de modo que me acerqué a ella y le dije buenamente que se fuera a dormirla a su casa. Entonces me sorprendí porque la entendía perfectamente.

—Yo no tengo casa —dijo—, y tampoco la tienes tú, ni ese obispo engreído

que vive en este palacio. Nadie tenemos casa. Nadie somos de este mundo, pero tampoco somos de ningún otro. No somos nada, ¿me oyes, forastero? No somos nada.

Gritaba, en lugar de hablar, y Luba le rogó:

—Vamos, vete a tu casa, hermana.

—Yo no soy tu hermana.

En eso compareció nada menos que el obispo, enfundado en una sotana de paño muy bueno y tocado con el solideo. Tomó a la mujer del brazo y la invitó a entrar.

—Vamos, hermana, ven con nosotros a descansar.

—Tampoco soy tu hermana.

Andaba tambaleándose, pero siguió al obispo maquinalmente. Nos asignaron aposentos que miraban a un patio recoleto, con árboles de ramaje tupido y con una cisterna tan bien conformada que parecía que tenía que guardar agua del paraíso. Vi al obispo hablar con la mujer, sentados ambos en un banco, como si la confesara, y a la hora de la cena allí estaba la mujer borracha, sentada a nuestro lado, solo que ya no estaba borracha, antes parecía de lo más sobria. Se había adecentado y con la larga cabellera vaporosa y la tez pálida parecía un ángel disfrazado de mujer.

—¿No tenéis familia, hermana? —le pregunté.

—La tenía —dijo, con voz sonora, muy bien timbrada—. Yo cuidaba de mi padre, hasta que caí en desgracia.

—¿Qué pasó?

—No lo sé; solo sé que una noche me arrebató de mi lecho un viento helado, como si fuera una mano gigantesca, un viento fétido que me anonadaba, y me desperté a las puertas de la muerte. Desde entonces voy vagando por las tierras de este mundo, y por las planicies del otro.

Sonrió, con una sonrisa angelical, y vi que era muy hermosa; tenía el cabello rubio, que irradiaba luz, como su rostro, y los ojos almendrados, de color violeta, que inspiraban mucha confianza, como si la conociera de toda la vida, como si fuera mi madre —la madre amorosa que yo no había tenido — y mi hermana y, ¡ay!, mi novia, mi mujer. No era María, sin embargo, aunque todas las mujeres hermosas se le parecían. Comprendí que era Ana, la hija de Francisco Tobar, y que si miraba a mi izquierda, para confiárselo a Cara de Rosa, desaparecería.

—¿Qué te ha parecido la mujer que hemos conocido junto a la entrada del

palacio? —dije a mi amigo.

—Borracha, y muy desgraciada; no creo que fuera siquiera una furcia, sino una pobre mujer.

—El obispo le ha prodigado muchas atenciones.

—Sí, un gesto que me ha gustado mucho.

—¿Qué te hubiera parecido si la hubiera invitado a su mesa?

—Creo que habría sido excesivo.

—¿Por qué crees que el asiento que hay a mi lado está vacío?

Cara de Rosa estiró la cabeza para mirar a mi derecha.

—No sé; tal vez sí quería invitarla.

Miré a Ana y sonreí; no la veía, nadie más que yo la veía. Ella también me sonrió, y su aspecto ya no me conturbaba, sino que me parecía reconfortante.

Nos despedimos del obispo al día siguiente, porque teníamos prisa por cruzar las altísimas montañas de los Alpes a fin de poder acercarnos cuanto antes a Roma, recoger el documento de mi matrimonio con María que contenía el libro del peregrino y regresar felizmente a casa. Por cierto que el obispo se levantó de madrugada para despedirnos, a menos que fuera esa una costumbre suya rutinaria, para mejor hacerse cargo del gobierno divino y humano que tenía entre sus manos. Nos esperaba en el lujoso refectorio donde nos fue ofrecido un desayuno abundante y nos dedicó sus bendiciones y muchas sonrisas amables.

—Es conveniente llenar los estómagos para afrontar el largo camino que os espera.

Le besamos el anillo al despedirnos, y cuando me tocó a mí retuvo mi mano entre las suyas.

—Jovencito, tienes que darle muchos recuerdos de mi parte al hermano Ramón Santos.

—Descuide, eminencia.

Hice una profunda reverencia y el prelado amplió el tamaño de su sonrisa, metió mano debajo de la preciosa sotana que llevaba y me dio una bolsa de algo que tintineaba como las monedas.

—Son monedas de oro —dijo, sonriente.

—¿Donaciones para la obra del beato Ramón Santos?



—Digamos que son, simplemente, donaciones. Haz buen uso de ellas cuando las necesites.

—Pero...

Acercó sus labios a mi oído y dijo:

—Conozco tu historia; el amor que os tenéis María y tú merece que se haga justicia.

—¿Quién os lo ha dicho?

Bajó aún más la voz, de modo que apenas pude oír:

—La mujer que trajiste anoche más tarde demostró ser un ángel.

Conque era eso; conque Ana, la hija de Francisco Tobar, lo sabía todo acerca de mí, y al parecer estaba de mi lado; luego no era el demonio, aunque a veces el ángel del mal se sirviera de su aspecto para confundirme.

—No puedo aceptarlo.

—Lárgate con viento fresco.

Creí entender que el obispo, tras guiñarme un ojo, me decía algo así como «lárgate con viento fresco». Entonces recordé que hacía dos días, el 4 de abril, se había cumplido el tercer aniversario de mi matrimonio secreto con María.

—¿Es esto un regalo de aniversario? —dije.

—Interprétalo así.

—En diciembre María cumplió 19 años y yo cumplí 21 el mes pasado; parece que nuestras vidas no vayan a volver a unirse jamás.

—No desesperes.

Nos alejamos calle abajo; desde el punto más alto del palacio episcopal el obispo nos despedía agitando la mano, como se despide a alguien muy querido; volví la vista atrás muchas veces, hasta que ya no pude verle. Solo cuando anocheció, cuando el sol se escondió detrás de las cumbres, abrí la bolsa y vi que estaba repleta de monedas, y brillaban en la sombra como si tuvieran luz propia. Con aquella fortuna podíamos ir hasta Roma y regresar, y aun devolver a mi padre todo el dinero que me había proporcionado, además de pagar la deuda que tenía con Bejor Calev, el usurero de la quinta Donaire, situada en las afueras de Lérida.

Aquella noche dormimos en descampado, sobre la hierba tupida que tapizaba el valle; era mullida, y cuando salió la luna a decorar el cielo azul oscuro entre las montañas, el paisaje resultaba idílico; no hacía pizca de viento, pero igualmente hacía mucho frío, a pesar de la primavera, de modo

que nos acercamos los unos a los otros hasta confundirnos en un abrazo junto al fuego, embozados en las mantas que tratábamos de calentar con el aliento. La cabellera de Cara de Rosa me hacía cosquillas, pero lo daba por bien empleado, porque soñé que se trataba de María, envuelta en sus cabellos de oro, y que juntos trotábamos siguiendo el curso de los arroyos ladera del monte abajo, felices porque el obispo había bendecido nuestra unión. Cuando desperté, un sol benigno asomaba detrás de las moles enormes de las montañas; palpé la bolsa y dije para mí:

—Con este dinero tengo que hacer algo grande.

Cabalgamos hasta Cluses, en el valle del río Arve, prácticamente un canalón entre montañas. Había un puente la mar de coqueto, que según dijo Luba había sido el origen del pueblecito que se agazapaba al fondo, puesto que la gente se paraba a comerciar a la sombra del puente. Nos alojamos en la posada, y pese a que el posadero era bien conocido de Denis Couronne, el hermano mayor de la Asamblea de San Luis, no parecía conocer al beato Ramón Santos, o bien se abstuvo de decirnos nada. Otra vez partimos de madrugada, con destino al priorato de Chamouni, donde los monjes se dedicaban a la oración y a rescatar a los viajeros que se perdían en la nieve, sirviéndose de grandes mastines alpinos que, según parece, descendían de los perros de las antiguas legiones romanas; al menos eso fue lo que nos contó el hermano prior, que era un hombre alto como una de aquellas montañas y barbudo, y que contaba muchas aventuras que había protagonizado él en persona, sacando de apuros a caminantes y aun salvándolos de la muerte por congelación. Los mastines, que precedían a los monjes en sus pesquisas, solían transportar pequeñas barricas de licor para que los extraviados pudieran entrar en calor mientras los que acudían en su auxilio daban con ellos.

Cuando nos acercábamos al priorato cayó una leve nevada que Luba dijo que era muy rara en primavera; los copos revoloteaban en el aire, como si fueran plumas, o pétalos de almendros floridos antes de caer al suelo. Quedamos todos espolvoreados de blanco, y aquello resultaba hasta bonito, fascinador, y si no hubiera sido por el temor a que la nieve arreciara y acabara por impedirnos el paso, nos habríamos sentido eufóricos, con una alegría poco menos que infantil. Pero la nevada no llegó a cuajar; la vimos escampar desde la ventana, sentados junto al fuego, mientras cenábamos dados de carne que nosotros mismos introducíamos en la olla de aceite hirviendo, ensartados

en un espetón.

Me hubiera gustado poder dar marcha atrás en el tiempo y haber llegado al priorato de Chamouni con María, los dos ocultos bajo hábitos religiosos; entonces creo que habría podido ser feliz, disfrutando de la compañía del fuego en las noches heladas y silenciosas y paseando de día por las laderas de aquellas montañas tan altas como las más altas del mundo, cuyas cumbres se veían siempre cubiertas de nieves y glaciares centelleando bajo el sol. Pero para conseguir a María tenía que prescindir de la hospitalidad del padre prior y de todos los monjes, y continuar el camino a través de las montañas antes de que la nieve arreciara y cubriera los pasos, aislándonos durante unos cuantos días. De modo que nos despedimos, bien pertrechados para el duro trayecto que nos esperaba, confiados en la experiencia de Luba, que dijo haber hecho aquel camino en verano, con los pies descalzos, no sé si en cumplimiento de una promesa o simplemente como acto de mortificación, y aun en invierno, hundiéndose en la nieve hasta las rodillas y confiando en la ayuda de una cuadrilla de mastines tan inteligentes que, usando sus propias palabras, solo les faltaba hablar para ser humanos. «Mejor que no hablen», pensé, «si tienen que ser tan despiadados como algunos hombres mejor que se queden en amigos fieles, dispuestos a dar la vida por sus amos».

—Casi se te ha oído lo que has pensado —dijo Cara de Rosa.

Yo sonreí levemente, porque estaba seguro de que era cierto, que me había leído el pensamiento en la expresión de la cara.

Dimos un gran rodeo entre montañas tan hermosas que parecían cerrar el recinto del paraíso; vimos arroyuelos saltarines, que nos llenaban los oídos con su musiquilla húmeda, monótona; nos deleitamos contemplando legiones de abetos acostumbrados a resistir el frío del invierno con resignación y dureza, con entereza casi, como si fueran los viejos soldados romanos que transitaban por aquel paso elevado, o comerciantes arriesgados como yo mismo, que me había convertido en aventurero y aun mercenario del amor, o peregrinos como Miguel Senté, empeñado en tener aquel libro que yo también buscaba afanosamente, aunque no por tratarse de una reliquia venerable, sino porque podía obrar el milagro de devolverme a María.

—Por amor —decía, pensando en voz alta.

Cara de Rosa me miraba, sin sorprenderse de que hablara para mí, como si estuviera tarumba.

—Lo que es capaz de hacer un hombre —dije— por el amor de una mujer.

—Lo que me sorprende no es que tú lo hagas, sino que lo haga yo.

Nos reímos juntos. Tras unos días nublados, sombríos diría, el tiempo se había vuelto todo lo bueno que cabía esperar de la estación en que nos encontrábamos y convidaba a la alegría, sobre todo porque después de mucho ascender por la antigua vía romana habíamos empezado a descender y ya confiábamos en llegar sanos y salvos al otro lado de la imponente cordillera alpina. Las más de las noches las pasábamos al raso, encendiendo grandes fuegos y juntando las frazadas para darnos mutuamente calor, después de llenar el buche con lo que los monjes de Chamouni nos habían facilitado. El tiempo no era nada húmedo ni tan caluroso que estropeará los alimentos, aun cabalgando bajo el sol, de modo que se conservaban bastante frescos, y esto constituía una enorme ventaja. Pero dimos también con un hospicio encaramado en un ribazo, de muros firmes, majestuosos, aunque tan arrimados al precipicio que parecía que estaba a punto de caer desde lo alto. Nos dieron refugio, que era lo que solían hacer con todos los viajeros que pasaban por aquel lugar remoto, y supimos que estaba regentado por una congregación de canónigos que, además de vivir muy cerca del cielo, socorrían a sus semejantes cuando se terciaba y les favorecían con su reconfortante hospitalidad cuando más perdidos y cerca de la muerte se hallaban; en esas circunstancias, no había descreído que no implorara el perdón de Dios, ni solitario que no anhelara vivir en paz entre el calor de aquellos muros colosales. Aquella noche me asomé a la ventana y me quedé absorto en la visión de la luna derramando su luz sobre las laderas relucientes; parecía que lloraba, y sus lágrimas eran ríos de resplandor. Creo que yo también lloré, dando rienda suelta a todas mis nostalgias, y luego permanecí tanto tiempo apoyado en el alféizar que creo que me dormí de pie y soñé la belleza de aquella noche fantástica. Estoy seguro de que si me hubiera asomado al abismo para gritar el nombre de mi amada:

—¡María!

Si me hubiera atrevido, el eco hubiera repetido su nombre hasta la saciedad, y habría acabado diciendo el mío propio, habría dicho:

—¡Gladis!

Habría pronunciado mi nombre como si pudiera oírme desde el lejano

puerto de Santa Catalina, allá en la isla de Mallorca.

Me desperté sobresaltado, con la sensación de que algo malo le había ocurrido a María. Se lo confié a Cara de Rosa y me dijo:

—¡Vamos, no seas niño! ¿Qué le va a ocurrir en la tranquila Sóller, al amparo del mercader más poderoso de aquella parte del mundo?

Tenía razón, y con solo recordarme la figura de Nicolás Mercader ya me entristecí sobremanera. Era un iluso, ni a ella le ocurría nada malo ni yo la tendría nunca.

—Tienes razón.

—Oye, no te pongas así, que no es para tanto.

Mi amigo se desvivía por consolarme.

Bajamos por la castellanía de Entremont, que era una región autónoma, hacia el valle de Aosta, donde se hablaba arpitano, que era una forma de franco-provenzal, lengua que habíamos conocido largamente y en la que lográbamos entendernos a trancas y barrancas; Aosta era Aoûta, en arpitano, algo que sonaba casi como idiota, y yo dije:

—Eso es, idiota es lo que soy yo, por emperrarme en volver a tener a mi mujer.

—Esto ya te lo he dicho muchas veces.

Entramos en Aosta por la puerta Pretoria, un arco construido nada menos que en honor de Augusto, en tiempos romanos, y Luba nos condujo hasta un castillo, más que un hogar, contiguo a la muralla, donde los siervos nos llevaron a presencia del Signore Landrico Massimo, que recibió con una alegría desafortunada el salvoconducto de Denis Couronne y nos alojó en una alcoba digna de un príncipe, con una enorme cama con dosel que parecía de oro. Landrico Massimo era un tipo jovial, tan alto que yo dudaba que si Cara de Rosa se ponía de pie sobre mis espaldas le sobrepasáramos demasiado, y con el pelo perfectamente blanco y ensortijado, los ojillos azules, chispeantes, allá en las alturas, la piel rosada y una cancioncilla al hablar que parecía que se estuviera burlando de nosotros. Cenamos opíparamente, aunque no sabría decir lo que había dentro de los platos, y bebimos un vino suave que invitaba a continuar bebiendo como si fuera agua, pero que cuando nos hubo saciado nos dejó otra vez al borde de una de las borracheras más sonadas de aquel largo viaje; lo menos me levanté diez veces para ir al excusado donde se agazapaba, risueña, la letrina, y erré mi camino otras tantas, metiéndome ora en un armario, ora en una salida falsa que me tuvo en un tris de engullirme al

fondo de un patio tan profundo como un pozo sin fondo. Solo por la mañana descubrí una enorme bacinilla dorada, decorada como un casco con relieves muy trabajados, a un lado de la cama; la pobre bacinilla me miraba, seca y afligida, como una amante rica, pero fea y desdeñada.

—He estado a punto de caerme al pozo por no conocer la existencia de esta bacinilla —le dije a Cara de Rosa, que me miraba, soñoliento, desde lo alto de la cama.

Bostezó dos veces y luego se desternillaba de risa.

Nos fuimos pronto, pese a que Landrico Massimo se empeñaba en que nos quedáramos unos cuantos días para disfrutar de la vida en su compañía. Casi lo logró, puesto que poseía una alegría contagiosa que hacía olvidar todas las penas de este mundo y poseía además tal fortuna que podía alcanzar cualquier cosa que se le pasara por la cabeza. Cuando le preguntamos cuál era la causa de su abundancia, volvió a echarse a reír y logró que entendiéramos sus palabras a base de repetir las y gesticular con muchos aspavientos:

—Tengo un ánfora de la que saco todo el dinero que quiero.

Se desternillaba de risa y se empeñó en llevarnos a la cocina, para hacernos una demostración con el ánfora prodigiosa, cosa a la que nos negamos, no sin un gran esfuerzo de nuestra parte.

—Entonces, si no queréis venir, la traeré yo aquí.

—No, por favor.

Acertó a pasar entonces una muchacha muy bella, ataviada con falda ancha, pero con un corpiño ajustadísimo, y como es natural Cara de Rosa se la quedó mirando hasta que desapareció.

—¡Ajá! —dijo Landrico Massimo—. Te gusta, ¿eh?

—No voy a decir que no.

—*Ma*, puede ser tuya. Además, ella también produce dinero.

—¡Venga, hombre!

—*¿Non mi credi?... ¿Vol vedere?* ¡Landelina, Landelina!

Llamó a voces y Landelina no tardó en presentarse. Cara de Rosa le besó la mano y la chica hacía muchas monerías.

—Va, por una vez —dijo Cara de Rosa—, quedémonos una noche más.

—Sea.

Aquella noche Landelina cantó, acompañándose con el laúd, y tenía una voz tan suave que invitaba a soñar; es lo que yo hice, cerrar los ojos y soñar. Me vi bailando con María bajo un cielo tachonado de estrellas. Landrico Massimo también cantó, y tenía una voz preciosa, penetrante, y cantaba tan bien que parecía rejuvenecerse, convertirse en un galán con calzas ceñidas y bigotito bajo una melena principesca; así al menos lo vi yo, con los ojos cerrados. Landelina se había sentado sobre almohadones, como hacíamos en Bugía, cuando estábamos en el palacio del arráez Emul Salefa, y cuando se levantó descubrió un cestito atiborrado de monedas de oro que había estado oculto bajo los almohadones.

—Veis como es cierto —decía Landrico Massimo, divertido—: Landelina hace que las monedas se reproduzcan, con el calor de su cuerpo.

—Mucho calor debe de ser ese.

Sospeché que no era más que una artimaña, razón por la cual me busqué disimuladamente debajo de las vestiduras, por si en mi embeleso me había desplumado de la bolsa que me regalara el obispo de Chalone. Respiré tranquilo, pues la bolsa seguía en su lugar, y tan repleta como siempre. Pero más tarde, cuando Cara de Rosa se ausentó para abandonarse a los brazos de la bella Landelina, abrí la bolsa con el corazón en un puño, pues temí que me la hubieran sustraído con algún hechizo para cambiarme las monedas por piedras. Pero no, ahí estaban las monedas, tan redondas y relucientes como las de la fámula preciosa, que ahora se relamía los labios de pura complacencia al ver el efecto devastador que sus pechitos inmaculados causaban en mi amigo del alma. Lo sé porque, contrariamente a mi costumbre, pegué el ojo al orificio de la cerradura y la vi contonearse a la luz del candelabro. Casi tuve envidia de mi amigo; lo que definitivamente le envidiaba era aquella facilidad para naufragar en el cuerpo de una doncella hermosa, olvidando el amor verdadero de Carmen, que como me ocurría a mí con María, era su «media» mujer.

—Tenía razón el tal Landrico Massimo —dijo Cara de Rosa al día siguiente, cuando ya habíamos dejado atrás la ciudad de Aosta—; Landelina hace que las monedas se reproduzcan, pues él mismo le da siempre nuevas monedas, a cambio del calor de su cuerpo.

—¡Ah, amigo! Me pregunto a cambio de qué le da monedas el ánfora mágica.

Y aquí nos reímos juntos durante un buen trecho del camino.

Cabalgamos por la llanura que se extendía al pie de los Alpes, primero hasta Ivrea, y después hasta Milán. Ahora teníamos que vérnoslas con el piamontés, pero no sé por qué la lengua se hacía más inteligible que la lengua d'oïl que chamullaban en París. Seguimos el río Dora Baltea hasta que divisamos el cerro donde se alzaba la ciudad de Ivrea, que los romanos habían llamado Eporedia; cruzamos el puente y llegamos hasta la plaza de la catedral, puesto que otra vez nos alojamos en casa del obispo, que aunque mucho menos poderoso que el de Chalone también era íntimo del hermano mayor Denis Couronne. Era un hombre pequeñito, con el pelo algodonoso, el poco que le quedaba bajo el solideo, pues se veía a la legua que era un anciano venerable, con una vocecita de pajarito que hacía temer que en un momento dado desplegara un par de alas enclenques y se echara a volar. Nos alojó en la consabida habitación con alcoba y cama de tamaño descomunal, para subirse a la cual había que hacer un gran esfuerzo, y luego nos llevó personalmente a la cripta de la iglesia y nos enseñó las pinturas al fresco de aspecto impresionante, que lo menos tenían cien años. Naturalmente regresé a la cripta aquella misma noche, y tal como me temía encontré al obispo arrodillado delante de las imágenes pintadas, con la mitra calada hasta las cejas. Sabía que cuando le llamara, tocándole levemente la espalda, se volvería y tendría los ojos huecos, rezumando sangre, porque sería el obispo Moncada, el protector de Ana, la hija de Francisco Tobar y por ende de este último, incapaz de descansar en su tumba mientras no se resolviera el misterio de la muerte del rector Arcillares; las imágenes pintadas, por otro lado, adquirirían relieve y se moverían convulsamente hasta convertirse en la figura angelical de Ana, o quién sabe si en las fauces del diablo. Pero no ocurrió nada de eso; cuando toqué levemente la espalda del obispo de Ivrea el viejecito se volvió con su cara bondadosa, el pelo vaporoso bajo el solideo, pues no llevaba mitra en absoluto, y los frescos quedaron tan planos, fríos e impasibles como habían estado siempre.

—Se me ha hecho tarde, hijo mío; ¿tendrás la bondad de acompañarme a mi aposento?

—Claro que sí, reverendo padre.

No se me ocurrió más que llamarle «reverendo padre».



Al día siguiente salimos hacia Milán, que era una gran ciudad lombarda, para llegar a la cual terminamos de cruzar la llanura y posamos en otra pequeña ciudad llamada Novara, donde aún se hablaba piamontés, mientras que en adelante la lengua derivaba hacia el lombardo; pero eran lenguas romances, emparentadas entre sí, y pudimos entendernos dignamente. Luba nos explicaba todos los pormenores de los sitios que visitábamos, nos hablaba de su historia y aun de sus costumbres.

—Milán conoce ahora una época de prosperidad —dijo—, bajo el gobierno de los arzobispos; pero hace un siglo fue arrasada por Federico Barbarroja y tardó años en recuperarse.

—No me digas que volveremos a alojarnos en casa del obispo.

—No; esta vez nos hospedaremos en la posada Sforza, que pertenece a Baptiso Sforza, hermano seglar de la Asamblea de San Luis, igual que su mujer, Donatella.

—Bravo, será la primera vez que conoceré a una hermana seglar, si exceptuamos a Adèle.

—Cuando estemos allí, pídele que te prepare carne empanada al estilo milanés. ¡Mmm, *bocatto di cardinale*!

Se echaba de ver que se le hacía la boca agua, y como llevábamos un buen trecho cabalgando bajo el sol sin pararnos a descansar no era, ciertamente, el único que empezaba a tener un hambre poco menos que canina. Llegamos bastante tarde, y Baptiso Sforza resultó ser un hombre casi tan risueño como Landrico Massimo, aunque mucho más bajito y con una panza de tamaño más que respetable bajo un delantal bastante sucio, a decir verdad. Su mujer, Donatella, era un prodigio de la naturaleza, con unos brazos como palas y un cuello como el de una vaca; se echaba de ver en seguida que era una mujer feliz, pues se reía, ji, ji, ji, cada dos palabras, y puesto que estábamos muertos de hambre, Cara de Rosa no tardó en decirle:

—He sabido que preparáis una excelente carne empanada.

—Ji, ji, ji —dijo Donatella—, precisamente tengo algo de eso en la cocina, ji, ji, ji; creo que habrá suficiente para todos.

Debía de ser la hora del crepúsculo, y estuvimos comiendo carne empanada hasta entrada la noche. Cuando nos levantamos casi no podíamos movernos, y eso que no nos habíamos excedido con el vino. Salimos al patio a orinar, y nos sorprendió una bocanada de aire tan frío que parecía haber endurecido como si fuera hielo.

—¡Qué fresco hace!

—Aunque estamos a 25 de abril y eso será absolutamente extraordinario —dijo Baptiso—, adivino que va a nevar. Recuerdo una vez que estábamos en el campo con el hermano mayor Denis Couronne y con el beato Ramón Santos, y la tarde se puso así de fría de repente; pero que conste que eso sucedió durante el mes de enero; buscamos refugio y aquella noche quedamos atascados en la nieve; fue una nevada tan copiosa que tardamos varios días en poder regresar; por fortuna en el refugio había leña y alimentos, y un pastorcillo con unas cabras que nos daban leche caliente.

—¿Luego vos conocéis bien al hermano Ramón Santos?

—La verdad, a quien conozco bien es a Denis Couronne. Santos vino con él, procedente de África, según creo recordar, en busca de una reliquia.

—¿El libro del peregrino?

—La verdad, no sé qué libro es ese.

—¿La verdad? —escarneció Cara de Rosa.

—La pura verdad.

Nos acostamos temprano y ya no volvimos a levantarnos en toda la noche, como no fuera para beber agua de la jarra y vaciar la vejiga. El sol ya estaba alto en la ventana cuando nos decidimos a levantarnos, y entonces descubrimos que toda la ciudad estaba envuelta en un manto blanco, purísimo. Centelleaba, con la luz del sol, y uno no podía mirarlo fijamente demasiado rato. Bajamos al patio y no conseguíamos abrir la puerta, pues la nieve se había acumulado ante ella formando una cuesta y corría peligro de derribarla. Estuvimos achicándola con palas durante un buen rato, y luego limpiamos la azotea, por miedo a que se viniera abajo con el peso. Baptiso nos lo agradeció con muchas sonrisas, y Donatella con montañas de carne empanada y aderezada con succulentos ji, ji, ji que resonaban en el cielo diáfano, bajo la capa de nieve inmaculada y en medio del silencio más puro que quepa imaginar. Bebimos y comimos muchas veces, antes de que se despejaran los caminos para poder proseguir nuestro viaje. Lo intentamos repetidamente, pero siempre teníamos que volver, pues apenas nos alejábamos de las murallas los caballos se hundían muy adentro y quedaban con las patas heladas de frío, y si bajábamos para tirar de los ronzales la nieve nos llegaba casi hasta la cintura. Ji, ji, ji, Donatella se reía con ganas apenas nos veía regresar, mojados y muertos de frío, envueltos en nubecillas blancas de vapor que hasta nos empañaban la vista, y entonces nos servía vino

caliente y carne empanada, y luego más vino caliente y más carne empanada, hasta que dijimos:

—Está riquísima, pero, ¿no tendríais otra cosa?

—¡Ji, ji, ji, pues claro!

Naturalmente Cara de Rosa se interesó por el trabajo durísimo de la hospedería, y después de muchos circunloquios dijo:

—¿Y no tenéis a nadie que os ayude, *signora* Donatella, una sierva, una mocita...?

—Ji, ji, ji —dijo Donatella—, ya veo que sois un tunante, queréis decir alguien con quien pasar el tedio del encierro obligado.

—Bueno...

—Tened en cuenta que somos hermanos seculares de la Asamblea de San Luis —dijo Baptiso—, y que tenemos que predicar con el ejemplo. Además, nunca nieva en primavera, y no estamos preparados para la contingencia.

Cara de Rosa cabeceó, con gesto compungido, y Donatella salió con expresión divertida y al rato regresó con Marcela de la mano, una *signorina* jovencísima pero tan coqueta como Simona, la muchachita que Nicolás Mercader tenía a su cargo y que se deleitaba paseándose en cueros por Villamar para desespero del morito Rayhan, que se moría de celos.

—¿Sabes bailar? —preguntó Cara de Rosa, complacido.

—¿Que si sabe bailar, ji, ji, ji? Nació bailando.

Marcela bailó delante del fuego, marcando el ritmo con el pandero, con una agilidad inaudita; bailó tanto y con tanto ahínco que pronto chorreaba sudor, y eso que estaba más delgada que un perro galgo, aunque ciertamente era muy bella. Cuando por fin se disipó la nieve y pudimos marchar, Cara de Rosa me contó:

—Era flexible como una caña, pero tan debilucha que me parecía que se había de quebrar, y para colmo lisa como una tabla.

Pasamos ante la basílica de San Ambrosio, y le dije:

—Deberías entrar a confesarte; creo que deberíamos entrar todos.

Teníamos que pernoctar en Parma, nada menos que en el palacio del gobernador, invitados por el apoderado Martino Malandriano, de modo que hubimos de azuzar a los caballos y no nos demoramos ante el bello

espectáculo de la llanura del Po, delimitada por los montes Apeninos y cubierta de nubes blancas y azuladas, con aspecto de grandes manojos de algodón, y asimismo hicimos caso omiso de las campesinas jóvenes que nos ofrecían productos de la tierra avalados por sus encantos, en las márgenes del río. Dejamos atrás la ciudad de Plasencia, donde habíamos hecho una parada para reponer fuerzas y dar asueto a los caballos, y yo me había quedado adormilado bajo los soportales de la calle del vino, tan contundentes y reforzados que parecían ser el zaguán de una verdadera fortaleza.

—Vamos, tenemos que seguir.

Adiós placeres de la vida, hermosa ciudad de Plasencia, adiós... Bostezaba y me restregaba los ojos mientras cabalgábamos sin tregua, a una velocidad más que respetable; cuando llegáramos a Roma tendríamos que dar merecido descanso a los caballos, incluso podríamos ponerlos sobre un pedestal, convertidos en estatuas ecuestres, pero sin jinete, en homenaje al tesón y a la nobleza de tan agradecidos animales. El sol fue poniéndose muy a lo lejos, rodeado de nubes rojas y amarillentas, y del otro lado crecía la negrura del crepúsculo cuando por fin llegamos a nuestro destino. Era ya noche cerrada cuando llamábamos al portón del palacio del gobernador, y en la plaza ardían teas que humeaban como tizones para alumbrar a quienes como nosotros se aventuraban a transitar en aquella hora ya desolada. Fuimos conducidos ante el apoderado Martino Malandriano, que resultó ser un gigante panzudo, con el pelo rubio casi blanco, unos pies de tamaño descomunal y la vocecita y los ademanes de un pajarito. Casi me sorprendí de que anduviera proyectando un pie a cada lado, pues se veía a la legua que los tenía planos; hubiera jurado que andaría a saltitos, como un gorrión, pero un gorrión del tamaño de una ballena. Nos convidó a vino, queso *parmigiano*, dijo, y entendimos que era un producto de la región, más *prosciutto* de Parma, que resultó ser un jamón elaborado con muchísimo cuidado, succulento, para nuestros estómagos vacíos, y muy suave.

—Es el jamón más suave del mundo —anunciaba Malandriano.

Otra vez se reía como un pajarito; no es que los pajaritos se rían, es que solo le faltaba decir: «pío, pío». A saber dónde terminaba el mundo para aquel buenazo de Dios.

—Hoy tenemos baile en el salón —anunció más tarde.

Fuimos conducidos a una sala regia, tan grande que yo creo que dentro habría cabido una colección de carrozas reales, con las paredes decoradas con

molduras y el suelo pavimentado con grandes baldosas blancas y negras que brillaban como espejos. Todos los bailarines eran jóvenes, pero se echaba de ver por sus maneras, y por la tez bronceada y la timidez de sus miradas, que eran campesinos endomingados. Los mayores se alineaban junto a las paredes, rodeando a los que danzaban, a quienes aplaudían indiscriminadamente, fuera cual fuera el resultado de su actuación. Vi que Cara de Rosa se acercaba a una muchacha, la tomaba de la mano y la sacaba a bailar; yo tenía las piernas doloridas, de tanto cabalgar, pero aun así pasé revista al auditorio, acercándome hasta el estrado donde estaban los músicos. Entonces vi a la que debía de ser la doncella más bonita del baile; morena, con el pelo largo, suelto sobre los hombros desnudos, y una pierna muy larga asomando de la falda demasiado corta de aquel lado; me sonreía, y yo también le sonreí, y por una vez di en imitar a mi amigo Cara de Rosa y la tomé de la mano para llevármela; no tenía ni idea de cómo bailar aquella música, de modo que me aferré, simplemente, a su cintura, y ella me miró un tanto acalorada.

—No me digas que te llamas María —dije.

—No se baila así.

—¿Cómo te llamas?

Tuve que repetirlo, porque no lograba hacerme entender.

—Si te llamas María dormiré contigo —dije.

¿Por qué decía esas cosas si ni siquiera estaba borracho? Debía de creer que no comprendería mis palabras, pero dijo:

—Yo dormiré contigo —y recalcaba el «yo»—, porque me llamo María.

Aquella noche, en la consabida habitación con alcoba, fuimos cuatro los que dormían, y a la mañana siguiente, a la luz de un amanecer purísimo, María me pareció todavía más hermosa.

—Eres mi tercera mujer —dije.

Ella me miraba y sonreía en silencio.

Luego me acordé de María, mi esposa, o media esposa, y me supo mal haberle faltado, pese a que sabía que Nicolás Mercader podía disponer de ella a su antojo como si fuera su verdadera mujer. La tenía grabada en la mente, mientras cabalgábamos de nuevo por la llanura, bordeando bosques tupidos,

con la silueta de los montes Apeninos frente a nosotros, verde-azulados en la distancia como gigantes que aguardaran nuestra llegada con total impasibilidad. Pero eso no era nada nuevo; siempre la tenía conmigo, en mi recuerdo, en mi imaginación, y podía decirse que no nos habíamos separado nunca, aunque estuviéramos tan lejos el uno del otro. La veía embutida en su brial de satén rojo, ribeteado de oro, con cordoncillos en el escote que desabrochaba para amamantar a la niña Marta, que ya tenía cuatro meses, con el pensamiento puesto en mí y una sonrisa en los labios, mientras Nicolás Mercader le acariciaba con mano temblorosa, de puro envejecida, la cabellera dorada, y yo maldecía mi sombra por no habérsela podido arrebatarse todavía, tomar lo que era mío.

—¡Viejo ruin!

Cara de Rosa ya me conocía:

—¿Otra vez pensando en ella?

—No puedo evitarlo.

Cuando nos acercamos a Módena lo primero que vimos a lo lejos fue una torre blanca, resplandeciente bajo el sol como un altísimo monolito de mármol.

—Es el *campanile* de la catedral —dijo Luba—; la llaman torre de San Geminiano y desde arriba se divisan no solo los tejados rojos de la ciudad, sino toda la llanura de Padua.

Cuando pudimos entrar en Módena nos sobrecogió su insondable quietud, como si el tiempo se hubiera detenido a las cuatro de la tarde. El cielo estaba cubierto y amenazaba lluvia; había pocos transeúntes, arrieros los más, tirando del ronzal de borricos cargados de paciencia y resignación que transportaban alforjas con botijas de vino. Las casas parecían hechas de arcilla, llorando lagrimones espesos a causa de la humedad. Nos alojamos en casa de Orsino Oliviero, que dijo haber conocido al hermano Santos en París y nos dio una frasca de lambrusco para que se la bebiera a su salud.

—Con el camino que nos queda —dijo Cara de Rosa—, lo más probable es que no llegue viva a su destino.

—En ese caso os la bebéis vosotros y santas pascuas.

Orsino Oliviero era un hombre enteco, pero bajito, con muchísimo pelo en la cabeza y perfectamente negro, pese a que ya debía de tener sus años, a juzgar por lo arrugado de la piel y por la papada flácida que le colgaba de la barbilla. Era uno de esos hombres que nunca paran de hablar y solía contar

dos o tres veces lo mismo; además gesticulaba tanto, para subrayar el discurso, que empecé a imaginármelo como un insecto provisto de muchos tentáculos y me costaba Dios y ayuda reprimir la risa. Nos llevó a la torre de San Geminiano, antes de que anocheciera, y se asomaba tan peligrosamente a los balcones y con tanto desparpajo, en un hombre que por lo demás tenía las piernas flácidas y había de detenerse a resollar cada dos por tres, que no pude por menos que figurármelo provisto de alas como un enorme mosquito. Entonces miré a Cara de Rosa y los dos soltamos la carcajada.

—¿De qué os reís, honorables jovencitos?

—Cosas nuestras.

—No hay nada tan gozoso como la juventud. Reíd, reíd que me huelgo de veros reír.

Nos invitó a cenar arroz con carne, cocido sobre brasas de carbón y servido en escudillas con miel por encima, algo que encontré succulento, no sé si por el mucho apetito que había acumulado. Tenía una hija jovencita, con el pelo largo y sedoso, de color castaño oscuro, los ojos grandes, la tez sonrosada, que aunque no cenó con nosotros tocó el laúd y cantó en una salita, con una voz muy fina y modulada. Se llamaba Sabina, y se notaba a la legua que Orsino la quería más que a su propia vida.

—Es el vivo retrato de su madre —dijo, luchando por reprimir una lágrima.

Ella le puso la cabeza sobre el pecho y permanecieron quietos tanto tiempo que creí que se habían quedado dormidos; fue el único espacio largo de tiempo que Orsino Oliviero pasó sin perorar.

Me desperté soñando con la torre de la catedral. Habíamos visto el capitel de David, en la sala de los Torresani, en el que dos músicos tocaban rodeados de bailarines, y acababa de soñar a Sabina convertida en una estatua de piedra, pero bailando envuelta en una capa y diciéndome con los ojos:

—Conozco el secreto del libro del peregrino.

Estuve mucho rato despierto, dándole vueltas a mi sueño; recién ahora me daba cuenta de que, de tener el cabello dorado, Sabina se parecería mucho a mi María.

—¿No se parecía a María? —le dije a Cara de Rosa al día siguiente, mientras cabalgábamos hacia Bolonia.

—¿Quién?

—Sabina.

—A ti todas te recuerdan a María, pero ella es mucho más hermosa.

—¿Quién?

—Sabina.

Se echó a reír maliciosamente.

—Anoche soñé con ella.

—No me digas que se cubría solo con un manto y que voló por los aires antes de convertirse en el espectro de Ana, la hija de Tobar.

—No; soñé que era de piedra y sin embargo bailaba, y me dijo con los ojos, sin abrir la boca, que conocía el secreto del libro del peregrino.

—He tenido ese libro en mis manos y sé que no tiene secretos.

—Los que tú viste eran simples libros de cuentas.

En Bolonia la sensación del tiempo detenido se agudizó sobremanera; no me hubiera sorprendido ver llegar a una caravana romana a lo largo de la antigua vía Emilia, ni encontrarme a dos centuriones flanqueando la puerta de la universidad, que ya tenía cien años de antigüedad y se costeaba con los impuestos que pagaban los mercaderes que pululaban por la ciudad. Nos alojamos en el palacete Stefani, que pertenecía a una de las familias más ricas de la ciudad. El *signore* Giulio Stefani, el tercero de una saga de comerciantes, era un tipo cachazudo, con el pelo negro, liso, más bien escaso en lo alto de la frente, la cabeza piramidal, siendo la nariz punta de la pirámide, el cuello muy corto y la panza muy voluminosa, mucho más que el resto de su cuerpo; hacía gala de una jovialidad sincera, que le desataba una risa bonachona y le hacía dar palmaditas en la espalda de su interlocutor al que llamaba indefectiblemente hermano, de modo que me quedé con las ganas de saber si era hermano de la Asamblea de San Luis o simplemente otorgaba ese título tanto a Denis Couronne como a cualquier otro personaje que se terciara. Creo recordar que afirmó:

—Nosotros los Stefani comerciamos mayormente en alimentos: trigo, lino y linaza, habas, garbanzos guijas y lentejas.

Acto seguido se ahogaba en risas, tosía y me golpeaba cariñosamente un hombro.

Vivía en la plaza Mayor, muy cerca del palacio de Accursio, que era un edificio soberbio, y aquella noche, después de la consabida cena, Cara de Rosa y yo salimos a dar un breve paseo para estirar las piernas, pese al



cansancio del viaje. Había muchos soportales en las calles, y tabernas para viajeros que querían llenar el estómago y trapichear con los vendedores de paso por la ciudad, por ver de aprovechar al máximo sus desplazamientos y beneficiarse de las buenas ocasiones. Pero no queríamos mezclarnos con gentes bulliciosas, de modo que nos perdimos por las callejuelas menos transitadas, tanto que al poco rato no veíamos más movimiento que el de nuestras propias sombras, proyectadas por la luz de alguna que otra tea encendida.

—No deberíamos merodear por aquí; esto está tan desolado como un cementerio.

Fue cuando vimos a una muchacha de rostro anguloso y cabello muy lacio, sujeto con horquillas, que no parecía llevar más ropa que una holgada camisa y por lo demás andaba descalza sobre el empedrado, deslizándose sin hacer el menor ruido. Naturalmente, Cara de Rosa le cerró el paso, abriendo los brazos, y ella alzó la cabeza y le miró divertida. «Una *putana*», pensé. Era alta, esbelta, con un raro atractivo. Cara de Rosa le abarcó el pecho con ambas manos y yo sabía que la estaba sobando.

—Déjame pasar.

—No sin antes saber quién eres.

La muchacha sonrió, descarada, segura de sí.

—¿Por qué no vienes conmigo?

Se libró del abrazo de mi amigo y continuó andando hacia la plaza. La seguimos, aunque yo habría preferido dejarla en paz. Desandamos el camino tras ella y al llegar a la plaza se dirigió, decidida, al palacio de Accursio. Llamó a la puerta y se volvió mientras le abrían.

—*Buonanotte*.

—¿Vives aquí?

—Digamos que no.

—Todavía no me has dicho quién eres.

—Me llamo Elsa y soy tu hermana.

—¿Hermana de la caridad?

—Digamos, simplemente, hermana.

—¿Podrías volar hasta lo alto de aquella ventana iluminada y entrar sin abrirla?—pregunté yo.

La chica se echó a reír y me miraba con una curiosidad maliciosa.

—¿Y qué más debo hacer?

—¿No eres Ana, la hija de Francisco Tobar?

—Soy Elsa, y nunca conocí a mi padre ni a mi madre; lo mismo que este, que no me ha dicho su nombre, pero es mi hermano del alma.

Solo entonces me di cuenta de que el aliento de la chica olía mucho a vino. Abrieron la puerta y la dejaron entrar. Había una escalera regia y se volvió antes de desaparecer, saludando con la mano, sin abandonar una sonrisa de complacencia.

—¡Me llamo Cara de Rosa! —gritó Cara de Rosa, y nos cerraron la puerta en las narices.

Cara de Rosa me miró y dijo:

—Podría ser, efectivamente, mi hermana; al fin y al cabo mi madre era una prostituta, y aunque haya perdido el acento yo tengo alma de veneciano.

Al día siguiente cabalgamos hasta Florencia, la ciudad varada junto al río Arno. Al cruzar el puente Viejo, que los florentinos llamaban *Ponte Vecchio*, vimos que había a los lados tiendas de peleteros, y después comprobamos que la ciudad estaba atiborrada de comerciantes, por lo que barrunté que me encontraría allí como en mi casa. Había una mora acurrucada sobre el empedrado, con un pañuelo desplegado donde exhibía muchas chucherías; tenía la cara tan fina que a primera vista me pareció que llevaba una máscara, pero era que se había pintado exageradamente los ojos y que era realmente hermosa. Me agaché a su lado y le pregunté el precio de una daga curvada, con la empuñadura labrada, y cuando dijo el precio Cara de Rosa lo encontró carísimo; pero yo la examiné de todos modos, solo por el placer de tocar su mano y recibir el regalo de su sonrisa. No me habría sorprendido que fuera impalpable y que resultara ser el espectro de Ana, que siempre me atormentaba, pero aunque suavísimo, el contacto de su mano tibia no podía ser más real.

—Te la quiere comprar por ver si eres de verdad —dijo Cara de Rosa, agachado a su vez frente a la mora.

Ella le miró de hito en hito, sus ojos confundidos en los de mi amigo.

—Y tú, ¿eres real?

—Me llaman Cara de Rosa.

—Ya veo porqué.

Cara de Rosa no era hombre de hacerse rogar, y en seguida le rodeó el cuello con el brazo y la atrajo hacia sí para besarla. Fue cuando compareció un moro alto como una torre, atezado como un segador y con unos brazos tan amenazadores como las pinzas de un centollo y tuvimos que darlo todo a las piernas; saltamos sobre los caballos y tomamos las afufas al grito de sálvese quien pueda. Aun así Cara de Rosa tuvo tiempo de volverse y preguntar, gritando a voz en cuello:

—¿Cómo te llamas?

—¡Bonita! —gritó la mora, y su compadre ya la traía a mal traer.

—Un día, tu afición a las faldas nos acarreará un disgusto.

—Lo siento, pero no puedo ver una rosa sin cogerla.

—No está mal como excusa.

Nos reímos. Nos reíamos siempre, y aun creo que deberíamos de haberlo hecho más a menudo, reírnos de nuestra propia sombra. Si hubiera sabido reírme de mis amores, no estaría aquí contando mi vida, señor García Santana: no habría tenido tanto que contar; aunque si hubiera tenido los amores de mi amigo, este sería el cuento de nunca acabar.

Luba nos llevó hasta la plaza de la Señoría, que al parecer era el nombre del principal organismo de la república de Florencia, *La Signoria*. Era una plaza muy grande donde ya habían sentado sus reales los romanos, desembocando en ella desde la vía Cassia, que cruzaba el valle del Arno hacia el norte. Luba dijo que muchas casas de los llamados Güelfos, partidarios de Wellfen, estaban siendo demolidas por los Gibelinos, partidarios de los señores de Weinblingen en los enfrentamientos entre el Pontificado y el Sacro Imperio Romano por la sucesión a la Corona Imperial de Enrique, y que esos nombres derivaron en *guelfi* y *ghibellini*, siendo el resultado que estos últimos terminaron imponiéndose. De modo que nos hospedamos en la casa de *messer* Camillo Doppio, que era un viejo amigo de Denis Couronne y además consignatario y manufacturero de lana, y al mismo tiempo un banquero importante que había contribuido a hacer del florín la moneda comercial por excelencia, un hombre de aspecto brusco y forzado, no demasiado alto, pero cuadrado de espaldas y con el cuello ancho como un tocón de pino, de pelo canoso y vozarrón gutural, como si fuera a cantarnos las cuarenta. Daba un poco de miedo, por sus ademanes, pero cuando le tratamos un poco nos mereció toda la confianza del mundo. Cenamos, puesto que darnos de cenar ya era una costumbre entre todos nuestros anfitriones, con los balcones del

comedor abiertos de par en par; sirvieron una carne muy gruesa y muy blanda, tanto que se derretía en la boca, aderezada con una salsa exquisita, regada con buen vino *rosso* y acompañada de frutas confitadas. Las conversaciones se entremezclaban en torno a la mesa, pues *messer* Camillo Doppio había convidado a algunos de los prohombres de la ciudad, cuando de repente nuestro anfitrión se puso en pie y ordenó, con su vozarrón de juglar:

—¡Silencio!

Apagaron todas las luces, mientras Cara de Rosa aun decía:

—Con esta voz parece que se haya comido la gola de hierro de una armadura y, claro, se le haya atragantado.

—¡Silencio! —volvió a decir el amo.

Apagaron todas las luces, en medio del más absoluto silencio, y transcurrió un minuto que pareció durar una eternidad; entonces se encendieron luminarias en la plaza, chorros de fuego que no sé cómo producían, pero era como si cayeran cientos de estrellas fugaces que proyectaban las sombras de los huéspedes contra las paredes desnudas del salón comedor. El juego de resplandores no rompía el sigilo general, de modo que cuando sonó una música punteada, a la que fueron añadiéndose más y más instrumentos, saltó a bailar una muchacha con un pañuelo ceñido a la cabeza que no era otra que la mora que habíamos visto en el puente, la que dijo llamarse Bonita. Cuando sonreía era aún más hermosa y de no haber estado enamorado de María, seguro que me habría prendado de ella. Naturalmente iba descalza, y cuando se desanudó el pañuelo de la cabeza tenía una cabellera tan larga que sobrepasaba con creces su cintura. Cuando encendieron de nuevo las velas de todos los candelabros vi que Cara de Rosa miraba en derredor, buscando sin duda al moro de los brazos de centollo, que si no era su padre era su señor.

—Es fruta prohibida —le dije.

—Chist.

Abajo en la plaza había ahora un gran tumulto de gente que intercambiaba cachiporrazos, con mazos, espadas y escudos, figurando una lucha de cruzados contra infieles en la que estos no siempre llevaban la peor parte. Cara de Rosa se acercó a la mora y le dijo:

—¿Dónde está tu dueño?

—Abajo, vestido de sarraceno.

Le faltó tiempo para llevársela a la alcoba y yo les seguí, a cierta distancia, embelesado por la belleza de la moza. Cara de Rosa la besó en los labios y

me miraba, guiñando un ojo, mientras se empeñaba en quitarle la mucha ropa que llevaba; ella se reía, como si le hiciera cosquillas, y cuando ya la tenía casi desnuda, apenas cubierta por un manto blanco, resplandeciente, se le escapó de entre las manos como una exhalación, salió volando por la ventana, por donde llegaba el fragor de los contendientes, y quedó flotando en medio de la plaza. Yo me quedé hechizado, y Cara de Rosa con un palmo de narices.

—Lo veo y no lo creo —dijo.

—Así que era Ana; este espíritu está intentando avisarnos de algo.

—Sí, pero ¿de qué?

—Quizá deberíamos dejar de buscar el libro del peregrino, pero sé que esto no lo haré nunca.

—En cuanto lo encuentres arranca la página donde está inscrito tu matrimonio y deja a los espíritus en paz.

—Así lo haré.

Cabalgamos luego hacia Roma, sin detenernos hasta llegar a la puerta Salaria, en la muralla Aureliana, siguiendo la ruta por donde antiguamente llegaba la sal a la ciudad. Habíamos avanzado todo el día y toda la noche, aunque sin forzar a los caballos, y estábamos extenuados. El primer sol de la mañana se encaramó a las tres ventanas que había sobre la puerta, como si jugara a cegarnos con su luz amarillenta, o como si quisiera convertirse en un augurio de que nuestra empresa estaba tocando a su fin y pronto conseguiríamos el libro del peregrino. Luba nos guió hasta la casa de Cassius Lourenco, que era una mansión señorial, situada muy cerca del foro Magno, tanto que desde sus ventanas se podían ver las columnas airoas de algún templo derruido y hasta el arco de Septimio Severo. Esperaba que Cassius Lourenco nos recibiera envuelto en una toga blanca, rodeado de esclavas, a cual más bella, y de sirvientes solícitos a quienes solo les faltara tenderse a su paso para que sus pies no hollaran el barro de aquella ciudad que se me antojó vieja y sucia a primera vista; pero el hermano Lourenco, como rezaba el salvoconducto que Denis Couronne había proporcionado a Luba, distaba mucho de ser un hombre engreído. De porte altivo y túnica majestuosa, antes era modesto en sus ademanes, y hacía gala de una enorme sencillez; hablaba, por otro lado,

con humildad, adornándose con sonrisas deferentes y pronunciando despacio y con gran corrección, razón por la cual pudimos entenderle desde el primer momento. Llevaba un roquete blanco sobre sotana roja, y encima se había puesto una casulla, porque era un eclesiástico y estaba a punto de decir misa en la capilla privada de su palacete. De modo que tuvimos que asistir a la celebración, pese a que nos caíamos de sueño, formalidad de la que se libraron los caballos, que estaban mucho más maltrechos que nosotros.

—No creí que Cassius Lourenco fuera sacerdote —le dije a Cara de Rosa, que tenía la cabeza apoyada sobre mi hombro y estaba a punto de dormirse, si es que no dormía ya, respirando muy profundo, aunque sin llegar a roncar.

—Este lo menos es arzobispo —dijo, despabilándose.

—Creo que el obispo de Roma es el papa.

—Entonces este tiene que ser uno de sus acólitos.

—El hermano Lourenco es cardenal —dijo Luba, susurrando.

Cara de Rosa y yo nos miramos de un modo significativo, porque ninguno de los dos sabía muy bien lo que era un cardenal.

Acabada la misa, monseñor Lourenco adoptó un tono más llano, si cabe, y nos acompañó personalmente a nuestros aposentos. A Cara de Rosa y a mí nos alojaron en estancias diferentes, amplias, lujosas, confortables, y casi nos extrañó que no nos asignaran una habitación con alcoba; pero nuestras cámaras se comunicaban a través de una gruesa puerta de madera, tallada y encerada con esmero, que debía de pesar lo suyo. Luego fuimos a ver a los caballos, como si monseñor Lourenco fuera un fámulo o el mozo de cuadras de su palacio, y parecía hablar con ellos mientras les acariciaba la crin y ordenaba que les cuidaran con todo el mimo que requerían.

—Estos caballos están exhaustos —dijo—; para cuando os vayáis os proporcionaré caballerías nuevas, fuertes y descansadas, puesto que a buen seguro os queda un largo trecho que recorrer.

—Eso depende —dije—, si me dejáis arrancar la página del libro del peregrino donde está registrado mi matrimonio, nos iremos más que de prisa; embarcaremos en el primer barco que se dirija a Mallorca o pase cerca de la isla.

—O que vaya a Bugía —dijo Cara de Rosa.

El cardenal Lourenco se detuvo y parpadeaba en silencio, la mirada perdida, como si estuviera sacando una cuenta muy larga de cabeza.

—¿El libro del peregrino?

—Denis Couronne dijo que estaba aquí, en Roma, en la basílica de San Pedro, que es donde una reliquia como la que contiene el libro tiene que estar.

—¡Ah, ya caigo! Os referís al libro que robó Miguel Senté y que devolvió el hermano Ramón Santos.

Extraje la misiva que me había dado Denis Couronne y se la tendí al cardenal.

—Me temo que todo está explicado aquí.

Mientras el cardenal leía con avidez la carta del hermano mayor Denis Couronne me fijé en las expresiones que iba tomando su rostro; pasaba de la sorpresa a la incredulidad y de la incredulidad a la sonrisa bonachona. Cara de Rosa, en cambio, parecía bastante ajeno a lo que pasara por la mente del cardenal, porque aprovechó para preguntar a Luba en voz baja:

—¿Qué es un cardenal?

—Es el título más alto que concede el papa —dijo nuestro guía, bajando a su vez la voz—; el colegio cardenalicio es el encargado de escoger a los papas, cuando es necesario; su deber, además, es aconsejar al papa, y suelen recibir un título presbiteral; monseñor Lourenco tiene a su cargo la basílica de San Sebastián, bajo la cual hay varios pisos de galerías fúnebres donde los cristianos enterraban a los mártires de las persecuciones, puesto que el derecho romano prohibía profanar las tumbas y podían acogerse a sagrado, como quien dice. Existe todo un laberinto de galerías de enterramiento bajo el suelo de Roma, y en las intersecciones de los túneles se abren capillas con altares y con pinturas al fresco.

—¿He oído algo de San Sebastián? —dijo el cardenal, habiendo leído la carta y exhibiendo la mejor de sus sonrisas.

—Les explicaba, monseñor, que poseéis el título presbiteral de la basílica de San Sebastián.

—Precisamente acabo de leer la carta y el libro del peregrino al que se refiere fue llevado desde la basílica de San Pedro a la de San Sebastián, junto con otras reliquias directamente relacionadas con la pasión de Nuestro Señor Jesucristo; lo que sucede...

—¿Qué sucede? —interrumpí con vehemencia—. Tenéis que dejarme arrancar la página donde el rector Arcillares inscribió mi matrimonio con María, monseñor, me va en ello la vida.

Estuve en un tris de arrodillarme, y es seguro que monseñor Lourenco leyó

la súplica ardiente en mis ojos y supo que era verdad, que mi vida pendía del hilo de la tan traída y llevada página. Hizo ademán de bendecirme y me dijo:

—Tendrás tu página, hijo mío.

Aquella noche, mientras dormía, una mujer desnuda se deslizó dentro de mi cama. No la oí entrar en mi cámara, pero sí percibí sus movimientos sigilosos para introducirse debajo del embozo. Lo cierto es que hacía tiempo que esperaba algo extraordinario, y el hecho de que hubiera una doncella capaz de meterse en mi lecho nada menos que en casa del cardenal Lourenco, que parecía ser el hombre más bondadoso del mundo, era ciertamente algo insólito. Pese a que era completamente de noche, había en la estancia algún tipo de resplandor o fosforescencia que me permitía ver el rostro de la recién llegada; pensé que quedaban algunos rescoldos encendidos en la chimenea, o que era una noche muy calmada, una de esas noches con una enorme luna llena cuyo resplandor se colaba por los intersticios del ventanal; pero no recordaba haber visto la luna la noche anterior, mientras cabalgábamos sin tregua hacia la ciudad Santa. Lo que veía, por otra parte, era un rostro muy agradable; la tez parecía oscura, tal vez por la poca luz, los ojos rasgados, vivos en la oscuridad, las cejas largas, rectas, bajo un pelo lacio y sedoso que acaricié con la mano; mis dedos se posaron en la nariz, los labios carnosos, calientes, ardientes casi, como el aliento que emanaba; mi mano llegó a su cuello largo, fibroso, a las clavículas duras, protuberantes y a los pechos pequeños, de pezones prominentes; bajé a las caderas, huesudas, porque la muchacha estaba muy delgada, los muslos firmes, las piernas largas.

—Bésame —dijo, en un susurro.

—No.

—¿Por qué?

—Sé que no eres real.

—¿Ah, no? ¿Qué crees que soy?

Tenía la voz dulcísima, como una música que se desgranara en el oído, y los labios carnosos ciertamente invitaban a besar.

—No creo que seas de este mundo.

Dejó oír una risita deliciosa. Guió mi mano hasta su pecho y la depositó suavemente sobre la piel de esa parte de su anatomía que nunca debía de ver



el sol. Me di cuenta de que estaba sudando, como si se quemara por dentro.

—No creas que soy una furcia; soy la sobrina del cardenal.

Aunque su voz seguía siendo sumisa, por el modo de hablar intuí quién era.

—Márchate de mi cama —dije.

—Tómame —su voz adquirió un leve tono grave, como si se le escapara un registro atroz.

—Sé quién eres; me pregunto por qué no has entrado en la cámara de Cara de Rosa, ¿o es que te has equivocado?

—¡Tómame! —urgió.

—Pensé que podía tratarse de Ana, la hija de Francisco Tobar, pero ya veo que no; si ahora te tomara, tú me robarías la vida, porque eres nada menos que el capitán Olmos.

Ya mientras le hablaba había empezado a sacar una lengua larguísima, que se desenroscaba como una serpiente. De pronto se encendieron todas las velas de la habitación y una luz exagerada llenó la estancia. Había fuego en sus ojos mientras las serpientes de su boca se multiplicaban, se enroscaban a mi cuello, a mis manos y a mis pies, sujetándome y estrangulándome. La vista empezó a empañarseme, mientras la hermosa muchacha con el pecho lleno de serpientes, la de la piel atezada, se tornaba azul, y su cuerpo escuchimizado engordaba sobremanera, se cargaba de músculos y se agigantaba; su cabeza, monda y lironda, era la cabeza cerúlea, cornuda del capitán Olmos tal como le habíamos visto en la Capilla Santa de París. Temí que ya hubiera matado a Cara de Rosa, antes de venir a dar cuenta de mí; busqué desesperadamente un crucifijo, agua bendita, lo que fuera; pero ya no podía ni pensar, estaba perdiendo el sentido, me estaba muriendo, al no poder respirar, estrangulado por las serpientes.

Solo entonces se abrió la puerta de par en par, aquella puerta labrada que debía de pesar tanto como la losa de un sepulcro, y entró Cara de Rosa blandiendo un crucifijo de fuego. Se acercó, con paso decidido, al cornudo Olmos, que empezó a contorsionarse y a gemir como si lo estuvieran traspasando con hierros candentes; retiró todas las serpientes que le salían de la boca y de las manos y pugnaba por protegerse de la luz vivísima, en forma de cruz, que le estaba dejando fuera de combate. Empequeñeció sobremanera, fue otra vez aquella doncella delgada, de cabello negro como el carbón, y luego se esfumó dejando un hedor acre en el ambiente. En cuanto desapareció, la cruz de Cara de Rosa dejó de arder, y era un crucifijo igual

que el que había sobre la cabecera de mi cama, solo que mucho más grande. Cara de Rosa vino a socorrerme. Me dio agua con la jarra y me entró un ataque de tos.

—¿Por qué has tardado tanto? —dije, en cuanto pude hablar.

—Una mocita deliciosa se había metido en mi cama.

—¿Era el capitán Olmos?

—No, era una mocita deliciosa.

—Ana, la hija de Tobar.

—Para ser la hija del diablo era muy hermosa.

—No es hija del diablo; Olmos sí lo es, o está poseído por él.

—En sus ojos vi cómo esa alimaña te atacaba; me entregó la cruz que colgaba de la pared, pero envuelta en llamas, y abrió la puerta para que entrara aquí. La cruz pesaba como una montaña, y sin embargo ahora no pesa nada; la mocita... ¡Ojalá haya vuelto a mi cama!

Cuando logré levantarme abrí la ventana para que se disipara la pestilencia insoportable que había dejado el diablo.

—Sabes que no me atraen estas cosas —dije—, pero esta noche quiero acabarla en tu cama, con mocita o sin mocita.

Las velas de todos los candelabros parpadeaban con el aire que entraba por el ventanal; vi que no había luna en el cielo, y luego me apoyé en el brazo de mi amigo para caminar.

Tal como me temía, no había moza alguna en el lecho de mi amigo Cara de Rosa; todo había sido una ilusión propiciada por Ana, la hija de Tobar, sin duda para protegerle del capitán Olmos, quien debía de considerar ventajoso quitarme de en medio y evitar que consiguiera el libro del peregrino y había empezado la caza por mi pobre persona. Me dormí profundamente y no sé lo que soñé, pero sin duda fue algo horrendo, porque cuando desperté tenía toda la ropa desordenada y Cara de Rosa me miraba con recelo. Me puso la mano sobre la frente y dijo:

—¿Tienes fiebre? Te has pasado la noche gritando y te aferrabas a mi costado como si fuera una tabla de salvación.

—No tengo nada. Solo que sé que lo que vi anoche se repetirá; Olmos tiene dentro el diablo y no cesará hasta darnos muerte.

Esta vez Cara de Rosa no se lo tomó a broma.

—Estaremos prevenidos —dijo.

Apenas bajamos, un siervo nos dio aviso de que el cardenal Lourenco nos aguardaba en el salón; pero no era cierto, tuvimos que esperarle nosotros, aunque entretuvimos la espera comiendo pan con leche y miel, más uvas pasas, higos secos y vino dulce. Esperamos inútilmente a que Luba se nos uniera y luego supimos que ya se había marchado, diligente y humilde como siempre, con la satisfacción del deber cumplido. Cuando al fin compareció el cardenal, estábamos muy entonados y el vino me había aliviado el peso de las visiones nocturnas.

—¿Cómo habéis dormido, hijos míos?

El cardenal Lourenco exhibía su sonrisa característica, llena de bondad, de modo que decidí sincerarme con él.

—No muy bien, monseñor. Anoche me atacó el demonio, y no es la primera vez.

El pobre cardenal no se lo podía creer.

—¿Aquí, en mi casa?

—Por lo poco que yo sé, el demonio tiene mucho poder.

El cardenal Lourenco se sentó a mi lado y se me acercó mucho, como disponiéndose a oírme en confesión.

—Lo que voy a decir es, ciertamente, un secreto de confesión, pero mi amigo Cara de Rosa debe oírlo, puesto que también le incumbe a él.

Le conté de pe a pa toda mi historia, empezando por la primera vez que di la mano a María, durante la ejecución de Martín Prim, y terminando por la nefasta intromisión de la jovencita falsamente endeble de anoche.

Monseñor Lourenco se quedó pensativo. Me miró con los ojos empañados de lágrimas y me dio la absolución; nos la dio a los dos, a Cara de Rosa, que había intervenido contando sus muchos pecados de la carne, también se la dio.

—Dios te bendiga, hijo mío. Dios os bendiga.

—¿Qué se puede hacer contra el diablo?

—Os daré esta daga en forma de cruz, que contiene una reliquia valiosísima: una astilla de hueso nada menos que de San Pablo, que dijo: «Vestíos de la armadura de Dios para estar firmes contra las asechanzas del diablo. Porque lucharéis contra los gobernadores de las tinieblas, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. Vuestro escudo es la

fe en Dios y en su Hijo Jesucristo, con el que se pueden apagar todas las flechas encendidas del maligno». Esta daga es la espada del espíritu, que es la palabra de Dios.

Agradecí la confianza de aquel cardenal excelente y hombre santísimo, ensalcé su sabiduría, y luego me atreví a preguntarle:

—¿Y el libro del peregrino? ¿Me daréis la página donde se registra mi matrimonio con María? Podéis creer, monseñor, que esa es la razón de mi vida.

—Tiene que ser esa y la fe, hijo mío; si no, no conseguirás tu objetivo.

Miré a Cara de Rosa de modo significativo, y él bajó la cabeza, porque sabía lo que pensaba.

—La fe, la verdad sea dicha, nos flaquea a veces a los dos.

—Por eso os acomete el diablo.

—¿Daréis la página del libro del peregrino a este pecador, monseñor?

—Tendrás tu página, hijo mío; pero yo ya no tengo el libro.

Creí que iba a desmayarme; por fortuna estaba sentado y logré sostenerme. El cardenal Lourenco debió de alarmarse con mi palidez, porque en seguida continuó:

—Lo tiene el hermano Fangipani, patriarca de la familia actualmente asentada en el Coliseo, donde el pueblo romano llevó a cabo tantas barbaridades; los Fangipani regentan el antiguo circo desde hace muchos años, y lo han convertido en una fortaleza, pero descuidada, hijos míos, una fortaleza cristiana. Yo mismo os acompañaré a ver al patriarca para que os permita arrancar la página que tiene nublados los ojos de los hombres acerca de la verdad de vuestro corazón.

Si queréis creer que dejé de vivir hasta tanto no viera al patriarca Fangipani, señor García Santana, comprenderéis que no os cuente nada más de los días que pasamos en Roma hasta tanto no fuimos a verle. Fue una tarde soleada en que parecía que en lugar de mediados de mayo ya nos hallábamos en pleno verano. A la vista del cardenal, los guardianes nos dejaron pasar sin salvoconducto; estaban, naturalmente, avisados de nuestra visita y nos condujeron a la pequeña iglesia que había sido construida en el antiguo estadio donde tantos gladiadores habían encontrado la muerte y tantos cristianos el martirio. El patriarca Fangipani estaba arrodillado frente al altar, vestido de obispo, y al cardenal Lourenco se le iluminó el rostro nada más verle y apresuró el paso hacia él; pero yo le retuve, víctima de un presagio.

—¿Qué ocurre?

Me llevé el dedo índice a los labios, indicando silencio, y avancé con sigilo hacia el orante. Le puse una mano sobre el hombro y cuando se volvió tenía los ojos vacíos, supurando sangre, y una mueca terrible en la boca desdentada: era el espectro del obispo Moncada. Sabía lo que pasaría a continuación: Moncada se transformaría en Ana, la hija de Francisco Tobar, o quién sabe si en el propio Francisco Tobar, si es que no había muerto en uno de esos altercados terribles en los que andaba metido, y luego sería el cabezón azul, cornudo, del capitán Olmos, poseído por el diablo, y nos atacaría a todos con las innumerables serpientes de su vientre, de modo que me llevé la mano al cinto para sacar la daga en forma de cruz que me había dado el propio cardenal Lourenco, pero ya era demasiado tarde. El espectro del obispo se encasquetó la mitra sobre la calavera y desató un vendaval fétido que le salía de la mandíbula descarnada y de las cuencas de los ojos; los cuernos, que parecían de hierro candente, traspasaron la mitra, y sus manos azules, porque ya era el capitán Olmos, el poseído, tenían diez serpientes en los dedos. Nos rodeó el pescuezo y nos arrastró, volando a través de la bóveda, hasta el hipogeo del Coliseo, donde la familia Fangipani había reconstruido parte de la cubierta de madera sobre la que antiguamente se situaba la arena. Caímos desde lo alto, y no nos rompimos la crisma porque estábamos en manos de una fuerza sobrenatural, por mucho que fuera maligna. Olmos nos ató a Cara de Rosa y a mí a sendos postes, usando para ello las serpientes de sus manos, y dijo al cardenal Lourenco, con una voz horrisona, pero muy baja, como de ultratumba:

—Marchaos, si no queréis perder también la vida.

Pero cuando acabó de decir estas palabras Olmos tenía ya una voz muy bien timbrada, suave y angelical, como la de la joven que se había metido en mi lecho, y se había transformado en una muchacha envuelta en un manto de fuego, con un arco y flechas también de fuego, y sonreía con una sonrisa seductora, tanto que de pronto ya no nos importaba morir asaetados por aquella beldad.

—Creo que aquí se acaba todo —dije.

Y Cara de Rosa asintió:

—Nunca me importó morir, y menos a manos de una mujer tan hermosa.

Era hermosa; tenía la cabellera de fuego y los ojos verdes, resplandecientes en una sonrisa muy dulce; solo su boca, cuando la abrió, estaba todavía

atiborrada de serpientes. Cargó el arco y disparó la primera flecha, directamente al corazón de Cara de Rosa, y luego la segunda, con destino al mío, a mi pobre corazón de enamorado.

—Adiós, María —susurré—. Hice cuanto pude por librarle de las garras de Nicolás Mercader.

Cerré los ojos y me dispuse a morir.

Pero monseñor Lourenco consiguió llegar a mi cintura, desenvainar la daga de San Pablo y blandirla frente a las flechas del maligno, que en seguida se desviaron a las gradas del Coliseo, se transformaron en cientos de hombres y mujeres envueltos en llamas que pasaron de los vítores y el jolgorio a la decepción y el mutismo, mientras se apagaban primero en carbones humeantes y luego desaparecían como por ensalmo, igual que el capitán Olmos, que fue primero el hombrón azul cerúleo de las últimas visiones y luego un perro que se alejaba corriendo y gimiendo, con el rabo entre las piernas. En cuanto nos vimos libres, abrazamos al cardenal Lourenco.

—Grande es el poder de la fe, hijos míos.

Volvimos a la iglesia y allí estaba el patriarca Fangipani, que resultó ser un hombre de altura considerable y aspecto fuerte como un campesino. De mutuo acuerdo, nos abstuvimos de mencionar la infausta visita de Olmos, poseído por el diablo, pero mientras cenábamos, puesto que nos invitó a cenar en una sala abovedada, cerca de la cocina habilitada en las antiguas mazmorras, le dije:

—Tengo entendido que obra en vuestro poder un libro muy querido, que contiene algo de vital importancia para mí; lo llaman el libro del peregrino.

—Se trata del libro que robó Miguel Senté —terció el cardenal Lourenco—, para llevárselo a Solsona, y que el beato Ramón Santos, nuestro bien amado hermano, recuperó para devolverlo a la Asamblea de San Luis.

Explicó la parte de mi historia que me atañía directamente a mí y al registro de mi matrimonio con María en una de las páginas del libro.

—¿Dejaréis que arranque esa página? —dije, con el corazón en vilo.

—Verdaderamente —sonrió Fangipani— es una historia conmovedora.

Bebió un trago de vino y añadió:

—Por lo que a mí respecta, podéis arrancar la página, con cuidado de respetar el resto del libro. Lo que ocurre es que mi hijo Adelpho Fangipani se lo ha llevado a Egipto, donde quiere rememorar el desembarco de San Luis y terminar la Cruzada que interrumpió la peste. Sabréis sin duda que el libro

fue encontrado allí, en la toma de la ciudad de Damietta.

Me sentí desfallecer; Egipto, Damietta... No tenía ni idea de dónde quedaba eso, pero desde luego debía de ser muy lejos, si se trataba de reemprender la Cruzada del rey a quien aquellos devotos llamaban San Luis. Palidecí y dije, con un hilo de voz:

—¿Dónde está Egipto?

—Un momento; antes de la partida, Adelpho tenía que velar sus armas, junto con el libro, en las antiguas sepulturas subterráneas, bajo la basílica de San Sebastián.

—La basílica de San Sebastián es de mi jurisdicción —se apresuró a decir monseñor Lourenco—, de ser así yo debería estar al corriente de eso.

—Mi hijo es muy impulsivo; es de los que creen que la fe puede ganarse con la espada, pero la suya es una fe acendrada y verdadera; vos mismo le ungisteis y le disteis libre entrada en las tumbas de San Sebastián, si no recuerdo mal.

—Es cierto.

El patriarca Fangipani compuso un gesto angelical.

—Hijos míos —dijo el cardenal Lourenco—, si Adelpho Fangipani aún está velando armas, mañana mismo tendréis vuestro libro.

—¿Y si no? —dijo Cara de Rosa.

—Pondré a vuestra disposición los medios para darle alcance.

—No creo que haya acometido una empresa tan grande —dijo Fangipani— sin despedirse de su padre.

Al día siguiente el cardenal Lourenco en persona nos condujo a la basílica de San Sebastián; preguntó al diácono que en aquel momento estaba al cuidado de la iglesia si habían visto al joven Adelpho Fangipani, y el diácono le remitió a un cura muy viejo y encorvado que salió de dentro de un confesionario, temblando como un azogado. Era el padre Cosimo, pero si me hubieran dicho que era un superviviente de los tiempos de los mártires casi lo habría creído.

—Adelpho Fangipani lleva varios días ayunando en las tumbas —dijo el padre Cosimo.

El cardenal nos guió hasta la capilla de las reliquias, y desde allí bajamos a

las galerías subterráneas por una escalera muy hosca que rezumaba humedad.

—Las piedras sudan —dijo Cara de Rosa.

—A veces sudan sangre —dijo el cardenal Lourenco, y había en sus ojos una seriedad absoluta.

Pasamos a unos corredores angostos que me tenían el corazón encogido, pues pensaba que allí abajo, en aquel lugar siniestro, iba a faltarme el aire y me iba, cuando menos, a desmayar, si no dejaba la piel de puro susto.

—No os separéis de mí —dijo el cardenal—. Muchos son los que se han perdido en estos conductos laberínticos, y a veces resulta tan complicado encontrarles que cuando lo logramos ya están muertos, puede que hasta reducidos a puro esqueleto.

Me agarré a Cara de Rosa, y vi que él también tenía un sudor frío en las manos y tampoco le llegaba la camisa al cuerpo.

—Suelta...

Por suerte la voz del cardenal Lourenco resultaba sonora y reconfortante, pese a perderse en el eco de los túneles:

—Las galerías son lugares de culto y enterramiento —decía—; muchas de ellas construidas antes de la muerte de San Pedro. Los romanos las respetaban, pero aun así nunca se construían en trazados rectilíneos, sino formando complicados vericuetos, y los pasillos, como veis, siempre eran angostos, de paredes verticales, para dar cabida a varios niveles de nichos.

Me tranquilicé ligeramente al oír el tono calmado de su voz y pude examinar las paredes, recubiertas de estuco, de modo que con la parca luz de las lamparillas de bronce que colgaban del techo aquello parecían conductos excavados en rocas de mármol, cuya frialdad aun hacía más descorazonadores a los recintos. También había pinturas al fresco, algunas de ellas rudimentarias, pero otras hechas con bastante maestría. Abundaban las palomas, figurando el alma, los pavos reales, que al parecer simbolizaban la eternidad, y los peces, que representaban a Jesucristo; había también monedas, fijadas a los nichos, como si los muertos hubieran de alquilar su lugar en el cielo.

—Todo esto es muy tétrico.

—Al contrario —dijo el cardenal Lourenco—, como sabéis la doctrina cristiana preconiza que la verdadera vida, la verdadera felicidad, si hemos sido justos, nos llega después de la muerte, de modo que este debería ser un lugar de regocijo.



Opté por callar, pero mis pensamientos no podían ser más lúgubres en aquellos momentos; aquello era un sitio ideal para que nos atacara Olmos y nos dejara enterrados en el seno de la tierra.

—Hay en Roma más de sesenta cementerios como este —dijo el cardenal Lourenco—; la ciudad de la vida se alza sobre la ciudad de la muerte.

Sus palabras no me apaciguaban el ánimo. Descendimos a cavidades cada vez más profundas, donde de trecho en trecho aparecían cubículos más amplios, que me daban un pequeño respiro. Había una especie de plazoletas, en las intersecciones de las galerías, y allí se habían instalado capillas con altares, profusamente decoradas con pinturas, de modo que yo pugnaba por convencerme de que estábamos en la superficie y que los nichos eran ventanales al aire libre; inútilmente, todo hay que decirlo, porque el corazón me latía desordenado y parecía que me iba a estallar en el pecho.

—Estás muy pálido, hijo mío.

—Debe de ser la luz.

Alcanzamos la galería llamada de San Sebastián, con una imagen del santo en el altar; aquel pobre hombre cruelmente asañado no era lo más alentador que podía haber contemplado en aquellos momentos, por mucho que su cara fuera hermosa y trascendiera conformidad y gracia de Dios.

—Aquí se celebran a veces banquetes fúnebres —anunció el cardenal Lourenco.

Me pareció que todo retumbaba, como si afuera se hubiera desatado una tormenta; pero hallándonos tan tierra adentro no podía ser eso, sino un terremoto; de pronto tuve la certeza de que Olmos, aliado con el diablo, iba a enterrarnos bajo una capa muy gruesa de cascotes, sepultarnos en vida, y estuve a punto de salir corriendo; sé que si no lo hice, señor García Santana, fue porque me habría perdido en el laberinto de pasadizos y entonces era seguro que no habría salido con vida de aquel antro.

—Ahí está —dijo el cardenal Lourenco.

—¿Quién? —pregunté sobresaltado.

Miré al hombre arrodillado frente al altar, revestido de cota de malla, con un escudo en el suelo, rodeado de maza y espada, y estuve parpadeando un buen rato para cerciorarme de que no era el diablo. Pero levantó la vista y tenía los ojos perfectamente azules, bajo los bucles rubios de su cabellera; la barba también la tenía rubia, y daba la impresión de ser muy joven y muy fuerte, aguerrido.

—¡Querido Adelpho Fangipani! —dijo el cardenal.

Adelpho besó el anillo del cardenal y luego escuchó sus explicaciones.

—Este joven —dijo Lourenco— ha venido de muy lejos en busca del libro del peregrino.

Y contó toda mi historia, al menos todo lo que él sabía de ella.

—Necesita el libro para arrancar la página donde está registrado su matrimonio —concluyó—, y cuenta con el beneplácito de vuestro padre.

—¡Cuidado! —gritó Adelpho, abriendo mucho los ojos.

Se puso en pie de un salto y blandió la espada contra el enemigo que se nos venía encima, que era un monstruo de siete cabezas, todas ellas mondas y lirondas, todas ellas azules y coronadas de cuernos incandescentes: Olmos se había multiplicado por obra de las fuerzas del maligno.

Quedamos paralizados de espanto, el cardenal también, pero por fortuna Adelpho nos defendió bravamente; cortó una cabeza del dragón con cara de Olmos y la capilla se encharcó de sangre pegajosa; cortó otra cabeza y las paredes se encendieron en llamas; cortó otra cabeza, y otra, y cayó un pedrisco de hielo del tamaño de huevos de gallina, y luego brotaron serpientes de todas las sepulturas y los esqueletos enterrados se reían a mandíbula batiente, y a continuación se produjo un relampagueo intenso, seguido de truenos horrisonos, y no había duda de que la tierra iba a engullirnos en sus fauces. Adelpho cortó otra cabeza, pero el dragón le arrancó el corazón de un zarpazo, para vomitar acto seguido un chorro de inmundicias. Aquel joven intrépido iba a morir a manos del dragón que era Olmos, poseído por el diablo, a quien todavía quedaban dos cabezas; entonces me sobrepuse, empuñé la daga y me acerqué a la bestia dispuesto a cortarle otra cabeza. Se amilanó, a la vista de la daga, y en cuanto le corté la sexta cabeza, la que le quedaba puso los ojos en blanco, y el monstruo gimió como un perro, como cien perros heridos y se perdió corriendo al fondo de las galerías, llevándose todos los fenómenos extraordinarios que había desatado contra nosotros.

—Ayuda —suspiró Adelpho.

Nos aprestamos a socorrerle, pero fue en vano: estaba herido de muerte. Monseñor le dio la absolución.

— *Ego te absolvo a peccatis tuis in nomine Patris...*

Antes de que expirara, el cardenal Lourenco todavía le urgió:

—Hijo mío, vas a entrar en el paraíso, pero dime ahora dónde está el libro

del peregrino.

Adelpho sonrió, tocado de una luz purísima que limpió toda la sangre de su rostro:

—Está a buen recaudo, en Egipto.

Y expiró.

El patriarca Fangipani mandó colocar el cadáver de su hijo sobre un lecho de flores, y lo llevaron en parihuelas a través de la ciudad de Roma, con un cortejo de doncellas descalzas, con túnicas blancas, que parecían vestales. Entraron con antorchas en la basílica de San Sebastián, desfilaron hacia la capilla de las reliquias y descendieron a las galerías subterráneas, que al inundarse de luz y de pétalos de flores ya no tenían el aspecto tétrico que me había sobrecogido el día anterior, sino que parecían la antesala del Paraíso. El cardenal Lourenco celebró la misa de difuntos en la capilla de San Sebastián y, cuando explicó en el sermón que aquel joven arrojado había muerto en dura lucha para derrotar al diablo, hubo lágrimas en todos los fieles que llenaban la cripta. El patriarca Fangipani era el que más lloraba, tanto que parecía que iba a morir de pena. Luego procedieron a enterrar a Adelpho debajo del altar, como si fuera un ministro del Señor, y antes de darle sepultura pasaron a su lado todas las vestales y le tiraban una flor con una sonrisa. Conocí a la última en desfilar; apenas se cubría con un manto blanco y era tan etérea que no parecía pisar el suelo; se inclinó y besó al hermoso joven en la mejilla, que incluso parecía sonrosada, respetada por la frialdad de la muerte: era Ana, la hija de Francisco Tobar.

Una semana después, cuando pudo contener su aflicción, el patriarca Fangipani volvió a recibirnos en el Coliseo, pero esta vez no hubo intromisiones de Olmos, quizá lo suficientemente escarmentado para no importunarnos nunca más. El cardenal Lourenco también vino con nosotros, pero fue Cara de Rosa el primero en agacharse a recibir la bendición del anciano; porque ahora aquel hombre, que antes nos diera la impresión de ser fuerte como un roble, parecía haber envejecido lo menos veinte años.

—Tú te pareces un poco a mi hijo Adelpho —dijo el patriarca—; tienes su misma belleza.

—No sé cómo pueda aliviar vuestro dolor —dijo Cara de Rosa—, mi señor.

Entonces aquel hombre apesadumbrado se dirigió a mí y dijo:

—Aliviaréis mi congoja si sé que la muerte de mi hijo no ha sido en vano. Id en buena hora a Egipto y arrancad la página del libro del peregrino que os pertenece.

Hizo sonar una campanilla y entró un hombre muy joven, casi un niño, en la expresión de su rostro, pero de aspecto ágil y fuerte.

—Este es mi hijo Dustino; es el más joven de mis hijos, pero no el menos intrépido. Embarcaréis con él en la nave *Giulia* y viajaréis hasta Egipto. Allá, en Damietta, encontraréis a la gente de la Asamblea de San Luis dispuesta a iniciar una nueva Cruzada. Dustino os servirá de guía. Ven aquí, Dustino...

Dustino Fangipani se arrodilló ante el patriarca y recibió su bendición con una sonrisa; tenía una melenita lacia, sedosa, y una flexibilidad endiablada.

—Señor, no quisiera que por nuestra causa perdierais otro hijo; no quiero ni pensar en esa posibilidad.

—No he perdido a ningún hijo, amigo mío; un hijo que derrota al diablo no se pierde nunca, sino que se gana el cielo.

—Señor...

—No se hable más del asunto; daré a mi hijo los salvoconductos y las instrucciones precisas. Viajaréis con él, arrancaréis la página del libro y tendréis lo que es vuestro; con eso conseguiréis también a María, vuestra bien amada mujer. Y yo volveré a tener a mi hijo de regreso en casa, curtido en las lides del Señor.

## Capítulo 2

Embarcamos en el puerto de Civitavecchia, en una galeota provista de doce remeros por banda, lo cual la convertía en una nave rapidísima.

—Con este barco estaremos en Damietta en un periquete —dijo Dustino Fangipani—, y podrás tener tu libro y aun regresar con la Giulia hasta tu tierra.

La nave era ciertamente airosa, con su gran vela latina que hacía acopio de viento, como si los elementos se hubieran confabulado con los marineros para ayudarme.

Dustino, por otro lado, era un hombre jovial, sin duda debido a su corta edad, pero también a la educación privilegiada que había recibido y a su carácter emprendedor que, junto con su gran inteligencia y su agilidad física, le convertía en firme candidato a lograr sus nobles ambiciones, que se cifraban poco menos que en comerse el mundo. Antes de embarcar en el puerto de Civitavecchia nos llevó hasta los estanques termales del norte de la ciudad, piscinas azules bajo un cielo claro y frente al mar en calma, como una inmensa llanura que nos tendiera la mano para trasladarnos al otro lado del Mediterráneo, donde había florecido la antigua civilización egipcia. Claro que todo eso yo entonces no lo sabía, lo fui sabiendo de boca del propio Dustino, y del viejo capitán Domenico Cilea, un hombre con el pelo muy largo y ensortijado, todavía oscuro, y con un bigote enhiesto a quien nunca abandonaba una sonrisa de lo más afable, un lobo de mar que al parecer había hecho la travesía hasta Egipto muchas veces. Cuando estuvimos en las termas, reconfortados por el agua caliente bajo el frío de la tarde invernal, llené mis ojos de los tres azules, el del cielo, el del mar y el de los aljibes, y luego miré los esqueletos de las higueras antes de zambullirme en el agua y

permanecer en el fondo por mucho tiempo, todo el que dieron de sí mis pulmones, hasta que la vi: vi a María descalza sobre el agua, con la más acogedora de sus sonrisas, y me dijo:

—Ánimo; ya estamos muy cerca; más cerca que nunca.

—Siento que ahora estoy más cerca que nunca de María —le dije a Cara de Rosa—, y tú de Carmen, por supuesto.

—¡Hum, ojalá sea así!

Pusimos rumbo a Sicilia, que desde hacía pocos años obraba en poder de la Corona de Aragón, y contábamos con desviarnos luego hacia la isla de Creta y después continuar viaje hasta Damietta. El capitán Domenico Cilea, que era un individuo alegre donde los hubiera, competía en optimismo con el joven Dustino, y contaba patrañas de sus muchos viajes a Egipto, relatos exagerados en los que indefectiblemente salían seres mitológicos, sobre todo aquellas mujeres de belleza inconmensurable que atraían a los navegantes con sus cantos desde los tiempos de Ulises, de cuya figura yo no tenía noticia, pero que entonces aprendí a admirar. Cada vez que las describía, las mujeres resultaban más hermosas, y sus cantos más dulces, de modo que nos entraban muchas ganas de perdernos en su refugio con el capitán, sobre todo a Cara de Rosa y a Dustino, que parecía tan fogoso como mi amigo y era desde luego tan rubio y tan seductor como él. Cuando le pedí que nos contara otra historia de otro libro que hubiera leído, Domenico Cilea dijo:

—Yo no he leído ese libro ni ningún otro, entre otras cosas porque no sé leer; yo solo lo he oído contar.

Lo describía todo con unos tintes tan vivos y con tal entusiasmo que parecía que lo hubiera escrito él; empuñaba la espada, luchaba contra los monstruos y acariciaba la melena rubia de Dustino o de Cara de Rosa hundiendo las narices en sus bucles, como si realmente se tratara de dos mujeres hermosas.

—¡Quita allá!

Pero cuando habiendo arribado al puerto de Mesina, al que los antiguos llamaban *Zancle* por su forma de hoz, Domenico Cilea se llevó a sus dos amigos, Dustino y Cara de Rosa, a visitar una cueva como la de las beldades que refería en sus cuentos griegos, y fracasó estrepitosamente. En lugar de beldades había en el serrallo moras viejas y sucias que nadie se atrevía a

tocar, pues daban grima con solo verlas, y cuando les pidieron que cantaran, que llenaran el antro con sus voces atipladas, por ver si la melodía fascinante obraba el milagro de convertirlas en doncellas fantásticas, flores luminosas en la noche incontinente, cantaron con voces cascadas, de modulaciones bajas, monótonas, que más que deleitarlos laceraban a los oídos.

—¡Vámonos de aquí; menudas sílfides nos has propuesto tú!

Salieron de la cueva, deambularon por el muelle, mientras la noche se volvía lúgubre y muy húmeda, a pesar del fuego de las antorchas, y cuando ya se acercaban a la Giulia, cuyos galeotos cantaban con lamentos ciertamente más armoniosos que los de cualquier doncella imposible, les salió al paso una moza descalza, embozada con un velo, que se había perdido en las sombras o lo fingía muy bien. Se la llevaron a la taberna, le pusieron una corona de rosas blancas y la invitaron a bailar al son del pandero. Pero no era Ana, la hija de Tobar; Cara de Rosa podía atestiguarlo, porque la había apretado muy fuerte entre sus brazos, mientras le contaba su historia hecha de renunciadas, pues se trataba de la hija de una de aquellas náyades viejas de la cueva, aquellas que como ella habían sido jóvenes y habían perdido la lozanía de los miembros y la sonoridad de las voces en los brazos de cientos de marineros alejados de su patria, como el Ulises que fabulaba el capitán Domenico Cilea.

—Canta —dijo Cara de Rosa—, a ver si es verdad que estos marineros enloquecen al son de tu voz y me dejan a solas contigo.

—¿Quién dice que tú no vas a enloquecer?

—Canta; tú límitate a cantar...

Y la doncella, que se llamaba Nereida —o dijo ser una nereida con todo el cuerpo de mujer— cantó con una voz incomparable. Los hombres cerraron los ojos y creyeron encontrarse en alta mar, mecidos por el suave vaivén de las olas bajo una luna redonda como un caldero de bronce; cerraron los ojos y empezaron a soñar, y los viejos se creyeron jóvenes, y los que aún no habían encanecido se creyeron felices. Cara de Rosa la besó en la boca, para ahogar su canción, y sus labios sabían a sal y sus manos eran las manos de Carmen, la hija del cónsul Batlle, y conocían todos los secretos del amor.

—Hemos estado en la cueva de las sirenas —dijo al regresar—, y es cierto que su canto es susceptible de hacer enloquecer de amor.

—Si es así —dije yo—, siento no haber ido.

—Con solo entornar los ojos te habrías encontrado en brazos de María, y

esta vez habría sido para ti solo.

—Mañana iré con vosotros.

—Mañana estaremos en alta mar —dijo Domenico Cilea.

Y en efecto, al día siguiente fondeamos en Regio de Calabria, que se situaba justo enfrente de Mesina, con un telón de fondo de playas amplias, fortalezas que debían de defender el estrecho y el rico tráfico marítimo que propiciaba, y montañas azuladas en la lejanía que yo me emperraba en asociar con las fértiles prominencias de Mallorca, salpicadas de olivos, donde me esperaba el amor a mi regreso con la página del libro que ahora ya estaba completamente seguro de poder arrancar.

—Pronto volveremos a Mallorca —dije.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo presiento. Y llevaremos con nosotros el registro de mi matrimonio; el salvoconducto para mi felicidad, y la tuya.

—No creo que exista la felicidad —dijo Cara de Rosa—. Que pueda uno ser más feliz cuando alcance su objetivo de lo que es a veces mientras lo persigue; de lo que fui anoche, sin ir más lejos, en brazos de aquella que como yo mismo era hija del oficio de la carne.

—Como tú mismo...

—¿Olvidas acaso que yo también soy un hijo de puta?

—No digas eso.

—Lo soy, propiamente.

—Digamos que eres hijo de una cortesana veneciana; pero para ser sinceros yo puedo decir que a lo mejor soy hijo de un moro bien dotado y una villana ligera de cascos.

—A lo mejor.

—Y sin embargo, venero a mi padre, Juan París.

—¡Qué lejos parece todo el pasado!

—Ciertamente.

Cuando ya nos alejábamos de la orilla vinieron bailarines a agasajarnos con danzas rituales; estaban borrachos de vino, y sin embargo hacían cabriolas notables y cantaban con voces límpidas, como si las hubieran bruñido con vinagre. Cantaban canciones navideñas, aunque la navidad quedaba ciertamente muy lejos, y ello contribuía a hacerlas más nostálgicas e irreales; al fin y al cabo nos dirigíamos a Egipto, muy cerca, si nos parábamos a pensarlo, de donde había nacido el Salvador. Los bailarines fueron



achicándose con la distancia, hasta desaparecer completamente, igual que sus cantos.

—¡Qué lejos parece la Navidad —dije.

—¡Y qué lejos nuestra casa! —opinó Cara de Rosa.

Meneé enérgicamente la cabeza, negándome a pensar.

Navegamos durante varios días hacia el blanco litoral de Creta, en una de cuyas aldeas del sur contaba el capitán Domenico Cilea con hacer escala antes de dar el salto definitivo hacia las costas de Egipto. Hallándonos ya en el mes de junio el tiempo era de lo más recomendable para navegar, pese a lo cual se desató un viento porfiado que llegó a levantar olas rabiosas que desgranaban espuma en sus crestas, como si fueran barbas de ballenas o bigotes chorreados de monstruos como los que Domenico Cilea aún se solazaba en conjeturar. Me acerqué a los galeotes, aunque el capitán lo desaconsejaba encarecidamente, y supe que si bien recibían un trato muy humano para su condición, se habían despedido del mundo cuando habían sido confinados a galeras y solo los más creyentes confiaban poder ganarse el cielo purgando sus pecados amarrados al remo, que era su condena y, paradójicamente, su única esperanza de salvación. Pero había un remero, Abele Girolamo, que afirmaba, exasperado, que no había salvación posible, que el paraíso de los justos no era sino otra patraña de los poderosos que le habían encadenado al remo forzándolo a una muerte segura.

—¿Qué hiciste para merecer este castigo? —me atreví a preguntarle.

Me miró, ceñudo, y tardó mucho en contestar.

—Yo era pintor en Florencia; tenía como modelos a jóvenes, más que descarriadas, desprovistas de fortuna; las inmortalizaba en mis tablas, y para que sus rostros cobraran vida propia las mataba una vez terminado el cuadro...

—¿A cuántas mataste?

—Los mismos que me condenaron se recreaban contemplando mis obras y llamándome maestro; renegaron de mí, cuando descubrieron mis actos, pero no renegaron de mis imágenes.

—¿A cuántas doncellas mataste? —insistí.

—¿Cómo sabéis que eran doncellas?

Vi que no quería descifrar la magnitud de sus fechorías y ya iba a alejarme cuando dijo:

—¡También mataba mancebos; si me soltáis podría pintar a vuestro amigo sobre las mismas tablas de este buque; lo pintaría junto con el otro muchacho que tiene cara de niña, y luego los acuchillaría para enterrarlos en el mar!

Rio macabramente, con los dientes ensangrentados, como si se hubiera comido ya el corazón de Cara de Rosa, y me dije que aquel pobre diablo estaba enajenado, que seguramente ya había perdido el juicio antes de ser enviado a galeras y que más valía alejarse de él.

—¡Maté a treinta doncellas! —gritó a mis espaldas—. ¡Tal vez cuarenta, ja, ja, ja!

Reía a pleno pulmón, sobrepasando en potencia los bufidos del mar; pensé que exageraba, pero luego me dije que no era seguro, que a lo mejor se quedaba corto en el cómputo de sus crímenes. Yo me desvivía por encontrar a una mujer, por recuperarla, y aquel hombre las mataba una vez que había conseguido captarles el alma. Era un método infalible, porque esas mujeres seguirían siendo bellas para siempre, y nadie sino la muerte en galeras podría robárselas, y la muerte, ya es sabido, nos roba todo lo que somos, todo lo que queremos.

Fondeamos en Sougia, un puerto de pescadores situado en la costa sur de la isla de Creta, donde el capitán había estado muchas veces y sabía que podía repostar y aun tomarse un tiempo de descanso antes de emprender el resto del viaje. Todo el mundo le conocía, en aquel humilde lugar donde nos ofrecieron acomodo en casas bajas, en las que incluso con el buen tiempo la vida se disponía en torno al hogar, y Cara de Rosa y yo nos bañamos en una artesa grande, como solíamos hacer cada vez que llegábamos a casa, allá en la lejana Lérida, y mi madre no sabía negarse el gusto de acariciar la espalda de aquel exótico ejemplar masculino que era mi amigo. Nos alojábamos con la familia Damaris, y cuando llegó la noche de San Juan la celebraron encendiendo hogueras y asando un corderito que entraba y salía libremente del corral, se paseaba por la casa como si ya fuera de la familia y recibía las caricias de los niños, que lloraron desconsoladamente y no quisieron probar bocado. Aderezaron el asado con salsa de mostaza, vinagre y arrope y nos pareció como si estuviéramos festejando la ocasión en casa, como si no nos hubiéramos alejado tantas millas de nuestra tierra que ya ni sabíamos si podríamos volver. Diego, el viejo pescador, comía con sus manos reseca de

tanto chapotear en agua salada, y reía debajo del sombrero que no se quitaba ni de día ni de noche. Eugenia, su mujer, oronda como un promontorio de grasa y con unas tetas morrocotudas, pasaba los platos a Ariadna, la hija mayor, que sin embargo estaba en la flor de la edad, con una cabellera sedosa y brillante derramada sobre las espaldas y unos ojazos como luceros que parecían hechos para soñar. Después de la cena nos sentamos todos en torno a la hoguera y el patriarca obvió la celebración cristiana para explayarse en torno a la antigua mitología griega, seguramente influido por la magia incontrolable del solsticio de verano. Contó la leyenda del monte Ida, donde era notorio que Rea había escondido al dios Zeus, para salvarlo de la saña de su padre, Cronos, que quería darle muerte. Los niños habían olvidado al malhadado corderito y escuchaban embelesados; cuando se durmieron, Diego dijo:

—En tiempos minoicos, cuando el mundo estaba recién hecho y las montañas derramaban fuego, Dédalo ideó un laberinto para encerrar al Minotauro, que se alimentaba de siete donceles y siete doncellas que le eran ofrecidos anualmente, pues el monstruo solo comía carne humana. Eso fue antes de que Teseo lo matara, gracias a su ingenio y a la belleza de Ariadna. Y debéis saber que las doncellas entonces bailaban vestidas con sus mejores ropas rituales, perdidas en el laberinto, pero no desesperadas, porque se sabían elegidas para el sacrificio, y que la única parte que no se cubrían, además del rostro, eran los pechos, con los que trataban de engatusar a la bestia, por ver si respetaba sus vidas.

Levantó la mano, señalando el enramado de guirnaldas tejidas con flores que rodeaba la casa, en cuyo patio nos hallábamos, y luego la puerta de la vivienda, tras la cual asomó Ariadna ataviada con una falda larga y vistosa, con la cabellera suelta y la sonrisa complacida, y con dos pechos níveos al descubierto, sensualmente lamidos por el resplandor del fuego. Bailó sin otra música que el sonido de las palmas, acompasado por los adultos de la familia Damaris, pero fue un baile tan voluptuoso, tan lleno de embrujo, que estoy seguro de que aquella noche no hubo palacio en la tierra ni hueste en el cielo que gozara con un espectáculo mejor.

Zarpamos el día 27 de junio, día de San Arialdo de Milán, según dijo

Domenico Cilea, que no sé cómo sabía estas cosas, y habíamos recibido tan buen trato y los remeros habían descansado tan a su aire que casi habíamos olvidado nuestro cometido y puerto de destino, pero el primer día de agosto llegamos a vista del anchuroso delta del Nilo, salpicado de falúas con velas airosas, ante la extensa ribera donde se asentaba el puerto de Damietta. Era un día luminoso, y el cielo y el agua eran tan azules, y la franja de tierra tan amarillenta, con la luz de la tarde soleada, que la panorámica parecía una pintura. Desembarcamos; Dustino Fangipani exhibió los salvoconductos ante un pelotón de mamelucos muy malcarados, y fuimos escoltados hasta un palacio de adobe cuyo aspecto se me antojó lúgubre, comparado con la radiante vista de la ciudad, en permanente reconstrucción desde que había sido destruida por el sultán El-Fatah y conquistada años más tarde por el rey Luis de Francia, a quien solo pudo vencer la peste. Ya en el patio del palacio me di cuenta de que tras sus muros convivía una amalgama de gentes de lenguas diversas, que solo lograban entenderse por la comunidad de ideales, pues todos parecían empeñados en reconquistar Tierra Santa y devolverla a la fe verdadera, y todos pertenecían a la Asamblea de San Luis. Nos recibió un noble francés que tenía el cabello estropajoso y las cejas rubias, con el que logramos entendernos a duras penas. A Cara de Rosa y a mí nos asignó un aposento que daba al patio de armas, donde ciertos caballeros se dedicaban a espolear a sus caballos y a pegar mazazos a un estafermo que parecía burlarse de su empeño; los cachiporrazos eran sin embargo de lo más atronadores, hasta parecía que el cielo había de estremecerse y caer trizado en una lluvia de cristales.

—Otra vez tenemos cámara y alcoba —dije—; pero no veo por aquí a ninguna mujer.

—Todo se andará —sonrió Cara de Rosa.

Durante la cena corroboré mis sospechas de que Damietta era como cualquier ciudad mediterránea; la noche era cálida, como correspondía al verano, las viandas me resultaban de lo más familiar y Anastase Etienne, el noble francés que presidía la Asamblea en palacio, unía a los modales un poco rudos de cualquier soldado la devoción de Denis Couronne y aun su prudencia. Dustino le había entregado la misiva que había redactado su padre, el patriarca Fangipani, y en cuanto me fue dado manifestarme no me arredré ante su arrogancia para preguntar:

—¿Sin duda mi señor Anastase Etienne guarda el libro del peregrino a buen

recaudo?

Pareció dudar un instante, como si estuviera haciendo memoria, y luego dijo:

—¡Ah, sí; el libro! Ya he leído la misiva. San Luis encontró el libro a las puertas de Damieta, gracias a una milagrosa aparición, y por eso lo he confiado a fray Ángel Riese, un franciscano que no dudaría en dar su vida para salvar a la más humilde de las almas. Mañana le convocaré en la capilla, y fray Ángel os ayudará a cortar la página donde está inscrito el matrimonio.

—¿Acaso la habéis visto?

—Sí, la he visto. Es curioso que el rector...

—Arcillares.

—Que el rector Arcillares escogiera un libro venerable como este para autentificar vuestro matrimonio.

—Para mí ha supuesto una verdadera pesadumbre.

Anastase Etienne me miró con gesto compungido, como si pudiera vislumbrar en mis ojos el largo camino de penalidades y contratiempos que me había llevado hasta Damieta.

—En fin, amigo mío; mañana tendréis acceso al libro y se acabarán vuestros problemas.

Ni que decir tiene que apenas pude pegar ojo en toda la noche, que me pasé rezando y dando gracias a Dios, a la Virgen y a todos los santos, y figurándome la cara de felicidad de María al ver la página que contenía el registro de nuestro matrimonio y la posibilidad de conseguir su definitiva libertad. Temí que se presentara Ana, la hija de Tobar, y me atormentara con su belleza, y la idea de que fuera Olmos, el endemoniado, quien viniera a visitarme me mantenía con el corazón en vilo y con el puño cerrado en torno a la daga de San Pablo. Pero no vino nadie a visitarme. Llegué a contar cien veces los ronquidos de Cara de Rosa, y luego me dormía para despertar sobresaltado al cabo de un rato, hasta que la luz del alba blanqueó las paredes de la habitación y me faltó tiempo para vestirme, zarandeando a mi amigo para que despabilara.

—¡Ya voy, ya voy! ¿No es todavía muy temprano?

Para mi asombro, encontramos a Anastase Etienne levantado, y nos acompañó a la cocina a satisfacer el estómago, aunque yo aún sentía la cena de la noche anterior rebulléndome en las tripas. Luego, sin decir palabra, puesto que leía sin duda la ansiedad en mi rostro, y sin abandonar una leve

sonrisa encaminó nuestros pasos hacia la capilla, donde hallamos a fray Ángel Riese enfundado en su hábito pobre, con la cabeza cubierta por la capucha, lo que le daba un aspecto tan lúgubre y macilento como si no hubiera comido desde hacía muchos días.

—Hermanos... —dijo.

—¿Tenéis vos el libro del peregrino? —interrumpí.

Sonrió y su cara se llenó de luz, como si, tal como rezaba su nombre, se estuviera transformando en un ángel.

—Ese es un libro prodigioso —dijo.

Luego se dio la vuelta, subió al altar, abrió el sagrario y allí estaba. Relucía como si fuera una joya, como si tuviera luz propia. Me acerqué, tembloroso, y tendía las manos para cogerlo. Pero fray Ángel Riese me lo impidió.

—Ese libro es Dios; no pueden tocarlo más que unas manos consagradas.

—Pero antes de llegar aquí fue burdamente manoseado.

—Por eso sufrió tantos avatares.

Tomó el libro con sumo cuidado y lo depositó sobre el altar. Vi que había sido adornado con una cruz que parecía de pedrería, y que la cabeza, el pie y el corte delantero habían sido pintados de oro. No parecía el mismo libro; incluso me pareció más grueso, como si tuviera más páginas, y más grande, más voluminoso. Temí que no fuera el mismo, que hubiera estado buscando por medio mundo el libro equivocado; pero fray Ángel Riese ya pasaba las páginas buscando un punto concreto que parecía conocer de memoria; tendió su mano, invitándome a leer, y allí estaba, escrita de puño y letra del rector Arcillares, la fecha del consentimiento en matrimonio de María y Gladis París, nuestro estado y nuestra edad; la procedencia de nuestros padres y su aprobación de los esponsales; el nombre de Mofari como padrino y el de mi padre como testigo, la firma de Juan París y las cruces que habíamos trazado Mofari, María y yo.

—Faltan las autorizaciones de los padres de la novia —dijo el franciscano.

—¿Puedo llevarme esa página? —dije con voz temblorosa.

—Al parecer te pertenece —dijo Anastase Etienne, que había estado observándome con mucha atención.

—¡Lo que hemos bregado —dijo Cara de Rosa—, por ese trozo de papel!

El propio Anastase Etienne desenfundó su espada, apretó la hoja con una mano y la cortó limpiamente por la base. Luego me la entregó, con una sonrisa. Yo la besé, emocionado, y me mojé los labios con la sangre, sí, con

la sangre, porque la hoja, al ser cortada, había empezado a sangrar; la mantuve en el aire, pinzándola con los dedos índice y pulgar, y fray Ángel Riese recogió la sangre en el cáliz, en cuyo fondo quedó un poso rojo que olía no como tinta, sino como sangre, hasta que la hoja dejó de sangrar.

—Esto es un milagro —dijo fray Ángel Riese.

—Ni una palabra a nadie —dijo Anastase Etienne—. Y tú llévate la página enhorabuena.

—¿Y si vuelve a sangrar?

—Si vuelve a sangrar, enjuágala.

Me guardé la hoja debajo de las vestiduras y salimos del templo, con el ánimo todavía sobrecogido. Afuera el día, que antes se anunciaba soleado, había oscurecido sobremanera, y empezó a caer una lluvia torrencial, acompañada de truenos fortísimos y relámpagos espeluznantes; y en seguida se levantó un viento tan fuerte que parecía que había de arrancar el mundo de cuajo. Las gotas de lluvia eran gruesas, espesas, porque llovía a cántaros. Prodigiosamente, por hallarnos en el mes de agosto, se trocaron en pedrisco al poco tiempo, y parecía que caían huevos de gallina, que al ser aplastados contra el suelo empezaron a dejar salir serpientes de fuego. Las serpientes eran pequeñas, pero crecían en seguida, y empezaban a llenar el adoquinado, amenazando con emponzoñar el patio, invadir la ciudad y matar a sus habitantes. Entonces lo vi; vi al capitán Olmos con el semblante totalmente azul, flotando en el aire, gigantesco, con la cabeza oronda y los dientes ensangrentados, de modo que parecían colmillos de una bestia asesina. De su boca salían relámpagos, y cuando se rio a carcajadas retumbaron truenos muy largos y ensordecedores, como si las fuerzas del mal se cernieran sobre el mundo. Eché mano a la daga de San Pablo, pero en seguida supe que no tendría que usarla, porque a espaldas de la figura monstruosa que constituía el capitán Olmos apareció una cruz de resplandor, que fue agrandándose por momentos hasta ocupar toda la panorámica del cielo. A la vista de aquella cruz estalló la cabeza del capitán endemoniado, como si fuera uno de los huevos que aún seguían cayendo, pero de tamaño descomunal. De su interior surgieron infinidad de serpientes ensangrentadas que se desvanecían a medida que caían al suelo, igual que las ya llovidas, que se licuaban en una especie de tinte maloliente y se escurrían hacia los sumideros. Cuando la figura del Olmos diabólico se desvaneció, la cruz lo ocupó todo; la lluvia fue como de fuego, o de luz purísima, que lo adecentó

todo, dejó el mundo limpio y brillante como una patena. Cuando cesó la lluvia, la cruz se había transformado en la luz del sol, que secó la tierra y dejó paso a un día radiante como pocos. Cara de Rosa y yo nos miramos sobrecogidos.

—Hay algo muy extraño en este libro.

—Es un libro santo —sentenció fray Ángel Riese.

Palpé la página que había metido debajo de mi camisa, temiendo que también se hubiera descompuesto en luz, pero allí estaba, intacta. Acto seguido me miré la mano, temeroso de que saliera empapada de sangre, pero estaba completamente limpia, más brillante, si cabe, que mi otra mano.

—Ahora que ya tenemos lo que vinimos a buscar —dije—, será preciso volver, antes de que más fenómenos extraordinarios como este nos lo impidan.

—Haréis muy bien en marchar en seguida —dijo Anastase Etienne—. Esto no es nada seguro, los mamelucos pueden volverse contra nosotros en cualquier momento, pues no ignoran que queremos conquistar Damietta para la fe cristiana, aunque de momento se limitan a dar tiempo al tiempo; pero tened por seguro que cuando llegue la hora de la victoria pondremos el libro en el lugar que le corresponde.

—Yo me quedaré aquí —dijo Dustino— hasta que llegue tan magna ocasión; pero vosotros podéis regresar en la Giulia; daré instrucciones para que os lleven donde gustéis.

—Mallorca —dije; y miré a Cara de Rosa con el rabillo del ojo—. Que nos lleven a Mallorca y luego ya viajaremos hasta África.

—Que así sea —dijo Cara de Rosa, como si asistiera a una ceremonia; sin duda, la ceremonia del amor.

No permanecemos en Damietta mucho tiempo más. Dejamos para otro viaje, cuando efectivamente llegara «la victoria», bajar por el Nilo hasta Luxor, para admirar los vestigios de la antigua civilización egipcia que según contaban se sucedían en derredor; para comprobar el cambio drástico de temperatura entre el día y la noche y contemplar las negras tierras de labor abonadas por el limo que dejaban las aguas en su crecida. No pudimos conocer los manglares del mar Rojo, ni pasear por el bosque mediterráneo que irrumpía en las inmediaciones del delta, ni fijar mi instinto de comerciante en las importaciones de madera de cedro que llegaban al puerto: no teníamos, al menos yo no la tenía, otra idea que partir, navegar hasta los



brazos de María y quedarme varado entre ellos para siempre, con la compañía de la niña Marta y la aquiescencia de micer Nicolás Mercader, vencido por la evidencia.

—Luego iremos a Bugía —dijo Cara de Rosa, que siempre me adivinaba el pensamiento—, para llevarnos a Carmen.

—Claro que sí.

Nos las prometíamos tan felices... Fuimos agasajados reiteradamente por Anastase Etienne y por Dustino Fangipani, que aceptó un cargo importante en la milicia cristiana, y fray Ángel Riese asistía a los banquetes con los ojos bajos, sin descubrirse la cabeza, antes agazapado tras el dril de su capucha, como si fuera una muralla con que defenderse de los lujos y lujurias del mundo exterior. Hubo vino y también hubo odaliscas, algo que no podía faltar si estaba cerca mi amigo del alma, Cara de Rosa, quien encontró su premio: una chiquilla de pelo lacio, como una cortina para su inocencia, que siempre sonreía, aun cuando la hubo desnudado y se disponía poco menos que a hincarle el diente, sonreía como si su ofrecimiento fuera la cosa más divertida del mundo. Cara de Rosa la presentó al austero fray Ángel Riese, quien le dio el alto con la mano.

—Un momento —dijo, poniendo los ojos en blanco.

Procedió a bendecirla, como si de una reliquia se tratara, y luego:

—Ahora ya puedes fornicar —dijo—. Al fin y al cabo, fornicar es lo que hacen todas las bestezuelas de Dios.

Partimos al poco tiempo, con la intención de volver a recalar en el puerto de Sougia, al sur de la isla de Creta, donde habíamos conocido a la familia Damaris, que con su hospitalidad y largueza nos habían alegrado tantos días y nos habían agasajado para celebrar el solsticio de verano hasta el punto de no echar mucho de menos nuestro propio hogar. Desde Sougia viajaríamos a Birzebbugia, un pequeño puerto de la isla de Malta, refugiado al fondo de la cala de San Jorge, donde también seríamos bien acogidos, no solo porque la isla pertenecía desde hacía poco a la Corona de Aragón, sino porque Dustino Fangipani conocía a Hilario di Gudia, un anciano caballero de la orden de Malta para quien nos dio una misiva de presentación. De modo que volvimos a ver a Diego Damaris, el viejo pescador, padre de un montón de hijos, entre

ellos Ariadna, cuya danza con el pecho al descubierto me había quedado grabada en la memoria como algo tan sutil que no parecía de este mundo. Volvimos a cenar con la familia, nos deleitamos con una excelente fuente de calamares cocidos en el horno del patio, rellenos de los alones desmenuzados, más nueces y piñones, y fuertemente especiados, seguidos de un postre de leche cocida al horno con huevos y especias, tras lo cual nos repanchingamos en los bancos para volver a escuchar los relatos fantásticos de Diego Damaris, cuyo rostro se transformaba según lo narrado, adquiriendo fisonomías poco menos que ilusorias. El viejo se emborrachaba de palabras y proezas que añadía a las leyendas y no se dio cuenta de que Ariadna se había arrebuñado junto a Cara de Rosa, quien ni corto ni perezoso le descubrió el pecho en medio del arrobo general, y era tan blanco, inmaculado que brillaba en la penumbra.

—No te aproveches de esta chiquilla —le susurré al oído.

—Mírala bien; estoy seguro de que nunca había sido tan feliz.

Efectivamente, las mejillas le hervían de rubor y las pupilas emitían destellos verde azulados, de tan bellos.

—Allá tú.

Ariadna lloró cuando nos marchamos; yo creo que lloró lo suficiente para dejar verde el mar, bajo las nubes bajas que invadían el puerto de Sougia. El capitán Domenico Cilea quedó de pie en la popa, diciendo adiós con las manos enguantadas y el bigote mecido por el viento, como si fuera el protagonista de todos los lances de mi amigo Cara de Rosa o un personaje magnánimo que los hubiera permitido con su largueza. Tuvimos una travesía plácida, pues corría todavía el mes de agosto y no hubimos de bregar con el mar ni encaramarnos peligrosamente a la cúspide de olas demasiado altas, quedando con los remos al aire, entre los alaridos de los galeotos. Pocos días después la Giulia entraba en la cala de San Jorge, y cuando arribamos al puerto de Birzebugia un tropel de chiquillos acudió a recibirnos. Fuimos alojados en casa del viejo caballero *frey* Hilario di Gudia, a quien afortunadamente el capitán Domenico Cilea dio en conocer. El parecido entre el capitán y el caballero era extraordinario: ambos tenían la misma melena ensortijada, el mismo bigote enhiesto y los mismos ojillos vivarachos rodeados de piel arrugada, como capullos de carne que hablaran de sus muchas andanzas por el mundo.

—Yo soy demasiado viejo para no conocer a este bastardo —dijo *frey*

Hilario di Gudia—. Tened en cuenta, amigos míos, que yo estuve con Guillaume de Chateneuf, a las puertas de Damietta, con el mismísimo San Luis.

Pensé que mentía, pues de aquello hacía ya cuarenta años, y si no mentía debió de ser muy joven y muy arrojado. El caballero se percató de mis dudas, porque preguntó:

—¿Acaso no me creéis, hijo mío?

Contesté con otra pregunta:

—¿Acaso pertenecéis también vos a la Asamblea de San Luis?

—No; yo pertenezco a la orden de Malta.

Y señaló la cruz blanca de ocho puntas que destacaba sobre el hábito negro.

—Ocho puntas, ocho bienaventuranzas.

No me atreví a contradecirle, pues se veía a la legua que era uno de esos hombres que se creen en posesión de la verdad absoluta. Leyó la misiva de Dustino y dijo:

—¿Conque guardas una página del libro del peregrino?

—¿Conocéis ese libro?

—Ese libro lo conoce todo hombre que tenga un poco de temor de Dios.

No tuve más remedio que enseñársela. La miró al trasluz, como esperando ver algo sobrenatural, y como no lo viera, parpadeó contrariado. Pero dijo:

—Fíjate en su luz; esta página tiene la blancura del alma cuando está en gracia de Dios. Guárdala bien, por tu vida.

—La guardaré por algo más que mi vida; la guardaré por la gloria del amor.

—Por su pureza; guárdala por su pureza.

Aquella noche me asomé a la ventana de mi alcoba, desde donde se me ofrecía una amplia vista del mar. Lo había visto tantas veces que me había acostumbrado a sus cambios, a sus embates y a sus calmas casi poéticas, como era entonces la ocasión, con una luna estilizada que parecía llorar sobre las aguas quietas, como una inmensa laguna. Me llegaba un intenso perfume silvestre, de la vegetación que rodeaba la casa de *frey* Hilario di Gudia, y una canción suave, que cantaba la cantora oronda que había amenizado la velada, mientras seguíamos bebiendo vino después de la cena. Era curioso, todo cambiaba según las circunstancias que lo rodeaban; el mar, visto desde la ventana, parecía una pintura; no percibía su olor, sino el aroma intenso de la retama, ni sufría sus vaivenes, sino la terrible quietud de aquella noche en una isla perdida en medio del Mediterráneo, más pequeña que aquella donde me

aguardaba María, dulce objeto de mi amor. Yo quería creer que me aguardaba, que asomada a su balcón en la finca Villamar contemplaba a esa hora el mismo mar, y percibía las mismas sensaciones; tal vez alguien cantara la misma canción, o una canción parecida; tal vez si le hablaba, si me atrevía a hablarle, el eco me traería sus palabras. Todo lo cambiaban o lo igualaban las circunstancias; si cerraba los ojos y me dejaba guiar por su voz, la cantora oronda era una sílfide esbeltísima, con los pies descalzos y una rosa entre los dedos, la cabellera lacia y los labios perfumados en los dulces sonos de su canción.

—Te quiero, María —dije.

No me importaba que me oyera Cara de Rosa, él ya sabía que la quería; ni que me tildara de excéntrico por hablar solo.

—Yo también te quiero —dijo alguien o algo en mis oídos; tal vez fue el airecillo imperceptible de la noche, o el barco con la vela extendida que surcaba el mar, o la cancioncilla sutil que llegaba a mis oídos, o simplemente mi imaginación.

—Es bonita esta canción —dijo Cara de Rosa a mis espaldas.

—Es más bonita sin ver a quien la canta.

—Eso también lo había pensado.

De pronto empezaron a oírse mazazos metálicos que estropearon toda aquella armonía. Cara de Rosa se acercó al balcón, a ver qué pasaba. Distinguimos las sombras idénticas de *frey* Hilario di Gudía y del capitán Domenico Cilea que contendían a cachiporrazos, pero se echaba de ver que lo hacían sin saña alguna, solo por el placer de medirse, de ver si en eso eran también iguales. La noche se llenó de golpes y campanazos, las espadas se cruzaron echando chispas, los jadeos resonaban doloridos, exhaustos, los semblantes, sudados, relucían bajo la luminosidad de la luna; al final ganó el capitán Domenico Cilea, que era más joven, pero por muy poco. Me quedé asomado al ventanal cuando volvió el silencio, y permanecí inmóvil hasta que empezó a clarear el alba.

Partimos unas cuantas horas más tarde. El capitán Domenico Cilea tenía un aspecto rarísimo, porque la apuesta comprometía, al que perdiera, a raparse, y en reconocimiento a la bravura del contrincante el capitán se había afeitado a

conciencia, lo mismo que *frey* Hilario di Gudia, de modo que los dos seguían siendo iguales, solo que diez años más jóvenes. Me tendí en la hamaca, mientras oía el batir acompasado de los remos, y no sé si dormí un día o dos, solo sé que cuando volví a cubierta estábamos a la vista de Pantelaria, una isla situada entre África y Sicilia. Bordeamos la costa para entrar en el puerto, donde había unos cuantos barquichuelos de los que seguían la ruta comercial de Oriente, y desembarcamos sin que nadie viniera a importunarnos. Naturalmente, el capitán Domenico Cilea ya había estado allí otras veces, y guió nuestros pasos hasta una casa hecha con bloques volcánicos, protegida con muros de piedra seca —amontonada sin argamasa— que se escalonaban en terrazas, seguramente para contener el deslizamiento del terreno. Había en torno a la casa un amplio toldo de madera, y otra vez desde casi todos sus puntos podía otearse el mar. Las columnas del porche, por cierto, estaban entreveradas de parras, como si las hubieran reforzado con ligaduras vegetales, y pensé que aquel vergel de hojas verdes era un paraíso de racimos de uvas que, según supe después, producían un vino dulce que devolvía el vigor al cuerpo y daba alas a la mente.

Salió a recibirnos Camilla, una mujer alta y bien formada, con el pelo negro, bastante corto, que debía de ser incluso más joven de lo que parecía. Camilla y Domenico Cilea se miraron largo rato, un poco extrañados, antes de abrazarse con la misma complicidad con que lo habrían hecho dos viejos amigos varones.

—Te has cortado el pelo.

—Tú también.

—No; yo me he cortado el pelo y la barba.

Rieron. Pedí que, si era posible, desde mi ventana no se viera el mar, a lo sumo las peñas pobladas de alcaparro, y nos asignaron una alcoba con una puerta chirriante desde donde podía contemplarse una especie de jardín, entre las nubes que salían despedidas de las rocas que cerraban el horizonte.

—¿Qué es aquello?

Camilla sonrió antes de decirme:

—Son columnas de vapor que salen a través de las grietas, procedentes del interior de la tierra; esta es una isla volcánica, y abundan las aguas termales, donde la temperatura puede ser muy extremada, o muy agradable.

Me fijé en las espaldas anchas de aquella mujer, sus pechos que se adivinaban contundentes, sus brazos fuertes, y pensé que si el capitán había

de medirse con ella no era seguro que esta vez saliera victorioso. Debió de adivinar algo, porque dijo:

—Domenico Cilea y yo nos conocemos desde que era una niña; a menudo le llamo tío, y a veces hasta padrino.

—No creí que Domenico Cilea hubiera sido nunca una niña.

Camilla rio de buena gana.

—Desde aquí navegaremos hasta las islas Galite, cuatro islotes que se cruzan en nuestro camino, y luego hasta el puerto de Sóller —anunció Domenico Cilea aquella noche, mientras cenábamos—; será un largo trayecto, pero luego ya no fondearemos en ningún otro puerto hasta llegar a nuestro destino. Rodearemos la isla de Mallorca de sur a norte, y luego yo regresaré a Damietta por donde hemos venido.

Naturalmente yo le oía sin prestar atención; tenía el pensamiento fijo en María, y en todos cuantos la rodeaban, la niña Marta, la nana Cañete, el morito Rayhan y Simona, la más desnuda de las doncellas, y el celoso Nicolás Mercader, a quien por fin le iba a arrebatar lo que era mío. Me acordé incluso de la princesa Tania, ¿qué habría sido de la princesa Tania? ¿Habría regresado a Bugía? ¿Se habría casado con un príncipe moro? Era lo más seguro; debía de tener ya un hijito y estaría rodeada por un harén de damas de compañía que compitieran con su belleza.

—Sea lo que sea lo que piensas —dijo Cara de Rosa—, debe de ser algo alegre, a juzgar por tu sonrisa. ¿O acaso escuchabas al capitán?

—No, no escuchaba.

Al día siguiente Camilla sacó a todos los galeotos a orearse; los hizo desnudar y los baldeó con agua tibia de la que salía de la tierra, y luego los jabonó y restregó como si fueran caballos. Alguno de ellos, en efecto, exhibía una masculinidad propia de un equino, por su tamaño y su color, y parecía que aquella mujer tan enérgica estuviera escogiendo al mejor ejemplar para su cama.

Bordeamos la costa norte de África hasta llegar a las islas Galite, pero Bugía estaba mucho más allá, a mitad de camino hacia Mallorca, y teníamos que

dirigirnos al norte, de modo que no nos desviaríamos para ir a visitar a Carmen y restregar por las narices del cónsul Batlle la inscripción de mi matrimonio con María, que tanto había puesto en duda. Bajaríamos luego, con María, y tal vez nos estableciéramos todos en la alhóndiga de Bugía, en la casa del retiro, si el beato Ramón Santos accedía a cedérsela como en los tiempos felices de nuestro primer viaje. De los cuatro islotes, fondeamos en el más grande, en una ensenada cerca de la cual, según Domenico Cilea, los fenicios habían fundado el puerto de Galatea. Era una isla tan pequeña que, de no ser por lo abrupto del terreno, habría podido andarse en una tarde de cabo a rabo, es decir, de este a oeste, que era la distancia más larga. Los demás islotes, por cierto, eran como peñascos pelados que sobresalían del mar, picos de elevaciones sepultadas por el agua, de modo que apenas asomaban sus crestas rocosas, y cuando arreciaba el temporal debían de desaparecer bajo la espuma. Vino a recibirnos un anacoreta bastante gordo, cuyos muslos parecía que le estorbaban al andar, de tan rechonchos, con muy poco pelo en la cabeza y una barba larga que no conseguía estrecharle la cara, que era redonda como la luna. Se llamaba Carisa, y cuando le preguntaban algo se iba siempre por las ramas y decía lo que le venía en gana, de modo que no hubo manera de conocer su historia particular. El capitán Domenico Cilea le conocía bien, aunque no sabía nada de su origen; solo sabía que se entendía a la perfección con los piratas que a menudo poblaban las cuevas de la cala donde tenía una casita blanca, rodeada de piedras, pero resguardada de los elementos. Criaba cerdos, conejos y gallinas, y tenía una moza muy guapa, con el cabello suelto, brillante, adornado con una flor roja, el mismo color del manto que llevaba estrechamente anudado al cuerpo.

—¿De dónde has sacado esta flor? —preguntó Cara de Rosa.

—Como todo lo que tengo, me la prestan los piratas —contestó Carisa, sonriendo.

—Habrá que acercarse a una de esas cuevas, a ver si cae algo.

Pero no lo hicimos, entre otras cosas porque no permanecemos en la isla más que una noche, buena parte de la cual la pasamos asando un cerdo en un espetón, al que dábamos vueltas por turnos mientras nuestro anfitrión rociaba la carne con zumo de limón. Cara de Rosa se acercó mucho a la moza, que se llamaba Isola, tanto que debió de quedar mareado con el perfume de sus cabellos, sobre todo con los cálidos efluvios que emanaban de su cuello, bajo la mata de pelo color caoba de su melena; debió de quedar mareado porque

apenas probó bocado aquella noche, y eso que el asado, libre de las salsas al uso, susceptibles de empachar a cualquiera, era realmente succulento. Cuando se retiró a su aposento Carisa se llevó consigo a la belleza exótica que era Isola, con una risilla perversa, porque sabía que nos dejaba a todos, y especialmente a Cara de Rosa, con un palmo de narices. Dormimos en nuestros petates, en una habitación cuadrada, espaciosa y casi desprovista de muebles, y a la mañana siguiente el sol naciente doraba el mar cuando Isola bajó descalza hasta la orilla pedregosa, desanudó su manto y se bañó en el agua vivificante del amanecer. Los galeotos, cuando la vieron, mugieron como vacas necesitadas de ordeño.

—¿No crees que a esta hora de la mañana el agua por fuerza tiene que estar deliciosamente fresca?

Cara de Rosa saltó de su jergón y se asomó a mi lado.

—Cabrón —dijo—. Podrías haberme avisado.

Nos reímos juntos, como tantas otras veces.

—Sí —dijo después—. El agua tiene que estar deliciosa.

Partimos al mediodía, y Cara de Rosa lanzó un beso a la bella desde la borda, y ella hizo como que cogerlo al vuelo, igual que si fuera un pajarillo.

Navegamos luego hasta la isla de Mallorca, a la altura donde se situaba la antigua medina de Ciutadella, en la vecina isla de Menorca, pero tal como había anunciado el capitán Domenico Cilea, a quien ya había empezado a salirle el pelo, no varamos en puerto alguno, sino que bordeamos la Balear mayor hacia el norte, dejamos atrás la majestuosa bahía donde los romanos habían fundado Pollentia, doblamos el cabo más septentrional, que forma una estrecha península, sobrepasamos calas profundas y acantilados escarpados y arribamos al puerto de Santa Catalina de Sóller. Apenas nos acercamos a tierra, tanto Cara de Rosa como yo reconocimos el entrañable perfil de la *Magdalena Segunda*, la brisa del capitán Llana, y supimos que estábamos poco menos que en casa. Cara de Rosa y yo empezamos a gritar y hacer aspavientos aun antes de tocar tierra, por ver de llamar la atención de los marineros de Rogelio Llana, que nos reconocieron en seguida y fueron a buscar a su señor.

—¡Dios os bendiga! —gritó el capitán Llana desde su embarcación—.



¡Dichosos los ojos que os vuelven a ver!

Era el mismo hombre ceremonioso, recto y temeroso de Dios que nos había socorrido tantas veces, y se alegraba tanto de vernos que no pudo reprimir unas lágrimas. Cara de Rosa tomó carrerilla y saltó de cubierta a cubierta, llevando su hatillo. Yo me despedí del capitán Domenico Cilea y le imité. Aquella noche, sin embargo, el capitán de la galeota subió a bordo de la Magdalena Segunda y fue agasajado con una succulenta comida de amistad. Para entonces ya le habíamos contado al capitán Llana todas nuestras correrías, o casi todas, y conocía las andanzas de Domenico Cilea como si las hubiera vivido a su lado.

—Parece un barco muy rápido, el vuestro —dijo el capitán Llana—; lo único que no me gustaría tener a tanta gente sometida.

—Tened en cuenta que viajamos hasta Egipto con la intención de conquistar Tierra Santa, lo que puede considerarse una liberación de los Santos Lugares, y para conseguir un fin tan loable, es preciso no escatimar en los medios.

—Eso también es verdad.

Comimos pescado asado sobre piedras calientes, y hubo también ración para los remeros, que luego murmuraron más que cantaron una canción con la que dar vía libre a su espíritu de hombres aherrojados, pero con el alma lacerada, y ansiosos de libertad.

—No podemos tener todo lo que queremos —dijo el capitán Llana.

—Mañana nos avituallaremos y prepararemos para el regreso a Damietta —dijo Domenico Cilea—, hacia donde cuento con salir pasado mañana.

—Llevad nuestros mejores deseos a Dustino, de quien espero oír que ha conquistado Jerusalén.

—¡Jerusalén! —exclamó el capitán Llana— ¡Y qué lejos tiene que estar eso!

—¡Qué inalcanzable!

—Es casi como decir «el cielo».

—Me alegré tanto de volver a veros... —desvió el capitán Llana, todavía emocionado—. En cuanto lo supe, vine en seguida.

—¿Sabíais algo de nuestra venida? —pregunté, extrañado.

—No me refiero a eso; sabía lo de María y Nicolás Mercader.

—¿Pues, qué sucede?

—¿No lo sabéis? Creía que también habíais venido para ayudar.

—Hemos venido porque al fin dimos con el libro del peregrino y pudimos arrancar esta página.

Saqué la página de debajo de mi camisa y puedo asegurar que estaba intacta, resistía con su consistencia los calores del verano y relucía en la oscuridad como si fuera un farolillo purísimo. El capitán Llana la leyó con lágrimas en los ojos y luego me la devolvió.

—Guárdala bien; esto es un tesoro.

—Decidme —dije con el corazón en vilo—, ¿a qué habéis venido a ayudar? El capitán Llana cabeceó tristemente.

—Siento mucho tener que ser yo quien os lo diga, quien te lo diga, querido Gladis, hijo mío de mi alma. En un viaje a Barcelona la nave de micer Nicolás Mercader fue asaltada por piratas, la desvalijaron y se llevaron presos al viejo Nicolás Mercader, a la joven María y a su hija Marta, sin duda para pedir rescate, aunque nadie ha pedido rescate todavía, ni se sabe a ciencia cierta qué calaña de piratas fue la que los asaltó.

—¡Dios mío! La niña Marta aún no tiene un año de vida...

De pronto me asaltó un terrible presentimiento:

—¡Decidme que no han muerto; decidme que María está viva!

—No hay ninguna evidencia de que hayan muerto.

—¿De modo que no hay nadie en la finca de Villamar? —quiso saber Cara de Rosa.

—Es de suponer que, además de los siervos, hayan acudido amigos del mercader, que es de sobra conocido, gente bien intencionada como yo mismo, dispuesta a ayudar a descubrir su paradero.

—¡Dios del cielo!

Intenté ahogar en vino la ingente decepción que se me había venido encima, puesto que ahora que tenía en mi poder la página del libro del peregrino, el salvoconducto con el que liberar a María de las garras de Nicolás Mercader y llevármela conmigo para enderezar nuestras vidas, ahora resultaba que María había desaparecido, y hasta, ¡Dios no lo quisiera!, podía ser que hubiera muerto. Pero por mucho que bebiera no podía quitarme a María ni tampoco a la niña Marta del pensamiento.

—¿Cómo te las arreglarás ahora para encontrarla? —dijo Cara de Rosa, que

me conocía lo suficiente como para saber que no cejaría en mi empeño y que en aquellos momentos no podía pensar en otra cosa.

—No lo sé.

—¿Y si está muerta? —tenía la voz pastosa, pues estaba algo borracho, de otro modo nunca se hubiera atrevido a decir eso.

—La encontraré aunque tenga que viajar al reino de la muerte.

—¿Cómo se viaja al reino de la muerte?

—Muriendo.

El capitán Llana, que era como un padre para nosotros, me rodeó el cuello con el brazo y me apretó la cabeza contra su pecho.

—No digas esas cosas, hijo mío.

Al fin el vino pudo conmigo y me eché a llorar. Lloré a mares, antes de dormirme. Cuando desperté vi que había llorado tanto que había charcos sobre la cubierta, pero luego comprobé que había llovido durante la noche, y que los tres, el capitán Llana, Cara de Rosa y yo, habíamos hecho caso omiso del aguacero, completamente ebrios. Estaba entumecido, todavía con la ropa húmeda y con los ojos inundados de legañas, y vi que el capitán Llana, que aún dormía, tiritaba como si tuviera azogue, de modo que pedí a la tripulación que me ayudara a calentar un caldero de agua con la que nos enjuagamos los tres, antes de envolvernos en ropas secas.

—Ya no soy tan joven —decía el capitán Llana, todavía con los dientes castañeteándole—. Antes no tenía frío nunca.

—No es de extrañar que tengáis frío; estábamos borrachos como cubas.

—Aunque en esta época del año empieza a refrescar y arrecian las tormentas, aún estamos en verano, y yo no tenía frío ni en lo peor del invierno.

Cuando la Giulia se hubo hecho otra vez a la mar, el capitán, Cara de Rosa y yo, debidamente aseados, montamos en borricos, pues no encontramos caballos, para subir por la vereda que llevaba a Villamar. No voy a describir mi estado de ánimo, señor García Santana, porque sé que a estas alturas de mi relato ya empezáis a conocerme y podéis suponerlo de sobra. La tarde era apacible, y el sol comenzaba a declinar por el oeste con semblante risueño, ajeno a mis pesares, dejando una lluvia de resplandores sobre el mar. Nadie decía nada; mis amigos compartían mi dolor y, aunque se extasiaran ante la belleza del paisaje, se guardaban toda clase de comentarios para sí. Entramos en las tierras de Villamar; un labriego pareció reconocernos y se quitó el

sombrero de paja para saludar.

—Decid, buen hombre, ¿hay alguien en la casa?

—Hay mucha gente.

Penetramos libremente en el patio y solo cuando ya descabalgábamos vino un siervo a hacerse cargo de los asnos. Se los llevó sin mediar palabra, y pensé que si no era mudo, lo fingía muy bien. Nos acercamos a los soportales y llamamos:

—¡Ah de la casa!

Salió una vieja con la cabeza cubierta con rebocillo, falda larga, delantal y alpargatas, y frunció el entrecejo para preguntar:

—¿A qué señores tendré el honor de anunciar?

Cuando hablaba se le arrugaba todo el resto de la cara, como si fuera una tortuga centenaria. Tras ella compareció Bernardo Prats, le reconocí en seguida, pues su aspecto era tan imponente, alto y corpulento, como siempre; no había cambiado un ápice.

—Déjalos pasar —dijo—. Son viejos «amigos» de micer Nicolás Mercader.

Cuando penetramos en el amplio salón no tardó en presentarse el tesorero Ramis, el administrador de Nicolás Mercader, a quien el viejo comerciante le había confiado Villamar en una ausencia que, con la captura de su barco, se había prolongado lo indecible. No habíamos tenido ocasión de tratar con Ramis anteriormente, pero en seguida vimos que era un estirado. Nos miró desde su altura inconmensurable y dijo:

—¿Qué se os ofrece?

—Venimos a interesarnos por la suerte de vuestro amo.

—Yo no tengo otro amo que yo mismo.

Me miró de hito en hito y dijo:

—¿No sois vos Gladis París, el que pretendía llevarse a mi señora María?

—El mismo.

—Pues ya no te la podrás llevar; ya no se la podrá llevar nadie, je, je, y eso que ha venido todo el mundo.

—Tal vez podamos ayudar a encontrarla.

Ramis miró al capitán Llana con infinito desprecio.

—Nadie sabe dónde está... dónde están, ni si viven todavía. Pero, puesto que estáis dispuestos a ayudarnos, podéis quedar entre nosotros hasta que se os ocurra cómo.

Cara de Rosa y yo fuimos alojados en la consabida habitación con alcoba,

como si todavía estuviéramos peregrinando en busca de la página del libro, que me guardé muy mucho de mentar. El capitán Llana, no sé si en consideración a su edad o a su aspecto distinguido, dos cosas que le emparejaban en cierto modo con Nicolás Mercader, se alojó en el ala noble del edificio, junto a la habitación que ahora ocupaba el tesorero Ramis y que antes era un aposento privado donde la nana Cañete atendía a María en sus congojas. Todo esto lo supimos de boca de la propia nana Cañete, con quien nos topamos al bajar, andando tan despacio y tan encorvada que apenas pudimos reconocerla.

—No ha muerto, hijos míos —fueron sus primeras palabras—. Estoy segura de que no ha muerto.

La acompañamos a su humilde habitación y la ayudamos a sentarse en la mecedora. Las manos le temblaban, sujetando el bastón, pero seguía teniendo los ojillos vivarachos y lograba dar vigor a su mirada, que retenía un atisbo de lo que había sido.

—Lo que pasa es que Ramis no quiere que la encuentren —dijo apenas se hubo sentado—. No hace nada por buscarles y pagar el rescate, porque quiere quedarse con la fortuna del viejo Nicolás Mercader. Y no es el único; han venido mercaderes genoveses, banqueros judíos y frailes templarios; todos quieren un pedazo del pastel, puesto que es sabido que la fortuna del viejo Nicolás Mercader es tan grande como la del rey.

En eso entró en la cámara una joven que los dos reconocimos en seguida, pese a que había cambiado bastante; todavía tenía el pelo castaño, la piel atezada y una belleza incitante, pero había llenado sus formas, sin dejar de ser llamativa, se había hecho mujer. Era Simona; nos quedamos mirándola como embobados, sin decir palabra. Ella sonrió, calculando dónde teníamos clavados los ojos, y dijo:

—¿Tendré que desnudarme para que sepáis quién soy?

—No va a hacer falta —dijo Cara de Rosa—, aunque, pensándolo bien, no estaría nada mal.

—¿Y el morito Rayhan?

—¡Morito!

Ni corta ni perezosa salió en su búsqueda y no tardó en regresar con un hombre joven, aunque perfectamente calvo, con barba de chivo y andares cachazudos, aunque se echaba de ver que cuando empuñaba el alfanje debía de ser un guerrero temible; era tan alto que casi tuvo que agacharse para pasar

por la puerta.

—¿Quién es este?

—El «morito» Rayhan.

Debía de haberse preparado para el encuentro, porque hasta que no supimos su identidad no demostró su alegría. Nos abrazó, efusivo, y todo el rostro se le transfiguraba, recordando algo de su viejo entusiasmo.

—Nunca en la vida lo habría dicho. ¿Y en unos cuantos meses te has puesto así?

Fue el capitán Llana quien respondió por él:

—Caprichos de la madre naturaleza.

Nos esperaban todavía más sorpresas. Cuando llegó la hora de la cena nos sentamos en torno a una mesa oblonga, iluminada con candelabros de plata y atiborrada de comensales. La presidía Ramis, el administrador, junto con un fraile templario que tenía cara de muy pocos amigos, a quien nos presentaron como Hugo de Saura. Supe quién era apenas oír su nombre, y también lo supo Cara de Rosa, que me miró con una sonrisa que lo decía todo.

—Esperamos a la reina de la casa —dijo con voz grave, fría como todo su semblante.

—Sé quién sois —dije— y que hicisteis cuanto estuvo en vuestra mano, allá en Bugía, para mandarme al patíbulo.

—Era una cuestión de justicia.

—¿Significa eso que volveríais a hacerlo?

Hizo una leve reverencia, con una sonrisa en los labios que también era fría. La reverencia no era para mí, pero intuyo que sí lo era la sonrisa; la inclinación era para la que había llamado «reina de la casa», porque en seguida vi entrar a Nasser, con el cráneo redondo un poco arrugado, como marchito, seguido de las doncellas Imad y Bishr, envueltas en tules sugestivos y dando paso a su señora, hermosa como siempre, vestida de negro con encajes sutiles, tocada con un velo asimismo negro que realzaba el brillo moreno de su piel: era Tania, la hermana del arráz Emul Salefa.

Me levanté para cumplimentar a la princesa, que se dirigió en seguida hacia mí, pues tenía reservado asiento a mi lado, o a mí me habían colocado junto al suyo habitual. Hice una profunda reverencia, pero ella me forzó a levantar

la cabeza, empujándome levemente la barbilla hacia arriba y acogiéndome con una sonrisa desconcertante en sus ojos, sin duda realzados con *kuhl*. Era la misma Tania de siempre, como si no hubiera pasado un solo día desde nuestro último encuentro, y así se lo dije:

—El tiempo no ha hecho mella en tu hermosura; es como si te hubiera visto ayer.

—Tampoco ha pasado tanto tiempo, aunque sí, a mí me ha parecido una eternidad. Lo cierto es que a ti también te ha respetado.

—Y sin embargo he recorrido medio mundo.

—¿Y has encontrado lo que buscabas?

—En parte.

Nos sentamos a cenar. No sabría decir lo que comimos, ni si era algo insípido o succulento; solo recuerdo que tenía el pensamiento concentrado en dos mujeres que se igualaban en belleza y deferencia hacia mí, y que dudaba si contarle a la princesa todas mis correrías antes de enseñarle la página del libro del peregrino o hacer breve referencia a mis andanzas y no exhibir mi trofeo. No sé cómo, me encontré dándole todos los pormenores de nuestros viajes, y Cara de Rosa, que estaba al otro lado, me ayudaba a referir los detalles que obviaba. De vez en cuando, sin embargo, debíamos tomar parte en la conversación general. Cuando el tesorero Ramis sacó a relucir el tema del amo cautivo, «en el mejor de los casos», según dijo, no pude evitar preguntar:

—¿Estáis haciendo algo para encontrarle?

—Pensad —dijo Ramis con lentitud, como si se detuviera a verificar cada palabra— que puede estar en cualquier parte: Tánger, Argel, Túnez, Trípoli... Esto suponiendo que haya caído en manos de piratas beréberes, pero teniendo en cuenta que se trata de un hombre conocido en todo el Mediterráneo, y rico por añadidura, ¿no resulta extraño que nadie haya pedido rescate? Pensad que le tienen a él, a su esposa y a su hija; esto supone una riqueza que esos desalmados no se dejarían perder por nada del mundo.

—Dando largas al asunto no hacen más que aumentar el valor de su captura —dije.

Ramis torció el gesto y abrió la palma de la mano como para darme la razón y al mismo tiempo indicar la futilidad de cualquier intento de búsqueda.

—¿Queréis decir que hasta que no se manifiesten los captores no vale la pena hacer nada?

—Sería como buscar una aguja en un pajar. Ahí está la princesa Tania, preguntadle cuál es su opinión.

—En Bugía, desde luego, no están —dijo Tania—, ya hice investigaciones cerca de mi hermano. Podrían estar en Mers-el-Kebir, quizá en la propia ciudad de Argel, o tal vez en la isla de Yerba.

—Tal vez... —cabeceó Ramis—. Lo indicado es esperar. Si no surgen noticias en un tiempo, digamos, prudencial, habrá que remover cielo y tierra. Aquí tenemos huéspedes genoveses preparados para ofrecer su experiencia, y banqueros judíos dispuestos a financiar cualquier expedición.

Me levanté y dije:

—¡Bravo!

No supieron si se trataba de una salida extemporánea o si realmente aplaudía la prudencia del administrador Ramis; lo comprendí por la expresión desolada de todos los rostros, excepto los de Tania y Cara de Rosa; ellos sabían que no iba a quedarme con los brazos cruzados ante el peligro que seguramente atormentaba a María, a su hija y aun al propio Nicolás Mercader, mi enemigo.

—Bravo porque mañana mismo, esta noche si cabe, pienso salir en una expedición de la que regresaré con los cautivos, aunque tenga que llegar al mismísimo infierno, y aceptaré gustoso cualquier consejo, y asimismo la generosa financiación de los banqueros. Estoy seguro de que mi amigo Alejo Rufino, a quien llaman Cara de Rosa, me acompañará, anteponiendo su fidelidad a sus sentimientos, pues tiene una dulce esposa que le espera en Bugía, y también estoy seguro de hablar por boca del capitán Rogelio Llana si digo que está dispuesto a llevarme en su barco, la Magdalena Segunda, hasta el fin del mundo.

—No lo dudes, hijo mío —afirmó, contundente, el capitán Llana.

—Aunque sea impulsada por el amor —dijo Ramis intencionadamente—, tal vez estos señores encontrarán la empresa demasiado arriesgada...

Entonces se levantó el judío Moshé, un hombre muy bien vestido, con la cabeza redonda y una sonrisa inteligente en los ojos socarrones, y dijo:

—Si es por causa de amor, yo subvenciono la empresa.

—Entonces no se hable más.

—Yo iré con vosotros.

Todo el mundo se quedó mirando a la princesa, que era quien había pronunciado la última frase, en medio de un silencio sepulcral. Tania se



levantó y reiteró.

—Iré con vosotros.

No me atreví a contradecirla.

## Capítulo 3

Supe más tarde que Tania se había quedado sola en su lujoso aposento del palacio particular del alcalde, en Lérida; sola con su breve séquito, formado por Imad y Bishr, las damas de compañía, y por el forzudo Nasser, su salvaguardia. Asuntos de gobierno reclamaban a su hermano, Emul Salefa, almojarife de Bugía, que por otra parte había concedido a la princesa una dádiva de independencia que denotaba su largueza como tutor y su prudencia como dirigente en un mundo más bien tibio con respecto a la libertad de la mujer como era el islámico. Ya no recibía próceres apuestos en su alcoba, ni siquiera destacados personajes musulmanes, y sus días se sucedían en la monotonía de su encierro voluntario, o en solazados paseos a caballo en compañía del alcalde o persona de su confianza, en lecciones de música y danza, en las que la acompañaban las moritas Imad y Bishr, en lecturas de manuscritos que le llegaban de la cultura árabe o por el trato con monjes estudiosos, lo que le facilitaba acrecentar en gran medida sus conocimientos de la lengua romance. No creo que pensara mucho en mí, no mucho más, al menos, de lo que lo hubiera hecho cualquier mujer empeñada en olvidar su amor. Olvidar, bailar y leer, fue lo que hizo durante meses, en su retiro dorado y deliberado.

El baile la mantuvo ágil, y una lejana, casi extinguida ilusión que aún latía en el fondo de su corazón, como un rescoldo a punto de apagarse, la mantuvo firme en su orgullo de princesa, tersa en su hermosura. Lo mismo debió de sucederles a Imad y Bishr, entusiastas en la danza y vehementes en sus devaneos amorosos con todos los galanes que se les presentaban. Nasser en cambio se marchitó en el tedio de las horas desocupadas, en la pura inacción. Se acostumbró a dormir sentado a la puerta de la lujosa habitación que

ocupaba la princesa, montando la guardia, evocando a lo mejor el esplendor de días pasados, cuando libraba combates públicos que vencía con indecible facilidad y todos los ciudadanos le admiraban y las doncellas se disputaban el favor de su hombría. En cambio allí, sentado en el frío suelo, mientras Tania pasaba días enteros entregada a la lectura o a la práctica del laúd, se estaba desmoronando de puro tedio, perdiendo su antiguo vigor, su agilidad y aun las ganas de volver a ser un luchador formidable. Pese a que solo habían transcurrido diez meses, el cráneo se le había arrugado, igual que toda la cara, y había perdido su antiguo lustre y, lo que es más, su orgullo. Por eso se alegró sobremanera cuando Tania decidió viajar con nosotros hacia Argel, Túnez y Trípoli por ver de encontrar a María; volvería a arriesgar su vida por defender a la princesa, volvería a sentirse útil y a respirar el aire libre del mar y de la luminosa costa berebere. Por lo que respecta a Imad y Bishr puede decirse que se entusiasmaron ante la posibilidad de seguir viajando y seduciendo, y de volver a sentirse señuelo de amantes entre gentes que consideraban de los suyos.

Zarpamos al cabo de pocos días, con la Magdalena Segunda bien pertrechada, gracias a la financiación del banquero Moshé, que sabía que si liberábamos al comerciante Nicolás Mercader contaría con su beneplácito y protección en todas las empresas que le cupiera promover. Había que contar además con el anhelo del amor, de mi amor por María y mi pretensión de hacer prevalecer mi matrimonio; parece que eso divertía a Moshé, o quizá incluso le enterneciera, no lo sé muy bien; solo sé que fue muy generoso con nosotros y con el capitán Rogelio Llana, que además de contribuir a la causa de la amistad, de la que siempre había sido campeón, hacía un buen negocio. Nos dirigimos, pues, hacia Argel, la más cercana de las ciudades donde los piratas beréberes podrían haber llevado a María.

—¿Cómo te enteraste del secuestro? —pregunté a la princesa.

—Permanecí en el palacio privado del alcalde el tiempo suficiente para conocer a todos los mercaderes destacados que pasaban por Lérida, a los que indefectiblemente mi señor agasajaba. El alcalde solía llamarme para adornar esas fiestas con mis danzas, mis músicas y mis bailarinas, Imad y Bishr, de modo que trataba con mucha gente y a veces me llegaron incluso noticias tuyas, aunque la verdad, me esforzaba por no saber nada de ti, empeñada en olvidar tu amor, puesto que sabía que vivías entregado a tu María.

—¿Por qué entonces has querido venir ahora a buscarla?

Tania me miró con aire de inteligencia, pero también de compasión.

—Has dicho bien —dijo—, he querido venir a buscarla, pero nadie dice que quiera encontrarla.

—¿Así pues confías en que no demos con ella?

—O en que si la hallamos, no puedas llevártela.

Me sentí herido por la evidencia de que el fracaso de nuestra empresa era algo más que una probabilidad, por eso desvié:

—Aun no me has dicho cómo te enteraste del secuestro.

—Vino un mercader muy joven, casi un niño, con el pelo lacio cubriéndole la mitad de la cara en un flequillo agradable, y naturalmente cuando el alcalde le invitó pronto se me acercó con la intención de recrearse en mis brazos de bailarina y de carnada para los sentidos. Le rechacé, como rechazaba a todos; entonces me aseguró que si era complaciente con él me daría noticias favorables acerca de alguien que me era muy querido. No sé cómo sabía tantas cosas, pero lo cierto es que cuando me contó que Nicolás Mercader había sido capturado por los piratas con María y con su hija tuve que admitir que tenía razón: para mí eran buenas noticias.

Otra vez me sentí herido en el alma al oír a Tania, a quien yo quería bien, hablar así. Pero callé; al fin y al cabo tenía todo el derecho a defender sus sentimientos, y lo hacía con una sinceridad que era de agradecer.

—El mercader se llamaba, o se hacía llamar, Server; le pedí que me llevara con él, a mí y a mi breve corte de siervos, y accedió. Viajamos a caballo hasta Barcelona y después embarcamos con destino a Argel y me dejó a medio camino, en el puerto de Santa Catalina de Sóller.

Había caído la noche en torno a la Magdalena Segunda, y a pesar de la proximidad del otoño el cielo estaba tachonado de estrellas.

—Parece que el buen tiempo nos favorece —dije—, y que esta será una noche muy apacible.

—Una noche maravillosa.

Se me acercó lo suficiente como para apoyar su mejilla en mi pecho, y yo la rodeé, acogedor, con los brazos. ¿Dónde estaría María en aquellos momentos? ¿En brazos de quién se estaría abandonando, acaso diluyendo su amor por mí? ¡Oh, prefería no pensarlo!

Ya estábamos cerca de Argel la mañana fría que encontré a Tania en cubierta, desasistida de su servidumbre, con el cabello suelto a merced del aire, habiéndose despojado del velo, y ovillada en el suelo como en actitud de yacer, o de hallarse desconsolada. Le acaricié lo que enseñaba de mejilla con un dedo y con infinita suavidad y ella se movió ligeramente, como para dar a entender que se había percatado de mi presencia.

—¿Qué te pasa? ¿Cómo te has dejado caer aquí a la intemperie, sin velo y sin ninguno de tus siervos?

Levantó la cabeza y vi que tenía lágrimas en los ojos. El *kuhl* con que los realizaba se había corrido un poco y tenía un aspecto realmente trágico.

—A veces me siento desesperada; por fortuna es algo pasajero —intentó sonreír—. En esos momentos no me importa que los hombres me vean expuesta, ni que vean mi sufrimiento.

Apoyó su cabeza en mi pecho y la cobijé como pude para darle mi calor, el de mis palabras también.

—Vamos, no tienes que ponerte así. Me han dicho que en Argel, en pleno invierno, algunos días son muy fríos, que nieva en las montañas y solo en el interior de los baños y los hogares existe un ambiente confortable. Podrías haberte resfriado, aquí afuera, pues por el frío se echa de ver que el otoño está al llegar y, aunque parece que pronto vamos a tocar puerto, todavía estamos a merced de la corriente.

—No te muevas; déjame estar así un rato.

Transcurrió un largo lapso de tiempo. Su respiración era agitada, tan profunda que creí que se había dormido. Pero luego preguntó, a bote pronto:

—¿Por qué la quieres tanto?

Me miraba, escrutadora, y supe que tenía que decirle la verdad, por muy cruel que fuera; tenía que decírsela una vez más, pues siempre lo había hecho.

—Es mi mujer —dije.

Saqué de debajo de mi camisa la página del libro del peregrino, cuidadosamente envuelta en un rollo de piel. La tomó con dedos temblorosos y la leyó. Para una mujer versada en la lectura de manuscritos en lengua romance, aquella sencilla leyenda no ofrecía ninguna dificultad.

—Es tu mujer, ya veo... —musitó—. Al fin conseguiste la prueba.

Le rocé, fugazmente, los labios con los míos, pero no le dije: «Te quiero». No la quería como a María, con un amor inquebrantable, pero la quería.

—¡Ah! —en manos de Tania, la página del libro del peregrino había vuelto a sangrar, y ella acababa de descubrirse los dedos bañados en sangre.

—No temas; no te has hecho ninguna herida. Es el libro; se trata de un libro misterioso.

—¡Un libro que puede sangrar!

—Como mi corazón.

Pugné por limpiar la sangre con lo primero que me vino a mano, pero Tania desató de su cintura un velo blanco. Yo no quería, pero ella misma me ayudó a enjugar la sangre. Luego se lo guardó diciendo:

—Ahora tengo mi velo empapado en la sangre de tu corazón.

Vino Nasser, que por lo visto la estaba vigilando a escondidas, y la ayudó a levantarse y regresar a la cabina del capitán Llana, donde Tania se había instalado.

Pronto vi, en la neblina de un día nublado y desapacible, el perfil de las murallas de Argel, tras las que se cobijaba la alcazaba, y las costas que daban acceso a la colina, que tenían aspecto blanquecino aun en medio del gris general; parecía nieve, pero no podía ser, no podía nevar en septiembre y en la orilla del mar, y cuando desembarcamos vi que efectivamente no había tal, que los edificios extramuros eran blancos, y también los huertos estaban cerrados con cercas enjalbegadas.

—Esta ciudad debe de ser radiante bajo el sol —dije.

—En los días claros reluce como si fuera un espejismo —confirmó el capitán Llana, y luego añadió todo lujo de detalles.

Teníamos dos salvoconductos para entrar en la alcazaba, la princesa Tania y el dinero, y ambos demostraron ser suficientes por sí solos, pues si la hermana del almorjate de Bugía era bastante credencial para ser recibidos por el pachá Yasîd al-Barack en persona, no lo era menos el dinero en una ciudad que se enriquecía con el comercio de cautivos cristianos. Antes de ofrecernos una opípara cena, como era habitual en todos nuestros anfitriones, cualquiera que fuera su condición social, raza o credo, el pachá Yasîd al-Barack, un hombre todavía joven, muy pulcro, nos acompañó a los baños y los funcionarios llamaron a todos los esclavos de que disponían, desde el personal de la limpieza hasta los que habían aprendido a dar masajes y eran muy estimados o los que estaban al servicio de los señores más distinguidos. Luego fuimos a los palacetes para que sus dueños llamaran a la servidumbre cristiana que poseían, y más tarde bajamos a los barrios más humildes, en

busca de barrenderos, leñadores o siervos pendientes de rescate que nos pudieran dar noticia de María, de la niña Marta y del comerciante Nicolás Mercader. Nadie les había visto en su vida, ni siquiera los que conocían la influencia del poderoso comerciante cristiano.

—Un hombre así vale miles de ducados —dijo Abbas Rashîd, un mercader que había negociado con los barcos de Nicolás Mercader—, si alguien le hubiera capturado por aquí, yo lo sabría.

Pero aun así no desistimos; antes de cenar quisimos visitar las mazmorras de los condenados a galeras, hablamos con los prisioneros y les prometimos socorro, incluso para aquellos que ya habían sido embarcados y que sin duda perecerían encadenados a los barcos; quisimos ver a los que habían sido ejecutados, algunos de los cuales todavía pendían de la horca, en la vía pública, para brutal regocijo de los vecinos, o permanecían clavados en las estacas con que habían sido atrocemente empalados.

—La vida es así aquí y en todas partes —dijo el pachá a modo de excusa—, también en tierras cristianas se atormenta a los criminales, pero creedme, si un hombre tiene fortuna, aquí es muy respetado.

A la hora de la cena pudimos comprobar cuál era el lujo y refinamiento de aquella pequeña ciudad enriquecida con el tráfico de vidas humanas. Tania hizo una demostración de su música y de su arte en la danza con sus dos comparsas, Imad y Bishr, pero Cara de Rosa se quedó con una de las esclavas blancas que convocó el pachá a modo de aperitivo y también de colofón de la abundante comilona. Era blanca incluso en su fina indumentaria, y como corresponde, pues las mujeres de pelo claro eran muy apreciadas, era rubia como el oro.

—Podéis estar seguros —reiteró el pachá, que hablaba un castellano casi perfecto— que ni Nicolás Mercader ni su mujer o su hija están en Argel; podéis buscar en Túnez o en Trípoli, aunque yo no creo que estén tan lejos.

—Iremos hasta el final —dije—, y si se tercia, volveremos a empezar.

Embarcamos al día siguiente, llevando un guía comisionado por el pachá Yasîd al-Barack, con misivas de buena voluntad para el caudillo benimerín de Túnez, a fin de que respetara nuestro cometido de paz y amor, puesto que aquellos árabes fundamentalistas habían declarado la guerra santa contra el

rey cristiano de Castilla. Nuestro guía se llamaba Muhammad Jaldum, y era un hombre alto y fuerte, cuyo pelo resultó ser crespo las pocas veces que se quitó el turbante, extremadamente negro como sus ojos, que echaban chispas cuando veía aparecer a Imad o Bishr, pues parecía más mujeriego, y sobre todo más bestial, que el propio Cara de Rosa. Sin embargo obedecía con celo inigualable las órdenes que le diera el pachá Yasîd al-Barack, y no se habría atrevido por nada del mundo a tocar ni un pelo a las moritas, ni mucho menos a la princesa Tania. Nasser encontró en él un rival digno de su antigua fortaleza, y se midieron en suficientes ocasiones, ambos con el torso desnudo y la cabeza descubierta, para que el fidelísimo custodio de la princesa reencontrara su alegría de vivir y volviera a comer con avidez, lo que le devolvió el lustre y la lisura perdidos y parecía el sirviente arrogante de siempre, dispuesto a dar la vida por su señora.

Pasamos muy cerca de la ensenada donde se cobijaba el puerto y la alhóndiga de Bugía, tanto que casi pudimos avistar el castillo de Emul Salefa y la montaña tapizada de verde en invierno por donde solíamos cabalgar, de modo que a nuestra nostalgia, la de Tania y la mía, se unió la urgencia imprevista de Cara de Rosa por bajar a robarse a Carmen, su media mujer, o su mujer entera, si el cónsul hacía caso de la hoja de papel de lino ensangrentada donde estaba inscrito mi matrimonio con María.

—Detengámonos un día; una noche tan solo —dijo Cara de Rosa—. Nos llevaremos a Carmen tanto si el cónsul lo quiere como si no; comprobarás el efecto del registro de tu matrimonio, Ramón Santos se llenará de júbilo a la vista de un trofeo tan preciado y Tania podrá ver a su hermano y recabar su ayuda.

—Tienes razón —dije, pensativo—; no se puede despreciar una coyuntura como esta.

—María no está aquí —terció Tania—; acudí en busca del favor de mi hermano en cuanto supe del secuestro, y me recomendó cautela con el cónsul y también con el beato Ramón Santos.

—No me fío del cónsul —dijo el capitán Rogelio Llana—, no es trigo limpio.

Siguió un largo silencio, en el que la duda de si desembarcar en Bugía pendía en el aire.

—No creo que suelte a su presa a menos que me presente con María —opiné al fin—, y aun así no va a ser cosa fácil; en cuanto al beato...



—Es verdad —cortó Cara de Rosa—; es más prudente pasar de largo; al fin y al cabo, cuando encontremos a María, volveremos en seguida.

Nos dimos un profundo abrazo.

—¿Comprendes que es mejor?

—Claro.

Había otra cosa, la sombra del capitán Olmos, que el cónsul había lanzado en nuestro acecho, y que nos perseguía todavía, habiendo pactado con el diablo. Su cara horrible oscilaba a menudo sobre los resplandores del mar, en medio de la calma chicha, o crecía con el fragor de la tormenta y nos amenazaba con una boca descomunal, como una hosca concavidad acuosa que comunicara directamente con el averno. Habíamos oído sus rugidos en los retumbos que seguían a los relámpagos lejanos, esos fulgores que se suponían lo suficientemente remotos para no tener que sonar. Si nos deteníamos en Bugía el capitán Olmos, endemoniado, se disfrazaría de corderito para volver al mismísimo Ramón Santos contra nosotros, eso sin tener en cuenta que el cónsul, que barruntábamos que podía haberle encargado nuestra perdición, también pudiera estar poseído por el demonio.

—La cosa está muy clara para alguien que no esté enamorado —razonó Cara de Rosa en voz alta—, y por lo tanto ciego: si el cónsul ordenó matarnos, significa que nunca me cederá la mano de su hija, con María o sin María. Tendremos que llevárnosla por la fuerza, y cuando esto suceda es mejor haber liberado a María.

Dos días después, al anochecer, a la vista del lago de Túnez, por donde se llegaba al canal que conducía al puerto, se presentó a bordo un hombre alto y delgado, con grandes orejas, la nariz pronunciada y la cara larga como un día sin pan; llevaba una armadura negra y un manto rojo, se tocaba con una corona que parecía de oro y exhibía una varita con una mano de madera. Nadie supo decir de dónde había salido.

—Alto. ¿Quién vive?

—Vivir ya no vive nadie —dijo la sombra—, pero yo solía ser el rey de Francia.

—¿San Luis? —exclamé con asombro.

Tendió su varita hasta tocar mi rostro y la mano de madera cobró vida para acariciármelo suavemente.

—¡No te dejes embaucar! —gritó Cara de Rosa.

La mano ya me tenía asido el gáznate y apretaba con suficiente fuerza como

para estrangularme, pero en cuanto reconoció la voz de Cara de Rosa el monarca se volvió hacia él y tenía la cara azul y los cuernos de fuego del capitán Olmos convertido en secuaz del diablo. Ahora la mano creció hasta abarcar toda la faz de mi amigo y sus dedos agarrotados pugnaban por hacerle estallar los globos oculares con una saña inaudita. Extraje al punto la daga de San Pablo y me abalancé sobre su cuello. Al contacto con la daga la sombra se desvaneció primero en un ejército de escarabajos, luego en la nada. Cara de Rosa y yo rodamos por el suelo. Tania nos miraba, despavorida, con el velo flotando en el aire ensombrecido; era la única que lo había visto.

—¿Qué era eso? —logró decir, aterrada.

—Era el diablo, pero ni una palabra a nadie.

—Primero una página que sangra, luego la sombra del diablo —sollozó—. No entiendo nada.

—Yo tampoco lo entiendo.

Al amanecer penetramos en el canal y desembarcamos en el puerto. Se adivinaba que el día sería de un azul intenso en el cielo y en el mar, y la ciudad, agazapada sobre las peñas ocre, parecía acogernos con paisajes familiares: arenales, bosques de pinos olorosos a resina y un airecillo húmedo, templado, que nos acompañaba desde el mar. Muhammad Jaldum habló con los guardianes, embutidos en bombachos rayados y chalecos rojos, que nos amenazaban con lanzas. Cuando el cabecilla leyó el salvoconducto nos hizo escoltar hasta el palacio del caudillo Abd al-Abbar, adonde fuimos transportados en andas. El caudillo nos recibió en un salón muy sobrio, pero inundado de claridad, y habló de un modo bastante inteligible:

—Los amigos del pachá de Argel son mis amigos.

Nos besó en las mejillas y yo dije, sin que viniera a cuento:

—¡Alá es grande!

Tania se rio de mi torpeza y el caudillo Abd al-Abbar cogió su brazo con deferencia para obligarla a caminar a su lado, lo cual, viniendo de un integrista, debía de constituir una extremada largueza.

—Pese a que ya estamos en otoño el día se adorna con una calidez inusitada; comeremos en los jardines, si no os parece mal.

Después de acomodarnos en nuestros aposentos, desde cuya ventana se

podía otear el litoral y también el perfil brumoso de la isla de Chikli con su viejo castillo, fuimos requeridos en los vergeles, y aproveché para decirle al regente:

—Hemos venido a buscar al comerciante cristiano Nicolás Mercader, a su hija Marta y a María, la mujer que le dio a luz.

El jeque Abd al-Abbar se quedó pensativo.

—Conozco a micer Nicolás Mercader —dijo al fin—; los benimerines aspiramos a controlar el tráfico comercial del estrecho de Gibraltar y queremos que la medina de Túnez se convierta en el punto más importante del comercio con el Mediterráneo, pero puedo asegurar que ni Nicolás Mercader ni nadie de su familia está en este lado del mundo; es más, diría que estáis buscando en la dirección equivocada.

—Puede ser.

Recorrimos los jardines, bajamos a los baños, nos interesamos por la suerte de María cerca de los hombres ricos invitados al banquete y de los siervos más humildes; nadie supo darnos razón de ella ni del comerciante llamado Nicolás Mercader o de una niña que ya debía de andar por los diez meses de edad. Comimos después de relajarnos en la sauna y de recibir un frenético masaje con el mitón grueso, que fue como si me desollaran en vivo. Por la noche, mientras yo soñaba con María, viéndola avanzar sonriente en el fondo de las pupilas de Tania, las mujeres bailaron la danza del jarrón, al son de gaitas y tambores, y Cara de Rosa dijo que aquello era algo extraordinariamente insinuante.

—Ahora me gustaría ser jarrón, para hacer equilibrios sobre las caderas de estas doncellas, y no me importaría ser verde, azul o amarillo.

Los mosaicos de las arcadas reflejaban el vaivén de las antorchas y yo cerraba los ojos para volver a figurarme a María en el sonsonete metálico de los cinturones ceñidos a los tambores. Tania comprendía mi arrobo y me acariciaba dulcemente con la mano, una mano larga y tibia, atezada y perfumada. Me sentía tan extasiado que estaba a punto de decirle que la amaba, como si en verdad fuera María.

Luego salieron a bailar hombres con auténticas torres de jarrones, y Cara de Rosa exclamó:

—Eso no vale, ¡a mí dadme las bailarinas!

Pero los hombres tenían una destreza endiablada.

—Creedme —dijo el jeque Abd al-Abbar cuando todo hubo terminado—,

buscad a vuestros amigos más cerca de Al-Ándalus.

—Iremos primero a Trípoli —dije—; ya puestos pienso llegar hasta el final.

—No os molestéis en recalar en la isla de Yerba; sería una pérdida de tiempo.

Luego pensé que a lo mejor habían confinado a María con Nicolás Mercader y su hija en la isla de Yerba, y que los tenían presos como perros cristianos o los consideraban una buena inversión con la que conseguir un rescate fabuloso; pero decidí pasar de largo por Yerba y detenerme si acaso en el camino de regreso.

Navegamos luego hasta Trípoli, sin llegar a pisar la isla de Yerba, que dejamos atrás con el corazón encogido, pensando que a lo mejor María se encontraba en el único enclave que habíamos decidido no inspeccionar. La costa, cerca de la ciudad, que era un puerto importante, mostró ser muy baja y arenosa, accesible en muchos puntos, aunque nosotros pusimos rumbo al puerto, arriesgando en ello más de lo que hubiéramos querido, pues Muhammad Jaldum nos dijo que Trípoli estaba gobernada por los mamelucos, gente cuando menos imprevisible.

—Los mamelucos eran antiguos esclavos, en su mayoría turcos, educados para la lucha en el seno del Islam. Casi todos los sultanes de Egipto han venido tomando el poder por la fuerza, apoyados por sus clanes, y no estoy seguro de que Saif-al-din Kahlil, el actual, sea una excepción.

—No veo qué tenga que ver eso con nosotros.

—Los mamelucos expulsaron a los cruzados cristianos, habiendo hecho prisionero al rey de Francia.

—¡San Luis! —exclamé, y me acordé de Dustino y de la Asamblea de San Luis, que intrigaba en Damietta para organizar una nueva cruzada—. Así, pues, nuestros amigos de la Asamblea corren grave peligro.

—Si tenéis amigos entre los cruzados más vale que renunciemos a desembarcar aquí.

—Nosotros somos gente de paz —dijo el capitán Rogelio Llana—, y en son de paz venimos, paz y amor.

Y ni corto ni perezoso se adentró en el fondeadero, una radiante mañana de octubre. Atracamos sin que nadie nos molestara y cuando subió a bordo gente

armada, ataviada con bombachos rojos y camisa azul, anunció:

—Venimos en son de paz, y traemos recado de paz y amor para el sultán Saif al-Kahlil.

Muhammad tradujo sus palabras, y los soldados pusieron una cara de asombro morrocotudo. Ya iban a echar mano de las espadas cuando compareció la princesa Tania, totalmente vestida de negro, con los brazos delicados al descubierto y los ojos de mirar arrebatador destacados con *kuhl*. No le cupo decir nada; los soldados parecieron adivinar en seguida la altura de su rango y nos condujeron hasta el jeque Abdel Ghaffâr, Gafûr.

—Puesto que como indica tu nombre eres sirviente del que perdona —le dijo Tania—, perdona nuestro atrevimiento y nuestras culpas y muestra tu largueza para con nosotros.

El jeque, que era un hombre alto, escondido tras una barba poblada y un turbante blanquísimo, levantó por toda respuesta la mano, como si concediera efectivamente el favor de su magnanimidad, aunque no el sonido de sus palabras. Nos alojó en ricos aposentos, nos emplazó para cenar y cuando después del festín quise hablarle de María, volvió a levantar la mano, esta vez para indicarme silencio, y dijo:

—Sé quién eres y de dónde vienes. La obligación de todo mameluco es estar bien informado, dominar a sus enemigos y ser generoso con el amor. Sé que tú vienes buscando a un mercader cuya esposa pretendes, pero, tranquilízate, no está en Trípoli ni en ninguna de nuestras tierras. También sé que tienes amigos entre los cruzados de Damietta, lo cual, si no fuera por tu misión de amor, te convertiría en reo de muerte, a ti y a tus amigos; pero el amor te reconcilia con nosotros.

Comprendí que el mameluco Abdel Ghaffâr, Gafûr había tenido una larga conversación con nuestro guía, Muhammad Jaldum, y por fortuna su ánimo se había decantado en nuestro favor. No presté atención a ninguno de los agasajos que nos ofreció, ni a la lucha de mamelucos con espadas que parecían de plata, en la que Nasser se pirraba por participar, ni a las músicas y bailes ni tampoco a la carne de ciervo ricamente aderezada o a los pastelillos azucarados; tenía el estómago colmado y la boca llena con el nombre de María y no podría haber vivido en adelante si no hubiera acabado formulando la pregunta:

—Decís, señor, que sabéis dónde está el comerciante a quien llaman Nicolás Mercader, y María, la que pasa por ser su mujer, con su hija Marta;

pues bien, decidme por Dios dónde están.

—Alá es grande; ¿por qué dices que pasa por ser su mujer? ¿Acaso no lo es?

—No, es mi mujer.

Saqué la página ensangrentada del libro del peregrino y se la di a leer. No confiaba en que entendiera la escritura romance, pero sabía que el golpe de efecto iba a dar resultado igual.

—No hay mayor delito que el de una mujer adúltera —dijo, con furia en los ojos.

—No es adúltera; Nicolás Mercader, el comerciante, la retiene con engaños. Entonces me miró con los ojos llenos de compasión.

—No hay ninguna mujer que valga esto.

—Decidme, por Alá, dónde están.

—La mujer y la niña están en Tánger, y son esclavas del gobernador; yo mismo las vi con estos ojos. El mercader fue llevado tierra adentro, no sé adónde.

—Tánger está en la costa de Al-Magrib, al-Aqsà —dijo el capitán Llana—; esto es, el lejano poniente, muy cerca de Al-Ándalus, al otro lado del estrecho de Gibraltar, en dirección contraria desde Argel, donde iniciamos nuestro periplo.

—Debimos empezar por ahí.

Dedicamos solo un día a descansar y pertrechar la Magdalena Segunda de suficiente agua y provisiones para poder llegar hasta Tánger sin hacer escala en ningún otro puerto, cosa que pretendía el capitán Llana para no perder más tiempo y ver de encontrar sana y salva a María y a su hija. Por supuesto, mi impaciencia era evidente, tanto que Tania entristeció sobremanera.

—Bien se echa de ver cuánto la quieres —me dijo—, pues tu ánimo no conoce reposo; pareces un animal en celo, presto a embestir.

Bajé la cabeza y sonreí. No sabía muy bien qué decir.

—¿Tanto se me nota?

—No sé lo que hago aquí, perdiendo mis mejores años junto a un hombre que no me quiere, y por añadidura cristiano. Y pensar que en el palacio de mi hermano sería la princesa pretendida por todos los señores de Bugía...

—Yo te quiero, Tania; pero mi amor por ti no es tan grande que pueda dejar de amar a María.

—Tal vez cuando la tengas dejarás de idealizarla, y entonces comprenderás la naturaleza de mi amor. Pero al paso que vamos, para entonces puedo ser ya una vieja.

—Dios no lo quiera.

Se me acercó y me acarició el rostro con la palma de la mano.

—No hay que meter a Dios en todo esto. Pese a lo que digan, esta clase de amor, al menos el mío, es cosa de hombre y mujer.

—Y sin embargo tú, como mujer creyente, aceptas que Dios rige nuestros destinos.

—Alá es grande —dijo Tania, y sonrió levemente, diría que con una sombra de escepticismo—. Cuando tengas a María, cuando te la llesves a Lérica con su hija y Nicolás Mercader haya perdido la partida, ¿te acordarás alguna vez de mí? Dime que sí, aunque sea mentira.

—Al contrario, mentiría si te dijera que no.

—Ven a mi cama esta noche.

—No puedo.

—El aposento es digno de una reina, y Nasser te guiará entre las sombras, si quieres guardar discreción; Imad y Bishr te asistirán en el cortejo; no habrá habido nunca en el mundo hombre mejor servido.

—No puedo.

—¿Qué te lo impide?

—Mi amor por María.

—Ahora veo cuánto la quieres. Será mejor que al pasar por Bugía me dejéis en el palacio de mi hermano y sigáis vuestro camino enhorabuena... Pero no, ¿qué digo? ¿Y si María no está en Tánger, y si, por cualquier infortunio, no podéis liberarla? ¿Me querrás si no puedes tener a María?

—Las cosas que dices me destrozan el corazón; calla, por favor; no pienses ni por un momento que algo puede salir mal esta vez.

—¿Me querrás si no puedes tener a María?

Me miraba de hito en hito.

—Si María no hubiera existido —insistió—, ¿me habrías hecho tu mujer?

En otro tiempo le habría dicho que sí; ahora solo desvié:

—Pero María existe, y está en Tánger, más cerca que nunca, pues tengo el salvoconducto de su libertad.

Tania pugnaba por no llorar.

—Iré con vosotros a Tánger y luego regresaremos a Bugía, pero esta vez me quedaré allí para siempre y ya no nos volveremos a ver.

La abracé contra mi pecho, ahogando sus sollozos.

—¡Tania, Tania!

Creo lógico añadir que Muhammad Jaldum y Cara de Rosa hicieron de las suyas aquella misma noche, antes de partir; pero no lo sé a ciencia cierta: estaba yo demasiado abrumado por mis sentimientos y las expectativas que se me abrían de reencontrar a mi mujer. Incluso es posible que Nasser, que se midió con los forzudos de palacio y venció con cierta facilidad, bajara luego a los harenes de los mamelucos, donde su virilidad encontraría la debida recompensa a la fidelidad que había demostrado para con la princesa Tania. Yo solo sé que me acosté pensando en María, me desperté cien veces pensando en María y pensando en María me levanté, presenté mis respetos al jeque Abdel Ghaffâr, Gafûr y embarqué en la Magdalena Segunda con los demás. La costa de Trípoli se me antojó de oro, tal vez por la luminosidad del sol aquel magnífico día otoñal, o acaso por el júbilo que llevaba en mi corazón. Nos alejamos lo suficiente como para perderla de vista y pusimos rumbo a Túnez. Cuando estuvimos a la altura de Yerba, sin que el mar nos presentara grandes contratiempos, recordé mis dudas acerca de si debía desembarcar o no, y volví a tenerlas, pues siempre me quedaba la incertidumbre de si Abdel Ghaffâr, Gafûr habría dicho la verdad y aun de si el jeque Abd al-Abbar me habría mentado para retener a María, su hija y Nicolás Mercader como rehenes capaces de reportarle una fortuna.

También pensé que el capitán Olmos volvería a intentar matarnos, y tenía siempre a mano la daga de San Pablo por si las moscas. Tania me dijo:

—¿Qué clase de talismán tiene esa daga?

—Uno muy poderoso; ahuyenta al diablo.

Deslizó su mano hasta mi cintura y tomó la daga suavemente. Resplandecía incluso en la oscuridad, tanto que, cuando la clavó sobre un banco, le iluminaba el rostro desde abajo, y le llenaba la cara de luces y sombras, de modo que si no supiera que era ella, me habría costado reconocerla. En seguida sospeché que era otra treta del capitán Olmos poseído por el



demonio: se había transformado en Tania para cogermé desprevenido.

—Olmos ha adquirido un poder muy siniestro.

Llegamos a la altura de Túnez sin novedad. Avistamos a lo lejos la franja de tierra brillante bajo el sol donde se espejaba el lago que daba acceso al puerto, pero no nos detuvimos; el viento soplaba a nuestro favor y no era cuestión de desaprovecharlo. Más adelante, cuando llegamos a Bugía, le dije a Tania:

—Estamos cerca de tu tierra y de tu gente, ¿quieres desembarcar?

—No.

—Volver a ver a tu hermano sería una gran alegría, y seguramente nos ayudaría a rescatar a Carmen de las garras de su padre, el cónsul. El hermano Guillermo Pino de los Copones, del convento de la alhóndiga, también pondría todo cuanto estuviera en su mano por socorrernos.

—Lo primero es lo primero —terció Cara de Rosa—, y ya dije que María es nuestro principal objetivo. Ya habrá tiempo de volver.

—Hay ocasiones que ya no se vuelven a presentar en la vida.

Los tres nos abrazamos, apoyados en la baranda, con el pensamiento puesto en el castillo del arráez Emul Salefa, en los jardines donde nos divertíamos y en las peñas por donde solíamos cabalgar, y también en la casa del retiro, la que Cecilia, la hija del beato Ramón Santos, nos había cedido, donde habíamos sido remotamente felices.

—Parece que fue ayer, y sin embargo, ha pasado tanto tiempo...

Llegamos a Argel una mañana clara que confería a la ciudad un aura de resplandor, como si fuera cosa del otro mundo. Cuando el viento nos empujó hasta el fondo de la rada todo parecía nuevo a mi vista, como recién lavado por la lluvia, como si cuanto había visto en mi estancia anterior hubiera sido aseado por el buen tiempo; daba la impresión de alegría, casi de euforia, y pensé que se debía a mi estado de ánimo jubiloso por la proximidad de mi encuentro con María, seguro como estaba de que ahora no habría ninguna dificultad que viniera a entorpecer nuestra dicha. Teníamos intención de permanecer en Argel tan solo el tiempo necesario para despedirnos de Muhammad Jaldum, que había llevado a buen término la empresa que le encomendara Yasîd al-Barack, pero el pachá insistió en ofrecernos un

almuerzo que resultó tan abundante y dilatado que tuvimos que pernoctar en aquella hermosa ciudad.

—No os dejaré marchar a Tánger sin un guía experto —dijo el pachá—, y creo que tengo al hombre adecuado para eso.

Entonces nos presentó a fray Andrés Cortés, un fraile franciscano que se había sentado a la mesa y no había dicho esta boca es mía en todo el festín.

—Este hombre, pese a la humildad que aparenta, puede abriros todas las puertas de Tánger.

En seguida se me ocurrió preguntarle:

—¿Conocéis a María, la hija de los tahoneros Bella?

—No, hijo mío. Hace años que salí de Tánger y he andado perdido por este lado del mundo durante tanto tiempo que juzgo muy exagerada la pretensión del pachá, pues no estoy seguro de que pueda abrir ni la puerta de mi celda.

Fray Andrés Cortés era un hombre silencioso, refugiado en sus rezos y en su filantropía. Si alguna vez los levantaba del suelo, tenía los ojos casi achinados por el exceso de pellejo en los párpados, pero de pupilas brillantes, y cuando escrutaban denotaban inteligencia. Un par de veces le vi con la cabeza descubierta y tenía el pelo abundante, largo y ondulado. Sé que tenía visos de poeta, porque le sorprendí escribiendo en la cubierta de la Magdalena Segunda, entre los vaivenes de la nave, que no eran un inconveniente para que su letra resultara pulcra y sus versos de un amor divino que tenía mucho de humano. Habíamos salido de Argel con buen viento y el capitán Rogelio Llana no quería detenerse en ningún otro enclave hasta alcanzar Tánger, como si cada día que transcurría representara una nueva amenaza sobre la vida de María y de su hija. Pasamos de largo ante el puerto de Tlemecén, ciudad que conocía de mis viajes con mi padre, pues allí se habían refugiado muchos judíos mallorquines con los que solíamos comerciar, y ahora, al verla extendida frente al mar, al fondo de la ensenada, parecía que nos invitara a desembarcar. Tampoco nos detuvimos en Melilla ni en Ceuta, cuyas taifas tenían una larga historia de relación con Al-Ándalus. Navegamos directamente hacia Tánger, cruzando el estrecho de Gibraltar, y aunque tuvimos algún que otro altercado con el tiempo, pues ya estábamos a finales de octubre, llegamos a la vista de la playa y del puerto de Tánger al

día siguiente, tras un periplo de una semana sobre poco más o menos desde Argel.

—Hemos tenido suerte —dijo fray Andrés Cortés—, pues no nos hemos topado con ningún barco con la bandera blanca y azul de los emires benimerines.

Nos acercábamos mucho a tierra y pronto pude distinguir la bandera con cinco líneas quebradas a que se refería.

—Esta gente es peligrosa y todo cuidado va a ser poco —explicó el fraile—: se han propuesto controlar el tráfico del estrecho y han declarado la guerra santa al rey de Castilla.

—Nosotros somos súbditos de la corona de Aragón.

—Y cristianos.

La cara que ponía Andrés Cortés no tenía nada de tranquilizador. Además, si habían tomado como rehenes a micer Nicolás Mercader con «su» familia, habíamos de proceder con mucha precaución. Cuando subió gente armada a bordo, gente malcarada que no se andaba con chiquitas, el fraile exhibió un salvoconducto que pareció aplacarles como por arte de magia. De pronto eran casi amables, y nos condujeron al palacio de Ben Boufrah, gobernador de la ciudad en nombre del emir Abu Yaqub Yusuf. Allá nos fuimos todos, Tania con su cortejo por delante, y el capitán Llana cerrando la marcha con el fraile Andrés Cortés.

—No me lo voy a perder —dijo el capitán—. No me voy a perder ver liberar a María, que podría ser mi hija, y correr a los brazos de Gladis, que es como si fuera mi hijo.

Fray Andrés Cortés cabeceaba, oculto bajo la capucha, y no decía nada.

Ben Boufrah resultó ser un hombrecillo rechoncho, sonriente, pese a naufragar bajo un aparatoso turbante, con una panza fenomenal. En seguida acogió a Tania como princesa, ofreciéndole sus mejores aposentos, y a nosotros también nos alojó cumplidamente. Era un moro glotón, eso se echaba de ver en seguida, y lo demostró sin tapujos a la hora de la cena, sobre todo cuando llegaron los dulces que pese a todas las prohibiciones islámicas estaban abundantemente regados con vino almibarado, tanto que a mí en seguida se me subió a la cabeza. Pero demostró también ser un buen lector de poemas y amante de la literatura, pues conversó largamente con Tania, embelesándose de satisfacción, y dijo:

—Mi querida princesa, dejadme decir que unís a la belleza de la mujer la

inteligencia de un hombre sabio.

Tania comía un pastelillo con la misma delicadeza que si tocara el laúd con sus dedos largos y ahusados. Creí que Ben Boufrah se arrimaría a uno de ellos y lo chuparía hasta dejarlo reluciente de saliva. Era que empezaba a sentirme eufórico, de modo que dije:

—He sabido que María, la que pasa por la ser mujer del comerciante Nicolás Mercader, de Lérida, está prisionera en Tánger con su hija Marta.

Naturalmente se hizo el silencio general; no se oía ni el más leve rumor, como si todos se abstuvieran incluso de respirar.

—Yo no diría «prisionera», sino huésped, o invitada de honor.

—¿Y quién es su «anfitrión», si es que acaso lo sabéis?

—Oh, claro que sí —ahora se me antojó que el gobernador tenía un tonillo amanerado—. Yo mismo, si os parece bien.

—¿Vos sois su captor?

—Oh, no... No soy hombre de meterme en capturas. Yo la compré, junto con su hija, que pese a que aún no cuenta un año de edad aquí, dicho sea entre nosotros, adivino que un día será más bella que su madre.

—Mucha precocidad me parece esa, pero ¿qué queréis decir con eso de que la comprasteis?

—Pues que pagué por ella y la traje aquí.

—¿Está aquí, en este palacio?

—Naturalmente.

—¿Y dónde se encuentra ahora mismo?

El gobernador puso una tremenda cara de picardía.

—¿Dónde va a estar? Con las mujeres.

—¿Y su hija?

La situación era tensa, claro está, y el capitán Rogelio Llana intervino, seguramente con la intención de quitar hierro, pues las espadas estaban en alto.

—¿Y el comerciante Nicolás Mercader? ¿Qué fue del comerciante Nicolás Mercader?

—Oh, creo que se lo llevaron a Fez; a mí no me interesaba lo más mínimo, eso por descontado...

—Tengo la prueba de que María es mi mujer —dije con voz firme.

Me levanté y avancé hasta la cabecera de la mesa. Extendí la página del libro del peregrino ante los asombrados ojos del gobernador, y como

empezara a gotear, los manteles se llenaron de sangre.

Los hombres de la guardia desenfundaron sus cimitarras y se abalanzaron sobre mí. No sé cuántas hojas afiladas amenazaban mi garganta, y sin embargo tuve la calma necesaria para enjugar la sangre y guardarme la hoja debajo de la camisa.

—¿Qué es eso? ¿Magia?

—Con tantos cuchillos en mi garganta no puedo hablar.

Ben Boufrah levantó la mano para indicar a sus fieles que me dejaran en paz. Me invitó a tomar asiento a su lado.

—Esta página tiene el don de sangrar como sangra mi corazón por María.

—¿Por María?

Conté de cabo a rabo toda nuestra historia. Cuando llegué al final Ben Boufrah cabeceaba, entre incrédulo y conmovido. Entonces extraje de debajo de mis vestiduras la bolsa de oro que me diera el obispo regidor de Ginebra y desparramé las monedas sobre los manteles.

—Tengo más, y todo os lo daré a cambio de María y de su hija.

—María no está en venta, no la daría ni por todo el oro del mundo, y a su hija menos todavía.

—¡Gusano!

Las dagas de la guardia volvieron a rodearme el cuello.

—Dejadle; este hombre está loco, pues no hay locura más grande que el amor, y como enajenado no sabe lo que dice ni lo que hace. Lo cierto es... Vuélveme a mostrar la página.

Volví a extraer la página con la inscripción de mi matrimonio y Ben Boufrah la leyó con acento árabe andalusí. Pero cuando llegaba al final de la inscripción la página volvió a sangrar, y esta vez también sus labios rezumaron sangre por las comisuras. La guardia hizo ademán de volverse otra vez contra mí, pero el gobernador los detuvo con el gesto y luego se limpió la sangre con la mano.

—¡Es extraordinario! ¿De qué libro ha salido esta página?

Volví a guardarme la hoja ensangrentada antes de responder:

—De un libro al que llaman *El libro del peregrino*.

—Si una página puede sangrar, ¿qué no podrá hacer el libro entero?

—Milagros —mentí—. El libro puede hacer milagros.

El moro me miró de hito en hito con sus ojillos vivarachos.

—Guárdate tu dinero, muchacho.

—Pondré más monedas a cambio de María, muchas más.

—Recoge tu tesoro; no es oro lo que yo quiero.

—¿Pues qué queréis?

—Tráeme el libro del peregrino y María será tuya.

Recogí las monedas despacio y volví a guardarme la bolsa.

—¿Y cómo sé que tenéis, efectivamente, a María en vuestro poder?

—Mañana lo sabrás.

—No puedo esperar a mañana.

El capitán Rogelio Llana me recomendó paciencia, gesticulando con ambas manos. Cara de Rosa me susurró al oído:

—Tente, o estos nos van a pasar a todos por las armas.

Tania me cogió suavemente por el codo y me acompañó hasta mi sitio. Luego bailó, imprimiendo sabios meneos a sus brazos, pero la danza se me antojó pesada, casi lúgubre, tal vez porque a ella la posibilidad de que yo recuperara a María le parecía más bien funesta, o porque mi ánimo se hallaba exaltado ante la proximidad de mi dicha. En mi cabeza bullían cien posibilidades, a cuál más disparatada, siendo la más modesta de todas ellas robarme a María y salir pitando, aun a riesgo de dejar a mis amigos en la estacada. Cuando al fin nos retiramos, Tania me acompañó hasta mi aposento con su escolta. Me rodeó el cuello con sus brazos ante el umbral y me dijo:

—Sé que estoy a punto de perderte para siempre, pero ten cuidado.

—Lo tendré, no por mí, que ya no puedo reprimir mi impaciencia, sino por María y por vosotros, mis amigos.

—Bésame. Tal vez sea el último beso que me des.

La besé sin decir palabra. Sus labios, naturalmente, sabían a María. Se alejó unos cuantos pasos y volvió a besarme. Una lágrima salada le había resbalado hasta la boca. Luego se fue, apresuró el paso sin volver la vista atrás; Nasser iluminaba el camino y las moritas Imad y Bishr la seguían con el rebote blando de sus pies descalzos.

Creí que no podría pegar ojo en toda la noche, pero no sé cuánto tiempo después me encontré soñando con María. Venía a mí toda vestida de blanco, y la transparencia de sus ropas la mostraba firme y lozana como la primera vez que la tuve en mis brazos, allá en Lérida, debajo mismo de la horca, en la

plaza de San Juan. El sueño era tan real que mi mano notaba la tibieza de sus carnes y el volumen ansiado de sus pechos y caderas. De pronto abrí los ojos y deseé conocer el palacio para poder encontrar la habitación de las mujeres y despertar a María. ¿Qué hacía Cara de Rosa, experto en estos lances, que no venía a llevarme hasta el harén? ¿Por qué desperdiciaba sus energías con todas las muchachas del camino y no venía ahora que tanto le necesitaba? Sin duda estaba asustado por el poder de Ben Boufrah, enemigo declarado de todo «perro» cristiano; o simplemente urdía un plan más sosegado para asaltar el serrallo con garantías de salir con bien de Tánger. No sé si lo primero que noté fue su perfume, o el calor de su pecho, el aliento suave en mi cara o la forma imprecisa en la penumbra, pero en seguida supe que la tenía a mi lado, que no estaba soñando.

—María, ¿eres tú, María?

—Soy yo, Gladis. Mi señor Ben Boufrah me ha enviado a tu lado.

Naturalmente me contrarió mucho que se refiriera al gobernador de Tánger como «mi señor», pero la alegría que había en mi corazón por haber vuelto a encontrarla me impidió expresar mi enojo.

—¡María, María! Dime que esto es real, que estás aquí, a mi lado, que no estoy soñando. Pellízcame, tócame, bésame, María...

Me eché a llorar, y ella también lloraba, los dos muy abrazados.

Al cabo de un buen rato palpé el cinturón donde guardaba el pedernal y la mecha, rasqué, soplé y encendí el candil. Quería verla, cerciorarme de que era ella, que no era una trampa del destino, o del diablo, que no se trataba del capitán Olmos disfrazado de María para hacerme más daño del que se pueda concebir. Encendí todas las luces que encontré en la habitación, que era lujosa y estaba bien provista, y ella me miraba, con una sonrisa de satisfacción, pero también con lágrimas en los ojos.

—¡María, María!

—¡Gladis!

Era ella, sus ojos, su cabello largo, sus manos. Envuelta en gasas que denunciaban la hermosura de sus formas, galana, como si no hubiera pasado un solo día desde que nos separáramos no ya en Mallorca, sino en Bugía.

—María, ¿qué ha pasado en todo este tiempo, María? Pero no me lo digas

todavía, dime antes que me quieres, que sigues queriéndome como antes.

—Te quiero más que antes, Gladis; te quiero con toda el alma.

—Yo también te quiero. Por ti he recorrido todo el mundo, y recorrería más mundos que hubiera, solo para encontrarte.

—La vida se ha empeñado en separarnos.

—Pero ahora nos ha juntado de nuevo, y esta vez será para siempre. Mira...

Busqué la página del libro del peregrino donde estaba inscrito nuestro matrimonio, de puño y letra del rector Arcillares. La leyó con avidez, puesto que ahora sabía leer, como yo mismo. Luego me abrazó más estrechamente si cabe.

—¡Seremos libres!

—Libres de culminar la ceremonia de nuestra unión.

—Dime, ¿por qué está la página ensangrentada?

—Porque sabe de nuestro sufrimiento, y porque mi corazón sangra por el tuyo. Este libro del peregrino es un libro muy raro, muy misterioso.

—Mi corazón también sangra por el tuyo, sufre por tu amor verdadero con un amor todavía más verdadero. Perdóname si tuve que mentirte alguna vez. Estaba encadenada a Nicolás Mercader por su poder y por el pacto que había hecho con mis padres. Luego me tomó contra mi voluntad, por la fuerza, y de sus embates reiterados nació Marta. ¿Sabrás perdonarme?

—Con decirme que me quieres de verdad está todo perdonado.

—Te quiero ahora y te quise siempre. Cuando éramos apenas dos niños jugando en la calle Mayor de Lérida. Cuando te fuiste a navegar por los mares, para ganar fortuna. Cuando me robaste para llevarme contigo disfrazada de monja. Cuando fuimos felices en la casa del retiro, allá en Bugía. Cuando te condenaron a muerte y me dijeron que habías sido ejecutado. Cuando me casaron con Nicolás Mercader. Entonces me dije, aunque esté muerto, aunque yo esté casada con otro hombre, no hay más hombre que Gladis en mi corazón. Te quise cuando fui forzada, cuando di a luz a Marta, cuando tuve que mentirte y decirte que te marcharas, porque de otro modo Nicolás Mercader te habría hecho matar.

—Nadie puede matar el amor.

—Y sin embargo pueden ponerle tantas trabas... Lo último que sé de Nicolás Mercader es que está preso en Fez, que pertenece al emir Abu Yaquub Yusuf. No parece que vaya a importunarnos, y mucho menos ahora que tienes la prueba que anula mi matrimonio con él, y sin embargo yo



pertenezco a mi vez al gobernador Ben Boufrah, que es un hombre caprichoso.

—Tan caprichoso que le he prometido todo el oro que poseo, que es mucho, a cambio de tu persona, y se ha negado a desprenderse de ti. Sin embargo, me ha prometido que te cederá a cambio del libro del peregrino. Y yo sé dónde está ese libro.

—¿Y podrás traérselo?

—No será tarea fácil. Pero lo conseguiré aunque sea la última cosa que haga.

—No digas eso. Tantas veces te he creído muerto, tantas te he considerado perdido para siempre...

Se echó a llorar otra vez.

—No llores —dije, y yo también lloraba.

Al cabo de un rato añadí:

—Nos iremos ahora, esta noche. Llamaré a mis amigos. Saltaremos las tapias del palacio, correremos hacia la Magdalena Segunda, que está anclada en el puerto, y el capitán Llana nos llevará lejos, de regreso a casa, antes de que las naves de Ben Boufrah puedan darnos alcance.

—No saldríamos vivos de palacio. ¿No ves que el gobernador en persona me ha enviado a tus brazos? Controla todos y cada uno de mis movimientos, y por supuesto, en estos momentos tiene alertada a la guardia. Créeme, si se pudiera huir, yo ya habría huido.

—Se me olvidaba que eres la esclava de Ben Boufrah, no su huésped. Dime, aunque sea doloroso quiero saberlo, ¿dispone de ti a su antojo?

—Sí, por algo pagó por mí una suma cuantiosa, y yo soy su esclava. Pero aún no me ha puesto ni un dedo encima.

—¿Cómo es posible?

—Es un hombre extraño, dice que mi hija, Marta, será un día más hermosa que yo, y por supuesto pura como la nieve de la montaña, y asegura que está dispuesto a esperar lo que haga falta.

—¡Pero si apenas es una niña!

—Los hombres pueden tener a veces esas manías. Ya te dije que el gobernador era raro y caprichoso.

—La niña, ¿se parece a ti?

—Dicen que nos parecemos como dos gotas de agua. Pero, claro, ella es tan pequeña... De aquí a que sea mayor puede cambiar tanto... Ben Boufrah es

víctima de una obsesión morbosa, casi incestuosa, no me cabe duda; hasta ha dispuesto educarla como si fuera su padre, y desde luego su futuro esposo.

—Si se parece a ti, entiendo que no quiera desprenderse de ella. Debe de sentirse como cultivando una perla. Me dijo que te entregaría a ti a cambio del libro del peregrino, pero no a Marta.

—¿Lo ves? Siente algo insano por la niña.

—Pero no va a hacerle ningún daño.

—No, al contrario. La educará como a una princesa.

—Si consigo el libro del peregrino y te concede la libertad...

—Vendré contigo.

—¿Y Marta?

—Si contamos con los medios necesarios, encontraremos el modo de llevárnosla. El primer paso es poder planear libremente su rapto.

—Entiendo. Si los piratas beréberes pudieron secuestrar nada menos que a Nicolás Mercader, ¿no vamos a poder robar nosotros a una niña, aunque sea de este castillo formidable?

—Ben Boufrah es tan caprichoso... Lo primero es conseguir el libro del peregrino.

—Lo primero, pero no lo más fácil. Casi pienso que sería mejor venderme al gobernador como esclavo, y poder estar a tu lado para siempre.

—Convertido en eunuco, que de esa condición son sus esclavos.

Me llevé la mano instintivamente a las partes y comprobé que estaba excitado lo que se dice en cuerpo y alma. Cuando el alba empezaba a despuntar detrás de la ventana, protegida con celosías, mi mano se hundió en los cabellos de mi amada como en un mar insondable. Nos besamos otra vez, y luego otra. Creo que le dije que le iba a quitar de una vez todas las capas de oprobio con las que la había cubierto Nicolás Mercader, y ella sonrió, dejándose llevar. Su corazón palpitaba con furia, pugnando por escapar debajo de su pecho. Aparté los tules, las gasas, y ella palpó mis intimidades. Al final dejó escapar un comentario que creo que lo sentenciaba todo:

—Ahora vuelvo a ser una mujer, puesto que he amado por amor.

—Por amor te sacaré de esta cárcel dorada y te llevaré a mi lado para siempre.

Transcurrieron muchos días, y Ben Boufrah dejó que María estuviera siempre conmigo, para desesperación de Tania, que pidió a Andrés Cortés, el fraile franciscano, que la dejara irse con él de regreso a Argel, llevando todo su cortejo, en una galera del pachá Yasîd al-Barack que acertó a recalar en el puerto. Desde Argel podría viajar fácilmente a Bugía y volver a refugiarse en casa de su hermano.

—No me guardes rencor —le dije la mañana de su partida.

—En mi corazón solo cabe el amor por ti.

María la abrazó durante un lapso de tiempo interminable, y las dos lloraban en silencio. Aguardamos a que la galera se perdiera en el horizonte antes de retirarnos a palacio.

La vida casi parecía hermosa, pudiéndonos amar bajo la complacencia de Ben Boufrah. A Cara de Rosa no le faltaba compañía femenina, más bien le sobraba, y el capitán Llana estaba atento a nuestra felicidad, la mía y la de María, y siempre me aconsejaba:

—No bajas la guardia. Nunca bajas la guardia. Los moros son muy traicioneros.

Sellamos, sin embargo, un pacto con el gobernador Ben Boufrah en virtud del cual me entregaría a María cuando le trajera el libro del peregrino, y lo guardé muy cerca de mi corazón, junto con la página donde figuraba la inscripción del rector Arcillares. Hicimos, pues, planes, y pertrechamos la Magdalena Segunda para viajar hasta Damietta, pero nunca encontrábamos la hora de hacernos a la mar, puesto que ello significaba separarme de María. Pasó el otoño y también el invierno, transcurrió incluso la primavera y al llegar el verano el capitán Llana dijo:

—Ahora es el mejor tiempo para marchar. Podremos llegar fácilmente a Damietta, y si consigues el libro, estaremos de regreso en un periquete.

Comprendí que tenía razón.

—Ha llegado la hora de partir —le dije a María—, pero volveré muy pronto, y te llevaré conmigo para siempre.

Entonces ya había visto crecer a Marta hasta sobrepasar el año y medio de edad, y un poco sentía que era tan hija mía como de Nicolás Mercader o de cualquier gobernador árabe o almojarife que quisiera adoptarla. A mí también me parecía que era el vivo retrato de María, tal como la recordaba de los días de nuestra niñez en Lérida, cuando mi mano cogió su mano por primera vez y mis ojos se perdieron en sus ojos y ya no pude olvidarla. Comprendo que era

una sensación engañosa, porque entonces María era ya algo más que una niña, pero también comprendo que el gobernador Ben Boufrah se hubiera prendado de ella, si tenía un alma de poeta debajo de aquel corpachón rechoncho y alimentado en exceso, que debía de tenerla, si era tan sensible a la belleza como para idolatrar a aquella niña inteligente y vivaracha. El día que nos marchábamos, Cara de Rosa me dijo:

—A María puede dártela. De hecho, si nos hubiéramos quedado aquí para siempre, convertidos al Islam, habría sido siempre tu esposa, con el beneplácito del gobernador. Pero a la niña no creo que te la dé por muchos años que pasen.

—Tendremos que arrebatársela.

## Capítulo 4

María me lo había contado, pero mucho tiempo después supe los detalles que desconocía del apresamiento de la *Miramelinda*, la corza de cabotaje en la que viajaba Nicolás Mercader con la que consideraba su familia, cuando fueron asaltados. Ya habían hecho la mitad del trayecto hacia Barcelona, y al parecer les abordó la galera pirata *Ridha*, que era muy marinera y tenía una tripulación de hombres curtidos en la guerra santa contra los cristianos. Les cerraron el paso, saltaron a bordo y se llevaron prisioneros a los hombres que no murieron en el combate, que fue breve y despiadado, con una superioridad manifiesta por parte de los sarracenos. María me dijo que Nicolás Mercader las había protegido con su propio cuerpo, a ella y a la niña Marta, dispuesto a batirse con la espada contra una nube de soldados enardecidos. Pronto lo desarmaron y lo hicieron rodar por el suelo, donde lo habrían rematado de no juzgar que un hombre de aspecto tan rico, capaz de armar a la *Miramelinda* para viajar a Barcelona, por fuerza tenía que valerles un buen rescate. Fueron llevados a Tánger. Los componentes de la tripulación corrieron suertes diversas; muchos fueron vendidos en la plaza pública como esclavos y algunos fueron a parar a manos de señores distinguidos, misericordiosos para con sus siervos, de modo que incluso salieron ganando si abrazaban la religión islámica y se esforzaban por congraciarse con sus dueños. Otros, los más valientes en el combate, fueron reclutados por las milicias que combatían al rey cristiano de Castilla. Otros, en fin, se convirtieron en carne de galeras y debieron de terminar sus días remando a destajo por abordar otras naves costeras que eran presa fácil de los piratas beréberes. María, que por su belleza era un bocado muy apetecible, con el cabello claro y los ojos tan verdes, fue ofrecida al gobernador Ben Boufrah, junto con Nicolás Mercader

y su hija. Me contó cómo los bárbaros piratas la despojaron de sus vestiduras y la expusieron a las miradas curiosas de los posibles compradores. Ben Boufrah la tomó de la barbilla y le hizo levantar la cabeza; luego le alcanzó su manto para que se recatara y señaló a Nicolás Mercader para hacer además de que se lo llevaran.

—¿De quién es esa niña tan hermosa? —preguntó el gobernador acto seguido.

—Es mi hija.

—Deberías decir: «La niña es mi hija, mi señor».

—La niña es mi hija, mi señor...

—Ben Boufrah.

—Mi señor Ben Boufrah.

Ben Boufrah se agachó para tomar a la niña en brazos.

—Dime, pequeña, ¿te gustaría quedarte con el gobernador?

—¿No esperaréis que una niña tan pequeña sepa hablar?

Marta sonreía tan deliciosamente, se le formaban dos hoyuelos tan graciosos en las mejillas que parece claro que Ben Boufrah se encaprichó de ella desde aquel momento y decidió tal vez esperar a que se convirtiera en una mujer, cobijada en su palacio.

—Llevaos al viejo y acomodad a la mujer y a la niña en palacio. ¿Cómo se llama la pequeña?

—Se llama Marta.

—Y tu madre —preguntó el gobernador a continuación, como si Marta pudiera hablar—, ¿cómo se llama tu madre?

—Me llamo María.

—¿Dónde vamos a llevar a este viejo? Mirad que es un comerciante muy rico y su rescate puede reportar una fortuna.

—No me interesa su rescate, ni el de esta mujer con su hija. Llevadle... Podríais llevarle a mi señor Yusuf ben Yaqub al-Nasir; seguro que el emir de los creyentes sabrá apreciar a un hombre como este en lo que vale. Decidle que se lo envía su siervo Ben Boufrah, y que Sâلمان Yâzid, mi tesorero, os satisfaga el precio de estos dos cautivos.

—Un precio muy alto...

Fue así, señor notario García Santana, cómo Nicolás Mercader fue separado de María —he de decir que para mi bien— y de su hija Marta y enviado a Fez, al palacio del emir Yusuf ben Yaqub al-Nasir.

Micer Nicolás Mercader fue llevado hacia el sur en una caravana lujosa, por cuanto trataba a sus esclavos, mercancía valiosa donde las hubiera, a cuerpo de rey. Rakin Sulaymân, el jefe de la caravana, era un hombre todavía joven y bien parecido que había conseguido reunir una fortuna a base de traficar con esclavos. Naturalmente para él un buen caballo valía más que cualquier hombre, incluso un hombre como Nicolás Mercader, pero trataba a Nicolás Mercader como al mejor de sus caballos, porque sabía que por el precio que Yusuf ben Yaqub al-Nasir le daría por él podría tener no solo al más blanco de los caballos, sino también a la más joven y sugestiva de las princesas capaces de montarlo. Y eso que en la caravana, bajo toldos de seda, viajaban verdaderas beldades, educadas con esmero para servir de placer al más exigente de los hombres y vestidas con las ropas más fastuosas y al mismo tiempo más incitantes que cabía encontrar. Los porteadores cargaban con esas mujeres, tirando de las varas de los carruajes o llevándolas en andas, repantigadas en sillas, y las había rubias y de tez blanca como la nieve, perfumadas aún bajo los calores del camino, que a trechos parecía un verdadero pedregal que laceraba los pies descalzos de los esclavos y otras veces ascendía entre peñascos quemados bajo el sol donde no crecía ni una hierba. En ocasiones el paisaje se apiadaba de los viajeros y ofrecía frondosos vergeles en las márgenes de un río en cuyo derredor crecía, fecunda, la vida. Micer Nicolás Mercader iba sentado entre las bellas, como si fuera la joya de aquellos harenes en movimiento, el sultán que pudiera elegir entre todas las flores la que le apetecía libar. Por la noche, cuando plantaban las tiendas, había hombres encargados de montar la guardia y esclavos que se calentaban junto al fuego, y micer Nicolás Mercader dormía indefectiblemente con las mujeres, siempre a resguardo de ataques de animales salvajes o de la animosidad de los pobres negros que tenían que cargar con sus huesos. No sé si cuando llegaron a la vista de las murallas de Fez, tras las cuales la ciudad se extendía como un manto blanco junto al río, Nicolás Mercader había logrado olvidar su pasión por María y el apego a su hija Marta, pero sin duda no le faltaron ocasiones de acostarse con una o con todas aquellas mujeres criadas para el goce de los sentidos.

Nicolás Mercader fue el último esclavo del que se desprendió Rakin

Sulaymân, y lo hizo acompañándolo personalmente a presencia de Yusuf ben Yaqub al-Nasir, que se había dignado darle audiencia en el palacio real. Cuando obtuvo la gracia de hablar ante el emir, que le miraba displicente, Rakin Sulaymân ofreció:

—Permitidme decir, mi señor, que este es un esclavo muy valioso, aunque estoy seguro de que su fama no se os escapa, pues está en vuestra mano dominar todos los reinos de ambos lados del estrecho de Gibraltar. Le llaman micer Nicolás Mercader y posee una cuantiosa fortuna, pues es un mercader que ha sabido levantar un verdadero imperio comercial a lo largo de todo el Mediterráneo...

—¿Cuánto pides por él?

—Este hombre, mi señor, no tiene precio.

—Entonces déjalo en mis mazmorras y, puesto que no tiene precio, será que no vale nada y no te pagaré nada por él.

—Pero, señor...

—Haz lo que te digo, si quieres conservar la cabeza sobre los hombros.

Supe, señor García Santana, que el nombre de Rakin significaba «respetuoso», de modo que no le cupo más remedio que dejar a Nicolás Mercader en las mazmorras del palacio y presentar sus respetos al poderoso emir. Pero también supe que Sulaymân es el equivalente árabe de Salomón, de modo que, imbuido de sabiduría salomónica, Rakin Sulaymân volvió a pedir audiencia al emir y dijo:

—Vuestros deseos son órdenes, mi señor, y micer Nicolás Mercader, pese a la cuantía del rescate que se puede llegar exigir por él, ya está en las mazmorras. Os presento mis respetos, emir de los creyentes, haciendo honor a mi nombre; pero debo decir que también me llamo Sulaymân, y que como tal apelo a vuestra justicia salomónica.

En este punto Yusuf ben Yaqub al-Nasir se echó a reír y dijo algo parecido a esto:

—Bravo, Rakin Sulaymân; admiro tu discreción y fidelidad, y sobre todo esa sincera y hábil apelación a la justicia. Tendrás tu recompensa.

El mercader se fue con su dinero, pero Nicolás Mercader quedó encerrado en las mazmorras durante mucho tiempo, víctima de los caprichos de un hombre que combatía a los cristianos para restaurar el dominio del Islam al otro lado del mar y que no necesitaba negociar con nadie para pedir un rescate suculento que no le hacía maldita la falta. Seguro que en los tiempos



en que Nicolás Mercader me tuvo a mí encerrado en Bugía nunca se le había ocurrido que él podría correr la misma suerte en Fez, y que llegaría a desesperar de volver a ver a María o a su hija Marta, y aun de navegar a salvo hasta Sóller, donde los suyos se hundían en la traición por ver de usurpar su patrimonio. Debió de pensar que nunca regresaría a Lérida, al castillo de Paraje, donde se había refugiado con mi esposa después de arrebatármela con manejos arteros. Pasaron meses, muchos, y Nicolás Mercader adquirió el aspecto de un proscrito, o de un ermitaño sucio y macilento, con el cabello y la barba enmarañados, por el que nadie habría dado ni un sueldo. Después, al cabo de todo aquel tiempo, cuando ya estaba resignado a morir en su celda, Yusuf ben Yaqub al-Nasir necesitó un guía para hurgar en las costas del otro lado del estrecho y se acordó del cautivo. Mandó asearlo y lo sentó a su mesa para compartir con él una comida succulenta, y aun muerto de hambre como debía de estar y lleno de odio hacia su captor, Nicolás Mercader supo contenerse y contestar con deferencia a los requisitos del emir, comiendo con verdadera distinción y comedimiento.

—Dime, perro cristiano, ¿conoces a un buen guía para entrar en la ciudad de Cartagena?

—El mejor guía soy yo, mi señor.

—No te voy a librar del cautiverio para que me traiciones en Cartagena. Recomiéndame alguien que pueda ayudarme mientras tú permaneces aquí.

Nicolás Mercader comió despacio y en silencio durante un buen rato. Estaba demacrado, pero no había perdido su porte distinguido ni, lo que es más, su inteligencia y profunda astucia.

—Alonso de Córdoba —dijo al cabo de un rato.

—¿Alonso de Córdoba?

—Es uno de mis mejores marinos, capitán de La Sebastiana, una galeota de carga que ha servido de transporte a verdaderos ejércitos y navegado en numerosas empresas comerciales. Se trata de un hombre muy fiel, y aun creo que su madre era una cautiva musulmana. Alonso de Córdoba os guiará adonde gustéis, con solo que yo le escriba una misiva dándole razón de mi encierro y de vuestro deseo, mi señor.

—Favor por favor, si Alonso de Córdoba me sirve como es debido, te concederé la libertad.

Alonso de Córdoba cumplió tal como Nicolás Mercader esperaba de él, y difundió la noticia de que el comerciante Nicolás Mercader estaba a salvo en

Fez, prisionero del emir Yusuf ben Yaqub al-Nasir. Micer Nicolás Mercader volvió a escribirle y le dijo que hiciera lo que él le pidiera y pronto había de verse enteramente libre, pues aunque el emir había cumplido su palabra solo le había liberado de los hierros que le subyugaban en las mazmorras del palacio real; tenía la libertad, eso es cierto: la libertad de deambular por dentro del palacio en un cautiverio digno de un rey. Entonces Nicolás Mercader pidió audiencia ante el emir para decirle:

—Si os hago el mejor presente que pueda un hombre hacer a Yusuf ben Yaqub al-Nasir, ya sea este hombre cristiano o musulmán, ¿me dejaréis ir en paz?

—Si logras sorprenderme con un presente como el que dices, serás un hombre libre; podrás viajar a Tánger, con un salvoconducto que yo mismo te daré, y llevarte a tu mujer y a tu hija lejos del gobernador Ben Boufrah hacia tu tierra.

Al cabo de un mes, sobre poco más o menos, Alonso de Córdoba entró en el palacio real con un voluminoso presente acarreado por los mejores hombres de su tripulación. Alonso era un hombre alto y fuerte, de barba prieta, que abrazó a Nicolás Mercader con sincero afecto y se alegró de encontrarle tan mejorado.

—No habéis cambiado ni un ápice en vuestro encierro.

—Porque no me viste cuando estaba confinado en las mazmorras; entonces a nadie le habría importado una higa mi suerte, puesto que estaba totalmente derrotado. ¿Has traído lo que te dije?

Alonso de Córdoba señaló la ventana y cuando Nicolás Mercader se asomó al patio vio la ingente estatua que el capitán le había traído en La Sebastiana. Sonrió, satisfecho, y volvió a pedir audiencia a Yusuf ben Yaqub al-Nasir.

—Señor, este es mi presente.

Los hombres de Alonso de Córdoba, todos leales, fuertes y arrojados, empujaron la enorme estatua de la diosa Isis hacia el centro del salón del trono, y Yusuf ben Yaqub al-Nasir dijo:

—Hum...

Mandó retirarse a todos los presentes, excepción hecha de Nicolás Mercader, y luego dijo:

—No entiendo qué significa tu regalo.

—Todavía no lo habéis desenvuelto.

Yusuf ben Yaqub al-Nasir se extrañó mucho al oír estas palabras, puesto que no cubría la estatua envoltura alguna. Bajó, lleno de curiosidad, las escaleras donde se encumbraba su sitio y se acercó con cautela a la enorme diosa de piedra. Examinó con detenimiento la superficie tosca de la estatua y dio con una ranura disimulada.

—Está escrito que no tendrás otros dioses que tu Dios.

—Alá es el más grande —remedó Nicolás Mercader.

Y hacía además de que el emir fuera osado y accionara la ranura, cosa que Yusuf ben Yaqub al-Nasir terminó haciendo. Entonces se abrió una portezuela y a través de ella salió una mujer muy esbelta, una verdadera belleza completamente desnuda que exhibía una sonrisa sumamente complaciente. La mujer era rubia, al menos su cabello era lo bastante claro como para llamarse rubia, y tenía los ojos de un azul tan pálido que se habrían confundido con el cielo de un amanecer diáfano a orillas del río.

—Muy hermosa —dijo Yusuf ben Yaqub al-Nasir—, pero en Fez también hay mujeres hermosas como esta, si bien pocas, debo admitirlo. Lo cierto es que tu presente, aunque seductor, no me sorprende lo suficiente como para concederte la libertad.

Micer Nicolás Mercader era un hombre inteligente y muy bien informado. No sé cómo sabía de nuestro viaje para conseguir el libro del peregrino, y debía de saber muchas cosas más, debía de conocer bien a Ramón Santos y estar al tanto de la Asamblea de San Luis y de otros secretos que por entonces a mí aún se me escapaban, porque no tan solo había encargado a Alonso de Córdoba que viajara a Egipto para traerse la estatua de la diosa Isis, sino que había encontrado el medio de ponerse en contacto con el capitán Olmos.

—¿Cómo te llamas, preciosa? —preguntó Yusuf ben Yaqub al-Nasir.

Ya debía de relamerse en la idea de tenerla entre sus brazos aquella noche o las noches que le cupiera en gana solicitar su compañía.

La bella avanzó unos pasos; los pechos, firmes, le rebotaban con el desplazamiento y enardecían al emir. Se colocó muy cerca de él, tanto que podía perfumarlo con su aliento, y dijo con una voz de lo más melodiosa:

—Llevo el nombre del Olmo medicinal, el que crece en las montañas...

Su voz se iba tornando cada vez más grave, hasta convertirse en un rugido cavernoso cuando de los labios de la bella, pintados de color carmín intenso,

surgió una serpiente monstruosa. Sus ojos, resaltados con *kuhl*, y sus cejas arqueadas se deformaron en una mueca infernal. Yusuf ben Yaqub al-Nasir desenvainó la espada y cortó la cabeza de la serpiente, que dejó escapar un chorro de sangre negra y pestífera. Entonces ya la guardia había rodeado a su señor, manteniéndolo a salvo del monstruo en que se había transformado la mujer, que echó más serpientes por la boca antes de saltar a las más altas de las ventanas y quedar suspendida en el aire, tras recobrar toda la hermosura con que se adornaba cuando había asegurado llevar el nombre del Olmo medicinal.

—¿Qué es esto? —dijo Yusuf ben Yaqub al-Nasir, horrorizado.

—Esto, mi señor, es el diablo —dijo Nicolás Mercader—. Como veis tiene la belleza del más horrendo de los pecados.

—¿Y el diablo te obedece?

—El diablo favorece a quien le conviene.

—¿Y por qué le convienes tú al diablo?

—Porque si yo recupero a mi mujer, María, perjudicaré a uno de sus enemigos más encarnizados, Gladis París, y al hombre que lo escarneció públicamente, el amigo de Gladis, aquel a quien llaman Cara de Rosa.

—Basta. Demuestra tu poder, dile que se vaya y que no vuelva a mostráseme jamás.

A una señal de Nicolás Mercader la bella que aún flotaba cerca del techo se desvaneció en la nada, dejando una vaharada de hedor tras de sí, pero también de perfume primaveral. Yusuf ben Yaqub al-Nasir estaba realmente impresionado.

—Nicolás Mercader —dijo—, eres libre. Te daré un salvoconducto para recuperar a tu mujer y a tu hija. Pero dime, ¿cómo no convocaste este poder diabólico cuando estabas en prisión?

—Necesitaba la ayuda de este hombre, Alonso de Córdoba, para encontrar a otro hombre, el capitán Olmos.

—El Olmo medicinal de las montañas.

—Exactamente.

Antes de marcharse Nicolás Mercader metió la mano en el interior de la estatua y de ella volvió a salir una doncella rubia, de ojos azules, cejas arqueadas y labios intensamente pintados de rojo que dijo llamarse Fátima y resultó no tener falsedad; esta pasó a engrosar el harén de Yusuf ben Yaqub al-Nasir como una de las favoritas, pero el emir pidió a Nicolás Mercader que

se llevara la estatua de Isis del mismo modo que la había traído.

—Realmente tu presente ha resultado ser asombroso.

Era ya entrado octubre cuando el comerciante Nicolás Mercader cabalgó hasta Tánger, donde con Alonso de Córdoba y sus leales embarcaron la estatua de Isis de regreso a Egipto. Entre su gente se contaba Vicente Gormas, hombre ya viejo que había recorrido todo el mundo en las naves del mallorquín, y también Severo Alba, hombre asimismo entrado en años que seducía incluso a sus enemigos con su amabilidad. En el puerto quedaba La Sebastiana, aparejada para el regreso triunfal del veterano mercader a Sóller, con lo que iba a demostrar que los piratas le habían secuestrado inútilmente. Pero antes de partir tenía que consumir su victoria. Se presentó en el palacio de Ben Boufrah, mostró los salvoconductos de Yusuf ben Yaqub al-Nasir y obligó al gobernador a humillarse ante él.

—Vuestros deseos son órdenes —dijo Ben Boufrah—. Hablad y obedeceré.

—¿Tienes en tu poder a una mujer cristiana llamada María?

—Tengo a varias mujeres llamadas María, todas ellas capaces de satisfacer a un rey; escoge la que quieras, todas son tuyas, menos una.

—Esa una es la que yo quiero —dijo Nicolás Mercader con aplomo y total seguridad en sí mismo—, pues se trata de mi mujer.

—Es curioso; otro hombre vino primero, asegurando que traería un libro prodigioso, el libro del peregrino, según lo llamaba, y me mostró un papel admirable donde estaba inscrito su matrimonio con esa misma María.

—¿Qué tenía de admirable el papel, aparte de ser un material escaso?

—Era susceptible de sangrar.

—Vaya, alguien más debe de haberse aliado con las fuerzas ocultas, o algo parecido. Pero tú, Ben Boufrah, serás pronto gobernador y almojarife de la nada, si no me das a María; Yusuf ben Yaqub al-Nasir lo ha escrito en este papel, que como ves no tiene la menor intención de sangrar, ¿sabes por qué?

—Porque en todo caso sangrará mi cabeza, al desprenderse de mi cuello.

—Veo que eres lo suficientemente listo como para que sobren más palabras.

—Esta noche, mi señor Nicolás Mercader, os ofreceré el mejor manjar de estas tierras arrimadas al mar; habrá música y baile en mis salones, mujeres

con ojos de fuego para vos y para vuestros hombres, y vino, el mejor vino del otro lado del mar, donde los hombres lo beben libremente, y os serviré a María en bandeja.

—Di mejor que me la devolverás sana y salva, junto con mi hija.

—¿Vos sois el padre de Marta?

—Lo fui una vez y lo sigo siendo.

—Pues vais a ser mi estimado suegro, porque a pesar de su corta edad ya es mi prometida y tengo intención de convertirla en mi mujer.

Nicolás Mercader se echó a reír.

—Más que corta, cortísima edad, pues apenas es una niña.

—Cierto, es la niña más hermosa que he visto en mi vida, y mi persona le pertenece; será mi esposa caiga quien caiga.

—¿Y si el caído sois vos?

—Caiga quien caiga, aunque sea yo. Si os oponéis a mi matrimonio con vuestra hija, micer Nicolás Mercader, os haré encerrar y os daré muerte con mis propias manos, no sin antes haber hecho trizas el salvoconducto de mi señor Yusuf ben Yaqub al-Nasir.

—Eso supondría vuestra perdición.

—Nada me importa, si no puedo tener a la niña Marta.

Nicolás Mercader volvió a echarse a reír.

—No me lo puedo creer.

—Creedlo. Firmad ahora el compromiso y cededme a vuestra hija en matrimonio o preparaos para morir.

—No me dejáis mucha elección.

—No la hay.

—¿Y la niña? ¿Qué dice la niña a todo esto, si es que ya sabe hablar?

—¿Desde cuándo tiene una niña algo que decir? Pero no os inquietéis, la niña está encantada conmigo. Esta noche podréis comprobarlo.

Aquella noche se encendieron tantas luces en el palacio del gobernador que parecía de día. Hubo degustación de mariscos que los cocineros se habían esmerado en pelar para desprenderlos de los caparzones, dejando completamente enteros a los crustáceos de carne succulenta; había salsas dulces y amargas, vinos traídos de tierras fértiles donde no estaba prohibido beberlos y zumos de fruta combinados de manera tan ingeniosa que los licores más finos no tenían nada que envidiarles. Había pastelillos helados, hechos con nieve de las montañas, traída en envolturas de saco, y trabajados

con esmero, además de toda clase de frutas de las que se podían encontrar en las tierras más cálidas del sur, más las que se habían guardado en conserva. Danzaron bailarines con sables que relampagueaban con las luces de las antorchas, y bailarinas acróbatas que desnudaban sus cuerpos de tules hasta mostrarse relucientes y encendidas como la faz de la luna llena. Entonces se abrió un pasillo humano por el que avanzó María, apenas cubierta por un levísimo velo azulado y con los pies descalzos. Tenía el cabello suelto hasta la cintura, los labios pintados de carmín y los ojos realzados con *kuhl*, verdes como el mar. Se arrodilló ante Nicolás Mercader y vertió una lágrima.

—Sin duda esperabas a otro hombre.

—No voy a decir que no.

—Cuando ese hombre llegue, ya será demasiado tarde. Levántate.

Prácticamente la obligó a sentarse a su lado.

—Te he echado mucho de menos, a ti y a nuestra hija.

María callaba.

—Miénteme al menos. Dime que te acordaste de mí.

—Me acordé de vos, mi señor.

—Dime que me quieres.

—Ya no puedo fingir. Solo quiero a un hombre, y ese hombre no sois vos.

—Aprenderás a quererme.

—Yo creo que, en eso, ya se me está haciendo tarde.

—Nunca es tarde si la dicha es buena.

Sonó una música de laúdes; muchos laúdes tocados por muchos eunucos, y compareció la niña Marta, sentada sobre la concha gigante de un molusco tan descomunal que por fuerza tenía que ser obra de hábiles escultores; parecía una alberca labrada en piedra y oro. Los esclavos la dejaron a los pies de Ben Boufrah, quien la tomó de la manita para acercarla a Nicolás Mercader. La niña besó a su padre y se sentó entre él y su madre, y el viejo mercader tenía lágrimas en los ojos. Había crecido; caminaba muy erguida y se adivinaba que cuando fuera una mujer sería una verdadera beldad; tal vez fuera eso lo que tenía fascinado a Ben Boufrah: el primor de aquella niña que auguraba a una mujer de cabello largo, dorado como el trigo bajo el sol, ligeramente ondulado, los ojos grandes y verdes como los de su madre, la boca de labios sensuales, la mirada inocente, las manos blancas descarnadas, llenas de gracia. En un momento dado, el padre envejecido que era Nicolás Mercader, preguntó:

—¿Sabes hablar, Marta? ¿Te acuerdas de tu padre?

—Sí.

—¿Y Ben Boufrah, sabes quién es Ben Boufrah?

La niña señaló graciosamente al gobernador y dijo:

—Mi papá.

Nicolás Mercader terminó firmando el compromiso matrimonial entre el gobernador Ben Boufrah y la niña Marta, que era escandalosamente joven y que aún tardaría años en adquirir los atributos de mujer que se anunciaban en la gracia de su cuerpecillo. Al fin y al cabo, comprometerse en matrimonio con un poderoso señor era el objetivo de toda niña de buena familia, y que el señor fuera un jeque moro no le importaba demasiado a un hombre que había sabido comerciar en todo el Mediterráneo hasta ganar una verdadera fortuna, como era el caso del comerciante Nicolás Mercader. Vicente Gormas y Severo Alba quedaron en Tánger para supervisar la educación de la niña Marta, que iba a ser instruida en la ley coránica y en la cultura islámica tan pronto como fuera posible, y aunque la mujer no tenía un puesto relevante entre los musulmanes, sí lo tenía Marta a los ojos de Ben Boufrah, que se había prendado de ella y quería hacerla madre de sus hijos. Esto, naturalmente, lo supe mucho más tarde, señor notario García Santana, mucho después de que Nicolás Mercader hubiera dejado a la niña Marta en poder de Ben Boufrah, pese al llanto de María y a sus propios sentimientos de padre anciano que perdía en la muchachita la única esperanza de perpetuar su linaje entre los cristianos.

—¡Quién había de decirme que mis nietos obedecerían la doctrina de Mahoma!

—Los designios del Señor son inalcanzables —dijo Severo Alba, que era un hombre temeroso de Dios—. Quién sabe, a lo mejor esta niña, cuando sea mujer, tendrá en su mano favorecer a los cristianos que caigan en desgracia y acercar a dos pueblos ahora enemistados...

Era un hombre enjuto, de piel curtida por el viento salado y los embates del mar, con el pelo blanco, escaso, y la cabeza llena de ideales sacrosantos. Nicolás Mercader creyó ver la sombra de una cruz a sus espaldas, mientras La Sebastiana se hacía a la mar dejando atrás el luminoso puerto de Tánger.



Junto a Severo Alba, Vicente Gormas, de estatura más baja pero igualmente cenceño y atezado por los elementos, cabeceaba protegiéndose del sol con la mano plana pegada a la frente. Este estaba mucho más cerca de la tierra, de la realidad, y sabría defender a su hija del olvido contándole las consejas que recitaban las viejas junto al fuego y comunicándole la sabiduría popular.

—No sé cómo has podido abandonar a tu hija, si es apenas una niña.

Nicolás Mercader se fijó en que María había dicho «tu hija» como si ella no hubiera tenido ninguna participación en la tarea de ponerla en este mundo.

—Es ley de vida —dijo—. Además, queda en buenas manos; Severo y Vicente velarán por ella y harán que no nos olvide. Tal vez un día, cuando volvamos a verla, será madre de nuestros nietos, y aun será nuestra hija.

—Será madre de unos cuantos moritos rubios, que se pelearán con los hijos de las otras mujeres del almojarife, y en caso de que volvamos a verla, le costará trabajo reconocernos.

—No ha de ser así —dijo Nicolás Mercader.

Quedó en silencio durante un buen rato, mientras la nave se alejaba ya un poco de la costa, que tenía un aspecto sensual en la penumbra del crepúsculo; tierras claras, lomas redondeadas bajo el cielo oscuro, amenazante.

—En todo caso, yo ya soy viejo; puede que no lo vea... El cielo está incendiado, entre las nubes negras; creo que se avecina tormenta.

En efecto, durante la noche se desató una tormenta feroz. Todos tuvieron que atarse en cubierta con los miembros de la tripulación y el mar rociaba sus cuerpos empapados con la violencia de un látigo helado, puesto que ya se hallaban en el mes de noviembre; sin embargo, nadie sucumbió, ni siquiera el más viejo de los esclavos, y por la mañana lucía un sol tibio que secó las velas y las ropas tendidas al sol. Tánger había desaparecido completamente de la vista, y tampoco se distinguía la costa al otro lado del estrecho de Gibraltar, aunque por fortuna Alonso de Córdoba había navegado mucho por aquellas aguas y se sabía al dedillo los mejores derroteros hacia la isla de Mallorca.

Lo que supe más tarde, señor García Santana, es que Severo Alba no vivió mucho para vigilar la educación de Marta. Tenía continuas discrepancias con Ben Boufrah por culpa de la religión y el gobernador decía que era más molesto que un grano en el culo. Un día, tras una disputa encendida, mandó sentarlo sobre un nido de serpientes, y le decía:

—¿Ves? Eso es lo que eres tú, un maldito incordio anal.

—El Señor sufrió más de lo que estoy sufriendo yo —dijo Severo Alba con cara de santo—. Todo lo doy por bien empleado si sirve para borrar el pecado del mundo, y para que la niña Marta no llegue a perder la fe de sus mayores.

Murió pronto, podrido por dentro, y Vicente Gormas también murió, aunque era más astuto y nunca se enfrentó con el moro directamente. Intentó apuñalarlo una noche, mientras dormía con una concubina, pero al parecer Ben Boufrah había salido con bien de muchos intentos de asesinato y aunque Vicente Gormas era sumamente ágil y sigiloso, pese a lo avanzado de su edad, el gobernador dormía con un ojo abierto. Detuvo su mano y le obligó a soltar la daga, pues era más joven y más fuerte que el viejo marinero.

—Podrías haber llegado a ser un anciano respetado en este palacio donde todos me obedecen, ¿por qué has echado a perder tus privilegios?

—Le di mi palabra a Nicolás Mercader de que cuidaría de su hija como si fuera la mía propia.

—¿No soy yo acaso digno de una de tus hijas?

—Supongo que diga lo que diga me vais a matar igual.

—Supones bien.

—Entonces sabed que antes quisiera ver muerta a una de mis hijas que casada con vos.

Le hizo cortar las dos manos y luego le tendía la daga y decía:

—Anda, empúñala ahora y ven a traspasar mi corazón.

Si no se hubiera desangrado, Vicente Gormas habría conseguido apuñalarle apretando la daga entre los dientes.

Nicolás Mercader y María regresaron a Sóller en La Sebastiana, gobernada por el buen marino que era el capitán Alonso de Córdoba. No hubo incidentes que lamentar, aunque si esta vez les hubieran abordado piratas beréberes les habrían escoltado hasta la isla, en lugar de atacarles, pues el viejo Nicolás Mercader conservaba los salvoconductos de Yusuf ben Yaqub al-Nasir como un bien que aún le podía abrir muchas puertas y acrecentar su ya ingente poder comercial. Apenas llegaron al puerto de Santa María, Nicolás Mercader mandó recado a Villamar, donde se produjo un pequeño terremoto de pasiones encontradas y aun temores y envidias maliciosas, ya que nadie esperaba que el señor regresara sano y salvo con su mujer, después de tanto

tiempo y sin aparentemente haber pagado rescate alguno. El tesorero Ramis pensó poner tierra de por medio, pero sabía que fuera donde fuese micer Nicolás Mercader había de encontrarle fácilmente, de modo que se aprestó a pagar sus culpas y adoptó un aire de servidumbre que, conociendo la frialdad del señor, sabía de antemano que no iba a salvarle. Mandó a Bernardo Prats a dar la bienvenida al amo, porque Prats siempre había sido un siervo fiel, demasiado bruto y con muy pocas luces para traicionarle. Bernardo Prats recibió, complacido, el abrazo fraternal de micer Nicolás Mercader, y se humilló reverentemente ante la señora.

—Mis ojos se alegran de volver a verte, amigo mío.

—Señor... Yo siempre supe que volveríais. Señora...

Subieron a Villamar en caballerías, saludados por el sol claro de un tibio día otoñal. En el patio, entre los olivos que recibían la brisa del mar, frente a la fastuosa vista de la costa que susurraba siseos marítimos, Ramis, el capataz, había hecho formar a toda la servidumbre. María acudió a acoger en sus brazos, más que refugiarse en los de ella, a la vieja nana Cañete, que apenas podía tenerse en pie. La pobre mujer lloraba a lágrima viva.

—Sabía que volverías... ¿Y dónde está Marta, la niña de mis ojos?

Nicolás Mercader, que lo había oído, cabeceó.

—Eso es largo de contar.

Lo contó brevemente durante la comida, que tuvo lugar en el comedor principal, con las ventanas abiertas de par en par al paisaje increíble de montañas y mar que parecía pintado en el pergamino protector con colores vivos, de tan sugestivo. Pero aquella era una verdadera mansión, sólidamente construida y con cristales en las ventanas, en lugar de pergamino, de modo que el paisaje fastuoso que se abría al ventanal era de lo más auténtico.

—El tiempo transcurre raudo, sin que seamos conscientes de la medida de su brevedad; pese a su corta edad la niña Marta ya deja adivinar que será una mujer muy hermosa, y la he prometido al almojarife de Tánger, el señor Ben Boufrah, que se prendó de su belleza.

Sentados en torno a la mesa, todos los intrusos que habían pugnado por usurpar la herencia del viejo mercader guardaron silencio. El tesorero Ramis se había situado en el lado opuesto al del señor, que volvía a ocupar la cabecera; en cambio el judío Moshé había tenido buen cuidado de sentarse junto a María, la señora, tal vez porque continuaba encandilado por nuestra historia de amor, en la que había apostado sus caudales.

—Yo armé la Magdalena Segunda, del capitán Llana, en un viaje de búsqueda por el Mediterráneo, aunque al parecer no dio los frutos deseados.

María se volvió para sonreírle con agrado.

—Sí los dio. Gladis llegó a Tánger y me sacó del encierro y de la pesadumbre que me agobiaban. Volvimos a conocer la dicha y pasamos muchos días inolvidables, hasta que se fue a buscar el libro del peregrino, para que pudiéramos estar juntos para siempre. Entonces llegó micer Nicolás Mercader.

—Entiendo.

—No pierdo la esperanza de que aún regrese con el libro, y que Ben Boufráh guíe sus pasos otra vez hasta mí.

Pero se la veía muy abatida. Era como si el mundo se le hubiera vuelto a echar encima con toda su carga de decepción, la que venía poniendo trabas a la realización de sus deseos desde que nos habíamos conocido. Pero ahora ya no disimulaba sus sentimientos, antes decía abiertamente a micer Nicolás Mercader que, puesto que la había privado del amor de su hija, lo único que le quedaba era el amor verdadero que sentía por mí, en el que el viejo venía interfiriendo de manera pertinaz desde hacía tanto tiempo. Así se lo hizo notar al judío Moshé, cuando este preguntó:

—¿Y qué lugar ocupa mi señor Nicolás Mercader en todo esto?

—No ha hecho más que interponerse en nuestro camino.

—En ese caso, me temo que voy a terminar ganando mi apuesta, puesto que pujé en favor del amor.

María se sintió halagada de que aquel extraño de cabeza redonda y ojillos lacrimosos la comprendiera tan claramente.

—Vais a ganar, sin duda.

Aquella vez, micer Nicolás Mercader también había sentado a su mesa a Simona y al moro, que ya no «morito» Rayhan, y lo había hecho porque estaba contento de poder volver a tomar posesión de sus reales y deseoso de poner todas las cosas en su punto. El moro Rayhan era ahora muy reservado, al menos eso era lo que aparentaba con su silencio y su corrección. Pero se notaba que tenía una complicidad rayana en la intimidad con Simona, por la manera que cruzaban sus miradas y la intensidad e intención que ponían en sus pupilas. Por supuesto, Nicolás Mercader no tardó en conocer el alcance de su confabulación, que se resumía en el hecho de que compartían la misma cámara y que cuando Simona se libraba a sus devaneos exhibicionistas, a los

que por lo visto no podía renunciar, él mismo presenciaba todos sus movimientos y aun escogía a los destinatarios de sus favores.

—Muchas cosas se han salido de madre durante vuestra ausencia —dejó oír Hugo de Saura en uno de los silencios de aquella rígida comida de bienvenida—. Supongo que no se os escapa, mi señor.

—Tenéis razón, buen amigo; no se me escapa en absoluto.

El propio Hugo de Saura le ayudó, con sus cargos y testimonios, a condenar la actuación de Ramis, el administrador, a quien aquel banquete debió de sentar tan mal como si fuera la última comida de un condenado a muerte. Ramis fue procesado por un tribunal presidido por el templario, que también castigó a los dos mercaderes genoveses por contubernio con el torcido administrador. El resultado fue de lo más feroz; colgaron a Ramis de las almenas de Villamar, donde se debatió desesperadamente hasta morir, y su cuerpo permaneció en la horca hasta que las alimañas hubieron dado buena cuenta de él, para escarmiento de quienes osaran volverse contra el señor Nicolás Mercader, y aun después sus huesos fueron esparcidos por las esquinas y callejones de la villa de Sóller. Su familia fue enviada al exilio, donde conoció los avatares más deplorables de la gente caída en desgracia; sus tierras permanecieron incultas durante años, malditas por el recuerdo de la traición de su antiguo dueño, y en ellas se enterraba a los suicidas y a los infieles, sin una sola inscripción que recordara su paso por este mundo; sus amigos, los mercaderes genoveses, hubieron de marcharse a su casa de inmediato, desposeídos de cuanto habían recibido en Villamar y desprestigiados para ejercer el oficio del comercio; de otro modo no habrían conseguido salvar la piel.

## Capítulo 5

Cuando partimos en la Magdalena Segunda con destino a Damietta, por ver de conseguir el libro del peregrino, yo no las tenía todas conmigo; no sería tarea fácil arrebatarse el libro a Dustino Fangipani y a los incondicionales de la Asamblea de San Luis, que estaban dispuestos a emprender una nueva cruzada, apostando en ello sus vidas para conquistar Tierra Santa. Pero aun así tenía que intentarlo, porque si lo lograba María sería mía para siempre. Se trataba de un viaje arriesgado, pero calculaba que si lograba regresar con el trofeo valiosísimo del libro, podría liberar a María, que correspondía a mi amor y, según constaba en la página que siempre guardaba muy cerca del corazón, era mía, era mi mujer y no la del viejo mercader. Cruzamos el estrecho de Gibraltar y nos detuvimos en Ceuta, donde a la sazón gobernaban los Azafies, un pueblo emparentado con Al-Ándalus del que Tania me había hablado algunas veces.

—Cuando paséis por Ceuta —me había dicho— deteneos, pues seréis bien recibidos con solo mentar el nombre de mi hermano, Emul Salefa, y el mío propio. Busca a un letrado al que llaman Alîm Latîf, que significa «el sabio amable». Él os acogerá en su casa, os enseñará su biblioteca y los jardines donde deja transcurrir su vida sumido en la lectura y los estudios.

Aunque nunca nos habíamos detenido en Ceuta, ahora la ocasión se presentó propicia y lo hicimos una clara tarde de mediados de julio. Nos acercamos a las murallas, penetramos en el foso y desembarcamos en el puerto en son de paz.

—Traigo albricias para el sabio Alîm Latîf —dije, a modo de salvoconducto.

Los mismos centinelas que habían venido a inspeccionar el barco nos

indicaron, respetuosamente, cuál era la casa de Alîm Latîf y cómo podíamos encontrarle.

—Somos amigos de Emul Salefa y de su hermana Tania —dije al siervo que nos salió al paso en la puerta de la vivienda.

Era una casa baja; creo recordar que, aunque las ventanas estaban protegidas por severas celosías, desde la puerta de entrada se podía percibir la luz que inundaba el patio, al final de un largo corredor. El siervo nos dio la espalda y se alejó con toda confianza. Si hubiéramos sido gente de malvivir habríamos podido acuchillarle con total impunidad. No tardó en regresar.

—Mi amo rebosa de contento por vuestra visita —dijo.

Pensé que a lo mejor esperaba a otra gente y que se llevaría un chasco al ver que se trataba de perfectos desconocidos. Pero cuando estuvimos en su presencia, viendo cómo se resistía a dejar de leer el legajo que tenía entre manos, con la espalda apoyada en la pared encalada, para dedicarnos una mirada de cortesía, o de recelo, comprendí que aquel hombre tenía la mente a muchas leguas de aquel patio perfumado de flores, habitado poravecillas risueñas y por toda clase de insectos inofensivos. Tardó mucho en decir:

—Los amigos de mis amigos son mis amigos.

—Esta frase podría haberla dicho yo —dijo el capitán Llana.

Alîm Latîf tenía esa misma edad indefinible que uno habría atribuido al capitán Rogelio Llana, y sus mismos modales reverenciosos. Vestía con cierto descuido y se envolvía la cara en una nube de barbas grises, como los cabellos que le asomaban bajo el turbante. Aquella noche nos agasajó con una cena ligera, que la servidumbre preparó mayormente con verduras aderezadas con salsas que me sorprendieron por su frescura. Bebimos los consabidos zumos de frutas del tiempo y luego Alîm Latîf nos concedió el privilegio de visitar su biblioteca, atiborrada de atados y manuales donde ni siquiera el polvo osaba posarse, si no es que tenía una esclava dedicada a la sola labor de evitar la suciedad de los manuscritos. Asocié el olor a cerrado y la parca luz con los privilegios de que se rodeaba la sabiduría, y me estremecí imaginando la cantidad ingente de horas empleadas en confeccionar aquella biblioteca.

—Yo conozco un libro único —me encontré diciendo— al que llaman El libro del peregrino.

—¿Por qué es único? ¿Acaso contiene la palabra de Dios?

—Yo diría que contiene más que eso.

—Permitidme dudarlo, amigo mío; lo que decís se me antoja algo difícil.

Extraje la página donde estaba inscrito mi matrimonio frustrado con María, y a la parca luz de aquel antro la página sangró. Alîm Latîf puso cara de espanto.

—¿Por qué sangra esa página?

—Porque ha sido separada del libro, y porque contiene la clave de una encendida historia de amor.

—Tendrás que contarme esa historia, y decirme más cosas sobre el libro.

Mis amigos se morían de sueño y fueron dejándonos solos entre bostezos, mientras contaba toda mi historia al sabio Alîm Latîf. Cuando terminé el viejo tenía los ojos llorosos y dijo:

—La luna se ha enseñoreado del patio para iluminarnos, y aunque la noche es húmeda, su aliento es cálido como el beso de una mujer.

Comprendí que además de sabio era poeta.

—Yo también amé una vez a una mujer —añadió—, y te diré una cosa. ¿Quieres conocer el secreto del mundo?

—Sí.

—El secreto del mundo es el amor. Creo firmemente que el secreto del libro que andas buscando es también el amor. Si eres capaz de desentrañar el secreto del amor no tan solo lo encontrarás, sino que lo tendrás.

—¿Tendré el amor o tendré el libro?

—Las dos cosas.

Nos invitó a quedarnos en su casa, indagando el secreto del amor en su magnífica biblioteca. Me leyó, traduciéndolos en voz alta, todos los poemas que no entendía, en los diez días que permanecimos con él, pero ninguno de ellos me desveló el secreto del amor. Entonces pregunté:

—¿Cuál es el secreto del amor?

—¿Aún no lo sabes?

—Confieso que no.

Me tapó los ojos con la mano y dijo:

—Precisamente ese es el secreto del amor: no saber y creer, y también dar y no tener.

—¿Cómo se puede dar sin tener?

—No tiene nada que ver con lo material. Para tener amor hay que dar amor. Tienes que encontrar el libro del peregrino, amigo mío; entonces estarás en disposición de dar y tener amor.



En nuestra travesía hacia Argel nos detuvimos también en Melilla, ciudad que el capitán Llana conocía de sus correrías de marino mercante, pues era un ventajoso enclave comercial, aunque yo no había llegado a visitarlo nunca con mi padre.

Esta ciudad tiene miles de años —dijo el capitán Rogelio Llana mientras nos acercábamos a tierra—, y en ella conviven musulmanes y judíos, aunque el amigo que yo tengo aquí se llama Farûq Tayyeb y procede de Córdoba.

El tal Farûq Tayyeb resultó ser un hombre alto y entrado en carnes que hablaba romance castellano gritando las palabras en la jeta de su interlocutor, aderezadas con los olores que despedía su boca, que no parecía respetar ni el vino ni el tocino prohibidos, al menos yo no habría puesto la mano en el fuego para atestiguar su sobriedad. Se me antojó en seguida un hombre jovial, y le dio al capitán Llana un abrazo tan contundente, echándose el turbante para atrás como si le estorbara muchísimo, que creí que le iba a desencajar todos los huesos.

—¡Cuánto tiempo sin verte, viejo capitán! —masculló entre risotadas.

—Estos son mis amigos Gladis y Cara de Rosa.

Clavó los ojos en los de mi amigo y babeaba, sudando la gota gorda; casi se le podían leer los pensamientos en la frente.

—Nunca vi un hombre tan rubio —dijo al fin—; algunos beduinos pagarían muchos camellos para llevárselo a sus tiendas.

Nos dio de comer una cazuela de liebre con hígados y cebolla, más huevos y caldo de gallina, en la que mojábamos abundante pan y que acompañábamos con vino recio, disimulado en las jarras donde se servían los zumos. Con esto quedamos convencidos de que el tal Farûq Tayyeb era un amigo de verdad. Se sentó a nuestra mesa y bebió con nosotros, y no bebía zumo ni líquido melifluo alguno, precisamente. Cuando eructó estuvo en un tris de tumbarnos de espaldas, y luego, cuando reía, le temblaban las carnes: mejillas, tetillas —pues parecía tener más pecho que una mujer— y panza incluidas. Una moza morena, muy delgada, nos acompañó luego a nuestra alcoba; se le veían las piernas y las tenía realmente descarnadas, y por lo demás iba descalza y sus pies enjutos eran tan ágiles que no parecían pisar el suelo. Naturalmente Cara de Rosa le arrancó el pañuelo blanco que le cubría

la cabeza y descubrió su pelo liso, negro brillante; tenía los ojos color de miel, y además de la belleza de la juventud poseía el atractivo de lo exótico.

—Pareces muy joven, ¿cuántos años tienes?

—No lo sé.

Hablaba perfectamente en lengua romance.

—¿Cómo te llamas?

—Zara.

—Alba brillante —tradujo el capitán Llana, que también había subido con nosotros.

Dormimos los cuatro en el mismo lecho, pero Zara no se separaba de mi amigo Cara de Rosa, que era tan rubio y de piel tan blanca que los beduinos habrían pagado muchos camellos por llevárselo a sus jaimas, y el capitán Olmos, no sé por qué entonces me acordé del capitán Olmos, había llegado a pactar con el diablo por vengarse de su despecho. Al día siguiente nos dispusimos a iniciar viaje hacia Argel, pero Farûq Tayyeb se había emperrado en retenernos y dijo:

—¿No seréis capaces de marchar sin almorzar antes conmigo en el jardín?

—No, claro que no.

El almuerzo duró cuatro horas y constó de tantos platos de marisco que quedamos todos repanchingados sobre los almohadones, mientras las bailarinas dejaban vislumbrar entre los velos sus cuerpos apetecibles; pero estábamos todos demasiado empachados y aun adormilados para deleitarnos con tan sublime espectáculo. Todos menos Cara de Rosa, claro está, que debió de merendarse a la más morena y sinuosa de las sílfides mientras nosotros dormíamos la mona.

Al día siguiente nos dispusimos otra vez a embarcar y Farûq Tayyeb volvió a decir:

—¿Os vais a marchar sin probar el banquete de despedida que os tengo dispuesto?

De modo que volvimos a hartarnos a base de bien y luego fuimos otra vez incapaces de movernos. Y así un día y otro día hasta que iniciado ya el mes de agosto, cuando Farûq Tayyeb nos ofrecía la enésima comilona, yo mismo repliqué:

—Nos vamos, mi señor, aun a riesgo de parecer descorteses y desagradecidos; pero tened en cuenta que es por mi culpa, y sabed que me acucia el desasosiego del amor.

El viaje fue luego plácido hasta Argel, por algo nos encontrábamos en el mejor mes para navegar y el mar Mediterráneo estaba las más de las veces calmado como las aguas de un estanque. A menudo los hombres de la tripulación tenían que remar, y nosotros nos sumábamos a tan penosa tarea, con un sol implacable que parecía meterse bajo la piel y aun en el interior de nuestras cabezas, porque por la noche, cuando cerraba los ojos en la hamaca, continuaba viéndolo detrás de las pupilas, mortificándome el sueño con su luz ardiente. Pero, como había aprendido a hacer en mis encierros en la cárcel de Bugía, daba en soñar que María venía descalza, caminando hacia mí por la senda del sol. Imaginaba que era su luz, y no la del sol, la que me cegaba, y entonces la ilusión hacía que me conformara, que me reconciliara con el mundo y con la vida. Nunca había existido Nicolás Mercader, pensaba; los padres de María me habían acogido como a un hijo; Marta era hija mía y nosotros dos, enamorados empedernidos, éramos los seres más felices de la tierra. Era un sueño muy dulce, del que me costaba trabajo despertar.

Una de aquellas mañanas volví a ver las murallas de Argel desde el mar, y con el albor del amanecer se me antojaron de oro.

—La vida es engañosa —dije—. ¿Quién diría, a la vista de estas murallas que parecen forradas con paño de oro, que detrás se esconde la codicia de los hombres, la sumisión más aberrante, incluso la muerte más feroz a base de ensartar los cuerpos en un palo para el que ningún ser vivo fue creado?

—La vida es en sí cruel —dijo el capitán Llana—. Piensa tan solo por un momento que para sobrevivir tenemos que comernos a los animales; es decir, los seres vivos nos comemos los unos a los otros. Con lo inocente que es un corderito lechal, un cerdito amorrado a las ubres de la chancha...

Volvimos a alojarnos en el palacio del pachá Yasîd al-Barack, donde fuimos agasajados nuevamente y nos reencontramos con nuestro antiguo guía, Muhammad Jaldum.

—¿Adónde vais esta vez? —preguntó el pachá.

—La verdad es que no hemos progresado mucho, pese a nuestros incontables viajes; todavía andamos en busca del libro del peregrino para conseguir el mismo objetivo, el amor de una mujer.

—La vida siempre se reduce a eso —señaló Yasîd al-Barack—; pugnar por

conseguir un ideal, y cuando lo conseguimos, sentimos el reto de otro ideal que tal vez no conseguiremos nunca. Conozco hombres que han derrochado vidas muy largas, siempre en busca de una ilusión que les satisfaga, sin que hayan llegado a obtener la felicidad.

—La felicidad completa no existe —dijo el capitán Llana.

—Y sin embargo, cuando logre a María, porque estoy seguro de que la lograré, yo seré el hombre más feliz del mundo.

—¿Qué tiene ese libro del peregrino que no tenga otro libro?

—Ya no tiene esta página, que es susceptible de sangrar y que yo creía hasta ahora la única razón de ser de mi búsqueda. Pero ahora es todo el libro el que condiciona mi felicidad, pues Ben Boufrah, el gobernador de Tánger, lo ha puesto como condición para entregarme a mi mujer, a la que tiene cautiva.

—Es un libro maravilloso —improvisó Cara de Rosa—. Sus páginas son de luz y en ellas, escritas en sangre, se esconden las palabras del Todopoderoso y las claves de la creación del mundo. El que tenga ese libro tiene todo el poder, natural y sobrenatural, y conocerá el secreto de la divinidad; tendrá toda la riqueza, la inteligencia, vivirá para siempre.

—¿Y la bondad?

—La bondad... también —titubeó Cara de Rosa.

Me di cuenta de que le pasaba algo raro. Quizá había bebido demasiado, pues el pachá Yasîd al-Barack tampoco observaba los mandamientos de la ley islámica y servía vino a sus huéspedes, o estaba tan cansado de peregrinar por el mundo que hablaba a la buena de Dios, un poco sin ton ni son.

Cuando nos retiramos a nuestro aposento hube de darle el brazo para ayudarlo a tenerse, y sospeché que era, efectivamente, la bebida la causa de su desatino. Pero luego, a la luz del candil, le vi enrojecer sobremanera, y parecía que la cabeza se le hinchaba y redondeaba como una sandía descomunal. Puso los ojos en blanco y en seguida supe lo que tenía: el capitán Olmos, confabulado con el diablo, se le había metido en el cuerpo. Le hice sentar sobre almohadones y tracé cruces sobre su cuerpo a modo de bendición, ungiéndolo con aceite, y se convulsionaba y gritaba como si se hubiera tragado un sapo muy grande. Extraje luego la daga de San Pablo y la blandí muy cerca de sus labios.

—Aparta este engendro de mí —dijo con voz grave, casi de ultratumba.

Empezó a babear un líquido verde y pestilente. Le corté los labios con la

daga, dibujándole cruces que le quedarían grabadas hasta tanto no se le curaran las heridas, y abrió mucho la boca, la abrió tanto como no puede abrirla ninguna criatura humana sin dar en ello la vida. Y de su boca salió el capitán Olmos, totalmente desnudo, repelente en su brillo cerúleo, con los cuernos en la frente y la lengua de culebra. Pronuncié, entera, la oración de Jesucristo en el evangelio de San Marcos:

*Crux Sancta Sit Mihi Lux  
Non Draco Sit Mihi Dux  
Vade Retro Satana  
Numquam Suade Mihi Vana  
Sunt Mala Quae Libas  
Ipse Venena Bibas*

No sé cómo pude recordarla; ahora sería incapaz de repetirla. Pero entonces, Cara de Rosa rugió como una bestia y se alejó de la daga refulgente. El diablo Olmos huyó a través de las paredes, o se lo tragó la tierra. El cuerpo rendido de mi amigo Cara de Rosa yacía en un rincón, arrugado como un odre vacío, o como un saco despojado de su contenido. Mojé su cara y su frente y luego le di a beber de una jarra de vino que los servidores del pachá habían dejado junto al agua.

—¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado?

—Tú no crees en el diablo, ¿verdad?

—Si algo creo es que el capitán Olmos ha pactado con el diablo.

Esta vez sí nos detuvimos en Bugía. El capitán Llana quedó en el puerto, supervisando algunas mejoras en la Magdalena Segunda y cargando víveres que compró con el dinero que yo le di, pero nosotros, Cara de Rosa y yo, cabalgamos en sendos caballos hasta el palacio de Emul Salefa, donde nos conocían y fuimos recibidos en son de paz. Encontramos al almojarife departiendo con sus consejeros en los jardines, donde el arrullo del agua traía a la mente la impresión de frescor, a la sombra de las encinas, y parecía hablar evocando el eco de las palabras idas, las que habíamos pronunciado en el pasado junto a aquellos parterres. Me vinieron a la memoria viejas canciones, escenas felices, seguramente más felices de lo que habían sido,

pues las idealizaba en el recuerdo. Tania salió a recibirnos, totalmente vestida de negro, con los labios muy rojos, en cuanto apartó el velo, y con el blanco de los ojos casi fosforescente. La verdad es que la encontré muy hermosa y casi me recriminé ser esclavo de mi obsesión por volver a tener a María entre mis brazos.

—¿A qué debo la ventura de volver a veros?

—Estamos de camino hacia Damietta, donde tenemos intención de apoderarnos del libro del peregrino y traerlo de regreso con nosotros, pues Ben Boufrah, el gobernador de Tánger, lo ha puesto como condición para entregarme a María.

—María, el libro del peregrino...

Comimos a la sombra de los pinos más frondosos del jardín, cuyo olor a resina y lento cabeceo, con el roce del aire, me llenó de una rara euforia. Pero tal vez era debido a la magnífica compañía. Emul Salefa nos miraba, parecía que iba a decir algo y luego se conformaba con entornar los ojos adornados con una sonrisa. Tania cantó una canción, pero hacía demasiado calor para cantar y bailar. Nos acostamos a la sombra y nos quedamos plácidamente traspuestos. Cuando me desperté tenía cogida la mano de Tania, y ella me miraba sin dejar de sonreír.

—No creí volver a verte tan pronto.

—Si algo he aprendido en mis viajes es que la vida es impredecible.

—Y sin embargo, te irás en seguida.

Me perdí en sus ojos, de pupilas negras como el carbón, en el movimiento de sus labios al hablar, de su pecho al respirar, y obedeciendo a un impulso ciego la besé con frenesí, confundiéndome con ella.

—Perdona —dije después.

—Al contrario...

Se compuso el pelo con una mano que se me antojó estilizada como la de una estatua.

—Tienes razón. Cara de Rosa y yo nos iremos en seguida.

—No vayáis al palacio del cónsul Batlle sin estar prevenidos —dijo, como adivinando mis pensamientos—. Tengo razones para creer que vuestra visita no será tenida por grata.

Pensé que tenía razón, y que estaba al corriente de algunas noticias que nosotros desconocíamos, pero no quise interrogarla sobre este asunto, pues no quería abusar de su confianza ni comprometerla. Aquella misma tarde

fuimos a ver al beato Ramón Santos, a quien encontramos en la capilla de su casa, en la plaza de la alhóndiga de Bugía. Busqué con la mirada la casa del retiro, donde había sido remotamente feliz con María, y el patíbulo que aún se alzaba en medio de la plaza, donde estuve en un tris de ser colgado y dejar para siempre esta vida sin concluir la misión de amor que me unía a mi «media» mujer.

—Han pasado tantas cosas...

El beato Ramón Santos salió de la capilla envuelto en un halo de luz, como si fuera un santo. Tenía el cabello gris ahuecado, como si se le hubiera puesto de punta ante la visión de Dios y no se le hubiera vuelto a aplanar del todo. Nos miró como si fuéramos una aparición.

—¿Vosotros?

—Hemos hecho un largo camino para llegar hasta aquí.

—¿Habéis conseguido vuestro objetivo?

—Solo en parte.

Habíamos llegado al austero despacho de Ramón Santos y me entretuve recitando la larga lista de amigos suyos que nos habíamos encontrado en nuestro periplo en busca del libro del peregrino. Cuando aduje el nombre de Emmanuel Donatien, el hombre que coleccionaba estatuillas y objetos artísticos en Orange, el que recordaba el aspecto de un usurero pero era sumamente comedido a la hora de hablar, extraje el retrato que nos había confiado para que lo hiciéramos llegar al beato Ramón Santos. Se trataba de una tablilla en la que se representaba el rostro demacrado de un hombre joven, barbado, con los ojos llenos de sufrimiento y un sudor tan encendido que parecía manar gotas de sangre.

—Mi señor Emmanuel Donatien dijo que se trataba de Su rostro verdadero.

El beato Ramón Santos lo examinó con detenimiento, como identificándose con los ojos del doliente.

—Su rostro verdadero...

La voz le temblaba un poco. Soltó la tablilla y hube de hacer un rápido movimiento para evitar que cayera al suelo.

—No es Su rostro verdadero —dijo Santos—. Si lo fuera, no habría caído. Si fuera Su rostro verdadero se habría llenado de luz y se habría corporeizado por unos instantes, que es lo que puede durar la eternidad en el cielo, tan solo unos instantes.

Tenía los ojos empañados por una visión que parecía sumamente

placentera, pues sonreía con arrobó, y parecía haber crecido, de modo que le miré los pies por ver si flotaba sin tocar el suelo. Pero no flotaba.

—¿Habéis encontrado el libro del peregrino? —preguntó sin solución de continuidad.

—Lo encontramos en Damietta.

—¡Damietta! Precisamente donde fue hallado por primera vez.

—Solo me interesaba esta página, y me fue permitido cortarla. El libro estaba en posesión de la Asamblea de San Luis.

—Como debe ser.

Mostré la página donde se hallaba inscrito mi matrimonio con María. Estaba manchada de sangre, y el beato Ramón Santos frunció el entrecejo.

—Separada del libro, esta página no ha hecho más que sangrar.

—Es natural que sangre al serle amputado un miembro a un cuerpo extraordinario.

Pasó el dedo índice por el borde, se lo llevó a la boca y añadió:

—Sabe a vino.

Nunca se me había ocurrido probar aquella sangre portentosa. Imité al beato y al llevarme el dedo a la boca comprobé que sabía a vino dulce.

—Seguramente el vino de la última cena.

—¿Queréis decir que ese libro perteneció a Jesucristo?

—Sin duda, o a alguien que estuvo cerca de él.

—Nunca habría osado figurármelo.

El beato Ramón Santos leyó la inscripción de mi matrimonio.

—Esto prueba que estás casado con María, que ya lo estabas cuando Nicolás Mercader la tomó en matrimonio. Con esta página tienes que obtener justicia. Pero yo de ti no me enfrentaría al cónsul Batlle ni aun esgrimiendo esta prueba. Quiere demasiado a su hija para reconocer que te pertenece a ti, un joven pobre, y que te la has ganado con la prueba de tu verdad.

—¿Por qué me decís esto?

—Porque creo en la justicia.

Bajé la cabeza para preguntar:

—¿Sois el hermano mayor de la Asamblea de San Luis?

—No. Solo soy uno de sus miembros.

—Iremos a Damietta a sustraer el libro a la Asamblea de San Luis. Es el precio que ha puesto Ben Boufrah, gobernador de Tánger, a la libertad de María. ¿Vais a prevenir a vuestros hermanos?



—No. El libro solo irá con quien le merece.

—Si acaso viene conmigo, ¿queréis que os lo traiga aquí?

—El libro solo irá adonde Él quiera ir.

Ramón Santos se había quedado embelesado, y volví a mirarle los pies por ver si ya se habían despegado del suelo. Pero seguían pisando firmes las baldosas oscuras del despacho.

Aquella misma tarde nos acercamos al palacio del consulado. Siguiendo el consejo de Tania, pero también del beato Ramón Santos, no nos hicimos anunciar ni pedimos audiencia. Saltamos la tapia, que era altísima, esquivamos a los perros, que tenían aspecto muy fiero, discurrimos por la cocina, nos escondimos de los fámulos, buscamos la habitación de Carmen, la hija del cónsul y «media» mujer de Cara de Rosa. Allí estaba, bañándose en una tina, atendida por una sierva. Cara de Rosa acudió a besarla, y al abrazarla debió de quedar completamente mojado en agua fría, que se agradecía en el bochorno de la tarde. Yo me entretuve tapando con la mano la boca de la sierva, no fuera a gritar. Al cabo de un rato Cara de Rosa la golpeó con el puño cerrado, dejándola aturdida en el suelo.

—Vámonos —urgió.

Saltamos por la ventana. Corrimos sobre las almenas. Carmen ordenó silencio a los perros y estos obedecieron en seguida. Nos deslizamos por la cuerda con la que habíamos trepado y corrimos al muelle, sin detenernos a respirar. El capitán Rogelio Llana, al vernos llegar, comprendió en seguida lo que ocurría. Mandó subir la pasarela, desplegar velas, batir remos y alejarnos del muelle a toda prisa. Al caer la tarde vimos un cielo amarillo calabaza cernerse sobre las lomas que servían de telón de fondo a las murallas de Bugía.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el capitán Llana.

—El cónsul no quería soltar su presa.

—Una hija es una hija...

Carmen y Cara de Rosa continuaban abrazados, ahora frente al bello atardecer de su libertad.

—Creo que tú deberías hacer lo mismo, robarte a María.

Nadie parecía darse cuenta de que Carmen estaba todavía desnuda.

El capitán Llana tenía en un arca vestidos de mujer y Carmen pudo ponerse una camisa blanca y una falda holgada, más un sombrero de ala ancha bajo el que asomaba su bonita melena rojiza, lo cual, junto con la felicidad de verse en brazos de su idolatrado Cara de Rosa, la favorecía extraordinariamente. Confesó que nunca se había sentido tan feliz, y yo me atrevería a afirmar que nunca había lucido tan hermosa. Había resplandor en sus ojos, siempre adornados con una sonrisa, y se pasaba las horas buscando caricias de manos de mi amigo, que se las prodigaba con largueza.

—Ya no nos separaremos nunca.

—Me temo que tu padre no se ha de conformar fácilmente y que mandará gente en nuestra búsqueda.

—Dime que no nos cogerán.

—No nos cogerán.

—Cuando consiga a María —dije yo—, se verá obligado a cumplir su parte del trato y culminar la ceremonia de vuestro matrimonio.

Cara de Rosa y Carmen sonrieron ante la perspectiva de estar unidos sin tener que huir, ser ciudadanos respetados de Bugía, y de Lérica y también de la antigua medina de Ciutadella sin que el cónsul nos mandara a sus esbirros o al maldito capitán Olmos, que había pactado con el demonio.

—Fue mi padre quien le dijo a Olmos que os siguiera, lo supe algún tiempo después, conseguí sonsacárselo. Le dijo que había de daros muerte, asociándose con quien fuera, aunque se tratara del diablo. Desde entonces me juré que cuando te volviera a ver me iría contigo.

—Ya no volverás a sufrir la incompreensión de tan intransigente padre.

Navegamos hacia la isla de Malta todo lo plácidamente que permitía el verano. Cuando la Magdalena Segunda quedaba estancada en las aguas calmadas, no echábamos mano de los remos: hacía demasiado calor. Nos aletargábamos durante horas al sol, pescábamos con volantín y acaso Carmen y Cara de Rosa saltaban por la borda para solazarse en un baño. Luego se abrazaban en la hamaca, confundidos en el ardor de sus cuerpos, y me hacían evocar la figura imposible de María caminando sobre las aguas del mar, huyendo de su encierro, viniéndome a buscar por la ruta de Damietta para poder disfrutar de una libertad parecida a la de mi amigo y su mujer, o «media» mujer. Solo que lo mío era puro sueño y María continuaba sojuzgada en la finca de Villamar, a la vista del puerto de Santa Catalina de Sóller.

Al cabo de unos días entramos en la cala de San Jorge, en cuyos extremos podían divisarse algunas edificaciones solitarias, como castillos o torres de defensa, y al fondo las casas que conformaban el núcleo de Birzebbugia. Volvimos a buscar la residencia de Hilario di Gudia, el amigo de Dustino Fangipani y viejo caballero de la orden de Malta para el que traíamos regalos del beato Ramón Santos. Le dimos la espada con empuñadura de oro y la arqueta con un espejo de donde surgía una figura de San Luis provista de un pergamino con sus hazañas y devociones.

—Es maravilloso que un hombre al que no conozco sea tan pródigo conmigo.

—Le repetimos al beato vuestras propias palabras, «estuve con Guillaume de Chateneuf, a las puertas de Damieta, con San Luis», y eso bastó para que os dispensara ferviente admiración.

Desenvainó la espada, la manejó con suma habilidad y cortó las velas de un candelabro sin que llegaran a apagarse.

—Con el filo de esta espada me comprometo a partir la lengua del demonio. Me acordé del capitán Olmos.

—El demonio ya tiene la lengua bífida.

Leyó con detenimiento la vida y milagros del rey de Francia a quien los de la Asamblea llamaban San Luis, y luego dijo:

—Yo también creo que no va a tardar en ser santo.

Nos sentamos a la mesa para cenar cumplidamente y ya íbamos por el segundo plato cuando, como quien no quiere la cosa, preguntó:

—¿Quién es esta bella doncella?

—Esta dama, que no doncella, es mi mujer. Mejor dicho, mi «media» mujer.

Cara de Rosa refirió al detalle la historia de mis amores desgraciados con María, dando paso a los suyos con Carmen cuando describía nuestras estancias en Bugía.

—¿Conque esta es la hija del cónsul Batlle?

—¿Le conocéis?

—No. Pero tened por seguro que si viene por estos lares, preguntando por vosotros, diré que jamás os vi, o le mandaré en dirección contraria. Por cierto, ¿qué os trae de regreso a mi casa?

—Vamos a Damieta, a apoderarnos del libro del peregrino.

—Difícil empresa.

Me pareció que sabía más cosas del libro del peregrino que nosotros mismos.

—Déjame ver otra vez aquella página ensangrentada.

Extraje la página donde estaba inscrito mi matrimonio con María y *frey* Hilario di Gudia la examinó al contraluz de las velas.

—Es extraño que sangre, pues en su interior tiene la blancura inmaculada de la gracia de Dios.

Se hizo un tenso silencio.

—Yo conocí a Miguel Senté —añadió *frey* Hilario di Gudia al cabo de un rato—. Lo conocí en Damietta. Había sido un hombre jovial, amante del vino y las mujeres. El libro le hizo cambiar: se volvió triste, taciturno, perdió mucho pelo, y el poco que tenía lo llevaba largo, ensortijado y gris como una bruja vieja. Cuando conseguía el libro miraba a todo el mundo con recelo, pues se lo habían robado más de una vez. Perdió el uso de una mano luchando por retenerlo, y se le veía muy cansado, agotado. El libro del peregrino tenía muchos pretendientes, pues se decía que era una reliquia extraordinaria y que podía obrar milagros.

Calló, como apesadumbrado.

—¿Qué más podéis decir de él?

—Poco más. Cuando le robaban el libro aullaba como un lobo, se arrastraba, en lugar de andar, comía tierra y ponía los ojos en blanco como si tuviera dentro el diablo. Pero no lo tenía, puesto que el libro es un objeto sagrado. Cuando lo recuperaba lo escondía cerca del corazón y todo su rostro se iluminaba, como si fuera un elegido de la fortuna. Creo que se habría dejado matar para que no dieran con la reliquia, y se habría incrustado el tesoro debajo de las carnes, si fuera preciso.

—Me han dicho que Miguel Senté era un peregrino auténtico, además de creer profundamente en el libro; ¿qué pensáis vos de todo esto?

—Ambas afirmaciones son ciertas; Miguel Senté era un hombre de profunda fe, un peregrino por la fe, y creía tanto en el libro que hasta le hacía obrar milagros; si la suerte no le hubiera sido tan adversa hoy le veríamos camino a los altares. Él creía en los poderes de ese libro, y cuando iba a parar a los hospitales y a las iglesias que fueron proliferando a lo largo de los caminos que llevaban a Santiago o a Roma, había una nube de mendigos y mutilados que lo buscaba para oír su palabra y recibir su bendición. Una vez, de camino hacia Roma, vi a un hombre encorvado bajo su propio peso al que

seguía una verdadera multitud; llegué a pensar que debía de haber hecho algo malo y querían apalearle, pero cuando vi tantos ciegos y paralíticos comprendí que buscaban un milagro. Se detuvo delante del puente de una ciudad nueva del camino, abrió el libro, que dejó escapar un rayo de luz vivísima, y dijo: «Los que consigan atravesar el puente por sus propios medios estarán curados». Era una jugarreta muy inteligente, pensé; claro, quien tiene fe suficiente como para cruzar un puente estando paralítico podrá desplazarse, aunque sea arrastrándose, toda la vida. Y efectivamente, conté hasta media docena de lisiados que se «curaron». Y Miguel Senté sonrió de un modo maravilloso mientras cerraba el libro entre vivas, en olor de multitudes como suele decirse. No me extrañaría que quien lo haya matado fuera un antiguo admirador que se vio decepcionado al no ser curado, o alguien que quisiera robarle el libro para curarse a sí mismo.

—Ese libro tiene un raro poder de fascinación.

—Sí lo tiene. Después hube de luchar contra los infieles y lo perdí de vista; perdí de vista al libro y a Senté, que lo usurpaba. No supe de él hasta que vosotros lo mencionasteis.

Pensé que el libro del peregrino era todavía un gran desconocido para nosotros, y que si conseguíamos hacernos con él, tendríamos a toda la cristiandad pisándonos los talones.

Viajamos luego hasta la isla de Creta, y buscamos el puerto de Sougia, donde ya habíamos estado otras veces y conocíamos al viejo Damaris, el pescador que nos había acogido como si fuéramos de su familia. Un apacible amanecer de principios de septiembre llegamos a la vista del puerto, que era una ensenada diminuta, protegida por rocas grises junto al embarcadero. La mañana era brumosa y daba al mar y a las montañas un aspecto fantasmal. Estuvimos contemplando el paisaje desde la borda, mientras nos acercábamos a tierra, y con la luz gris azulada de aquella hora temprana nos sentíamos fascinados por la belleza de las montañas que descendían en picado hasta el mar. Me acordé de las historias fantásticas que contaba el viejo Damaris, el laberinto de Dédalo, el Minotauro y los donceles y doncellas que le eran ofrecidos, y casi me pareció que aquellas peñas envueltas en la bruma tibia del amanecer cobraban movimiento para rugir como si ellas también fueran

monstruos y quisieran echarnos por intrusos.

—En cierto modo, este paisaje me resulta familiar —dijo Carmen—; es como si ya lo hubiera visto, pese a que nunca llegué tan lejos de mi casa.

—Es el Mediterráneo —dije yo—. Este mar se repite a lo largo del litoral. Estas rocas caliginosas, estas aguas azuladas, estas como figuras gigantescas convertidas en piedra las he visto yo en países diferentes donde hasta los hombres, pese a hablar lenguas distintas, parecen compartir un mismo carácter.

—Sigue hablando. Me gusta lo que dices.

—Ya he terminado. Pero Cara de Rosa debería contarte la leyenda del Minotauro, según nos la contó Damaris, el viejo pescador que nos cobijó bajo su techo y nos trató como si fuéramos de los suyos.

—Es cierto...

Me acerqué hasta donde estaba el capitán Rogelio Llana dirigiendo las maniobras de aproximación a la isla.

—Dentro de una hora el sol habrá despejado la neblina, y estaremos en tierra.

En efecto, cuando pusimos pie a tierra lucía un sol esplendoroso, y el día dejaba entrever que sería sofocante. Las piedras de la playa destellaban con los primeros rayos, sobre todo las que el mar mojaba en la orilla, redondas como huevos, grandes y pequeñas. Unos niños habían acudido a bañarse desnudos y su griterío resonaba en el telón de fondo de montañas con un eco interminable. Dos de ellos eran hijos de Damaris y nos reconocieron en seguida.

—¡Gladis, Cara de Rosa! Son los marineros errantes. Vamos a decírselo a nuestro padre.

Cuando llegamos a su casa Damaris nos esperaba en el umbral, avisado por sus hijos. Nos abrazamos como viejos amigos.

—Esta es Carmen, mi «media» mujer —dijo Cara de Rosa.

—A mí me llaman Rogelio Llana y me he pasado la vida navegando.

Aquella noche encendimos fuego en la playa, y los hijos de Damaris saltaban, contentos, mientras el viejo volvía a recurrir a su caudal de consejas y leyendas fantásticas. Nos quedamos hasta muy tarde, bajo un cielo nítido donde titilaban las estrellas. Tumbados boca arriba, oyendo crepitar el fuego y tratando de comprender la complicada pronunciación de Damaris, que seguía contando historias, Cara de Rosa tenía sujeta la mano de Carmen y yo

soñaba seguramente con María. No habíamos visto a Ariadna en todo el día, pero entonces apareció envuelta en un manto negro y en sus cabellos increíblemente largos. Tenía los ojos enrojecidos y se echaba de ver que había llorado. Se agitó junto a la hoguera, con los pies descalzos, imitando de algún modo las oscilaciones de las llamas. Tenía la piel reluciente, como si se la hubiera untado con aceite, y se me antojó olivácea, aunque había poca luz para distinguirlo con claridad. Cara de Rosa le acarició luego la mejilla y ella le miró con mucha ternura en sus grandes ojos verdes.

—Esta es Carmen, mi «media» mujer —dijo.

—¿Por qué dices «media»? Yo veo a una mujer entera.

—La otra media eres tú.

Se acostó junto a la pareja en la arena y Cara de Rosa tenía abrazadas a las dos mujeres. Había que reconocer que tenía un arte inigualable para captar el alma femenina.

Unos cuantos días más tarde volvimos a divisar el hermoso delta del Nilo, donde se situaba el puerto de Damietta. Apenas desembarcamos, nos salió al paso una compañía de mamelucos, a los que cometimos el error de mencionar el nombre de Dustino Fangipani. El que comandaba la expedición se pasó en seguida el dedo pulgar por el cuello, dando a entender que o bien nuestro amigo había sido degollado o aquel individuo de aspecto feroz ardía en deseos de rebanarle la yugular. Comprendimos que las cosas habían cambiado a peor, y nos preguntábamos qué habría sido de los adeptos de San Luis cuando uno de aquellos hombrones hundió su mano negra en el pelo claro de Carmen y parecía fascinado por su brillo y suavidad. Cara de Rosa no parecía decidido a reaccionar, como si no le importara demasiado o calculara tal vez que no tenía ninguna posibilidad de ganar si se enfrentaba a aquel gigantón. Por fortuna, el que llevaba la voz cantante obligó al atrevido a apartar bruscamente las manos y le propinó un terrible guantazo que resonó en la quietud de la tarde. Luego gritó algo que no comprendí, no creo que ninguno de nosotros llegara a comprenderlo, y fuimos escoltados hasta el palacio de adobe donde se alojaban los miembros de la Asamblea. Entonces supimos que la situación era poco menos que desesperada, porque el palacio estaba rodeado de combatientes que, según se echaba de ver, habían intentado

tomarlo por la fuerza. Fuimos presentados a otro cabecilla mameluco, que sonrió de un modo muy tétrico y señaló la horca, donde ya pendían algunos de los que supuse discípulos de San Luis. Pero el hombre ordenó algo que sus hombres no esperaban, porque palidieron de ira contenida. Luego armaron una bandera blanca y nos hicieron seña de que les siguiéramos, y así, escoltados por los asaltantes del palacio, fue como entramos en el edificio sitiado desde hacía varios días. Había gente en el patio y en todas las ventanas, y aquello tenía todo el aspecto de ser una resistencia heroica a la que solo cabía esperar un final sombrío. Volvimos a ver a Anastase Etienne, el noble francés que ostentaba el mayor grado de autoridad entre los de San Luis, pero su aspecto, antes tan petulante, era ahora deplorable.

—Vuestra visita no es muy oportuna que digamos. Llevamos tres días sitiados, y empezamos a tener claro que vamos a morir luchando.

—¿Qué ha ocurrido?

—Los mamelucos deben de haber adivinado nuestras intenciones de liberar estas tierras para la cristiandad y han decidido pasar a la acción.

—No van a esperar a que esta vez nos derrote la peste —dijo Dustino Fangipani, que parecía agotado, como si llevara días sin comer ni dormir.

—Lucharemos con vosotros.

—Es una lucha perdida. No quiero que empeñéis en ello la vida, y esta bella dama sin duda no tiene ninguna culpa de la índole de nuestros ideales.

—Sugiero que al caer la noche salgáis por donde habéis venido —dijo Anastase Etienne—, si no habéis opuesto resistencia, os dejarán marchar. Regresad a vuestro barco y escapad, ahora que todavía estáis a tiempo.

Llamó luego a fray Ángel Riese y le dio unas instrucciones que me hicieron galopar el corazón.

—Vete a buscar el libro del peregrino. Solo ellos pueden ponerlo a salvo.

Fray Ángel Riese regresó al poco rato llevando el libro del peregrino con suma devoción. La cruz de pedrería que lucía en su cubierta parecía haber oscurecido ligeramente, como si se hubiese teñido de sangre, igual que la página donde se hallaba inscrito mi matrimonio con María.

—El libro sufre con nuestro dolor —dijo fray Ángel Riese, y lo besó antes de entregárselo a Anastase Etienne, quien desenfundó la espada y la posó sobre las tapas, a modo de bendición.

—Este libro no puede caer en manos de infieles —dijo—. Llévaselo al beato Ramón Santos; él sabrá qué hacer con él.



Al cogerlo noté que pesaba tanto que parecía hecho de plomo. Anastase Etienne advirtió mi desazón.

—¿Acaso no eres digno del libro? —dijo.

Entonces dije la verdad:

—Yo solo soy un hombre enamorado.

Pero me callé la segunda parte: «Este libro es el precio de mi amor».

—Entonces el libro estará a salvo contigo, porque has de saber que este libro es todo amor.

Al anochecer nos apostamos junto a la puerta y salimos con bandera blanca. El cabecilla de los mamelucos quiso saber adónde íbamos, o al menos eso es lo que se nos antojaron sus palabras ininteligibles y sus miradas inquisitivas.

—Nos vamos a casa —dijo el capitán Llana—. Nadie nos ha dado vela en este entierro.

El cabecilla hizo ademán de que nos dejaran marchar, pero entonces notó el resplandor que producía el libro del peregrino, oculto debajo de mi camisa. Desfundó la espada y me abrió la camisa de un tajo certero; el libro cayó por su propio peso, pero en aquel momento ocurrió el milagro: se transformó en una paloma blanca que salió volando sobre nuestras cabezas. Los mamelucos lo encontraron muy divertido, como si yo fuera un mago capaz de transformar ladrillos en palomas, y nos hicieron ademán de que nos marcháramos más que deprisa. Desfilamos hacia el puerto, escoltados por el pelotón de guardia, y yo todo el rato iba escrutando el cielo oscurecido, por ver dónde habría ido a esconderse la paloma blanca. Nos obligaron a embarcar con malos modales y a remar con todas nuestras fuerzas para alejarnos en seguida de Damietta, profiriendo voces que indefectiblemente sonaban a amenazas. Cuando ya habíamos perdido de vista las luces de la ribera la paloma vino a posarse sobre mi mano, y solo entonces me di cuenta de que tenía el plumaje fosforescente y se envolvía en un halo de luz. Apenas se posó en mi mano volvió a ser el libro del peregrino, pero pesaba tanto que tuve que ayudarme con la otra mano.

—Este es, sin duda, un libro portentoso.

Dormí agarrado al libro, como si fuera una tabla de salvación; pero fue un sueño intranquilo en el que vi legiones de sombras persiguiéndome y todos

los espectros tenían la cara azul y la cabeza redonda del capitán Olmos. Me levanté con la boca pastosa y un terrible dolor en la conciencia: habíamos dejado a Dustino Fangipani en la estacada, quién sabe si a estas horas ya estaría muerto.

—Precipitadamente —le dije a Cara de Rosa—, pero creo que hemos obrado como cobardes.

—Cobarde no, pero valiente no lo he sido nunca.

Carmen se levantó con el pelo revuelto y la camisa abierta, empapada de sudor, pues hacía mucho calor. Se sentó en la borda, descuidando su hermosura a la caricia del viento; no sé si era consciente de que todos los hombres de a bordo la deseaban, algunos desesperadamente.

—Hemos abandonado a su suerte a Dustino Fangipani y a los de la Asamblea de San Luis. Si no han muerto en el asalto de esta noche morirán mañana, o pasado mañana.

—No te culpes por esto —dijo el capitán Rogelio Llana—. Estos hombres escogieron morir por el Señor, y en su profunda religiosidad, vivirán eternamente, aunque mueran en el empeño de organizar una nueva cruzada; serán mártires por la fe.

Me costaba entender eso. Un hombre da la vida por algo en lo que cree y recibe como recompensa la felicidad eterna; pero eso era lo mismo que preconizaban los musulmanes en su guerra santa. Tania me había hablado de ello muchas veces. ¿Qué diferencia había entre un Dios y otro? ¿Cuál de los dos estaba en posesión de la verdad? O por decirlo de otro modo, ¿cuál de los dos era menos fanático?

—No entiendo que los hombres se maten por la idea de Dios.

—Siempre ha sido así; esto no es nada nuevo.

—¿Adónde iremos ahora?

—Tú tienes la respuesta.

—¿Dónde?

—En tus manos.

Miré mis manos. Tenía agarrado el libro del peregrino, como si fuera una presa preciosa que no estaba dispuesto a dejar escapar. Lo examiné a la vista de mis amigos. El corte delantero, así como la cabeza y el pie, eran todavía dorados, aunque tenían algunas manchas de sangre. Las caras anterior y posterior, forradas de piel de carnero, habían oscurecido con el tiempo, y la cruz de pedrería de la cubierta había perdido brillo también por haber

rezumado un líquido rojizo que parecía sangre reseca. En el lomo había un tejuelo en el que no aparecía otra inscripción que una cruz trazada con tinta que o era negra o había ennegrecido con el tiempo. Abrí el libro, no había nada, ni siquiera una cruz en la portada, ningún título, ningún nombre, ninguna inscripción. Busqué una dedicatoria, un prólogo, un índice, pero no encontré nada; todo estaba en blanco. Costosísimas hojas de papel de lino, un tanto amarillentas por el paso del tiempo. Pasé las primeras páginas, llegué a la mitad, seguí hasta el final. Nada, todo el libro estaba en blanco, no había nada escrito, ni un colofón, ni un número, ni una letra. Busqué la página cortada que se correspondía con la que yo guardaba y vi el borde de la hoja ensangrentada; saqué mi página, donde el rector Arcillares había registrado mi matrimonio con María, y se acoplaba perfectamente al resto mutilado que continuaba cosido al nervio correspondiente.

—Nada —dije en voz alta—; hemos arriesgado la vida por un libro con las páginas en blanco.

—Pero las hojas relucen como el sol —dijo Carmen.

Tenía razón. Aunque primero se me habían antojado amarillentas, ahora las páginas del libro tenían una luz diáfana, como la del mediodía en el Mediterráneo, como la de la hostia consagrada.

—Debe de ser un efecto óptico.

—Ayer fue una paloma blanca; hoy es una luz muy intensa, ¿qué será mañana?

—Este es un libro misterioso; habrá que guardarlo a buen recaudo.

—Este libro es mi vida —dije yo—. No me separaré de él hasta tanto no tenga a María.

Pusimos rumbo a Sougia. Desde allí nos trasladaríamos a Malta y luego continuaríamos viaje, bordeando la costa, hasta llegar a Tánger. Volvimos a pernoctar en la playa de Sougia, con el pescador Damaris y con sus hijos. Recuerdo que la noche era muy negra, aunque cálida; solo había una estrella en la playa, y era la hoguera junto a la que Damaris hablaba y Ariadna, su hija, accedió a bailar, aunque afectada por una tristeza infinita. Tomó la mano de Carmen, que le suplicaba que le enseñara con gran humildad en las pupilas, y las dos nos deleitaron con un espectáculo sencillo, pero que me pareció sublime. Unieron sus mejillas, bañadas en sudor, y hasta me extrañó que pudieran despegarse luego, pues había pensado que las dos mujeres se confundirían en una sola. Ariadna se quitó el manto y Carmen la imitó; por

supuesto que la danza se había vuelto incitante, pero apenas veíamos nada, puesto que la hoguera se había reducido a una constelación de brasas dispersas.

—Es una lástima que nos perdamos este espectáculo —dijo Cara de Rosa.

—Es tu mujer, o tu «media» mujer; vas a tener ocasión de disfrutarlo en adelante.

No pareció oírme. Se limitó a mascullar:

—Es una verdadera lástima...

Yo tenía el libro del peregrino envuelto en una manta, dentro de un saco. La noche era tan negra que no nos veíamos las caras, de modo que palpé para encontrar el libro y librarlo de su atadizo. Cuando lo abrí, dejó ir un torrente de luz, y la noche fue día, como si hubiera caído un relámpago cuyo resplandor tardaba mucho en desvanecerse. Aun fuimos testigos de la danza. Carmen lloraba, sin duda de gozo, y Ariadna también lloraba, ambas abrazadas, confundidas en algo que no sé cómo calificar, tal vez hechizo, o pasión.

En nuestro camino de regreso volvimos a detenernos en Birzebbugia, en la isla de Malta, y *frey* Hilario di Gudia volvió a ser nuestro anfitrión. Alojé a Carmen con Cara de Rosa en una habitación que miraba al mar, pero ofrecía también la visión de las tierras ocres que conformaban la costa, de modo que según la hora del día, y según la luz que imperaba, el mar parecía una llanura por donde venían las naves provistas de ruedas y armando gran polvareda, que no era sino la espuma de las olas. Yo me alojé en la alcoba, y vino a hacerme compañía una mujer de pelo corto, aunque rubio, y ojos azules, cubierta con un manto rojo con ribetes dorados.

—¿Quién eres tú? —pregunté.

—Soy Beatrice, una de las sobrinas de *frey* Hilario di Gudia.

—¿Acaso tiene muchas sobrinas?

—Depende del número de huéspedes que aloje entre las paredes de esta morada.

—¿Y cuáles son tus instrucciones?

Beatrice sonrió y su sonrisa hizo palidecer la luz del candil, y entonces aquella mujer se me antojó mucho más bonita. Abrió su manto y casi pude

ver su corazón latiendo acompasado bajo la piel tibia de su pecho; toda ella emanaba ternura.

—El amo no quiere que nadie se sienta solo o extraño en esta casa.

—Entiendo.

Tenía la mano huesuda y fría, y tardó mucho en calentársele entre las mías. Soñé que su mano era un témpano de hielo, que toda ella era de hielo, y desperté sobresaltado. Por la ventana entraba la suave claridad del alba, pero no era una luz tranquilizadora, porque desvelaba una mole hecha de sombras que tenía la forma de un hombre. Eran sombras azuladas, de modo que en seguida supe de quién se trataba. El espectro que venía a mortificarme era el capitán Olmos, con los ojos enrojecidos como carbones incandescentes y la boca babeando fuego. Echó una llamarada por entre las fauces, como si fuera un dragón infernal, y chamuscó el cabello de Beatrice, que me miró con espanto, con los ojos abiertos como platos.

—No temas, solo es un sueño —dije.

—¿Dónde está el libro maldito?

El libro lo guardaba envuelto en el atadizo de paños, dentro de un zurrón; pero allí tenía también la daga de San Pablo, que esgrimí contra la aparición, y tuvo el efecto que deseaba, El fuego se heló en el hocico del monstruo y sus ojos encendidos se hicieron añicos, como si fueran bolas de cristal; de las cuencas vacías manaron hilos de pus y las sombras se deshicieron en humo azul y pestilente antes de desvanecerse. Beatrice se pegó a mi cuerpo como una chiquilla asustada.

—He tenido una horrible pesadilla.

La besé en la frente. Luego le besé el pelo y finalmente el pecho, que era firme, pero también algodónoso como una nube.

—No temas, ya pasó todo.

—Se supone que era yo quien debía consolarte de tu soledad —dijo sonriendo—. No le digas al amo que he fracasado en mi cometido.

—No tengo nada que decirle.

Más tarde le confié a Cara de Rosa, delante del capitán Llana, de Carmen y de *frey* Hilario di Gudia, que el capitán Olmos andaba ahora tras el libro del peregrino.

—Lo he visto en sueños, pero sé que le volveremos a encontrar en nuestro camino.

*Frey* Hilario di Gudia quiso inspeccionar el libro. Se cegó con su luz,

cuando lo examinaba con detención, y se maravilló de la desnudez de sus páginas.

—Este libro con las páginas en blanco encierra un secreto que nosotros no sabemos descifrar. Es natural que el diablo ande tras la pista de este libro, pues intuyo que quien desvele su secreto tendrá poder en este mundo y en el otro.

—Aunque creo que se trata de un ejemplar único —dije—, me parece que sobrevaloráis las cualidades de este libro.

—Es posible —me devolvió el volumen con sumo cuidado—. Pero se me antoja que volveréis a saber muy pronto de los perseguidores del libro.

Tenía razón. Unos cuantos días más tarde, cuando ya nos habíamos alejado de Birzebugia y embocábamos la cala de la isla Pantelaria donde vivía Camilla, a quien habíamos conocido gracias al capitán Domenico Cilea, nos abordó una nave negra, con las velas grises, que llevaba en el palo mayor un pabellón oscuro que no pertenecía a ninguna nación conocida. Pensé que era el pabellón de la muerte, y en efecto, erguidas en cubierta vi dos figuras fenomenales que sin duda nos habían reconocido: una era el capitán Olmos y la otra tenía la sonrisa sarcástica, llena de suficiencia, de Ricardo Batlle, el cónsul de Bugía.

—¿A qué tanta prisa? —nos gritó Batlle a voz en cuello—. ¿Acaso no tenéis una cuenta pendiente con la justicia?

Nos refugiamos en la cala, pero ellos vinieron tras nosotros y fondearon al amparo de la ensenada.

—Por fin parece que tu padre se ha asociado con el diablo —dijo Cara de Rosa a Carmen, la hija del cónsul Batlle.

—Dios nos coja confesados.

Desde la casa de Camilla se divisaba el mar anochecido y en calma, con la sombra de la Magdalena Segunda plácidamente anclada, velas plegadas, y el buque del cónsul Batlle al acecho. Desde la altura, mientras Camilla se deshacía en atenciones, el barco enemigo se me antojó un dragón que flotara sobre las aguas plateadas de la ensenada, pronto a abrir las fauces y engullir a la confiada embarcación del capitán Llana.

—Gracias por vuestra hospitalidad —dijo el capitán Llana—, pero creo mi

deber advertiros que esta noche podemos tener visita, nada agradable por cierto.

—¿Pues qué sucede?

El capitán señaló el barco anclado detrás de la Magdalena Segunda.

—Una galera muy bien pertrechada, a lo que parece —dijo Camilla.

—Sin duda aprestada para la lucha.

Fue Cara de Rosa, con quien Camilla había tenido trato anteriormente, del mismo modo que lo había tenido conmigo, quien explicó que Carmen era la hija del cónsul de Bugía, y que pese a que estaba medio casado con ella habíamos terminado robándosela a su progenitor.

—Una cuestión de amor —sonrió Camilla—. Me gusta. Lástima que no esté aquí el capitán Domenico Cilea para batirnos juntos contra la autoridad establecida.

—Me temo que será más que eso —dije.

Camilla abrió más de la cuenta sus grandes ojos negros.

—El cónsul se ha aliado con el diablo.

—¡Ah!

La mujer se levantó enérgicamente. Tenía las espaldas tan anchas como un hombre, aunque se adivinaban incitantes. Se echaba de ver que había bregado en muchas contiendas, y que no le temía a nada. Para vivir sola en medio del mar, en una casa poblada de sirvientes, y comerciar con medio mundo como si fuera un hombre, no podía ser pusilánime en modo alguno.

—Para conquistar mi soledad —dijo—, he tenido que vérmelas con algo peor que el diablo.

Compareció en la cena vestida como un guerrero: falda corta, calzas de malla, hombros desnudos y casco adornado con plumas, que dejó sobre la mesa, como si fuera el faisán con que nos agasajaba.

—Si el diablo acepta sentarse a esta mesa será recibido como se merece.

Para ahuyentarlo lucía en el pecho una gran cruz negra sobre fondo blanco.

Los sirvientes trajeron perdices asadas, dispuestas en bandejas, y salsa de cilantro, con almendras, canela y jengibre, en cuencos de barro cocido, del mismo estilo que las jarras de vino. No creí que llegáramos a los postres sin que apareciera el cónsul Batlle flanqueado por el capitán Olmos, y sin embargo sirvieron higos blancos acompañados de vino aguada, sin que ningún acontecimiento extraordinario hubiera interrumpido el festín. Habíamos ensalzado, naturalmente, la calidad de la comida, y Camilla había

explicado:

—Estas perdices son muy sabrosas. Abundan en la isla, y cazarlas es un deporte que me entusiasma. Dicen que su carne tiene mejores propiedades que la de ningún otro animal de cetrería.

—Conocí a un caballero, Émile de L'Oeil, en la ciudad de Nimes, camino de París, que afirmaba que era más difícil cazar una perdiz que un elefante.

Camilla se echó a reír, y yo con ella.

—No creo que hubiera cazado muchos elefantes.

—Pues a mí me interesa otro tipo de caza —afirmó Cara de Rosa.

Agarró a Carmen de la mano y la miró con intensidad de enamorado. Ella se ruborizó ligeramente.

—En esta lid creo que deberías hacer lo que yo —siguió hablando Cara de Rosa—: coger el toro por los cuernos y llevarte a doña María por la fuerza, aunque Nicolás Mercader hubiera de perseguirte por medio mundo...

Desde el comedor se veía la ensenada anochecida, y la galera del cónsul Batlle iluminada con tantas antorchas que parecía que se pegara fuego. Todos miramos, instintivamente, hacia el barco, donde aparentemente reinaba la calma, porque nadie las tenía todas consigo.

—Como parece ser que me ocurre a mí con el cónsul Batlle —terminó diciendo mi amigo.

Se produjeron unas risas forzadas.

Habíamos comido los higos y bebido el vino con agua cuando se produjo el encuentro fatal, la esperada, pero no deseada, visita del cónsul. El mayordomo la comunicó a la señora en privado, y ella dijo que la anunciara.

—Su excelencia Ricardo Batlle, cónsul de Bugía —dijo el pobre hombre, y se echaba de ver que no le llegaba la camisa al cuerpo.

El cónsul Batlle entró en seguida, acompañado nada menos que del capitán Olmos. El cónsul hacía gala de su porte habitual: se le veía aseado y muy bien vestido, como si no hubiera salido de su palacio en busca de su hija por esos mares de Dios, o como si se alojara en la mejor habitación de aquella casa expuesta a todos los vientos en medio del mar. Por lo que se refiere al capitán Olmos su aspecto era de lo más corriente; cabeza redonda, ojillos irónicos, pero serviles, y la catadura corpulenta de un hombre acostumbrado a vérselas con el fragor de los elementos y a actuar de matón de su señor. Nada de tez cerúlea, cuernos en la frente o serpientes en la boca. El cónsul presentó sus respetos a doña Camilla y luego se dirigió abruptamente a mi amigo Cara



de Rosa.

—Este joven tiene algo que es mío, porque me lo ha robado. Hija, haz el favor de venir con nosotros.

Carmen se levantó llorando y se puso al lado de su padre.

Cara de Rosa se incorporó y desenvainó la espada. Yo hice lo mismo. El capitán Rogelio Llana nos secundó.

—Caballeros, no seáis impulsivos —dijo el cónsul Batlle—. Tengo la casa rodeada por mis hombres.

Entonces se levantó Camilla. Ella también llevaba una espada que desenvainó. Se había puesto el casco, bajo el que asomaban sus cabellos.

—Estamos hablando de mi casa —dijo, blandiendo la espada.

Cogió a Carmen de la mano y la devolvió a su sitio, al lado de Cara de Rosa.

—Señora, no quisiera tener que obrar por la fuerza.

—Me temo que no tendréis otro remedio.

El cónsul Batlle hizo una seña al capitán Olmos, quien también desenvainó la espada. Camilla nos hizo a nosotros además de que se lo dejáramos a ella y se enfrentó con el matón, a quien todos sabíamos poseído por el diablo. En unos cuantos pases Camilla demostró ser tan fuerte como él y tener destreza suficiente con la espada para mantenerlo a raya. Le puso la zancadilla y lo hizo rodar por el suelo, para, acto seguido, pisarle el gaznate y apoyar la punta de su espada contra su corazón.

—Decid a vuestra gente que se vaya —dijo al cónsul Batlle, con la respiración entrecortada.

Entonces el capitán Olmos se revolvió y arrancó a la dama el peto de su armadura, donde tenía grabada la cruz negra sobre fondo blanco. Desprovista del signo de la cruz, Camilla ya no tuvo poder sobre él, o sobre el diablo que anidaba en él. Olmos dobló, triplicó su tamaño, mientras rugía horrendamente. Su piel se cubrió de una pátina entre verdosa y cerúlea y su boca empezó a vomitar serpientes que nosotros nos afanábamos en decapitar. El cónsul cogió a su hija y se alejó con ella, seguramente decidido a bajar hacia el barco. Pero yo tenía la daga de San Pablo, pues no me separaba nunca de ella, y la blandí contra el diablo, que empezó a deshacerse en humo pestilente, pero no desapareció del todo. Con voz cavernosa, gritó al cónsul:

—Quitadle la daga, o perderé todo mi poder.

Luego el cónsul no estaba endemoniado, pensé mientras me las veía y

deseaba para contener sus golpes de espada. Era un hombre bien entrenado, y su arma tenía una contundencia superior a la mía. Tardé mucho en doblegarle, y no me dio muerte de milagro. Mis amigos, Camilla, los siervos estaban ocupados matando las serpientes que Olmos había esparcido por doquier, algunas muy gruesas —de modo que tenía que abrir mucho la boca para que pasaran— y sin duda peligrosas. Olmos dejó atrás sus sombras diabólicas y huyó llevándose a Carmen, y el cónsul se amparó en sus hombres para seguirle hacia la galera, que se llamaba *Isla*, pude verlo a la luz de las hogueras.

—Van a conseguir su objetivo —dijo Cara de Rosa.

No podía ser. Mi amigo no podía quedarse sin amor por el capricho de un padre celoso, lo mismo que mi historia no podía terminar hasta que no consiguiera tener a María, porque, sencillamente, me pertenecía y compartíamos un amor encendido. Hice un último esfuerzo desesperado; fui en busca del libro del peregrino, lo desembaracé de los paños que lo cubrían, lo abrí por la mitad y la noche fue día, como si cayera una lluvia de rayos vivísimos. Olmos, que seguía siendo un hombre descomunal, se redujo al tamaño de un niño, y aún se arrugó y fundió literalmente, soltando a Carmen, su presa, que corrió a abrazarse a Cara de Rosa. El cónsul tuvo que huir en su galera *Isla*, fustigando a sus marinos para que evitaran la tormenta de rayos y truenos que se cernía sobre ella, únicamente sobre ella. Nosotros, Cara de Rosa, Carmen, el capitán Llana, Camilla y su gente, estallamos en vítores. Yo me limité a sonreír, antes de volver a guardar el libro.

—Volverán —dije—. Estoy seguro de que volverán.

Tuvimos que aplicarnos unos cuantos días a reparar los estropicios causados por la refriega, aunque Camilla decía que se lo dejáramos todo a los sirvientes. Cogíamos las serpientes con pinzas, porque daban asco, y las enterrábamos en una fosa. Pensé que allí nacería un árbol extraño, una especie de árbol de la ciencia del bien y del mal —mayormente del mal—, con las manzanas de hierro candente; pero no hice partícipe de mis temores a nadie. Cuando nos hicimos de nuevo a la mar, navegamos plácidamente durante un día y medio antes de avistar la galera *Isla*, sin duda aprestada para el combate.

—No tenemos ni la más remota posibilidad —dijo el capitán Llana—; esta es una galera de guerra y a juzgar por la cantidad de remeros que lleva podría albergar a todo un batallón.

—Confiemos en Dios.

—Es cierto, hijo mío. Solo Dios puede salvarnos.

—Como ha hecho hasta ahora.

—También es verdad.

Estábamos a la altura de las islas Galite, donde habíamos conocido a Carisa, el ermitaño que vivía con una beldad llamada Isola, rodeado de cuevas de piratas.

—Tal vez los piratas nos echen una mano —dijo Cara de Rosa.

Entramos en la cala donde quedaban los vestigios del puerto fenicio de Galatea y, por una especie de milagro, el cónsul y los suyos no se decidieron a atacarnos. Carisa nos recibió con cara de pocos amigos.

—No me digáis que esa galera viene a por vosotros.

—Tú lo has dicho.

—¿Pues qué habéis hecho?

—Hemos robado a esta moza; se llama Carmen y es la hija del cónsul de Bugía.

—¡Zumba!

Carisa hizo una castañeta con los dedos de la mano derecha.

—¿Os dais cuenta de que no puedo hacer nada por vosotros?

—¿Y los piratas?

Carisa palideció.

—Ciertamente, esta galera debe de ser una buena presa. Pero también lo sois vosotros; sin duda el cónsul dará una buena recompensa a quien le devuelva a su hija.

Llamó a Isola.

—Aligérate de ropa y vete a pedir ayuda a las cuevas.

Isola no dijo nada. Se limitó a sonreír con doble intención, como si encontrara la proposición de lo más indecente. Acto seguido echó andar sendero arriba, descalza y envuelta apenas en su manto de colores. Cuando regresó ya anochecía, pero venía seguida de un centenar de antorchas. Aunque tenía aspecto cansado, su sonrisa resultaba reveladora.

—Parece que necesitáis ayuda —dijo un sujeto de aspecto forzado y edad indefinible.

Carisa se apresuró a decir:

—Este es Sformo, el rey de los piratas, por así decirlo. Estos insensatos han robado aquí a Carmen, la hija del cónsul de Bugía.

—No creo que ataquen de noche —dijo Sformo—, y al amanecer les estaremos esperando.

Mientras satisfacíamos el hambre con los animales que llenaban el corral de Carisa, que yo pagué con generosidad, Sformo quiso escuchar toda mi historia. Cuando hablé del capitán Olmos que se transformaba en alguna especie de diablo, tanto el pirata como sus seguidores dejaron de engullir y guardaron un silencio sepulcral mientras prestaban atención a cada una de mis palabras, que no estoy seguro que acabaran de entender.

—¡El diablo! —dijo Sformo.

—¡El diablo!

Los piratas se pusieron a dar vueltas como locos en torno a la hoguera.

—¡El diablo!

Amanecía cuando de la galera Isla empezó a bajar gran número de hombres armados. Después comenzaron a trepar todos hacia la pobre morada de Carisa. Pude distinguir al cónsul, acompañado por Olmos. Los piratas, provistos de cuchillos y cachiporras, estaban al acecho, sin hacer el más mínimo ruido ni mover un solo músculo. Cuando los del cónsul se hallaban ya muy cerca, Sformo hizo una señal a sus hombres y estos agarraron a Carmen y la ataron a una estaca de madera que hacía las veces de columna para un cobertizo, sin que Cara de Rosa pudiera hacer nada por impedirlo, porque uno de los piratas lo descalabró de un solo cachiporrazo. Yo tenía el libro del peregrino, dispuesto a encomendarme a él para que nos salvara de aquella situación tan comprometida, pero lo dejé aparte para acudir a socorrer a mi amigo. Después, cuando Cara de Rosa volvía en sí, arremetí contra Sformo.

—¿Esta es la forma que tenéis de ayudarnos?

Ni corto ni perezoso, Sformo me soltó a sus perros y me ataron a un pino. Carmen lloraba, desconsolada, en la estaca, yo gritaba, Cara de Rosa gemía, más de medio turulato, y Carisa no sabía dónde mirar ni qué decir. Pensé que cuando los hombres del cónsul se lanzaran al ataque, Sformo diría que había llegado a tiempo para rescatar a la hija del cónsul y nos entregaría vilmente a todos; pero cuando los esbirros de Batlle arremetieron contra nosotros, los piratas blandieron sus armas y les hicieron frente. Eran hombres

experimentados en la lucha cuerpo a cuerpo, la más despiadada, y vi en seguida que tenían las de ganar. Olmos también debió de verlo, porque empezó a echar humo por los ojos, un humo negro y pestilente, y se transformó en un dragón gigante, con la lengua de fuego y las garras como cuchillos. Despanzurró a los primeros piratas que se le opusieron.

—¡La daga, dejadme usar la daga de San Pablo!

Gritaba inútilmente; nadie parecía oírme.

—¡Es un exorcismo infalible, y el libro del peregrino también!

No querían prestarme oídos. Pugué, inútilmente, por desatarme.

Entonces Sformo arrancó la estaca de madera, con Carmen todavía atada, presa del pánico, y la blandió contra el diablo. La parte superior formaba con el travesaño una cruz que resultaba muy visible, y el diablo rugió de un modo horrísono y empezó a desvanecerse. Los hombres del cónsul, diezmados por los bárbaros incondicionales de Sformo, asistieron con espanto a la derrota del anticristo.

—¡Suelta a mi hija! —gritó el cónsul Batlle.

—No hasta que os rindáis.

Carmen lloriqueaba. Había comprendido la estratagema y exageraba su sufrimiento. Cara de Rosa también había comprendido el ardid.

—¿Y tú no vas a hacer nada por socorrer a tu «media» naranja? —le reprochó el cónsul.

—A mí me gusta verla así.

—¡Desgraciado! No te voy a conceder su mano ni aunque tu amigo arrebate la mujer a Nicolás Mercader.

—Al paso que vamos, no creo que nos haga falta.

El cónsul se rindió. Los piratas tomaron posesión de su nave y dejaron a Batlle y los hombres que le quedaban en dos atiborrados botes de salvamento: al fin y al cabo, Bugía quedaba relativamente cerca.

—¡Volveremos a vernos las caras! —rugió Batlle—. ¡Yo mismo os he de ahorcar con estas manos!

Solo le contestaron las risotadas de los piratas. A esa hora Cara de Rosa ya había liberado a Carmen y me había socorrido a mí. Yo palpé mi daga y guardé el libro del peregrino a buen recaudo.

Al cabo de pocos días, cuando nos hubimos rehecho del tremendo encuentro con el cónsul Batlle, tratamos de la conveniencia de volver a embarcar con dirección a Tánger, que estaba todavía muy lejos.

—Soy partidario de no hacer escalas hasta que lleguemos a nuestro destino —dijo el capitán Rogelio Llana—. Si el cónsul ha alcanzado las costas de Bugía, puede volver a salir en nuestra búsqueda o alertar a los jeques de todas las ciudades beréberes.

—Armar otra galera no debe de ser tarea fácil.

—No tan fácil como mandar emisarios a las ciudades amigas, desde luego. Pero no despreciemos el poder del cónsul. El celo por su hija, junto con su sed de venganza, puede llevarle a invertir dinero suficiente incluso para organizar una pequeña flota.

—En ese caso estamos perdidos hagamos lo que hagamos.

Acaricié el libro del peregrino y dije:

—Vayamos directamente a Tánger, como dice el capitán; Ben Boufrah desea este libro lo suficiente como para cambiarlo por María, de modo que no pactará con el cónsul Batlle, puesto que no le mueve el dinero, sino la ambición de poseer este ejemplar que considera extraordinario.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Es la única posibilidad que tenemos.

Todos convinieron que tenía razón, de modo que hicimos acopio de provisiones y pertrechos en la isla de Galite, y luego salimos con rumbo a Tánger, con la intención de no detenernos en ninguna ciudad del litoral. Por supuesto ignorábamos que micer Nicolás Mercader ya había llegado a Tánger con Alonso de Córdoba, llevando salvoconductos del emir Yusuf ben Yaqub al-Nasir, y se había visto obligado a conceder a Ben Boufrah la mano de la niña Marta, que aún no había cumplido dos años, a cambio de la libertad de María. Era cuestión de días y no podíamos entretenernos, si queríamos alcanzarlos antes de que zarparan, pero pese a que nos dábamos tanta prisa como podíamos no sospechábamos ninguna de estas circunstancias. El mes de octubre estaba ya más que mediado, pero la navegación fue buena, y cuando llegamos a la altura de Bugía todos teníamos el corazón en un puño, por temor a que nos saliera al encuentro el cónsul Batlle con todas las naves disponibles en el consulado, y aun arropado por el mismísimo diablo. Pasamos un día realmente penoso, durante el cual nadie se atrevía a hablar, andábamos de puntillas por cubierta, como si de este modo pudiéramos dejar

de ser advertidos, y casi no osábamos respirar.

—Todo este sufrimiento es culpa mía —dijo Carmen.

—Y mía —contestó Cara de Rosa—; pero no seré yo quien lamente haberte raptado. Digamos que tu padre podría haber sido más dadivoso.

—Es mi padre, y me quiere con locura. No pretendo disculparle, pero en su manera de ser, debe de estar haciendo lo que cree mejor.

Tenía razón; no se pueden pedir peras al olmo.

—Al fin y al cabo —dije—, todo se reduce a una cuestión de amor, y en el amor como en la guerra valen todas las armas y se justifican todos los medios.

Aquella noche me desperté muchas veces. Abría los ojos y veía el cielo repleto de estrellas, pues pese a que ya no hacía calor me había enrollado en la manta y acostado en cubierta, al amparo del cobertizo. Carmen y Cara de Rosa no estaban lejos de donde yo yacía, y cada vez que me despertaba podía oírles cuchichear, o abandonarse a arrumacos y caricias sonoros como el mar. La mañana fue dorada y bellísima, y pese a que nos acercábamos cada vez más al mes de noviembre hacía tan buen tiempo que la Magdalena Segunda apenas se meneaba, pese a que remábamos para ayudar a las velas y alejarnos rápidamente de Bugía. Seguimos bregando con el mismo silencio respetuoso durante toda la jornada; casi ni nos acordamos de comer. Al día siguiente, el capitán Rogelio Llana no pudo contenerse más y anunció:

—No lo había dicho por no crear falsas expectativas, pero lo cierto es que hemos dejado atrás la costa de Argel. Queda un buen trecho hasta Melilla, y luego hasta Ceuta, pero tened en cuenta que cada vez estaremos más lejos de Bugía.

No había terminado de decirlo cuando vimos aparecer en el horizonte dos galeras que se nos acercaban a toda velocidad.

—Podríamos intentar huir —dijo el capitán Llana—, pero nos alcanzarían. Creo que lo suyo es seguir adelante como si nada. A lo mejor no es el cónsul y pasan de largo.

Reprimimos nuestro júbilo cuando pudimos distinguir los pendones y vimos que las galeras pertenecían a la ciudad de Argel.

—Puede ser una maniobra de distracción —dijo el capitán Llana—. Aún pueden cambiar de bandera en el último momento, cuando nos crean más confiados.

Las galeras se nos acercaron, colocándose una a cada lado de la Magdalena

Segunda.

—No vamos a luchar hasta que seamos atacados.

—No nos conviene; el pachá Yasîd al-Barack es nuestro aliado.

—Hasta que se alíe con el diablo.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Por dinero.

Se acercaron tanto que podían abordarnos sin necesidad de ganchos, con solo saltar de cubierta a cubierta, y entonces nos habríamos encontrado entre dos fuegos. Subió a bordo un viejo conocido nuestro, Muhammad Jaldum, que nos había servido de guía fiel hasta Trípoli. Nos saludó cortésmente y dijo:

—Yasîd al-Barack os tiene presentes en sus plegarias y os invita a que entréis una vez más en Argel.

—Para eso tendríamos que volver atrás y aunque estimamos a Yasîd al-Barack como nuestro protector y nuestro amigo, nos ocupa un asunto de la máxima urgencia.

Muhammad Jaldum llevó su mano derecha a la empuñadura de la espada.

—Mi señor Yasîd al-Barack no aceptará un no como respuesta.

—Vayamos con él —dije, contemporizador—, aunque tengamos que volver atrás.

—Es lo más sensato. Mi señor Yasîd al-Barack sabrá recompensar vuestra prudencia.

—¿Cómo piensa recompensar nuestra prudencia? —dije cuando ya habíamos virado y nos dirigíamos a Argel.

—Respetando vuestras vidas.

Apenas llegamos al palacio del pachá nos asignaron aposentos excelentes y nos emplazaron para la cena. Éramos tratados con la misma consideración de antes, solo que Cara de Rosa fue separado de Carmen, que fue llevada con las mujeres, o al menos eso nos dijeron.

—Es obvio que el cónsul Battle se ha comunicado de algún modo con el pachá Yasîd al-Barack; Bugía no está tan lejos, y aunque recibimos trato de amigos no se me oculta que somos presos de lujo.

—Carmen ya no está conmigo —dijo Cara de Rosa—. Me temo que tardará



mucho en volver a estarlo, si es que llega el caso.

Vino a vernos Muhammad Jaldum y en sus ojos había un brillo de compasión que hablaba a las claras de su discrepancia con el deber que tenía que cumplir.

—¿Vas a llevarnos por fin a las mazmorras?

—Solo he venido para acompañaros a los baños.

—¿Pensáis vendernos como esclavos?

—Sois huéspedes de mi señor Yasîd al-Barack.

Nos dirigimos a los baños y por el camino dije:

—Si ahora echáramos a correr por esas callejas y lográramos bajar al puerto y partir en la Magdalena Segunda, ¿qué ocurriría?

—No creo que ocurriera nada, aparte de que deshonraríais la magnanimidad de mi señor.

—Claro, tu señor ya tiene presa a Carmen, que es lo que quería, y podrá vendérsela a su padre. ¿Por qué no ha venido con nosotros?

—Estos baños son solo para hombres; otra cosa no sería decente.

—Y encerrarla en el harén para luego entregársela al cónsul de Bugía, ¿es eso decente?

Muhammad Jaldum tardó en responder.

—No soy quién para juzgar el discernimiento de mi señor.

—Muchachos —dijo el capitán Llana—, tened en cuenta que este hombre es solo un mandado.

—Pero antes fue nuestro guía, y se jactaba de ser nuestro amigo.

Muhammad Jaldum frunció el ceño, pugnando por contenerse. Nos llevó a las empalizadas, donde vimos a los cadáveres ensartados que se estaban pudriendo al sol; sus expresiones, los que aún las tenían, eran horripilantes. Luego nos llevó a las mazmorras, donde un sinfín de brazos salían de jaulas infectas pidiendo misericordia, y pudimos entender muchas de aquellas súplicas, porque eran formuladas en nuestra lengua. Finalmente, cuando llegamos a los baños, visitamos las calderas y el patio donde los esclavos se afanaban por cumplir sus pesadas tareas; había un potro, lleno de sangre reseca en derredor, donde los díscolos eran azotados hasta morir. Tras esas visitas de efecto sobrecogedor, Muhammad nos miró con una sonrisa no exenta de dulzura.

—No dudéis de la largueza de mi señor para con vosotros.

A la hora de la cena, que fue espléndida, Yasîd al-Barack nos impartió algo

así como su bendición. Comimos en silencio, guardando las distancias, y después de los dulces los esclavos apagaron las antorchas y asistimos a una danza sutilísima a la luz de la luna. Cuando callaron los instrumentos y los bailarines quedaron como paralizados, vimos entrar a una mujer blanca como una paloma, con el pelo suelto y los pies descalzos; era Carmen. Subió a un estrado improvisado, a cuyo pie se agitaba un nido de serpientes venenosas, y el pachá se levantó para decir:

—Vuestra es la elección. Puedo devolvérsela a su padre o dársela a las serpientes. El cónsul antes la quiere muerta que en vuestro poder.

—En «mi» poder —dijo Cara de Rosa, levantándose a su vez.

Fue a besarla delante de todos. Luego dijo:

—Devolvédsela a su padre.

Durante los días que siguieron nos aplicamos a averiguar dónde estaba el harén en el que Carmen había sido confinada. Al principio creímos que sería tarea fácil, puesto que un harén en el palacio de todo un pachá debía de ser algo así como un secreto a voces. Seguimos el rastro de las concubinas y nos llevaron, entre risitas reveladoras, a un serrallo soberbio, donde había mujeres blancas y negras, rubias y morenas, todas ellas hermosas, y eunucos que las cuidaban con tanto celo que algunos, más que consolarlas, sustituían en el tálamo al señor que las tenía relegadas al olvido, pues los tales eunucos todavía eran capaces de amar. Nos entretuvimos en apartar los velos de muchísimos rostros, todos delicados, aunque ninguno era el de Carmen.

—¿Dónde está Carmen?

—Carmen no aquí.

Descubrimos otros harenes, pues el pachá Yasîd al-Barack parecía acumular mujeres como parte de sus tesoros, y los recorrimos con detenimiento, pero en ninguno estaba Carmen.

—¿Es posible que ya se la haya devuelto a su padre?

—No creo. El pachá Yasîd al-Barack es muy cuco; esperará la visita del cónsul Batlle y su recompensa.

Aquella noche Cara de Rosa se levantó, después de tratar de conciliar el sueño inútilmente, y dijo:

—No puedo más.

—Tienes que cargarte de paciencia. Fíjate lo que llevo esperando yo, y aun confío en recuperar a María.

—Lo que quiero decir es que he visto demasiadas mujeres desnudas y ya no puedo aguantar más.

Salió como una exhalación y fue a meterse en el serrallo más lujoso de palacio, donde estaban las favoritas del pachá. Fue como si le esperaran; en seguida encendieron luces y las más atrevidas de las concubinas se agitaron acompasadamente, como si el silencio nocturno hubiera sido interrumpido por una música suntuosa. Cara de Rosa escogió a la más refinada, una que se envolvía en cabellos de oro y respondía al nombre de Aziza.

—Mi nombre significa «preciosa» y «querida» —creyó entender Cara de Rosa.

Efectivamente, mi amigo hizo honor al nombre de la bella.

—He sabido que anoche te beneficiaste de mi esposa favorita —dijo el pachá Yasîd al-Barack al día siguiente, tras convocarnos en sus aposentos.

—Bueno... —balbució Cara de Rosa—. Me dijo que se llamaba Aziza, pero no que fuera vuestra favorita.

Yasîd al-Barack se echó a reír.

—Me gusta que seas un hombre como es debido y sepas apreciar la belleza.

—La verdad es que yo no quería ofenderos.

—No se hable más del asunto.

Llamó al servicio y nos ofrecieron un brebaje dulzón.

—En realidad quería deciros que podéis marchar libremente. Podéis haceros a la mar esta noche, o mañana, o más adelante; sed libres de quedaros todo el tiempo que queráis.

—¿Y qué pasa con Carmen?

—¿Te refieres a tu favorita?

Cara de Rosa palideció.

—Nosotros solo tenemos una mujer.

—No creí que fuera tu caso. Pero bien, sí; su padre, el cónsul de Bugía, ya está en camino, y se la llevará a su palacio.

—¿No hay nada que podamos hacer para evitarlo?

—Me temo que no.

—¿Cuál es el precio del rescate?

—Esa es la cuestión. No creo que vosotros podáis pagarlo.

Extraje mi bolsa y vacié su contenido, que era una pequeña fortuna, sobre

los almohadones. Yasîd al-Barack abrió mucho los ojos.

—¿No temes andar por el mundo con tanto oro?

—Todavía tengo más, y os lo doy todo por la libertad de Carmen.

—La cuestión es... —dudó el pachá—. La cuestión es que el cónsul Batlle dobla cualquier precio que me ofrezcáis, y si se tercia, lo triplica.

—¿Tenemos otra alternativa?

—No la tenéis.

—Amigos —dije indignado—, Aquí no hay nada que hacer. Vayamos en busca de María y luego ya pensaremos en Carmen.

—De acuerdo —dijo el capitán Llana—; esta tarde zarparemos con destino a Tánger, y aún nos quedará tiempo para navegar antes de que llegue el invierno.

El pachá Yasîd al-Barack dio su consentimiento con una inclinación de cabeza.

—Podéis marchar.

Ya íbamos a salir cuando Cara de Rosa volvió sobre sus pasos y preguntó:

—Por cierto, ¿dónde guardáis a mi mujer?

—¿Os referís a vuestra «favorita»?

Yasîd al-Barack corrió una pesada cortina y allí estaba Carmen, repanchingada entre almohadones, rodeada de las que debían de hacer las veces de damas de compañía.

Zarpamos por la tarde, tal como el capitán Rogelio Llana había anunciado, y Cara de Rosa aun murmuraba:

—Me la ha jugado, ¡cómo me la ha jugado el moro de la morería!

Pusimos rumbo a Tánger. Aunque en un principio habíamos decidido no hacer escalas, ahora eso no importaba, porque ni el cónsul Batlle nos iba a perseguir ni encontraríamos en nuestro camino a ningún jeque árabe soliviantado contra nosotros. Los días eran todavía apacibles, aunque ya habíamos entrado en el mes de noviembre, y de vez en cuando teníamos viento favorable. Como no sabíamos que Nicolás Mercader estaba a punto de zarpar de Bugía llevándose a María —tal vez había zarpado ya—, cuando no hacía viento no nos molestábamos siquiera en remar. Nos tumbábamos al sol, entumecidos, y hasta el capitán Llana se desentendía de gobernar la nave,

como si ya no importara en absoluto nuestro destino, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo. Sin embargo yo me acordaba constantemente de María, y si no protestaba, si no espoleaba al capitán para que obligara a los hombres a bogar, era por prudencia. La sombra de Carmen se echaba de menos a bordo; había sido como una presencia invisible, una doncella de aire que lo dulcificaba todo, una sonrisa, un perfume impalpable, y ahora había dejado un gran vacío en todos nosotros. Pero Cara de Rosa era, naturalmente, el que estaba más tocado por su ausencia, no solo porque se había acostumbrado a tenerla todos los días, sino porque le atormentaba el hecho de que el pachá Yasîd al-Barack se hubiera encaprichado de ella y la hubiera colocado por delante de sus favoritas. Yo había probado aquella medicina; sabía lo que era perder a la mujer que uno amaba y saberla en brazos de otro hombre. Por mucho que ella no amara al pachá, lo mismo que María no quería a Nicolás Mercader, la ausencia de Carmen iba a resultar dolorosa e irremplazable.

—Vamos, muchacho —dijo el capitán Llana—, el tiempo lo cura todo.

—Pero el amor crece con la ausencia —dije yo.

—¿Os queréis callar? —dijo Cara de Rosa—. Dejadme en paz.

Sabía que no toleraba que nadie le tuviera lástima y comprendí su reacción intempestiva.

De modo que nos dedicábamos a matar el tiempo tendidos al sol, balanceándonos suavemente en las hamacas, y yo personalmente elucubraba lances favorables con María. Imaginaba lo felices que íbamos a ser cuando volviera a tenerla entre mis brazos, cosa que estaba a punto de ocurrir, por mucho que me abstuviera de meter prisa al capitán en consideración a mi amigo Cara de Rosa. Supongo que él también debía de deleitarse con fantasías sobre un futuro favorable con Carmen, y que esto le ayudaría a sobrellevar la decepción; pero yo desde luego me reía por lo bajo y hablaba a solas conmigo mismo forjando escenas llenas de felicidad utópica con la mujer cuyo recuerdo llenaba mi vida.

—¿Qué? —decía Cara de Rosa a mi lado—. ¿Con quién hablas?

—No, con nadie.

—¿Y de qué te reías?

—De nada.

—Tú estás majareta. Hablas con las sombras y te ríes con ellas. Vives de pura ilusión.

—¿Acaso tú no tienes ilusión?

—Confieso que la he perdido.

Cuando por fin llegamos a la altura de Melilla, el capitán Rogelio Llana dijo:

—Vayamos a ver a nuestro amigo Farûq Tayyeb. Seguro que él conseguirá hacernos olvidar todas las penas.

Lo encontramos sudando en la cocina de su taberna, cociendo en una cazuela de barro tripas de cordero trenzadas, con abundante aceite y migajas de pan.

—Pero ahora el cordero no está en sazón —objetó Cara de Rosa.

—¿Y tú qué sabes, majadero con cara de niña? He tenido que sobornar a más de un carnicero para conseguir estas vísceras.

—Él tiene una carnicería en la antigua medina de Ciutadella; debería saberlo.

—Pues yo diría que tiene mucho que aprender.

Se había echado el turbante hacia atrás, como si fuera un gorro y le molestara sobremanera, y mostraba buena parte de su calva incipiente, pese a que, obviando su dejadez y aspecto desaliñado, debía de ser todavía bastante joven. Su aliento hedía a vino, el vino prohibido que disimulaba en los jarros de zumo.

—¿No prohíbe la ley comer cordero?

—No. La ley solo prohíbe comer tocino; pero las tripas de cerdo solo son buenas para hacer chorizos.

Todos nos echamos a reír.

Cuando puso la cazuela en medio de la mesa y todos mojamos pan en ella, buenas rebanadas de pan coronadas de tripas trenzadas, nos lamimos los dedos con tan succulento guiso, y nos achispamos con el vino de las jarras. Contrariamente a lo que solía, Cara de Rosa abrió su corazón y contó sus penas. Entonces Farûq Tayyeb le dio una palmada con tanta fuerza en la espalda que temí que lo descoyuntara, y riéndose a carcajadas dijo:

—Yo tengo un antídoto para el mal de amores.

Llamó a Zara, que vino con su camisa holgada y sus carnes morenas, duras en su esbeltez. Miró a Cara de Rosa con ojos enamorados y dijo:

—Mi nombre significa «alba brillante», ¿te acuerdas?

—Sí me acuerdo.

—Pues ninguna de mis albas ha sido brillante desde que tú te fuiste.

—Esta chica es una bendición del cielo.

—No son palabras mías, sino de un poeta que me pagó con ellas.

Cara de Rosa miró a Farûq Tayyeb, que observaba la escena sumamente complacido pese a su embriaguez. Luego cogió de la mano a Zara y se la llevó escaleras arriba. Se detuvo un momento solo para decir:

—Espero que esta vez me des una alcoba para mí solo.

No solo le dio una alcoba para él y para su perentoria curación de amor, sino que desplegó todo un ramillete de «remedios». A Zara siguió Haba, cuyo nombre significaba «querida». Luego vinieron Dúnya, Haala y Janna, cuyos nombres tenían significados no menos sugerentes: «mundo», «aurora» y «paraíso». Finalmente llegó Imtithal, y era una muchacha rubia y delgada, con los ojos tan azules que, vista al contraluz del cielo, parecía tenerlos vacíos.

—¿Qué significa tu nombre?

—Obediencia.

Cara de Rosa se sintió halagado con esta última doncella.

—Que yo sepa tengo un hijo en los confines del mundo, un amor en Bugía y un jardín de flores que nunca se marchitan en el recuerdo. Dime, cuando me haya ido, ¿qué vas a ser tú para mí?

—Yo solo seré lo que vos queráis.

Habíamos pasado en Melilla tantos días como «remedios» en forma de mujer catara Cara de Rosa, de modo que cuando reemprendimos la navegación ya estábamos a mediados de noviembre y no era precisamente la mejor época para embarcarse; pese a ello, y pese al tiempo perdido —que yo ignoraba que obrara en mi contra—, cuando nos acercábamos a Ceuta, dije:

—Hagamos una nueva escala para volver a la casa de Alîm Latîf, el sabio poeta. Un experto lector como él tendrá algo que decir sobre el libro del peregrino.

—Esto significa retrasar tu reencuentro con María y el mío con Carmen.

—¿Quién sabe? Ese hombre me inspira una rara confianza. Dijo que el secreto del libro era el amor, y que si continuaba amando lo encontraría. Tal vez pueda echar alguna luz sobre el misterio del libro.

De modo que volvimos a llamar a la puerta de Alîm Latîf y volvió a

abrirnos un sirviente muy mirado que fue a avisar a su amo. Acto seguido, sin embargo, en lugar de hacernos pasar al jardín, el propio Alîm Latîf salió a recibirnos. Nos abrazó uno por uno, nos ofreció té y quiso saber de nuestras correrías. Yo le conté con detalle cuanto nos había sucedido desde el día que salimos de su morada hasta el regreso.

—Escuchándote, he creído vivir maravillas —dijo luego—. ¿Tienes aquí el libro del peregrino?

—Aquí está, dentro de este envoltorio.

Cogió el atadizo con las dos manos y lo examinó con una sonrisa en los ojos.

—¿Puedo verlo?

—No solo podéis, sino que yo quiero que lo veáis.

Le ayudé a desenvolverlo. La luz empezaba a declinar en aquel patio recatado tras altos muros forrados de vegetación. Sin embargo, cuando el sabio posó su mirada sobre el libro, relució como si fuera de oro bruñido. La cruz de pedrería ya no aparecía opaca, sino límpida, como elaborada con piedras preciosas. Vi asomar la luna, medio confundida con el cielo sobre el patio. Un rayo de luz, como una espada infinita, bajó desde la luna hasta las tapas resplandecientes del libro. Me pareció que sonaba un cántico afinado, pero no era un coro de monjes, sino de niños o doncellas de voces angelicales. Todos nos miramos y teníamos los rostros encendidos, como si el libro fuera un espejo y nos deslumbrara desde abajo. Alîm Latîf era el único que no había levantado la cabeza; sus ojos seguían fijos en el libro, con un embeleso, un éxtasis tal que quise comprobar que sus pies todavía tocaban el suelo, que no flotaba de puro arrobamiento.

—Es extraordinario.

Abrió el libro con sumo cuidado y fue pasando las páginas.

—Como veis, no hay nada escrito; todo está en blanco, y no sabemos cuál es el sentido de este libro, si es que lo tiene.

Alîm Latîf levantó la cabeza. Sonreía como si estuviera en una nube de felicidad.

—Es un libro litúrgico, ¿acaso no lo veis?

Alîm Latîf señalaba con el dedo los renglones escritos con tinta negra, con una caligrafía majestuosa. Intenté leer algo, pero me cansé pronto, porque todo parecían ser oraciones en latín.

—Es asombroso —dije—. Lo habíamos abierto muchas veces y ninguna



podimos ver ni una sola palabra sobre las páginas en blanco.

Alîm Latîf hizo pasar rápidamente las hojas del libro.

—Apenas hay páginas en blanco —dijo.

Se lo quité de las manos, pensando que acaso el prodigio de dejarse leer solo ocurría si lo sostenía un personaje lo suficientemente docto, pero la letra escrita no desapareció ni sufrió merma alguna. Hojeé el libro con lentitud y vi que de vez en cuando aparecía una página con una borla de oro en la que no había texto alguno, como si fueran las divisiones de los capítulos.

—¿Terminan aquí los capítulos? —pregunté.

—En cierto modo —dijo Alîm Latîf, leyendo—. Pero también podría corresponder a algún tipo de ilustraciones. Estos libros solían recoger, además de los textos litúrgicos, leyendas y dibujos sobre la vida de Jesucristo. No sé qué puedan significar estas lagunas, tened en cuenta que yo no soy un experto en cristianismo ni en historias sagradas, y que como mahometano soy, en cierto modo, indigno de esta obra singular.

—Pero como sabio sois dignísimo de tenerlo en vuestras manos, tanto que no ha querido revelar su escritura hasta tanto no lo habéis inspeccionado precisamente vos.

—A saber cuál es el verdadero secreto de esta obra preciosa.

Yo lo estaba pensando, pero vi que el propio Alîm Latîf buscaba la página mutilada donde había estado inscrito mi matrimonio con María. Cuando dio con ella vimos la hoja cortada, y la anterior y la posterior completamente tintas de sangre.

—Si aquí hubo algo escrito, ya no se puede leer.

Estábamos muy cerca de lo que por entonces era mi objetivo, y había acabado siéndolo también de Cara de Rosa. Una mañana tranquila de noviembre nos hicimos a la mar, con la intención de bordear la costa hasta alcanzar la bahía de Tánger, anclar la Magdalena Segunda delante del puerto y correr al palacio de Ben Boufrah en busca de María. Cuando vimos la ciudad arrimada a la playa, casi agazapada detrás de la arena, bajo una luz intensamente amarilla, creí que por fin me era dado conocer la felicidad.

—Lástima que no esté aquí fray Andrés Cortés —dije.

—Ben Boufrah nos conoce de sobra, no nos va a hacer falta ningún guía.

—Era un fraile sigiloso y comprensivo. Seguro que habría aceptado celebrar la otra mitad de mi matrimonio, la que me falta.

—Los frailes no suelen ser sacerdotes.

Pensé que nunca le había visto decir misa, ni siquiera una misa de campaña; siempre escondido tras la capucha, siempre inmerso en su mutismo.

—Si el capitán Olmos puede cobijar al demonio, ese hombre seguro que albergaba a un ángel bueno, o un santo sacerdote.

Reímos, porque la euforia de sabernos cerca de conseguir nuestro fin nos permitía abandonarnos a fantasías inverosímiles. Yo creo que llegamos al palacio del gobernador riendo y bromeando, y que cuando Ben Boufrah aceptó recibirnos en seguida, nuestro optimismo aumentó hasta límites tan altos que creíamos que todos los hombres, incluso Nicolás Mercader, eran hermanos y estaban dispuestos a ayudarnos. Ben Boufrah nos recibió enteramente vestido de blanco, incluso las zapatillas eran blancas, inmaculadas; estaba sentado sobre almohadones rojos y tenía a sus pies una esclava joven, echada en el suelo. Iniciamos reverencias respetuosas, pero Ben Boufrah se dirigió en seguida a mí:

—¿Traes lo que te pedí?

Actuaba como si no hubieran pasado más que un día o dos desde que me mandara a buscar el libro del peregrino, y lo que es más, parecía que la hazaña de encontrar tan extraño ejemplar no fuera nada del otro mundo, como si pudiera acudir a una biblioteca y reclamarlo para mi señor. Lo que más me escamó, sin embargo, fue que no hiciera la más mínima mención de María.

—Traigo el libro del peregrino. No ha sido nada fácil conseguirlo, puesto que se trata de un libro singular. La Asamblea de San Luis me lo confió para que lo devuelva a su dueño. Pero, decidme, ¿dónde está María?

—A buen recaudo. Déjame ver el libro.

Miré a Cara de Rosa y al capitán Llana. Los dos asintieron, de modo que ofrecí el libro, envuelto en su atadizo, a Ben Boufrah, el gobernador de Tánger. Lo cogió con ansiedad, casi rasgó las telas protectoras para extraerlo, y luego pasó los dedos sobre la cruz de pedrería, sonriendo como un pelele y empañando las tapas bruñidas con su aliento. Sí, las tapas se veían ahora relucientes, oscuras como un espejo, como si estuvieran enceradas. El libro obraba cambios cada vez que lo sacaba a la luz, y me pregunté cómo habría mudado por dentro. Iba a saberlo en seguida, porque Ben Boufrah lo abrió

por la mitad y sus páginas proyectaron un haz de luz diáfana sobre el techo, una ventana de resplandor solo interrumpida por la sombra de la cabeza del moro.

—Esto es fabuloso. Nunca había visto nada igual. ¿Qué dice ahí?

Me situé junto al gobernador y vi que las páginas, que despedían una irradiación cegadora, estaban escritas con letras que parecían de oro. Quise quitar importancia al asunto y dije:

—Solo son oraciones litúrgicas.

—Este libro tiene que ser guardado para mayor gloria de Alá.

—Os recuerdo, mi señor, que tengo el encargo de devolverlo a su dueño.

—¿Y quién es su dueño?

—Debo entregarlo al beato Ramón Santos para que lo custodie hasta que vuelva a manos de la Asamblea de San Luis. Ese es su dueño, la Asamblea.

—Puede ser que este libro pertenezca a la tal Asamblea, pero yo seré su custodio.

—Mis instrucciones son precisas. Tengo que llevar el libro del peregrino al beato Ramón Santos.

Ben Boufrah no replicó esta vez. La guardia había irrumpido en la sala y nos tenía rodeados, especialmente a mí. El gobernador contuvo a sus esbirros con un gesto.

—No quiero haceros ningún daño —dijo al fin—, y vosotros no queréis que os lo haga. Yo guardaré este libro hasta que llegue el momento de dárselo a su dueño.

—Será inútil. El libro no se deja tener más que por quien él ha elegido.

—Hum... —Ben Boufrah mandó traer una caja con incrustaciones de oro, o que parecían de oro—. Veremos si se deja o no se deja.

Colocó el libro dentro de la caja, cerró la tapa con sumo cuidado y ordenó llevarlo a su aposento. Luego abrió los brazos.

—Nada —dijo—. No ha sucedido nada. Está claro que el libro se deja guardar por mí.

—No está claro todavía. Si no quiere permanecer en vuestro poder, os traerá la desgracia.

Ben Boufrah se echó a reír.

—Y bien —dije—, tenéis el libro, ¿dónde está María?

Ben Boufrah hizo una seña a los soldados que vigilaban la puerta. En seguida se oyó una musiquilla deliciosa, o al menos yo creí oírla, y acto

seguido entró María, con los pies descalzos y una sonrisa arrebatadora. Me pareció que sus ojos emitían un resplandor más intenso que el libro del peregrino, que sus manos tenían los dedos de marfil y que su talle, bajo el velo, era dúctil como una caña de bambú. Corrí a abrazarla, pero me lo impidieron los hombres de Ben Boufrah. Ella subió al estrado, se sentó junto al gobernador y dejó que este tomara aquella mano blanca entre sus manos negras, invadidas de pelambreira.

—Mi amo *contenta de ver* —dijo la bella, sin abandonar una sonrisa encantadora.

Era la voz de María, pero se me antojó más delgada, como infantil, igual que sus pechos que parecían más pequeñitos, casi inexistentes bajo la tela. Entonces parpadeé y me di cuenta de que había sido víctima de una ilusión, porque si bien aquella muchachita —aquella niña— era María y vestía como una princesa mora, era más joven, mucho más joven, y más hermosa si cabe, y sobre todo más alegre, pues toda ella transmitía felicidad.

—Esa no es María —acerté a decir—. Esa es Marta, su hija.

—Ya no es María ni Marta, ahora es mi mujer.

Hice una reverencia.

—Mis felicitaciones, aunque creo que deberéis esperar bastante para consumir vuestro matrimonio. Pero, decidme, ¿dónde está su madre?

—Con su padre, micer Nicolás Mercader, que fue quien me concedió la mano de mi esposa.

Recordé que guardaba debajo de la camisa la página del libro del peregrino donde estaba inscrito mi matrimonio con María.

—Lo habéis dicho bien. Micer Nicolás Mercader es su padre, pero María no es la esposa de Nicolás Mercader, sino la mía.

—Id pues a recuperarla, puesto que se echa de ver cuánto la queréis.

Supimos que Nicolás Mercader había zarpado de Tánger hacía diecinueve días, de modo que ya no teníamos posibilidad de alcanzarle y decidimos quedarnos unos cuantos días, en los que pudimos comprobar la magnificencia de que se rodeaba aquel gobernador con ínfulas de sultán, así como el amor que profesaba a la pequeña Marta. Conservaba su harén, pero nunca reclamaba a ninguna de las mujeres de palacio, su conducta era fidelísima

para con Marta, que jugaba a ser mujer y se complacía en ello, y él le reía todas las gracias. Yo me encontraba sumamente apesadumbrado, como es de suponer, pero Cara de Rosa hizo una incursión en el harén de Ben Boufrah y fue recibido como un príncipe. Se sentó sobre un alud de almohadones y las concubinas bailaron para él, compitiendo en galanía, y yo creo que, pese a la amargura del recuerdo de Carmen, mi amigo se llevó grabados en el alma más de un par de ojos negros, de mirada penetrante, y de cabelleras larguísimas, relucientes, en las que las moras envolvían su desnudez.

—Esto es el cielo. Quiero quedarme aquí para siempre.

—¿Y Carmen?

—Carmen también puede venir.

Una noche Ben Boufrah dio nueva muestra de su largueza y comprensión y mandó a mi aposento a una mujer joven que no tan solo vestía como María, sino que se le parecía muchísimo.

—¿Pues qué sucede?

—Mi señor, manda que yo obedezco.

Quedé con la boca abierta; no sé si eran figuraciones de enamorado, pero me pareció que incluso su voz era idéntica a la de María. Cerró la puerta tras de sí, corrió todas las cortinas de la habitación, que a través de las luces parpadeantes llenaban el ambiente de colores suaves, esparció aromas de sándalo y bailó con una gracia que yo conocía bien, pues era la misma de María. Sus manos serpenteaban en el aire, al sonsonete de los brazaletes, y su mirada era tan idéntica a la de mi amada, tan complacida, que en seguida me encendí de pasión.

—María.

Lo dije en un susurro, como si ella ya supiera que era María y que yo era Gladis, el que la había amado dentro del barro, allá en Lérida, el que la había buscado por todo el mundo, el que la soñaba de noche y de día.

—María.

—Gladis.

Desanudó su cabello, pero antes había apartado los velos que la cubrían y sus hombros eran tan esbeltos como su cuello, su espalda recta, sus caderas seductoras.

—Te quiero, María; te he querido siempre; cuando éramos felices en la alhóndiga de Bugía, cuando me encerraron para apartarme de ti y querían matarme, cuando te casaste con el viejo mercader, cuando me olvidaste.

—Yo también te he querido siempre. Nunca te olvidé.

Fui feliz aquella noche, con el espejismo de María. Ella era una amante experta y diría que sumamente obediente y no me defraudó en ningún momento. Entreví su cuerpo de mujer en la penumbra de la mañana, cuando volvía a recatarse en las ricas telas que pagaba Ben Boufrah. Comprendió que estaba despierto y sonrió. Acudió a llamar a la niña Marta, que vino en seguida, como si estuviera avisada, y dijo:

—Puedes marchar *ayer tranquila*; yo guardo el libro del peregrino por amor de mi mamá.

—Hablas como si fueras toda una mujer.

—Mi amo, Ben Boufrah, me *convirtió* en una mujer casándose conmigo.

—¿Sabe él que has venido aquí?

—Él me ha *envió*.

—Es un moro generoso. No dudo que será un buen preceptor para ti y conveniente guardián para el libro del peregrino.

—Él es mi *esposa*.

Cuando le vi, cuando volví a ver a Ben Boufrah, le presenté mis respetos y el testimonio de mi confianza.

—Creo que sois digno de guardar el libro del peregrino.

—Y yo creo que sois capaz de despertar amor verdadero y aun de alcanzarlo. Tenéis el beneplácito de mi corazón, puesto que habéis conquistado el amor de María, la madre de mi mujer.

—Es a ella a quien amo...

No me dejó terminar la frase.

—Iros enhorabuena, antes de que me arrepienta. Marchad, y si volvéis, hacedlo con María. El libro os estará esperando.

Pero volví a ver el libro aquella noche en la ceremonia galante que siguió a la cena. Marta, en quien yo veía a María, recibió la caja negra y dorada que lo contenía como presente. La abrió y consiguió abrir también el libro, cuya luz la convirtió en una figura impalpable y creí que sufría otra vez aquella visión en que Ana, la hija de Francisco Tobar, flotaba en el aire y era una criatura admirable. Pero era ella, ni siquiera era María; era la niña Marta.

—Recibo este presente en prenda de amor —dijo Ben Boufrah.

Marta repitió:

—Recibo *esta* presente de amor.

—Lo guardaré hasta que pueda volver a su dueño.

—Lo *guardaba* hasta su dueño.

Habríamos podido quedarnos en Tánger hasta que llegara la primavera, para asegurarnos mejores condiciones de navegación, pero finalmente decidimos embarcar el día cuatro de diciembre, fecha en que María cumplía veinte años y Marta dos, de modo que nos ahorramos los festejos de aniversario de la hija por no enturbiar el recuerdo de la madre, y teníamos el firme propósito de no detenernos hasta alcanzar el puerto de Santa Catalina de Sóller. Cuando llegamos, al cabo de unos cuantos días que a mí se me hicieron eternos, el mar estaba encrespado y no podíamos acercarnos al fondeadero por temor a que las olas nos hicieran perder el control de la nave y nos empujaran contra la orilla, haciéndonos zozobrar. Estuvimos dando vueltas, acechando una pausa de calma que nos permitiera anclar a buen recaudo, pero tal posibilidad no llegaba y éramos conscientes de que desde Villamar debían de haber reconocido a la Magdalena Segunda y se habrían preparado para rechazarnos. Pero el documento de mi matrimonio con María era un salvoconducto que Mercader no podría rechazar, y cuanto más se dilataba la espera más impaciente me sentía. Por fin iba a echarle en cara:

—María es mía, leedlo aquí.

El capitán Llana se erigiría en mi valedor, mientras llegaba el juez, y me la llevaría. Oh, nuestras penurias se habrían acabado para siempre. Acudiríamos al canónigo Eusebio Clavería, del priorato de canónigos de San Rufo, allá en Lérida, y él arreglaría nuestra situación ante la iglesia y también ante mis padres y los de María. Debía de tener una luz reveladora en las pupilas, mientras aguardábamos la ocasión de desembarcar, porque Cara de Rosa me dijo:

—Yo de ti esperaría a tenerla para soñar. Las cosas aún pueden torcerse.

—Las cosas se han torcido siempre, pero tiene que llegar el día en que nos salgan bien. Además, si no fuera por el sueño de tener este amor, haría tiempo que habría desistido de seguir luchando.

Desistir. Acaso más nos valdría a los dos.

—No desanimemos cuando el triunfo está tan cerca.

Por fin, la tarde del tercer día, el mar se mostró suficientemente sosegado para atracar y poner pie a tierra cerca de la playa. Vimos llegar a una comitiva encabezada por un mensajero en quien, pese a que estaba algo desmejorado, pudimos reconocer a Bernardo Prats.

—Dios sea con vosotros. Mi señor Nicolás Mercader ha sido testigo de vuestras penalidades y os invita gentilmente a su casa.

—Ve con Dios y di a tu amo que aceptamos su hospitalidad.

—Traigo caballerías y tengo orden de aguardar lo que haga falta y regresar en vuestra compañía.

Mi impaciencia podía más que cualquier recelo que recomendara la sensatez, de modo que dije:

—Sea, pues. Vamos allá.

Debíamos de tener aspecto de cansados, pues apenas nos recibió el comerciante Nicolás Mercader, que se desplazaba con mayor dificultad que otras veces, nos ofreció cena y aposentos para pasar la noche.

—No queremos abusar de vuestra generosidad.

Eché un vistazo a Cara de Rosa, que parecía muy abatido, y al capitán Llana, a quien a causa de la edad el esfuerzo maltrataba mucho más que a nosotros, y pensé que bien mirado nos convendría aceptar la hospitalidad del viejo Nicolás Mercader.

—No sería de cristianos dejaros marchar tan fatigados.

Palpé la página del libro del peregrino que guardaba debajo de la camisa y me pareció que estaba mojada; sin duda había vuelto a sangrar. La saqué, asaltado por la preocupación, y vi que, efectivamente, el borde cortado rezumaba una línea de sangre.

—¿Qué tenéis ahí?

—Esto, señor, es la sola razón de nuestra venida.

—¿Esto? Tendréis que explicaros mejor.

—Lo haré en presencia de María.

—Entonces aceptad mi alojamiento. Id a asearos a los aposentos que os he hecho preparar y luego, durante la cena, podréis verla y debatir con ella lo que queráis.

—Con ella y con vos.

—Con ella y conmigo.

Me quedé dormido sobre la cama, que lo menos tenía tres colchones, pero



apretaba contra mi pecho la página de mi salvación, convenientemente seca, debajo de la tela que me cubría. Quien hubiese querido arrebatármela habría tenido que matarme. Cara de Rosa, por cierto, se quedó transpuesto antes que yo, y gemía pronunciando palabras ininteligibles entre resoplidos. Cuando despertamos era ya de noche en la ventana; solo se distinguían las sombras de la vegetación que rodeaba la casa y la inmensa mancha de resplandor de la luna sobre el mar. También se percibían rumores de bestezuelas en el bosque de olivos o entre los pinos del litoral.

—Menuda sensación de paz.

—Y bienestar, si logro imponer la razón en este viejo testarudo con mi documento.

Nos aseamos y llamamos a la puerta del capitán Llana. Se conoce que también había estado durmiendo profundamente.

—Ahora tenéis un aspecto mucho mejor —dijo Nicolás Mercader al recibirnos.

Nos acompañó al comedor portando él mismo un candelabro de plata. Allí, iluminada por su propia sonrisa —una incuestionable expresión de felicidad —, más que por las luces de la estancia o por la luna que asomaba al ventanal, allí nos aguardaba María, de pie, con un vestido rojo que dejaba al descubierto el nacimiento de los pechos bruñidos con perfume. No pude resistir la tentación de abrazarla largamente, con mucha más dilación de la que habría querido Nicolás Mercader, por supuesto. Aun no nos habíamos sentado cuando volví a extraer la página del libro del peregrino, manchada de rojo y arrugada por efecto de la sangre.

—El motivo que me trae aquí... —anuncié.

—Dejemos los negocios para los postres —dispuso Nicolás Mercader.

Mientras comíamos el congrio a la parrilla, condimentado con pimienta, aceite y hierbas, y acompañado de verduras hervidas, Nicolás Mercader dio los detalles de su cautiverio en Fez que ya os he contado, señor notario García Santana. Reveló cómo se había amistado con Yusuf ben Yaqub al-Nasir, y luego se regodeó describiendo su reencuentro con María en Tánger y cómo había logrado su libertad.

—Pero tuve que conceder la mano de mi hija Marta a Ben Boufrah, gobernador de Tánger.

Mientras hablaba nos miraba de reojo. Sin duda nos había sentado juntos a propósito, para poder vigilarnos, pero ni María ni yo prestábamos mucha

atención a sus palabras ni nos sentíamos intimidados por hallarnos en la casa del viejo Nicolás Mercader y sentados a su mesa por añadidura.

—Tengo la página del libro del peregrino donde el rector Arcillares registró nuestro matrimonio —dije, cuchicheando.

María pugnó por reprimir su sorpresa y su alegría, pero aun así se la veía rebosante de felicidad.

—¿Qué piensas hacer?

—Reclamar lo que es mío.

—Ten cuidado.

Cuando sirvieron los postres los encontré deliciosos, impropios del ataque visceral que me tocaba hacer al viejo Nicolás Mercader para llevarme a María, es decir, lo que era mío. Nos fueron servidas uvas, de granos grandes y dulces —que eran todo un lujo ahora que ya se acercaba la Navidad—, acompañadas de queso recio, y el contraste de sabores resultaba conmovedor. Los sirvientes escanciaron un vino dulzón, y me bebí un par de vasos para cobrar coraje y enfrentarme con Nicolás Mercader.

—Espero que la comida haya sido de vuestro agrado.

—De cuanto he vivido en relación a vos, esto es lo mejor. No solo porque me habéis permitido sentarme al lado de María, a quien considero mi mujer, sino porque habéis regalado con largueza a quien se llama enemigo vuestro. Esto me indica que sois un hombre cabal, aunque ya lo sabía por vuestras obras y por la tenacidad que habéis demostrado.

—No es tenacidad; es amor. Aunque no lo creáis, yo también amo a María. Si cabe, la amo más que vos.

—Permitidme que lo dude. Pero si la amáis, dejad que hable su corazón y que se vaya con aquel de los dos de quien se confiese enamorada.

—Sé que soy viejo y que no debo hacerme ilusiones.

—Yo puedo ser un juez imparcial en todo esto —terció el capitán Llana—. Di, María, ¿quién es el dueño de tu amor?

María sonrió muy dulcemente y posó su cabeza sobre mi pecho. El judío Moshé, que había financiado la expedición de amor en busca de María, supo entonces que había ganado su apuesta. Yo por mi parte saqué la página del libro del peregrino y se la enseñé a Nicolás Mercader con una sonrisa de

triunfo.

—Mirad lo que dice ahí, que María estaba casada conmigo antes de casarse con vos.

Nicolás Mercader se tomó su tiempo para examinar el documento. Luego levantó la cabeza lleno de pesar y dijo:

—Esto es solo un consentimiento de matrimonio. Si no me equivoco, la ceremonia nunca fue refrendada ante los padres.

—Es un consentimiento por ambas partes ante el rector Arcillares y tiene categoría de matrimonio.

—Dime, joven —noté que Nicolás Mercader ya no me trataba con cortesía—, ¿por qué está la hoja manchada de sangre?

—Formaba parte de un libro maravilloso, dotado de la facultad de sangrar. Esta es la sangre de nuestros corazones, el de María y el mío, que arden en deseos de estar unidos para siempre.

—¿Para siempre?

—Por siempre jamás.

—¿Arden?

—Nuestros corazones están encendidos, henchidos de amor.

Apreté a María fuertemente entre mis brazos. No quería separarme nunca más de ella.

—¿Arden?

Nicolás Mercader sostenía la hoja entre los dedos índice, medio y pulgar. Sus ojos se volvieron penetrantes como los de una aparición; se llenaron de un fulgor devastador, como debe de ser el fuego del infierno, y la hoja del libro del peregrino se envolvió en llamas y despedía un humo muy negro. Quedé paralizado de terror. La tez arrugada de Nicolás Mercader era ahora azul, sus dedos tenían largas uñas, o pezuñas, y de su hocico salían bocanadas de humo. Ya no era Nicolás Mercader, el viejo mercader; era el capitán Olmos, poseído por el diablo, si no era el propio diablo en persona. Grité con todas mis fuerzas:

—¡No!

Me abalancé sobre la representación del demonio y le arrebaté la hoja, que sangraba a medida que ardía. La sangre era como cera ardiente y me quemó la piel, mientras las manos se me chamuscaban intentando apagar la llamarada. Pero ya no había nada: la hoja del libro del peregrino había quedado reducida a una fina lámina negra, retorcida, que se deshizo en

cenizas cuando quise arrebátarsela al diablo. El capitán Olmos empezó a reír a carcajadas, mientras se elevaba flotando en el humo.

—Se acabó todo; tu prueba ya no existe, es solo un papel quemado.

Miré a María con infinita desolación, y luego intenté inútilmente recoger los residuos que, reducidos a polvillo negro, fueron barridos por el aire de la ventana.

Desenfundé la daga de San Pablo y me subí a la mesa para ensartar al diablo. La risa horrísona que sonaba en el comedor se desvaneció y con ella la aparición. Bajé de la mesa, enfundé la daga y abracé a María. Los dos lloramos amargamente. Cara de Rosa y el capitán Llana pugnaban por consolarnos. Los sirvientes escanciaron más vino.

—Bebed —recomendaba el capitán Llana—, el alcohol ayudará a pasar el susto.

—Yo no estoy asustado.

—La impresión, entonces.

Tenía los ojos empañados en lágrimas, pero aun así pude ver a Nicolás Mercader, sentado en su sitio, perfectamente aseado y con expresión que denotaba gran entereza. Bebió de su copa largamente. Luego se enjugó la barba blanca con el paño, no sin cierta torpeza, porque al fin y al cabo era un hombre viejo.

—¿Os dais cuenta de lo que acabáis de hacer?

Me miró con ojos chispeantes.

—Querido joven, yo no he hecho nada.

—¿Queréis decir que no lo habíais pactado con el capitán Olmos?

—Yo no he pactado con nadie.

—¿Ni siquiera con el diablo?

Se sintió, o se fingió, airado. Se levantó muy despacio y se acercó para decirme:

—Las reglas de cortesía y hospitalidad, así como mi edad avanzada, me impiden responderte como debería, muchacho. Debería desafiarte en combate cuerpo a cuerpo, y así zanjar este asunto de una vez por todas. Y desde luego, echarte de mi casa.

Hablaba con tanta convicción que empecé a sospechar que él también había

sido manejado por el diablo.

—¿No habéis leído acaso la página del libro del peregrino?

—¿De qué libro hablas? ¿Qué página es esa?

Me dirigí a los criados:

—Vosotros habéis visto el fuego, el humo negro que ha dejado esa mancha oscura.

Señalé la bóveda, donde el humo había dejado una sombra negra.

—Esa mancha es de la combustión de la lámpara —dijo Nicolás Mercader—. Lleva ahí mucho tiempo.

—¿No habéis visto cómo ardía el papel ensangrentado?

—¿Por qué había de estar ensangrentado?

—¿Acaso no lo hemos comentado antes?

—Hijo mío, no sé de qué me hablas. ¿Vosotros habéis visto algo?

Los criados hicieron una reverencia para responder:

—Nada, mi señor.

—Con el diablo o sin el diablo —dijo el judío Moshé—, yo he ganado mi apuesta, porque podría decirse que este es también un misterio de amor.

Eché mano a la daga de San Pablo.

—Una daga preciosa.

—¿No la había empuñado antes?

—No.

Yo estaba sumamente confuso. Busqué debajo de la camisa la página del libro donde estuvo inscrito mi matrimonio con María y no la hallé. Miré el suelo, por ver algún rastro de cenizas, pero no había nada; el aliento fétido del diablo se lo había llevado todo por la ventana. Me dirigí a Cara de Rosa, casi le sacudí los hombros para decirle:

—Tú lo has visto. Dile que lo has visto.

—Sí lo he visto, pero el diablo tiene artimañas suficientes como para engañarnos a todos.

—Estoy de acuerdo —dijo el capitán Llana—, y que conste que yo también lo he visto. Pero creo a micer Nicolás Mercader y a sus criados, y estoy seguro que nuestro anfitrión es inocente en este trance.

—Inocente... ¿A quién estamos juzgando?

Nicolás Mercader parecía justamente indignado. Entonces se levantó María. Habló despacio, con una voz que se me antojó penetrante.

—Yo también lo he visto. Y también creo que mi señor Nicolás Mercader

es perfectamente honesto en este asunto. Un demonio horrendo ha surgido a sus espaldas y ha quemado la hoja del libro del peregrino donde estaban escritos nuestros nombres, manchados de sangre, pues el libro sangraba como nuestros corazones. Era la prueba de que me había desposado ante el rector Arcillares, sin el consentimiento de mis padres, y ahora no existe nada que pueda acreditarlo. Nada más que el amor que yo siento por Gladis y que él siente por mí. Yo creo que esto debería ser suficiente para que me dejarais marchar, señor.

—Nunca te dejaré marchar, porque yo te quiero, y eres mi esposa verdadera. Aprenderás a quererme... Por lo que dices del demonio, yo creo que todos habéis sido burlados por él. No existen libros capaces de sangrar ni hay más cera que la que arde.

Cuando dijo lo de la cera miré mi mano, donde la sangre derretida del libro del peregrino había dejado regueros que habían solidificado sobre mi piel como lo hace la cera ardiente. Cabeceé, descorazonado; Nicolás Mercader nunca aceptaría que aquello era sangre de mi corazón y del de María. Nunca soltaría a María. Ni siquiera muerto la soltaría, en caso de que no alcanzara a vivir más que nosotros mismos.

## Capítulo 6

Me acosté apesadumbrado, sopesando el alcance de mi fracaso. De pronto mi alcoba era extensa como un campo de batalla, alta como la bóveda del cielo, negra como la noche y fría como el hielo. Me asomé al balcón y allí permanecí no sé cuánto tiempo, esperando que sucediera algo extraordinario, que alguien viniera a decirme al oído que toda mi vida era mentira, que el pasado y el presente no eran más que un sueño y yo nunca había conocido a una doncella llamada María ni a un viejo llamado Nicolás Mercader. Pero los susurros de la noche no me decían nada, las estrellas parpadeaban indiferentes y no había luna clara que pudiera dar siquiera una leve impresión de calidez. Tenía ganas de gritar:

—¿Dónde estás, Olmos? ¿Por qué no vienes a rematarme con un rayo del averno?

Sin embargo no decía nada.

Cerré los ojos y no sé si me dormí y lo soñé o tan solo lo imaginé, en mi profunda desesperación. Olmos se presentó al fin, con su cabeza redonda y una sonrisa de triunfo. Tenía el torso musculoso, desnudo a partir de las calzas, y no presentaba ninguna fealdad diabólica. Debía de ser el ángel del mal, porque iluminaba la noche con su resplandor. Me cosió los labios con una aguja de ensalmar y con hilo de bramante y luego me decía:

—Vamos, habla, di ahora que María es tu mujer.

Reía a carcajadas y yo me sorprendía de que no despertara a todo el mundo, que hubiera un solo ser en este mundo capaz de conciliar el sueño la noche en que alguien o algo había prendido fuego a la hoja donde el rector Arcillares dejara constancia de mi matrimonio con María.

—No hay justicia en la Tierra —gritaba yo, y no sé cómo podía gritarlo tan

alto y tan claro, con los labios cosidos.

El diablo me ordenaba que me acostara desnudo sobre la cama y yo obedecía a pies juntillas, como si hubiera nacido para perder a María, todo lo que tenía, y ponerme en manos de mi verdugo. Me cosía los párpados, y los orificios de la nariz y no sé cómo podía respirar, solo sé que quería morirme y no podía. Me cosía botones de hierro candente en las tetillas y, cuando tenía que cebarse en mi espalda, me sostenía en el aire con una sola mano, rebosante de poder, y me dejaba toda la piel en llagas vivas, y me decía:

—Vete ahora vestido de fuego a ver a tu María. El fuego guiará tus pasos en la noche y llegarás antes de consumirte. No temas, aunque te va a doler toda la vida, no te consumirás jamás.

Caí de rodillas, me cubrí el rostro con las manos y lloré amargamente. Luego recé. No utilicé ninguna de las oraciones que me habían enseñado de pequeño. Creí que podía hablar con Dios y dije:

—Dios mío, no me abandones. Dame fuerzas para sobreponerme, para luchar por lo que es mío, porque tú me lo diste y María me lo dio. Dame fuerzas para seguir luchando por el amor.

Me arrastré hasta la cama. Me hundí en su abrazo mullido y aunque tardé muchísimo en dormirme, si es que me dormí, fui sosegándome poco a poco. Cuando me asaltaba el pensamiento de que ya no tenía nada que pudiera demostrar mi unión con María, cuando me acordaba de que la hoja del registro de nuestro matrimonio se había volatilizado con el fuego, convertida en cenizas negras, volvía a llorar. Ahora podía llorar, porque nadie me veía. Mañana, cuando la luz que ya crecía en mi ventana fuera lo suficientemente diáfana como para tener que levantarme, me lavaría con agua fría y pondría determinación en mi mirada; no sabía de dónde iba a sacarla, pero la pondría. Sin duda Cara de Rosa me ayudaría, y el capitán Llana, y la nana Cañete, incluso Simona y el morito Rayhan me ayudarían, todos socorrerían al débil, al enamorado, y yo me sobrepondría para no dejarme caer en aquel abismo que pugnaba por destrozarme. Entonces volvía a acordarme de mi derrota y volvía a llorar.

Nicolás Mercader se mostraba magnánimo, porque sabía que había ganado, que fuera lo que fuese lo que había hecho desaparecer la prueba de mi



matrimonio, aunque se tratara efectivamente de una fuerza diabólica, ya nada podría arrebatarse a María. Seguramente por eso nos dejó permanecer en Villamar todo el tiempo que quisimos; no creo que fuera por verme tan desconsolado por mi derrota. Pasó la Navidad, la fiesta de Año Nuevo, la festividad de los reyes Magos; durante aquellos días que para mí fueron infaustos volví a ver a la nana Cañete, que había envejecido muchísimo, de modo que apenas podía caminar y estaba casi ciega. Me apretó entre sus brazos enclenques, me besó la frente como si fuera un niño y me dijo:

—Tú eres el bien de María, mi hija adoptiva, no permitas que el viejo te la quite. Róbatela, si es necesario.

La miré sorprendido.

—Llévatela por la fuerza.

—El viejo nos perseguiría hasta el fin del mundo.

—Pues te la llevas al otro mundo.

Había en los ojos de aquella vieja quebrantada una determinación que casi daba miedo. Pensé que tenía razón. Tenía que sobreponerme a la contrariedad de haber perdido la hoja que demostraba mi derecho a María y llevármela sin contemplaciones. Aún me quedaba suficiente dinero para esconderme en Menorca, y en todos los reinos que bañaba el Mediterráneo donde me había refugiado anteriormente, incluso en Egipto y más allá, en Tierra Santa, de donde procedía el libro del peregrino.

—El libro del peregrino —dijo Cara de Rosa—, esa es la clave.

—¿Qué quieres decir?

—Tú sabes que yo no soy ningún beato, que soy más bien impío, pero he visto el poder de este libro. Un libro capaz de transformarse a sí mismo, capaz de desatar tempestades, sabrá darte refugio y obrar el prodigio de que obtengas a María para siempre.

—¿Qué sugieres?

—Que nos robamos a María, tal como dice la nana Cañete, y luego vayamos a sustraer el libro de Ben Boufrah; más tarde, Dios dirá, y estoy seguro que ese libro mágico nos protegerá.

—Pero tú nunca creíste en la magia.

—Empiezo a creer en el libro.

—Pero el libro no se deja gobernar. Va adonde quiere y con quien quiere.

—El libro es amor, lo dijo Alîm Latîf, y también dijo que te llevaría al amor.

—Además —dijo el capitán Llana—, con probar nada se pierde; aquí está todo perdido.

No tenía nada que perder, eso era cierto, y sí mucho que ganar.

—Lo único que puedo perder es la vida, y sin María, la vida ya está perdida.

Decidimos, pues, llevarnos a María en la Magdalena Segunda. Habría que darlo todo a los remos, velas desplegadas, refugiarse en Menorca o donde nos llevara la fortuna, esconderse, sobornar, vivir al margen de la ley, y luego convencer al gobernador Ben Boufráh de que entregara el libro del peregrino para la causa del amor. Al fin y al cabo, Ben Boufráh había secuestrado a Marta, la hijita de María, por pura causa de amor, y era probable que lo entendiera. Si no lo entendía, robaríamos el libro; mataríamos al gobernador, si era preciso.

—Matar, no —dijo Cara de Rosa—. Entiendo que ese libro no quiere sangre.

—De pronto te has vuelto creyente.

—Amigo mío, hermano, tú sabes bien que lo último que soy es creyente.

Abracé a Cara de Rosa emocionado. Sabía que podía contar con él aún más allá de la muerte.

—Secuestraremos también a Carmen y seremos todos felices.

—¡Felices!

Había en sus ojos un leve brillo de aprensión.

Se me ocurrió que tanto Simona como el morito Rayhan, que ya era un hombre alto y fuerte, calvo y barbado, iban a ayudarnos a arrancar a María del encierro al que la sometía Nicolás Mercader por aquellos días. El capitán Llana se encargó de equipar la Magdalena Segunda para el viaje y Nicolás Mercader ordenó que se le suministrara cuanto pidiera; escogió los mejores esclavos del próspero mercado mallorquín, los más fuertes, y también los que parecían más discretos. Proveyó la embarcación de remos nuevos, y acudió a José Portor, el carpintero de ribera, para que construyera troneras y puestos adicionales para los galeotos. Cargó provisiones y agua, y Nicolás Mercader

decía:

—Bien se ve que pensáis navegar lejos, con tanto preparativo.

—Lejos y rápido —afirmó el capitán Llana.

—¿Acaso tenéis que huir de algo?

—Solo acercarnos a Berbería —disimuló Rogelio Llana—, aquí, el muchacho, se ha empeñado en regresar a Bugía.

—¿Y después?

—Dios dirá.

—En realidad —tercié un día, cuando todo estaba listo para la partida—, nos escabulliremos llevándonos a María.

—Ja, ja; os encontraría aunque tuviera que mirar debajo de las piedras.

Se veía a la legua que estaba completamente confiado por lo que hace a la seguridad de su presa. Tenía tres guardias colosales vigilando a María día y noche, y sustraerla resultaba una empresa casi imposible. Solo la nana Cañete había conseguido comunicarse con ella a espaldas de la escolta, y yo sabía que hacía días que soñaba con la libertad. La noche escogida para la fuga, el «morito» Rayhan echó un narcótico en la cena que como cada noche el cocinero había preparado para su señor, y lo mismo hizo con el rancho de la servidumbre. Lo malo fue que los guardianes personales de María, aquellos tres hombrones como tres montañas, comían aparte, y cuando llegó la hora de la verdad estaban al acecho, con los ojos muy abiertos. Solo Simona podía distraerles. María se fingió dormida y ella se presentó desnuda, alumbrándose con un candil.

—Vete, muchacha, este no es lugar para ti.

—Me iré en cuanto me hayáis dado lo que he venido a buscar.

Sonreía, pizpireta, y resultaba tan seductora, alta, sinuosa, con la piel lamida por la llama del candil y aquella sonrisa desafiante, que ni que decir tiene que logró captar la atención de los hombres. Tuvo buen cuidado en cerrar las puertas de la alcoba y llevárselos a la capilla anexa, donde se arrodilló en el reclinatorio y parecía pedir perdón por los pecados que estaba a punto de cometer. En fin, que me llevé a María envuelta en el embozo de la cama hasta la nave, y no hubo nadie dispuesto a impedirlo. Llevábamos tanto tiempo preparando la partida que nadie en el puerto de Santa María sospechó de nuestra marcha. Al amanecer ya estábamos en alta mar, camino de Menorca, y si Nicolás Mercader quería atraparnos tendría que aparejar naves muy ligeras, y aun vérselas con toda nuestra tripulación dispuesta a defender

mi trofeo de amor. Más tarde supe, señor García Santana, que el viejo descubrió la falta de «su» mujer entrada la mañana de aquel glorioso día de febrero, mucho después de que los guardianes hubieran despertado en brazos de Simona, que se había abandonado a sus estragos solo para protegernos a María y a mí. A Nicolás Mercader se la trajeron tan desnuda como estaba, con las muñecas atadas por la espalda, y ella confesó su complicidad con nosotros.

—¿Por qué lo hiciste?

Simona se encogió de hombros y no llegó a responder. Naturalmente, Nicolás Mercader rebosaba de ira contenida. Mandó reunir a la servidumbre en el patio y llamar al «morito» Rayhan.

—Estos dos siervos me han traicionado —dijo—, y deben ser castigados.

El propio Rayhan fue encargado del castigo; aunque le dolía en el alma, se dispuso a obedecer a su señor y propinar los latigazos.

—No —dijo Nicolás Mercader—, no me gusta el chasquido del azote; prefiero el fuego.

Sujetaron a Simona, y Rayhan tenía que marcarla con un hierro candente.

—Esto la matará.

—No lo creo.

Llorando, el «morito» se dispuso a grabar las iniciales de su señor, NM, en la grupa de la sierva infiel.

—No, en las nalgas, no; en la cara.

Entonces el «morito» arremetió contra su señor con el hierro de marcar, pero uno de los hombrones de la guardia lo derribó, otro lo agarró por detrás y el otro le torció el pescuezo. Eran tres hombres altos y fuertes, tres gigantes, y Rayhan quedó tendido en el suelo, inerte.

—Ha sido un accidente.

—Todos los aquí presentes han visto que ha sido un accidente —dijo Nicolás Mercader—. Lleváoslo.

Simona estaba muy cerca, tan cerca que pudo escupir en la cara de su amo. Nicolás Mercader era un hombre flemático. Se limpió con el pañuelo, cogió el hierro candente y se dispuso a grabar sus iniciales en las mejillas de la muchacha. Brotó una columnilla de humo y un intenso olor a carne chamuscada. Simona gritaba como una condenada, pero no llegó a desmayarse. Estaba envuelta en sudor, con las horribles iniciales todavía humeantes en cada una de sus mejillas, cuando fulminó a Nicolás Mercader

con la mirada y dijo:

—Te mataré con estas manos.

—No lo creo —dijo Nicolás Mercader.

Se alejó sonriendo.

—Ahora ya no eres una mujer; ahora eres un guiñapo.

Las llagas tardaron en restañársele. Solo pensaba una cosa: conservaba íntegro el cuerpo de mujer; podía ocultar su boca bajo un velo de seda, y sus ojos eran encantadores; solo pensaba en vengarse de Nicolás Mercader.

Cuando llegamos a la altura de Menorca en la Magdalena Segunda, ahora velocísima, desistimos de entrar en el puerto de Ciutadella.

—En seguida pasarían recado a micer Nicolás Mercader —dijo el capitán Llana—, quien ya debe de tener a todas las guarniciones sobre aviso.

—¿Qué haremos, entonces?

—Bordearemos la costa en busca de una cala donde esconder la nave a buen recaudo.

—Si rodeáramos la costa norte —dije—, podríamos acercarnos a Cala Algaiarens y caminar desde allí hasta Alfurí, donde encontraríamos a mis hermanos y a lo mejor hasta a mi padre.

El capitán Llana no se lo hizo repetir. Cuando vio la cala, rodeada de pinos que llegaban hasta la playa, dijo que ahí podríamos escondernos y montar la guardia. Trabajamos duramente para varar la nave en la arena y aun para disimularla con ramas muy cerca de la maleza. Al anochecer del día siguiente dirigimos nuestros pasos hacia Alfurí, escondiéndonos cada vez que oíamos algún ruido sospechoso, aunque, la verdad, no nos topamos con nadie. Fue más el instinto que la luz que parpadeaba a lo lejos lo que me llevó hasta el cobertizo de las casas de Alfurí, donde nos recibió un concierto de ladridos; pero los perros más viejos me reconocieron en seguida y me lamían las manos. Entonces se abrió la puerta y supe que la voz que oía era la de mi hermano Francisco:

—¿Quién vive?

—Soy yo, tu hermano.

Vi cómo sus labios gruesos se estremecían de contento y no sé por qué hizo que me acordara de Mofari, tal vez por su pelo crespo, su tez bronceada y sus

modales extremadamente respetuosos.

—¡Hermano! A veces llegamos a pensar que nunca volverías.

Me besó, abrazándome, y cuando Jorge compareció en la puerta vi que las lágrimas también asomaban a sus ojos. Detrás de ellos surgieron dos mujeres jóvenes, con sendos niños en brazos. Las mujeres no se atrevían a levantar los ojos del suelo.

—Blanca y Elvira —dijo Francisco—, nuestras mujeres, con nuestros hijos. Sed bienvenidos.

—¡Ya sois padres de familia!

—El tiempo no se detiene. Han pasado dos años desde que salisteis con destino a Marsella en La Sultana, con el capitán López de Paraduela.

Emperrado en conseguir el amor de María, no me daba cuenta de nada. Mis hermanos ya habían fundado un hogar, sus manos encallecidas hablaban a las claras de los trabajos del campo, así como sus rostros agrietados. Jorge había perdido bastante pelo y debía de protegerse del sol con sombrero de paja, pues tenía la calva blanca como la leche. No pude resistir la tentación de tocarle la frente, que se me antojaba mullida como un dulce, pero resultó dura como la piedra. Blanca tenía los ojos azules y las caderas muy anchas. Era probable que la tarea de parir a su retoño la hubiera deteriorado tempranamente. Elvira era más esbelta, pero también más fea, aunque denotaba un tremendo aire de sumisión. Noté que, aunque con cierto disimulo, las miradas se concentraban en María, de modo que dije:

—Ya conocéis a María, la hija del tahonero Bella. Es mi mujer.

Nos sentamos junto al fuego del hogar.

—Bueno, también es la mujer del comerciante Nicolás Mercader, ya conocéis la historia; pero eso lo hemos arreglado de un modo tajante.

—¿Cómo de tajante?

—Absolutamente. ¿Dónde está nuestro padre?

—En la tahona del Gallo, con Dora y Belabé, y con sus hijos.

Sabía que tendría que repetirla ante mi padre, pero conté a mis hermanos toda la historia de nuestros viajes recientes, sin omitir detalle, mientras dábamos cuenta de la olla humeante que habían preparado Blanca y Elvira.

—Me temo que os estamos dejando sin comida.

—Eso puede arreglarse.

Al día siguiente cabalgué hasta la antigua medina de Ciutadella, para ir a buscar a mi padre. Me acompañó Cara de Rosa, pero el capitán Llana se quedó en Alfurí para atender a sus hombres y acudir a vigilar su nave, no fuera descubierta. Me puse un sombrero negro, calado hasta las cejas, para que no me reconocieran, y como el pelo me había crecido mucho y no me lo había cortado, tenía la esperanza de pasar inadvertido. Cara de Rosa se embozó en una manta, pese a que no arreciaba el viento ni hacía tanto frío, y también se ocultó debajo de un sombrero. Solo encontramos a un payés en el camino, y nos fingimos forasteros.

—¿De dónde venís, señores viajeros?

—De la Francia —dije exagerando el acento, y aquel buen hombre puso cara de extrañeza, pues seguramente no conocía ningún predio que se llamara «la Francia»—. Nos hemos perdido en el camino.

En realidad no había caminos, solo un sendero serpenteante que a trechos se borraba, detrás de una cerca fabricada con piedras amontonadas, de modo que era muy posible que nos hubiéramos perdido.

—Seguid recto hacia donde se pone el sol, y llegaréis a Ciutadella.

Llegamos mucho antes del atardecer. Hicimos cuanto estuvo en nuestra mano por pasar desapercibidos, pero no pudimos evitar las miradas de los curiosos. Entramos en la tahona por la puerta trasera, y Dora vino en seguida a abrazarnos. Parecía más alta y delgada, y los pechos apenas le abultaban bajo el mandil, tal vez por causa de la reiterada maternidad.

—Te veo menos matrona, menos metida en carnes.

—Los hijos desmejoran mucho —dijo, confirmando mis sospechas.

—No te veo desmejorada. ¿Cuántos hijos tienes?

—Tres.

—Mejor no dejarse ver demasiado —dijo mi padre por todo saludo—. Hemos oído rumores de que una nave furtiva atracó en la costa Norte.

Le abracé, conmovido.

—¡Padre, padre!

Belabé sonreía, mostrando sus dientes blanquísimos. Contrariamente a lo que ocurría con Dora, él había engordado muchísimo; parecía como más bajo, rechoncho, y había perdido muchísimo pelo.

—Tienes todo el aspecto de un feliz padre de familia.

Sonrió todavía más, abrazado a Dora.

—Soy un feliz padre de familia.

—Decid, ¿sois vosotros, quienes os habéis acercado a la costa Norte?

—Hemos venido con el capitán Rogelio Llana, en la Magdalena Segunda, que está escondida en Cala Algaiarens. Hemos huido de Villamar llevándonos a María.

—Me lo temía. Nicolás Mercader lanzará a toda su gente en vuestra persecución. El primer sitio donde mirará es aquí.

—Lo sé.

—Golpe cantado, muchas veces errado.

—¿Qué queréis decir?

Mi padre no había cambiado. Seguía siendo ágil, como hombre que había andado muchos caminos, risueño, dicharachero y bondadoso. Tampoco había envejecido, al menos aparentemente. Me contestó con otra pregunta:

—¿Qué piensas hacer?

Nos sentamos en la trastienda, a salvo de miradas indiscretas y del bullicio de los chiquillos, y le conté cuanto nos había ocurrido desde que dejamos la isla a bordo de La Sultana. Concluí diciendo:

—Tengo que ir a Tánger y conseguir de Ben Boufrah el libro del peregrino.

Mi padre cabeceó, sopesando sin duda todo cuanto había oído.

—Plegue a Dios que nazca el perejil en el ascua. Nicolás Mercader también mirará ahí, y ojalá que no se te adelante.

—¿Qué puedo hacer, si no?

—Nada. Solo tener fe en ese libro. Si es capaz de obrar prodigios, ahora tendrá que demostrarlo. Pero quien milagros busca con el diablo se topa.

No pude por menos que reconocer que tenía razón; nunca debí confiar la hoja del libro del peregrino a Nicolás Mercader, pese a que no fue él quien la quemó, sino el demonio.

—Dime, hijo, ¿todavía te queda dinero?

—Tengo mucho dinero. Tengo todo el que me dio el obispo de Ginebra, impresionado por mi causa de amor, y aun creo que me sobrarán monedas para devolver el pagaré a Bejor Calev en la finca Donaire, de las afueras de Lérida.

—Yo ya me encargué de eso.

—¿Qué?

—Tú sabes que no puedo permanecer tanto tiempo en un sitio sin moverme, y menos si se trata de una isla. Viajé a Lérida y fui a pagar al usurero; aquí todo el mundo arrima el hombro, y tanto Alfurí como la tahona producen



buenos beneficios.

Quedé sin habla, calibrando la enormidad del amor que me tenía mi padre.

—No sé cómo podré agradecerérselo.

—No hay nada que agradecer.

Comimos la carne con verduras que Dora había cocido en el horno y seguimos conversando hasta que menguó la luz. Entonces mi padre dijo:

—Creo que es hora de ir a ver a María. Tengo que saber si tantos trabajos valen la pena. Aunque ya sé que sin trabajo no hay provecho y que el mayor tesoro está en lo más hondo.

Hicimos el trayecto hacia Alfurí con un farol de luz muy débil, por evitar ser reconocidos; aunque yo creo que mi padre, y sobre todo Belabé, se sabían el camino de memoria.

Llegamos muy tarde; solo el capitán Llana permanecía sentado junto al fuego, aunque cabeceaba ostensiblemente y parecía que había de caerse de la silla y seguir durmiendo acurrucado en el suelo.

—Todos se han acostado menos yo —dijo, despabilándose un poquito—. No hay novedad en torno a la Magdalena Segunda, aunque he visto un par de embarcaciones rondando la costa.

—Se sabe que un barco desconocido se acercó a este lado del litoral —dijo mi padre—. Procuremos quitar sospechas y no ponerlas.

—Soy de la opinión —corroboró el capitán Llana— que deberíamos embarcar mañana mismo y poner tierra de por medio.

—Agua, en todo caso.

—Bueno...

—Un buen huir evita un mal morir.

Los hombres de Rogelio Llana se hacinaban en el cobertizo. Habían comido buenas hogazas de pan y bebido una barrica del vino peleón que mis hermanos guardaban en el sótano; aún había jarras desparramadas por el suelo, y se notaba el olor rancio del alcohol. Algunos marineros, abrazados, debían de estar soñando labios más suaves que los barbudos hocicos de sus compañeros.

—No podremos permanecer ocultos por mucho tiempo.

—¿Y adónde nos dirigiremos?

—A Bugía, sin duda. Secuestraremos a Carmen, y con ella y María iremos a Tánger. Estoy seguro de que Ben Boufrah no resistirá la fuerza persuasiva de nuestro amor y nos dará el libro del peregrino, y si no nos lo da, lo robaremos.

—Se me antoja una empresa difícil —dijo Cara de Rosa—. En primer lugar, el cónsul Batlle estará sobre aviso y tendrá a su hija a buen recaudo, custodiada día y noche y encerrada bajo llave. En segundo lugar, seremos presa fácil para cualquier barco de los que Nicolás Mercader habrá puesto sobre nuestra pista. En tercer lugar, no me fío de Ben Boufrah, que ha exigido la mano de la hija de María cuando apenas es una niña y la tiene sometida a su influencia. En el caso de que nos dé el libro o se lo quitemos, ¿quién nos asegura que ese volumen misterioso obrará el prodigio de que podamos burlar a la justicia y disfrutar nuestra felicidad?

—Confío en ese libro; es más, tengo una fe ciega en él. El libro es nuestra única tabla de salvación, y estoy seguro que no nos ha de fallar.

—Dios te oiga.

—Dios ayuda a los que se ayudan.

Al día siguiente María nos preparó el desayuno, con Blanca y Elvira; yo la había buscado en el dormitorio principal, situado por encima del cobertizo, debajo del desván donde se guardaba el grano y otras provisiones, y ella me esperaba desvelada. La había besado y nos habíamos dormido abrazados, dichosos como pocas veces habíamos sido.

—¿Por qué es tan cara la felicidad?

—Mi padre diría que quien algo quiere, algo le cuesta.

—¿Pero por qué a nosotros ha de costarnos tanto?

Me limité a volver a besarla.

—¿Sabes lo que ocurrirá esta vez si nos cogen?

—No pienses ahora en eso.

—Nos condenarán a muerte.

—Me condenarán a mí, que te he raptado; a ti no te harán nada.

—Si tú mueres, yo muero contigo.

—Esta vez no nos cogerán, descuida.

—Si no nos cogen, tendremos que vivir siempre huyendo.

—Cuando consigamos el libro del peregrino demostraremos la verdad de nuestro matrimonio, y solo entonces nos dejarán en paz.

—Mucho confías en ese libro.

—Confío en la verdad, y la verdad es que yo te quiero y que tú me quieres, y que nos dimos palabra de casamiento antes de que Nicolás Mercader se inmiscuyera en nuestras vidas. Esa es la pura verdad, y la verdad ha de prevalecer, cueste lo que cueste. Ahora duerme.

—No me sueltes.

—No te soltaré. Duerme.

Nos dormimos abrazados, y abrazados nos despertamos. A la mañana siguiente María peinó sus largos cabellos dorados con agua del aguamanil, y los dejó al descubierto como seña de identidad y signo de hermosura. Bajó a la cocina donde Blanca y Elvira ya trajinaban. Sirvieron leche acabada de ordeñar, miel, queso, higos secos y uvas pasas, además del pan que habían horneado con amor, dorado como la luna. Blanca, como indicaba su nombre, tenía la tez muy pálida; Elvira era en cambio de piel morena; solo María resplandecía como el sol, pero las tres eran bonitas, con esa frescura inigualable que da la juventud. El capitán Llana tomó la mano de María y luego la de las otras mujeres.

—Comprendo que por esta mujer arriesgues tu vida. Dijo Dios: «Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a la mujer, y los dos serán una sola carne».

—El amor no quiere consejo —dijo mi padre.

Comíamos con buen apetito, y habíamos sentado a los oficiales de la Magdalena Segunda a nuestra mesa.

—Todo esto me sabe a gloria —volvió a intervenir el capitán Llana—, y aquí me siento mejor que en mi propia casa; pero si queréis creerme, partiremos hoy mismo hacia Bugía.

—Sea —dije yo.

—Partir parece lo más prudente —opinó Cara de Rosa—, pero no hacia Bugía.

—No importa, yo asumo el riesgo.

Nos fuimos por la tarde. Mi padre me dijo:

—Al prudente le es preciso estar siempre sobre aviso.

—Esta vez no dejaré que me la quiten.

—Terco que terco, a lo que deseo me acerco.

—Tú me enseñaste que quien la sigue la consigue.

Mi padre me abrazó, con lágrimas en los ojos.

—Es verdad.

Luego abrazó a María.

—No es corriente que un padre no pueda dar a su hijo la mujer que le conviene, y aún lo es menos que haya tanto amor de por medio.

—Volveremos con el libro del peregrino. Micer Nicolás Mercader comprenderá su error. Entonces tendremos todas las bendiciones.

—No hay cielo sin nubes ni dicha sin desdicha.

El barco se alejó rápidamente de la costa abrupta de Tramontana. Los remeros, ayudados por el viento, bogaban con fuerza. Los acantilados eran desnudos, en esa parte de la isla, grandes piedras erosionadas que recordaban cabezas monstruosas, y playas de arena oscura y de guijarros. Un laúd nos hizo señas de que dejáramos subir gente a bordo, a lo que accedimos por no levantar sospechas. Resultó ser un pobre marinero, que dijo huir del hambre y la injusticia. Le acompañaba su hijo, un muchachito enclenque, casi un niño, con el pelo largo y los ojos hundidos en ojeras, que respondía al nombre de Adela, diminutivo de Adelardo.

—Ya soy viejo y apenas consigo pescar algo para mi señor y para mantener a mi hijo. Aceptadlo como grumete, que si él está en buenas manos podré dormir tranquilo.

—Acepto a vuestro hijo —dijo el capitán Llana—, pero tendrá que arrostrar los peligros de la mar, y aun otros riesgos.

—Mayores son mis sacrificios.

No sé por qué vi en aquel viejo, su barca blanca, resplandeciente en medio del mar oscurecido por las rocas del fondo, una señal de buen augurio. Pasamos muy cerca de la Mola, el peñón que cerraba el puerto donde se alzaba el castillo de Mahón, en torno al que había empezado a diseminarse una aldea resplandeciente, y sin embargo no nos molestó barco alguno ni parecía que Nicolás Mercader hubiera dado aviso a sus mercantes de que nos persiguieran empecinadamente. Pusimos proa a Bugía y ya nos encontrábamos en alta mar, en pleno invierno, sin que nos castigara la furia de los elementos. Adela tenía mucha melancolía en la mirada, aquellos ojos grandes, de pupilas azules tras los cuales yo creía ver la antesala del cielo. Tenía los labios carnosos, la tez muy fina y el pelo rubicundo, muy lacio, sin que tuviera que peinarlo para resultar hermoso. El chico parecía un ángel

callado, que lo supiera todo. Solía pescar en la borda con una lienza, y una mañana de calma chicha vi su ropa amontonada en la popa y busqué instintivamente su figura descarnada flotando sobre las aguas, como si hubiera tenido que desnudarse para echarse al agua y renunciar a una vida triste. Pronto lo vi bracear, hundir la cabeza y volver a emerger, y me escondí para no estorbar su intimidad. Cuando volvió a subir a bordo, ágil como un mono, tenía las piernas largas y escuchimizadas, las caderas huesudas y se le marcaban todas las costillas. Vi entonces que no era un niño, sino una niña, y comprendí que Adela era su nombre verdadero y que no respondía para nada al nombre de Adelardo. Casi me extrañó que en sus omóplatos huesudos, muy marcados bajo la piel, no nacieran un par de alas de cisne, o de ángel.

—Adela no es un niño, sino una niña —le dije a María.

—Tendremos que protegerle.

—No sé por qué, se me antoja que es un ángel, la prueba de que esta vez estamos en el camino verdadero.

—A mí me sugiere consuelo; será como nuestro hijo, y nos consolará en nuestra derrota.

—Aun no estamos derrotados, y todavía podemos tener hijos.

Días después llegamos a la vista de la ensenada tras la que se agazapaba Bugía. Allá en lo alto, sobre las peñas que se transformaban luego en montañas, relucía el castillo de Emul Salefa, donde Tania debía de haber aceptado el amor de algún noble caballero por ver de rehacer su vida. Detrás de la muralla, en el interior de la medina, la alhóndiga daba cobijo al cónsul Batlle, celoso de su hija Carmen, dispuesto a mandarnos al patíbulo si podía echarnos el guante. No sé si el hermano Guillermo Pino de los Copones podría ayudarnos a conseguir nuestro objetivo, con sus brusquedades de guerrero, más que de religioso, ni si el beato Ramón Santos sabría comprender el empeño del libro del peregrino, que aguardaba en manos de Ben Boufrah una empresa digna de su inmenso poder.

—El beato Ramón Santos —se me ocurrió decir—, esa es la clave de nuestro éxito; tenemos que conseguir que nos acompañe a rescatar el libro.

—¿Un hombre tan religioso involucrado en una empresa tan irregular? —dijo Cara de Rosa.

El capitán Llana intervino:

—¿Acaso no soy yo un hombre creyente?

Atracamos fuera del puerto, en una calita escondida que el capitán Llana conocía de viajes anteriores. Había una cueva adaptada a vivienda, con excelentes vistas sobre el mar, donde se alojaba Abbud Sâleh, un berebere solitario por demás, que se vanagloriaba de haber vivido allí desde el principio del mundo.

—Vayamos a la calita de Abbud —había dicho el capitán Llana—, aunque es moro, se puede confiar en él.

Luego, cuando nadie salió a recibirnos, pese a que ya habíamos puesto pie a tierra, añadió con preocupación:

—Espero que no haya muerto.

Lo encontramos acostado en su camastro, envuelto en ropas anchas pero con la cabeza descubierta. Tenía el pelo y la barba de un blanco casi resplandeciente, y la cara tan arrugada que no me hubiera extrañado que en efecto hubiera muerto y fuera una aparición.

—Has logrado que me alarmara —dijo el capitán Llana—; por un momento pensé que estarías muerto.

—Y lo estoy; muerto de sueño. He visto llegar a la Magdalena Segunda por la aspillera y he pensado que por el viejo Rogelio no valía la pena levantarse.

Se abrazaron y nos sentamos a conversar en torno a su lecho.

—¿Qué te trae por aquí?

—Venimos a robar a la hija del cónsul Batlle.

Abbud se sobresaltó.

—Tú estás loco.

—No, estos dos lo están; locos de amor.

—Vais a necesitar mucha suerte, y habréis de tener mucho cuidado.

El capitán Llana le contó nuestros planes y Abbud se comprometió a vigilar la nave y atender a la tripulación mientras intentábamos asaltar el palacio del consulado, en la alhóndiga de Bugía. Nos vestimos de mendigos, para evitar ser reconocidos y para despertar la piedad del beato Ramón Santos y de su hermana Cecilia, pero cuando nos dirigíamos a la plaza de la alhóndiga dije:

—Toda ayuda será poca. Entremos a visitar al hermano Guillermo Pino de los Copones; siempre se nos mostró favorable y seguro que querrá contribuir a la causa del amor.

Íbamos tan bien caracterizados, fingiéndonos jorobados y lisiados, que cuando nos vio Gustavo Cuartillo, el sacristán y asistente del hermano Pino de los Copones, quería despedirnos a escobazos.

—Fuera, mendigos —decía—. Os habéis equivocado de puerta, la de Santos queda más allá.

Me descubrí y cuando me reconoció pareció que hubiera visto al diablo.

—Buscamos al hermano Pino de los Copones.

—¿De dónde venís?

—Del fin del mundo.

En cambio Pino de los Copones se emocionó al vernos y estuvo a punto de llorar como un niño.

—Mucho os arriesgáis viniendo aquí —dijo—. El cónsul Batlle tiene puesto precio a vuestras cabezas.

—Nos iremos en cuanto podamos secuestrar a su hija.

—¡Sopla, ahí es nada...!

Nos entretuvimos contándole todas nuestras peripecias, y el buen monje nos obligó a compartir su mesa, sus viandas y su vino. Luego dijo:

—En esta empresa, cualquier ayuda será poca. Yo mismo iré a buscar al beato Ramón Santos.

Me extrañó que saliera a caballo, y me sobresaltó el hecho de que cuando oscureció aún no hubiera regresado.

—Debe de habersele aparecido el capitán Olmos en toda su pujanza de endemoniado, y de un momento a otro veremos entrar al cónsul Batlle con la justicia.

Pero quien entró fue el corpulento hermano Pino de los Copones, seguido del beato Ramón Santos y precedido por una doncella bellísima, toda envuelta en tules negros, a quien en seguida reconocí.

—¡Tania!

Tania me besó, lo mismo que a Cara de Rosa, que la retuvo un momento entre sus brazos, y se inclinó gravemente ante el capitán Llana; era como ver a una reina hacer reverencias a un pordiosero.

—Tengo la venia de mi hermano para ayudaros —dijo después—; yo entretendré al cónsul mientras vosotros os ponéis manos a la obra.

—¿Por qué haces eso?

—Solo se me ocurre una respuesta; lo hago por amor.

—María me espera en el barco.

—Lo sé.

—Somos proscritos, y si nos ayudáis, también lo seréis vosotros.

—También lo sé.

Le cogí las manos y los dos llorábamos en silencio.

—Yo también creo en el amor —dijo el beato Ramón Santos— y voy a ayudaros acompañando a la princesa. Pero decidme, ¿qué fue del libro del peregrino?

—Está sano y salvo —dije—; a buen recaudo.

Conté al beato Ramón Santos la historia de nuestros últimos viajes y luego él corroboró:

—Os ayudaré, pero tenéis que prometer traerme el libro en cuanto lo libréis de la custodia de Ben Boufrah.

—Lo prometemos; el libro merece un dueño como vos.

—Lo que ocurre es que yo no merezco el libro —dijo el beato, humildemente.

—Yo también pienso ayudaros —dijo el hermano Pino de los Copones, para quitar hierro a la situación—. Voy a machucar los cascos a todos cuantos os persigan.

Yo sabía, señor notario García Santana, que el mayor peligro que corríamos no radicaba en el cónsul Batlle, sino en el capitán Olmos, poseído por el demonio. Por eso, cuando Tania se ofreció a precedernos y entretener al cónsul y a su gente, le di la daga de San Pablo.

—Esto te protegerá en todo momento.

Brillaba como el sol, y pensé que había cambiado a mejor, que cada vez que derrotaba al diablo adquiría nuevo fulgor y mayor belleza.

—Esto es una joya.

—Y tiene poder sobre el mal. Te guardará en todo momento.

—Pero yo no soy creyente.

—Si tienes fe en tu Dios, la daga te guardará igual.

Tania besó la empuñadura y luego me besó a mí. Tenía luz en los labios, como si se los hubiera pintado de oro. Con la daga envuelta en el velo negro con que se embozaba, Tania se dirigió al palacio del consulado, del brazo del beato Ramón Santos, que la llevaba con tanta solicitud que parecía su padre, al menos su padre espiritual. Sé que el cónsul Batlle los recibió con todos los honores que merecía la hermana del almojarife de Bugía, y con el respeto debido al riquísimo Ramón Santos, de quien se decía que tenía tanta



influencia como el rey, pese a su gran humildad. Tania quiso conocer a toda la servidumbre y a todos los guardianes, incluso a los que custodiaban a su hija muy amada, y el cónsul accedió encantado. Se alinearon en el salón y la princesa les fue pasando revista, interesándose por sus vidas personalmente. Cuando llegó el turno del capitán Olmos, aquel hombre calvo, con la cabeza gacha, no se dignó responder.

—¿Y tú? —insistió la princesa—, ¿cuál es tú nombre?

—Nombre y ocupación —instó el cónsul Batlle.

Olmos levantó la cabeza y abrió la boca en una mueca horrible: tenía los dientes llenos de sangre.

—Ahora, no —ordenó el cónsul.

Pero Olmos creció tanto que su cabeza tocaba el techo, y tenía la tez completamente azul, los brazos peludos como un monstruo. Se echó a reír de un modo estentóreo y Tania comprendió que, aunque no creyera en la fe cristiana, era el momento de echar mano a la daga de San Pablo. Cuando Olmos la vio, pareció enloquecer. Empezó a desintegrarse en un montón de gusanos, pero antes de desaparecer empujó la daga contra el pecho de Tania y se la clavó con saña. La princesa quedó tendida en el suelo y derramaba mucha sangre por la herida. En vano intentaron socorrerla, su cara palidecía por momentos y se veía a las claras que se estaba muriendo. Ramón Santos le sujetaba la cabeza y se desvivía tratando de infundirle coraje y pidiendo auxilio a gritos; cuando vio que no había nada que hacer empezó a rezar mentalmente, pero luego optó por dirigirse a Tania con desesperación:

—Habla, hija mía: di algo, lo que sea...

—Al menos muero por algo en lo que creo.

—Sigue hablando, sigue hablando.

—Creo en el amor.

—Sigue hablando.

Santos sabía que si dejaba de hablar ya no podría volver a hacerlo; moriría. Pero la princesa estaba dando las últimas boqueadas, pálida como la cera. En eso se abrieron las puertas y entró un ángel, o al menos parecía un ángel, con el pelo descuidado, pero liso y brillante como el oro, una túnica blanca, deshilachada, y los brazos abiertos. Era Adela, el muchacho que habíamos acogido al apartarnos de la costa de Menorca, donde su padre quedó saludando lánguidamente desde la cubierta de un pequeño laúd de pesca. Adela se aproximó a Tania, le tomó la mano, sonrió y la princesa fue

recuperando lentamente el color. Cuando pudo incorporarse, totalmente recuperada, tenía la daga de San Pablo en la mano y el suelo estaba completamente limpio de sangre.

—Esto es un milagro —dijo el beato Ramón Santos.

Tania sonreía, con las pupilas llenas de luz, y todo el mundo en el palacio del cónsul experimentaba un gran alivio.

A esa hora nosotros ya habíamos aprovechado la consternación general para entrar en el dormitorio de Carmen con grandes fardos de ropa y llevárnosla ovillada en una cesta. Cuando en la verja del jardín nos dieron el alto, apareció el hermano Pino de los Copones detrás de una columna y descalabró a los guardias a base de codazos contundentes. Luego nos acompañó a la calita donde se hallaba la cueva de Abbud, que nos exhortó a que embarcáramos en seguida y nos hiciéramos a la mar. Carmen y Cara de Rosa estaban confundidos en un abrazo, sin atreverse ni siquiera a hablar; creo que esa fue una de las pocas veces que le vi llorar, que vi llorar a mi amigo del alma Alejo Cara de Rosa. Carmen le enjugaba las lágrimas en silencio, pero también lloraba. María y yo también nos abrazamos, y asimismo estábamos a punto de llorar. Era noche cerrada. No había luna, al menos no a la vista, y en la proa de la Magdalena Segunda, como indicándonos el camino, solo se percibía el resplandor de la túnica blanca, deshilachada, con la que se cubría Adela. Aunque todavía no sabía de lo ocurrido en el salón del palacio del consulado, pensé que era un ángel. Me ratifiqué en mi suposición cuando se me acercó y me entregó la daga de San Pablo.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Tania?

—Tania está bien.

—Ahora tendremos dos clases de naves al acecho —dijo el capitán Llana al día siguiente, a la vista de un mar ensombrecido por las nubes del cielo, vasto como el horizonte, donde no se veía ni un alma viviente.

—Ahora tenemos el amor —dije yo—, puesto que María y Carmen están con nosotros.

—Bendita dicha la vuestra. Con esto doy por bien empleadas todas estas angustias.

Nos habíamos comprometido a llevar el libro del peregrino al beato Ramón

Santos, que parecía ser su dueño, o al menos el más legítimo de sus dueños, y además teníamos que conseguir regularizar nuestra situación, acallar al viejo Nicolás Mercader y al cónsul Batlle, y sabíamos que esto solo podría conseguirse con el libro, de modo que pusimos rumbo a Tánger, pese a que para llegar a esa ciudad, situada poco menos que en el fin del mundo, teníamos que pasar cerca de Mallorca, demasiado cerca para mi gusto.

—No nos detendremos en ningún puerto —dijo el capitán Llana—, aunque tengamos que racionar el agua y la galleta.

—Me parece lo más prudente.

—Los vigías habrán de tener los ojos muy abiertos para avisar de la presencia de cualquier barco sospechoso.

Navegamos muchos días con unas condiciones atmosféricas irregulares. Aunque no padecimos ninguna tormenta pertinaz, sí hubimos de vérnoslas con fuertes ventoleras y olas rabiosas que se deshacían en espuma y parecían bocazas dispuestas a engullirnos. Como digo, ningún vendaval fue lo bastante virulento como para dar al traste con aquel barquichuelo añoso, que había sabido recorrer muchísimas millas de agua, pertrechado ahora con remos, que se llamaba Magdalena Segunda. Las rachas de aire se alternaron con grandes lapsos de calma chicha en que los remeros lo daban todo a sus fuerzas, mermadas por la energía ya derrochada, o simplemente nos deteníamos a esperar que volviera a levantarse un poco de viento y que fuera favorable. Naturalmente, yo permanecía ajeno a todo este sufrimiento, viviendo en una especie de mundo ideal en el que creía que nada podía afectarme, simplemente porque tenía a María, y con ella tenía el amor. A Cara de Rosa debía de sucederle lo mismo, sobre poco más o menos, aunque estoy seguro de que mi amigo tenía los pies mucho más asentados en el suelo de lo que los tenía yo, que apenas me daba cuenta de nada. Si me hubieran dicho que micer Nicolás Mercader estaba a la vista, encaramado en la proa de una nave mucho más poderosa que la nuestra, tampoco me habría sobresaltado; seguramente me habría limitado a sonreír y comentar que ya estaba viejo para esos trotes. Si me hubieran asegurado que era el cónsul Batlle quien venía, y que llevaba en el mástil la enseña del diablo, o el mismísimo diablo por enseña, me habría limitado a sonreír, condescendiente, y comentar que al fin y al cabo su ira era bien explicable en un padre celoso de su retoño. Si me hubieran comentado que el gobernador Ben Boufrah en persona nos esperaba con una escuadra mortífera ante las costas de Tánger, para defender el libro del

peregrino, que consideraba suyo, me habría despreocupado diciendo:

—El libro solo va con quien quiere ir.

Debíamos de estar ya cerca de Tánger, al menos por la sensación que tenía yo de haber recorrido medio mundo en brazos de mi amada, cuando lo que sucedió fue lo primero que he dicho.

—¡Barco a babor! —anunció el vigía.

Debía de ser un barco muy grande, porque se le veía venir desde muy lejos, velas desplegadas, tan raudo que no había tiempo de realizar ninguna maniobra para escondernos.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Cara de Rosa, mucho menos incauto que yo.

—Confiar en Dios —dijo el capitán Llana.

El barco se acercó lo suficiente como para que pudiéramos distinguir la bandera de la Corona de Aragón, pero no era un buque mercante, y si lo era, era el mayor de cuantos existían en el mundo, alto como una torre, provisto de un poderoso velamen y de tantos remos que parecía un ciempiés dorado. En la Magdalena Segunda todo era silencio; casi no nos atrevíamos ni a respirar, y se oían crujir los mástiles como si fueran graznidos de gaviotas entre las sacudidas de las velas.

—Algo me dice que esos no vienen en son de paz —dijo el capitán Llana, y sus palabras se oyeron en todos los rincones de la Magdalena Segunda, tal era el mutismo general.

El barco siguió acercándose hasta que pudimos leer su nombre: *La Princesa*. Era, desde luego, una galera enorme, capaz para cientos de soldados, y había en cubierta gran bullicio de gentes.

—Esos vienen a por nosotros —confirmó entonces Cara de Rosa.

Señaló el mascarón de proa, que era la figura de una mujer con el cabello y las vestiduras agitadas por el viento y que yo asocié en seguida con María; allí, sentado a horcajadas, pese a su edad y a los peligrosos cabeceos del buque, se hallaba un hombre de aspecto frágil que si no era Nicolás Mercader se le parecía como una gota de agua a otra gota de agua.

—Es Nicolás Mercader.

—Estamos perdidos.

—Esa «princesa» va a partirnos por la mitad.

Nicolás Mercader, o el hombre que se le parecía en gran medida, alzaba el brazo con furia y parecía estar dando voces de abordaje.

—¿Qué vamos a hacer?

—Fuerza será rendirnos.

Entonces me acordé de Adela, el muchacho que siempre estaba con nosotros, con María y conmigo, como si efectivamente fuera nuestro hijo. Incluso dormía con nosotros, envuelto en nuestras mismas frazadas para que le diéramos calor, y si alguna vez lo alejábamos, para librarnos a los delirios del amor, al cabo volvía tiritando, no sé si de resentimiento o de frío. Le había preguntado muchas veces si era un ángel y me había dicho siempre que no. También le había preguntado si era Ana, la hija de Francisco Tobar, y la respuesta había sido igualmente negativa. Ahora, ante la inminencia del abordaje de Nicolás Mercader y la nueva pérdida de mi mujer, María, de Carmen, la mujer de Cara de Rosa y quién sabe si de la vida, salí por fin de mi embobamiento y volví a preguntar:

—Dime, Adela, ¿eres un ángel?

—No.

Pasé la mano por su cabello revuelto, pero sedoso, y dejé escapar:

—Lástima. Si lo fueras quizá podrías salvarnos.

Adela me miró con una luz muy intensa en los ojos. Trepó a lo alto del mástil con los pies descalzos y abrió los brazos al sol, como si quisiera ocultarlo con su figura escuchimizada. Entonces, lentamente, el sol fue oscureciéndose. Sé que de pronto empezó a levantarse mucha niebla, señor García Santana, que fue un fenómeno perfectamente natural, pero entonces habría jurado que era obra del muchachito a quien llamábamos Adela y que no sabíamos si era niño, niña o simplemente un ángel del bien. La enorme mole de la galera La Princesa empezó a volverse borrosa, y el capitán Llana dio a toda prisa las órdenes pertinentes para escapar, guiados por su instinto. La verdad es que navegamos a ciegas en una niebla tan espesa que no veíamos más allá de nuestras narices, y estábamos seguros de que el hombre al mando de La Princesa, por mucha que fuera la saña de Nicolás Mercader, no se atrevería a moverse en aquellas condiciones de pura ceguera, porque no había dos marinos que pudieran tener la valentía y experiencia del capitán Llana. Cuando las sombras y la bruma se diluyeron en la noche impenetrable, aun tardamos muchas horas en vislumbrar a lo lejos la llamita parpadeante de una hoguera redentora.

—Señores —anunció el capitán Llana—, estamos entrando en el puerto de Tánger.

—¿Cómo lo habéis logrado?

—Conozco estas aguas como la palma de mi mano.

Ya era de día cuando desembarcamos, pero la niebla aún no se había disipado; persistió varias horas más, hasta que el sol estuvo alto en el cielo. Conocíamos el camino del palacio de Ben Boufrah, y los hombres que subieron a bordo, a inspeccionar el barco, también nos conocían, de modo que no tuvimos grandes dificultades en ponernos en camino hacia lo que considerábamos nuestra salvación.

—¿Qué le vas a decir al gobernador?

—Apelaré a su amor por Marta y le haré ver que la nuestra también es una causa de amor.

—¿Y para que suelte el libro del peregrino? —dijo Cara de Rosa.

—Si hace falta, lo robaremos.

—Entonces tendremos a tres perseguidores pisándonos los talones.

—No importa. Ya empezamos a acostumbrarnos.

En palacio retuvieron al capitán Llana y nos hicieron pasar a nosotros, con nuestras mujeres, al salón donde Ben Boufrah recibía a los embajadores. María fue de gran ayuda en eso, pues habló a los vigilantes en su misma lengua y la reconocieron. Aguardamos durante un buen rato en el salón encortinado, sumido en una penumbra empalagosa, a base de reflejos rojos, arabescos complicados y almohadones de satén. No osábamos ni a hablar; yo creo que ni siquiera nos atrevíamos a pensar, pendientes de lo que pudiera pasar, con el corazón encogido por saber si Ben Boufrah aceptaría socorrernos. Al cabo de mucho tiempo entró una niña aparatosamente envuelta en tules, de andares tan suaves que apenas tocaba el suelo para desplazarse y modales muy refinados para su corta edad. Era Marta. Abrazó a su madre, se besaron, y luego se miraban y volvían a besarse, y hablaban en cuchicheos, la niña poniendo la cabeza sobre el regazo de la madre, con una sonrisa encandilada que denotaba lo mucho que la había echado de menos. Los demás no nos atrevimos a empañar su intimidad; nos mantuvimos prudentemente alejados hasta que entró Ben Boufrah vestido de blanco, con un turbante tan voluminoso que parecía que llevara una nube en la cabeza. Nos inclinamos en una profunda reverencia y nos hizo seña de que nos

incorporáramos. Se había sentado sobre una verdadera montaña de almohadones y supuse que ahora yo podía hablar.

—Hemos venido a implorar vuestra ayuda —dije.

Me hizo seña de que me callara y llamó a María a su lado. Luego madre e hija se sentaron a sus pies.

—Conocemos vuestra generosidad y queremos solicitar vuestro apoyo en la causa de nuestro amor —volví a hablar.

Callé. Ben Boufrah parecía sumido en oscuros pensamientos.

—María y yo somos marido y mujer, lo mismo que Carmen y mi hermano, más que amigo, Cara de Rosa, pero somos víctimas de una maquinación contra nuestra felicidad y no podemos demostrarlo.

—Difícil causa.

—Para demostrarlo deberíamos contar con el favor del libro del peregrino.

—¿Qué tiene ese libro que pueda ayudaros?

Me levanté y avancé un paso.

—Poder —dije.

—El libro del peregrino se lo ofrecí a mi esposa como regalo de boda.

Entonces Marta se levantó a su vez; vi que era demasiado alta y hablaba con demasiada sensatez para tener apenas dos años y medio.

—Yo quiero a mi señor *esposa*, pero quiero más a mi mamá, y si ella *sería* contenta yo le daría el libro antes... —sonrió, acarició la nariz de María y añadió—. Te lo regalo.

—¿Aunque vaya contra los intereses de tu papá?

—Yo también *quiere* a mi papá, pero *quiere* más a mi mamá.

—Sea —dijo Ben Boufrah solemnemente—; tendréis lo que pedís, puesto que así lo quiere mi esposa.

Acto seguido, sin que yo tuviera tiempo de celebrar aquella decisión salomónica, abrió los brazos como para dar entrada a uno de los enviados a quienes solía recibir en aquel salón y entró un hombre de pelo entrecano, calzado con babuchas, alto y delgado, que estaba ridículísimo con el atavío moruno con que se cubría: era nada menos que el cónsul Batlle. Hizo una cortesía y antes de que pudiéramos lamentarnos de su presencia entró por el otro lado un hombre viejo, con la cara apergaminada donde no tenía barba, asimismo alto y algo encorvado: era micer Nicolás Mercader. Él también inició una reverencia cuando yo ya exclamaba:

—Estamos perdidos.

—Que cada uno tenga lo que es suyo —dijo Ben Boufrah—, y estas mujeres pertenecen a estos hombres, al menos hasta que se demuestre lo contrario; vosotros tendréis vuestro libro y ellos tendrán a sus mujeres.

—Las nuestras —protesté.

Ben Boufrah extendió la mano, ordenándome silencio.

Más tarde tuve tiempo de calcular que Nicolás Mercader había entrado en Bugía poco después de salir nosotros, quién sabe si al mismo tiempo. La Princesa era la nave más poderosa que había podido armar y, si no a un ejército, cobijaba a un buen puñado de esbirros. No sé si siguió nuestro rastro por indicaciones de testigos que nos hubieran visto pasar, o si fue lo suficientemente listo para adivinar que nos dirigiríamos a Bugía aun a pesar del peligro que corríamos. Debió de encontrar al cónsul Batlle sumamente apesadumbrado, y suponiendo que María nos llevaría a donde estaba su hija, se nos adelantó, pues su buque era mucho mejor que el nuestro. Lo que no sé es cómo logró orientarse en la noche, impenetrable a causa de la niebla, y llegar a puerto antes que nosotros.

—Debo de estar haciéndome viejo —dijo el capitán Llana—, en otro tiempo habría llegado primero.

Al cabo de unos días, en los que no volvimos a ver a María ni a Carmen, supimos que la galera La Princesa se había hecho a la mar llevándose a nuestras mujeres. Ben Boufrah nos había vuelto a enfrentar con Nicolás Mercader y con el cónsul Batlle, que continuaban vestidos a la moruna, lo cual les hacía parecer a mis ojos como peleles. Nicolás Mercader me dijo:

—Podría hacerte encerrar con solo confiar el caso de tu obstinación y secuestro reiterado a la justicia, pero no lo voy a hacer. Creo que la ausencia de amor es suficiente castigo para un joven impulsivo como tú.

—Un castigo peor que la muerte.

Nicolás Mercader movió su brazo izquierdo con desprecio, como si quisiera borrarle del mapa, y pidió permiso al gobernador para retirarse.

—Yo no soy tan magnánimo —dijo el cónsul Batlle, con los ojillos encendidos en cólera—, tened por seguro que si volvéis a poner los pies en Bugía os haré colgar a los dos del patíbulo.

Ya se iba cuando Cara de Rosa se apresuró tras él para llamarle la atención



por la espalda, a fin de que se detuviera. El cónsul se volvió, contrariado.

—Volveremos a Bugía, y me llevaré a tu hija.

—Colgarás en la plaza de la alhóndiga hasta que te pudras, y tu amigo también.

Se fue despacito, aguzando el oído por si decíamos algo más. Pero estaba todo dicho.

Sin tener a María a mi lado, cuando ya me había acostumbrado a disfrutar el amor verdadero, se abrió un abismo en mi ánimo; pero esta vez contaba con poder salvar cualquier dificultad con el libro del peregrino, pues Marta había accedido a entregárnoslo con la aquiescencia de Ben Boufrah. Aun así, permanecí algunos días apesadumbrado, casi sin distinguir la luz de la oscuridad, siempre confinado en mi lujoso aposento, al que asomaba de vez en cuando mi amigo Cara de Rosa. Afortunadamente para él, era un hombre práctico; se acostumbraba pronto a la felicidad y también a la desdicha, y suplía la falta de Carmen con múltiples aventuras galantes, para las que en el palacio del gobernador había mujeres de sobra. A veces vino acompañado por dos huríes tentadoras, de esas que habían sido creadas para complacer a los bienaventurados en el paraíso de los musulmanes, dos beldades tan seductoras que habrían hecho pecar a un santo; venía cargado de humor y me decía:

—Vamos, te cedo la que prefieras, que un clavo saca otro clavo.

—Mi padre lo habría dicho mejor.

—¿Y?

—Lo siento, pero no puedo.

No podía apartar a María de mi mente y él lo sabía. También Ben Boufrah debía de saberlo, o al menos sospechar mi desolación, porque nos volvió a llamar al cabo de algún tiempo y dijo:

—No podía hacer otra cosa, comprendedlo. Esos eran señores muy poderosos, y tenían a la ley de su parte.

—¿Desde cuándo a Ben Boufrah le preocupa la ley?

Ben Boufrah sonrió.

—Tienes razón. Debería de haberlos hecho empalar.

Luego dio entrada a Marta con uno de sus gestos teatrales. El salón estaba

sumido en la penumbra, pero Marta era una niña tan agraciada que parecía iluminarlo al paso de sus pies diminutos, calzados con graciosas zapatillas. Traía el libro del peregrino, lo reconocí en seguida, pese a que me pareció mucho más grande de lo que solía ser, tal vez porque Marta era muy pequeña en comparación con el volumen encuadernado en piel oscura y adornado con pedrería que apenas lograba aupar. A su lado un siervo bondadoso parecía dispuesto a llevarla en brazos a ella y al libro, pero Marta se esforzaba en realizar sola la proeza de transportarlo. Cuando estuvo frente a Ben Boufrah extendió los brazos para alcanzarle el volumen, pero él lo rechazó con las manos y negó acto seguido con la cabeza.

—Debemos cumplir nuestra promesa, dáselo a él.

Marta se me acercó, pero creo que yo también di unos pasos hacia ella.

—Gladis, señor —dijo—, el regalo es *de ti*.

—Será mío si se deja tener.

Al cogerlo el libro se iluminó, como si se tratara de una ventana que se abriera al sol esplendoroso del mediodía, y nos cegó a todos con su luz.

—El libro se deja tener.

No sé quién lo dijo, en todo caso era una voz muy bien timbrada que, cosa extraordinaria, salía del propio libro.

Me lo llevé a mi aposento y lo puse sobre el alféizar de la ventana, que era baja y de muro tan ancho como un facistol. Allá en lo alto, vi asomar la luna, delgada como la hoja de una cimitarra y reluciente en medio de la noche. Me dormí sin haberme atrevido a hojearlo, aunque tenía muchas ganas de hacerlo, pero empezaba a creerlo un libro sagrado y no me sabía digno de él. Me dormí presa de la inquietud y me desperté muchas veces, y cada vez abría mucho los ojos hasta que conseguía distinguir la silueta del libro, gracias al levísimo resplandor de la luna. Habría sido mejor ponerlo a mi lado sobre el lecho, o abrazarme a él para sentirme reconfortado con su presencia, pero no me atreví. De modo que buena parte de la noche transcurrió para mí en un duermevela intranquilo, hasta que me dormí como una piedra cuando ya empezaba a pensar que me levantaría y dejaría transcurrir el resto de la noche hojeando aquel libro misterioso. Desperté con una luz tan intensa en la habitación que pensé que debía de ser por lo menos mediodía. Busqué el libro y lo encontré abierto. Miré en derredor, por si alguien había entrado con la intención de usurpármelo, pero no vi a nadie, y el pestillo de la puerta estaba echado. De pronto, mirando hacia el techo blanco, me sobrecogí, porque

estaba garabateado con dos palabras, repetidas cientos de veces: Ramón Santos.

Cerré el libro con la intención de correr en busca de Cara de Rosa y del capitán Llana para contarles el caso, y en cuanto lo cerré volvió a hacerse la oscuridad más absoluta, tanto que para desplazarme por la habitación tenía que andar tentando las paredes. Miré a lo alto de la ventana y la luna seguía campeando en medio de un cielo azul oscuro, casi negro: debía de haber pasado muy poco tiempo, y el sueño profundo en que creí haber caído debió de ser cosa de pocos minutos. Me acosté, esta vez abrazado al libro. «Ramón Santos», dije para mí. Era extraordinario. Nunca supe en qué momento me dormí, ahora sí definitivamente, de modo que desperté al amanecer, todavía agarrando el libro entre mis brazos.

Lo primero que hice fue mirar al techo, para volver a leer el nombre del beato Ramón Santos, pero el techo estaba perfectamente blanco, sin mácula, y desde luego no parecía haber tenido nunca nada escrito. Bajé en seguida en busca de mis amigos.

—Debes de haberlo soñado —dijo Cara de Rosa.

—Era muy real.

Tenía una mujer desnuda a su lado.

—«Esto» es real.

Sin embargo el capitán Llana, cuando se lo conté más tarde, se quedó un buen rato pensativo.

—Los caminos del Señor son insondables —dijo.

Acaricié el lomo del libro, donde se podía percibir el tacto rasposo de la pedrería incrustada en la piel; lo examiné con cuidado, pero no había nada escrito; solo lentejuelas, representaciones de estrellas, y una cruz en la portada.

—¿Has abierto el libro?

—No

—¿A qué esperas?

—No me atrevo.

Cara de Rosa lo tomó en sus manos con cierta brusquedad.

—Dame.

Pugó por abrirlo, pero no podía.

—Está más cerrado que una ostra.

—Una ostra gigante.

—Tal vez tenga una perla dentro.

Consiguió entreabrirlo, con un esfuerzo titánico en el que empeñó buena parte de las uñas; metió un dedo y hubo de sacarlo en seguida, de otro modo se lo habría roto o quién sabe si cortado. Profirió un alarido, más que un gemido.

—¡Ay!

—El libro solo se deja tener por quien quiere —recordé.

De un modo intuitivo, sin pensar lo que hacía, decidí abrirlo y lo conseguí con una facilidad inusitada. Brotó una ráfaga de aire que nos echó a todos los cabellos hacia atrás, y luego vimos las letras negras que estaban escritas sobre sus páginas. Eran negras —en ningún caso eran doradas— sobre fondo blanco. Por lo demás...

—¡Es extraordinario!

—¡Inaudito!

Por lo demás, aquello no era latín, ni tampoco había ninguna oración; eran solo dos palabras que se repetían una y otra vez: «Ramón Santos».

—Es evidente que el libro quiere que lo llevemos a Ramón Santos, su dueño verdadero.

Pasé una a una todas las hojas, y en todas se repetía lo mismo; Ramón Santos, Ramón Santos, Ramón Santos... hasta la saciedad. No había ni un solo himno litúrgico, ni un solo dibujo, nada, solo Ramón Santos.

—Si el libro quiere ser llevado a Ramón Santos —dije—, lo llevaremos a Ramón Santos.

## Capítulo 7

El beato Ramón Santos estaba en Bugía, y llegar hasta él, cuando el cónsul Batlle había prometido colgarnos si volvíamos a pisar la alhóndiga, era peliagudo. Pero el libro había hablado y teníamos que seguir sus designios si queríamos lograr su favor para poder demostrar la verdad de mi matrimonio y del de Cara de Rosa. Yo tenía fe ciega en aquel libro, de modo que rogué al capitán Llana que hiciera un último esfuerzo y nos llevara otra vez a la calita de Abbud Sâleh, por ver de entrevistarnos de incógnito con el beato Ramón Santos. Cara de Rosa, aun habiendo asistido al último prodigio del libro, continuaba mostrándose escéptico, y dijo:

—Nos estamos metiendo en la boca del lobo.

—El libro nos protegerá.

—Dios te oiga. Por otro lado, ardo en deseos de volverme a robar a Carmen.

Habíamos zarpado de Tánger el cuatro de abril, un día cargado de significación para mí, pues era el quinto aniversario de mi boda secreta con María, y al amanecer de uno de aquellos días primaverales Cara de Rosa se levantó con una idea descabellada en la cabeza.

—Viremos en redondo —sugirió—, y veremos hasta qué punto desea el libro que lo llevemos a Bugía.

—No tentemos a la suerte.

—Demos la vuelta, si el libro nos lo impide, creeré.

—No podemos perder más tiempo. Tanto el cónsul Batlle como Nicolás Mercader deben de haber dejado vigías y embarcaciones emboscados en todos los puntos estratégicos de este mar, y si volvemos atrás quizá ya no tengamos ocasión de recuperar el tiempo perdido.

Me miraron a mí, esperando que expresara mi opinión, y yo permanecía en silencio. Era arriesgado, era jugar con el destino, y no tenía por qué esperar del libro una prueba fehaciente, como Santo Tomás cuando metió el dedo en la llaga de Jesucristo; era desatinado, el libro podía enfadarse con nosotros y retirarnos su favor, si es que lo teníamos, pero al fin dije:

—Volvamos atrás.

El capitán Llana no contestó; mandó virar, y la maniobra se realizó sin ninguna dificultad. Empezamos a navegar de regreso hacia Tánger, con viento favorable. Cara de Rosa no tenía aspecto de triunfo; sabía que aquello desbarataba todas mis suposiciones, todas mis expectativas, y también las suyas. Recorrimos muchas millas bajo un sol cálido que sonreía en lo alto casi con cara de bondad. De pronto, cuando yo ya estaba más desalentado y había empezado a despedirme para siempre de mi mujer, cuando pensaba que el libro era solo un libro y que alguien se había entretenido en llenarlo con el nombre del beato Ramón Santos, el cielo oscureció sobremanera y se levantó un viento contrario que empujaba olas cada vez más altas en nuestra dirección.

—¡Arriad velas, vamos a zozobrar!

—No —grité—; demos la vuelta otra vez.

—¿Estás loco, quieres que nos hundamos?

—Demos la vuelta otra vez.

Dimos la vuelta y todas las cuadernas del buque parecían desencajarse. Íbamos a una velocidad endiablada, con las velas desplegadas, y nos habíamos atado todos en cubierta. Los esclavos empezaron a rezar, mejor dicho, a cantar, rezando. Sabían que si se hundían con el buque, morirían amarrados a los remos; pero nosotros también sabíamos que moriríamos, no se salvaría nadie.

—Si el libro flota, podría ser tu única tabla de salvación.

Pero no nos hundimos. Hubimos de permanecer atados durante toda la noche, que siguió a la oscuridad impenetrable del día, y al amanecer un sol tibio, benefactor, secó nuestras ropas empapadas y fue calentándonos poco a poco, consiguiendo que dejáramos al fin de tiritar de frío. Avanzábamos en dirección a Bugía.

—Dijiste que si el libro nos impedía avanzar en sentido contrario, creerías.

Cara de Rosa puso la mano sobre el libro, que yo no había abandonado en ningún momento.

—Es de locos, pero creo en este libro.

Nos dirigíamos otra vez a Bugía, que era lo mismo que decir a nuestra perdición, porque el cónsul Batlle había puesto precio a nuestras cabezas. Éramos dos hombres jóvenes y uno viejo, más un muchacho o muchacha al que llamábamos Adela, en busca de un libro contra el mismísimo demonio, pues no se nos escapaba que el capitán Olmos estaba a las órdenes del cónsul Batlle. Inútilmente buscamos el rastro del buque fastuoso al que llamaban La Princesa; era una nave veloz y debía de haber llegado con buen viento a su destino, que a todas luces debía de ser el puerto de Santa Catalina de Sóller, después de haber dejado al cónsul con su hija en Bugía. No sé si Cara de Rosa elucubraba sobre la suerte que pudiera haber corrido Carmen, supongo que sí, pero lo que es yo no hacía otra cosa que imaginar a María prisionera en la lujosa finca de Villamar, oteando el mar al anochecer, por ver de seguir el camino del sol hacia Tánger y volvernos a encontrar. Después supe, señor notario García Santana, cómo fueron aquellos días para ella. El viejo Nicolás Mercader le había dicho:

—¿Te das cuenta de que debo castigarte por tu rebeldía?

—Castigadme, pues lo tengo merecido.

—Cualquier juez daría la razón a este marido rico y envilecido, aun sin necesidad de soborno. La pena sería terrible. Encerrarte en una lúgubre mazmorra, o emparedarte de por vida; tal vez marcarte con marcas indelebles, como las que surcan ahora las mejillas de Simona; o algo peor, colgarte en la horca.

Simona había dejado Villamar con el rostro cubierto por un velo. Nadie sabía adónde había ido a parar, pero en los oídos de María, y en los míos también, aun resonaban sus palabras, pronunciadas con odio: «Te mataré con mis propias manos». Mejor que se hubiera marchado, mejor que no volviera a aparecer por Villamar ni se arriesgara a ser castigada aún más duramente por micer Nicolás Mercader, que era lo suficientemente poderoso como para terminar con su vida en un santiamén.

—Si he de elegir, dadme la horca; limpiaréis vuestro honor, me evitaréis el sufrimiento de la cárcel, la agonía del emparedamiento y recibiré a la muerte como una amiga salvadora. En el otro mundo no harán falta pruebas para

demostrar a quién pertenece mi corazón.

—Dios castiga el pecado con la condenación eterna.

—Si Dios es amor, comprenderá mi pecado.

—Entonces ya sé cuál es el castigo peor para ti: continuar a mi lado, y tener que obedecer a tus deberes de esposa, ante mí y ante los demás.

—Merezco un castigo mucho más cruel. No dejéis que la gente se burle del comerciante Nicolás Mercader, que tiene el mundo a sus pies y sin embargo no puede atar corto a su esposa.

—Ya te he dicho cuál es tu castigo. No se me ocurre uno más cruel.

María se echó a llorar, suplicando un castigo atroz que la redimiera interiormente y le evitara tener que fingir reverenciar al que pasaba por ser su marido verdadero. Nicolás Mercader esbozó una sonrisa; sabía que había actuado de modo inteligente, que había tenido la frialdad necesaria para herir a María donde más le dolía. Cada vez que la veía llorar, o que veía sus ojos irritados por haber estado llorando, volvía a esbozar aquella sonrisa sarcástica, despiadada, porque sabía que el dolor era la constatación de que él había vencido. Y cuando alguien se atrevía a instarle, más o menos veladamente, a que escarmentara a su esposa con un castigo ejemplar, decía:

—Ya está lo suficientemente escarmentada. Creedme, sabe más el diablo por viejo que por diablo.

Presentó a su mujer en todas las ocasiones públicas que lo exigían, la obligó a guardar compostura y aceptar que había sido vilmente secuestrada por mí, que merecería el castigo que me impondría la justicia en cuanto pudiera encontrarme, y la hizo objeto de su lujuria las veces que su cuerpo caduco aún se lo permitía. María se refugiaba en la soledad, como si fuera una dama triste que acogiera sus lágrimas en silencio, o en los brazos cansados de la nana Cañete, que aún tomaba su cabeza sobre su regazo como cuando era niña y la consolaba con dulces palabras, pese a que andaba falta de consuelo ella misma, víctima de todos los males de la vejez.

—No llores, mi niña; un día ha de ser buen día, y como hay Dios en el cielo has de tener lo que te es debido.

—Creo que ya tengo lo que es debido.

—No. Gladis es tu marido, y un día la verdad ha de salir a la luz. A veces se hace más en un día que en toda una vida.

—Ay, mi nana; suerte que aún te tengo a mi lado; ¿qué haría yo sin tu consuelo?



—Pero yo ya estoy muy vieja. Los años no perdonan, y un día habré de dejarte.

—Tú vivirás mil años.

—Nadie vive mil años; ni siquiera cien, y yo ya he perdido la cuenta de los años que tengo.

María entristecía. El consuelo de la nana Cañete no tenía que faltarle, no podía llegar a faltarle.

—Quiera el cielo que cuando yo muera tú ya tengas a tu marido verdadero.

María sonreía entre lágrimas; ¡cuánto la quería aquella mujer! El amor era lo mejor del mundo; el amor la hacía superar los achaques de la vejez, solo esperando verla feliz conmigo antes de morir; eso le daba vida. A través de ella María cobraba fuerzas, y alimentaba también una esperanza de volver a tenerme, pese a que cada vez quedaban menos esperanzas.

El resto de la travesía hasta Bugía fue, por otro lado, todo lo placentera que pueda esperarse de la recién iniciada primavera; no tuvimos grandes sobresaltos. Todos íbamos como ensimismados en la idea de que el libro del peregrino era una puerta abierta a lo sobrenatural, puesto que podía desatar tormentas y aun aplacarlas. A veces, cuando no había nadie en derredor, lo examinaba detenidamente en cubierta. Todas sus páginas continuaban garabateadas con el nombre de Ramón Santos, y en la media luz del anochecer mostraban un brillo fosforescente. No sé por qué, asociaba el misterio de aquel volumen con la personita sibilina que representaba Adela, medio muchacho, medio muchacha, mitad niño, mitad ángel. Siempre se le veía triste, silencioso, y cuando clavaba la vista en algún objeto era capaz de transmitirle alma, o al menos lo parecía: en adelante podría diferenciarse fácilmente entre los objetos semejantes, adquiriría personalidad propia. Distinguíamos así, porque habían quedado marcados, los ganchos, las cuerdas o las velas que él había tocado, y cuando se acercaba al libro del peregrino parecía mantener un diálogo sordo con sus páginas, pues todo él adquiriría su mismo fulgor.

—Dime, Adela —volvía a preguntarle—, ¿eres un ángel?

—Solo soy un muchacho.

Pero su voz era cantarina, y creo que no habría resultado nada difícil poner

música a las palabras que pronunciaba.

Cuando nos acercamos a la costa de Bugía, con la nave camuflada como buenamente pudimos para no delatar nuestra presencia, Adela se colocó de pie sobre el mascarón de proa, y con las vestiduras holgadas agitadas por el viento, lo mismo que su melena, parecía ciertamente un ángel. Permaneció inmóvil durante mucho tiempo hasta que levantó el brazo para señalar un punto luminoso en el horizonte. Un rayo de luz brotó entonces entre su humilde personita y el lugar de la costa donde Abbud Sâleh movía un espejo para hacernos señal de que podíamos acercarnos a salvo. Lo que nos preguntábamos no era la índole de aquel rayo, sino cómo se había enterado el moro Abbud Sâleh de que éramos nosotros, cómo había podido reconocer nuestra embarcación, si no es que estaba tan defectuosamente camuflada. Fue lo primero que dijo cuando desembarcamos:

—Habría conocido a la Magdalena Segunda entre mil naves.

Abbud Sâleh nos puso al tanto de los últimos acontecimientos en la alhóndiga de Bugía.

—Vino un barco digno de un príncipe, pues se llamaba La Princesa, y dejó en tierra al cónsul Batlle y a su hija, con un generoso cortejo. Aquí todo el mundo sabe lo acontecido, que un cristiano con rostro de ángel, pero un ángel del mal, a quien llaman Cara de Rosa roba de vez en cuando a Carmen, y lo hace tan impunemente que ahora el cónsul la ha encerrado en una habitación en lo alto de una torre a la que solo se llega salvando un laberinto inextricable, y por si alguien logra hallar el camino hasta la bella, la tiene rodeada de sedas y tules, y doncellas que la cuidan, dentro de un ingente capullo del que solo la sacará el galanteador que la merezca.

—Ese seré yo —dijo Cara de Rosa.

—Toda la ciudad está sembrada de piquetes dispuestos a matar a cualquiera que les parezca sospechoso; tal es su eficacia que ya han muerto muchos inocentes que no han logrado aclarar su identidad. La gente tiene miedo y denuncia por el solo afán de denunciar, con lo que aumenta el pánico. No veo cómo podáis acercaros a la torre o deambular por la ciudad sin que os detengan.

—Tenemos el libro del peregrino. Si él quiere llegar hasta el beato Ramón Santos, nos llevará con total seguridad.

Abbud Sâleh nos prestó sus ropas y nos embadurnamos la cara y las manos para oscurecer nuestra piel; estábamos dispuestos a imitar la voz, si nos daban el alto, y hablar las palabras de la lengua vernácula que conocíamos, con el acento más cerrado que pudiéramos fingir. Me puse el libro del peregrino bajo el brazo y cuando nos despedíamos, ya en el umbral de la cueva, pregunté a Adela:

—Dime una cosa, si tú fueras un soldado del cónsul, ¿nos reconocerías?

—Al instante.

—¿Por qué?

Se acercó a mí y me pasó un dedo por la cara, luego me lo enseñó, tiznado de betún. Me detuve un momento, descorazonado.

—Creo que voy a arriesgarme igualmente. Hay demasiadas cosas en juego.

—Voy con vosotros —dijo Adela.

Nos precedió de camino hacia la plaza de la alhóndiga, sin dudar un momento de la dirección que había de tomar; era como si hubiera estado allí toda su vida. Vestía una túnica humilde, tenía los pies descalzos y el pelo revuelto, y la verdad es que no levantaba sospechas; parecía un esclavo adolescente bajo nuestra tutela. Conté hasta tres piquetes de guardia que se limitaron a encogerse de hombros cuando nos vieron pasar, y empezaron a disiparse mis temores. Íbamos bien caracterizados, y con Adela ensimismado en congojas aparentes, nadie nos había de impedir el paso. Fue cuando un cuarto piquete nos detuvo.

—Alto, ¿quién va?

—Estos dos señores son mis amos, Afil y Fâdel —se apresuró a decir Adela—, y yo soy su esclavo.

Un soldado le abofeteó con tal fuerza que fue a parar al suelo. Sentí que la sangre se me encendía en las venas y derribé al agresor tras propinarle un certero puntapié en el tobillo. Entonces tres hombres más cargaron sobre nosotros. Cara de Rosa abatió a los suyos, pero Adela llevaba las de perder, con la mano de uno de los esbirros apretándole la garganta.

—Suelta al niño.

—¿Es un niño o una niña?

—Suéltale.

—Existe un método infalible para saber si es niño o niña.

La emprendí a golpes contra el bravucón, y contra dos más que surgieron de la nada. Les atizaba con el lomo del libro y quedaban sin sentido. Luego lo

dimos todo a las piernas. Llamamos a la puerta del beato Ramón Santos, y cuando el intendente To acudió a abrirnos, todavía jadeábamos. También vino Cecilia, la hermana del beato, que nos reconoció, a pesar del disfraz, y nos condujo a la capilla, donde aquel hombre santo parecía orar día y noche.

—Dichosos los ojos.

—Este sujeto —dije señalando a To— es un asesino; mató al rector Arcillares.

—Este hombre no ha matado a nadie —dijo Santos—; yo respondo por él.

Vio que miraba a To con saña y le mandó retirarse.

—¿Y el capitán Olmos?

—El intendente O está ahora al servicio del cónsul Batlle. ¡Oh, veo que traéis el libro, loado sea Dios!

Se lo di con aire triunfal.

—Mucha gente está dispuesta a matar por este libro. El cónsul Batlle, sin ir más lejos, nos hará colgar si puede apresarnos.

—No temáis; yo os protegeré.

—Va a hacernos falta; hemos machucado a unos cuantos soldados, de camino hacia aquí.

El beato Ramón Santos acariciaba el libro, aparentemente sin oírnos.

—Os alojaréis aquí. Conmigo estaréis a salvo.

—Tiene escrito vuestro nombre.

—¿Qué?

—Vuestro nombre figura en todas las páginas de este libro.

El beato abrió el libro con sobresalto, pero se calmó en seguida. Pasó varias páginas y todas estaban en blanco. Le arrebaté el libro con brusquedad. Lo hojeé de arriba abajo, con el corazón en vilo. Todas las páginas estaban en blanco, no había ni una letra.

—Ramón Santos. Vuestro nombre estaba escrito hasta la saciedad. Por eso hemos venido aquí, porque el libro os pertenece.

—Pertenece a la Asamblea de San Luis.

—Antes había dibujos y también textos litúrgicos, pero todo eso desapareció para dar origen a vuestro nombre.

No lograba salir de mi asombro.

Adela se levantó y posó la palma de la mano sobre el libro abierto. Musitó algo, con los ojos cerrados, y las páginas se llenaron de letras.

—Efectivamente, son textos litúrgicos —dijo Ramón Santos.

El intendente To volvió a asomar la jeta; el belfo de caballo le temblaba, perlado de gotitas de sudor.

—Mi señor, está ahí la guardia del cónsul; buscan a dos intrusos con un niño.

El beato Ramón Santos no perdió la calma.

—Hazlos pasar, pero despacito.

Se dirigió al altar, tiró de un dispositivo camuflado en la figura de un devoto en actitud de orar y abrió una puerta detrás del retablo. Había unas escaleras que llevaban a una cámara oscura.

—Pronto —nos hizo señas de que pasáramos a escondernos.

Cerró la puerta, recomendándonos que no hiciéramos ningún ruido, y oímos entrar a los soldados.

—¿Dónde están los proscritos?

Escuchamos la voz inocente del beato Ramón Santos:

—No sé lo que buscáis, pero en todo caso debe de tratarse de un error, porque aquí no hay nada.

Oíamos mal lo que se hablaba al otro lado del tabique. Nuestros ojos empezaban a acostumbrarse a la penumbra; había un ventanuco en lo alto, muy cerca de la bóveda, y una escalera hosca, resbaladiza que se hundía en la tierra. Optamos por bajar hasta el fondo.

—¿Qué es este libro?

—Como podéis comprobar... —hubo algo que no entendí—. Me disponía a oír misa.

—¿Dónde... el celebrante?

Habíamos optado por bajar la escalera con sigilo. Llegamos a un corredor franqueado por varias puertas, iluminado levemente por una rejilla muy alta. Abrí una de las puertas y había un camastro, una mesilla y un crucifijo colgado en la pared.

—Parece la celda de un convento.

Luego había más escaleras. Se perdían en una rampa sumida en la oscuridad más absoluta que debía de bajar poco menos que a las entrañas de la Tierra.

—¿A dónde lleva eso?

—Seguramente al Infierno.

Adela hizo un gracioso mohín. Se aventuró escaleras abajo y luego la fosforescencia, que rodeaba su cuerpo con un halo de leve resplandor, se perdió al fondo del túnel que debía de registrar muchos recodos. Tardó una infinidad de tiempo en volver. Mostró las manos sucias de mugre.

—He tenido que andar tanteando las paredes. Es un pasaje larguísimo. Yo creo que debe de llevar hasta el mar.

—Lleva hasta el mar —el beato Ramón Santos había bajado hasta donde estábamos, iluminándose con un farolillo—. Tendréis que alojaros en estas celdas; en caso de necesidad podríais escapar por esta vía. He tratado de despistar a los soldados de Batlle, pero no sé hasta qué punto lo he logrado. ¿Cuál es vuestro propósito?

—Liberar a Carmen, la hija del cónsul, y luego conseguir que el libro demuestre la veracidad de nuestros matrimonios, el mío con María y el de Cara de Rosa con Carmen.

—Para eso hacen falta pruebas.

—El libro las suplirá.

—Este es un libro santo, pero no puede fabricar pruebas.

—Vos lo haréis posible, puesto que os ha llamado a vos.

—Si el libro me ha llamado es para que lo devuelva a su dueño, que es la Asamblea de San Luis. Mandaré al intendente To a París, para que lo entregue al hermano Denis Couronne en persona.

—¿Y no vais a ayudarnos?

—Os ayudaré en todo lo que pueda, pero no puedo daros el libro.

Me enojé excesivamente.

—¿Con quién estáis vos? ¿Acaso nos habéis denunciado a los polizontes del cónsul?

—Si así fuera ya no estaríais aquí. Veré cómo puedo auxiliaros, pero el libro quiere ir a su dueño, que es la Asamblea de San Luis.

Durante los dos días que siguieron no abandonamos la casa del beato Santos. De día le buscaba en la capilla, y le contaba y volvía a contar todas las peripecias de mi vida, no solo las que atañían a mi relación con el libro supuestamente santo. Sabía que era un hombre bueno y tenía la secreta

esperanza de convencerlo. Pensaba que se había de enternecer forzosamente ante las muchas desventuras que habían entorpecido mi matrimonio con María y atentado contra nuestro amor, poco menos que imposible. Me escuchaba en silencio, a menudo en actitud de orar, y sus ojos se humedecían en lágrimas de compasión. Entonces yo insistía en la necesidad de lograr el favor del libro contra los poderes adversos, y le pedía que me enseñara a manejarlo, para poder obtener de él la gracia de hacer prevalecer la verdad.

—Tarde o temprano, la verdad siempre prevalece. No te hace falta el libro para eso. Además, yo no sé manejarlo, ni tampoco sabe nadie; es el libro quien nos maneja a nosotros.

—Pero este libro lo encuadernasteis vos, y debéis de saber cuál es su secreto.

—Me temo que el secreto se lo llevó el peregrino a la tumba.

—¿No hay forma de que nos ayudéis?

—Ya os ayudo escondiéndoo del cónsul Batlle. Además, he recabado el favor del almorjate Emul Salefa y de su hermana la princesa Tania; hoy mismo estarán aquí. También vendrá el hermano Guillermo Pino de los Copones, y si por mí fuera os instalaríais para siempre en la casa que llaman del retiro, tú, María, Carmen y tu amigo, y volveríais a ser ciudadanos de Bugía como ya lo fuisteis en esa misma morada.

—Conseguidme el favor del libro y todo eso será posible.

Luego pensé que si la gente del cónsul Batlle veía llegar el cortejo de la princesa y de su hermano Emul Salefa en seguida iban a sospechar; de Pino de los Copones, en cambio, no recelarían nada, puesto que era el confesor del beato Ramón Santos y frecuentaba muchísimo su domicilio. Él fue, por supuesto, quien llegó primero, y me pareció más alto y corpulento que nunca, incluso más campante. Nos abrazó burdamente, y si hubiéramos sido más enclenques nos hubiera dislocado los huesos, puesto que nos apretaba con fuerza después de habernos descargado un golpe de bienvenida en la espalda que más parecía mazazo que otra cosa. Luego anunció:

—La princesa y su hermano vienen por el túnel, para no despertar sospechas.

Entonces ya sabíamos que el pasaje subterráneo que llevaba hasta la capilla partía de una playita minúscula, rodeada de altas peñas, y que para acceder a la cueva que cobijaba la entrada había que mover una piedra que pesaba muchos quintales, si no se conocía el dispositivo que la desplazaba

sigilosamente. Emul Salefa llegó a pie, totalmente vestido de negro, seguido por el cortejo, que acarreaba la litera donde descansaba Tania. Ella, en cambio, vestía totalmente de blanco, y creo que era la luz de su rostro la que iluminaba el paso del séquito sobre el suelo desigual de aquel conducto. Emul Salefa venía imbuido de toda su gallardía; diría que no parecía que hubiera pasado ni un solo día desde la última vez que le vi, y Tania estaba bellísima, tanto que no parecía de este mundo.

—Eres tonto, si te dejas perder esta hermosura —dijo Cara de Rosa, y Emul Salefa debió de oírlo, porque dijo:

—Ella ya no es para ti.

Besé a Tania con júbilo, y fue ella misma quien corroboró:

—Voy a casarme con Da'ûd Qâsim; su nombre significa Gladis, y es extremadamente rico y joven.

—Y bien parecido, por añadidura.

—¿Es el dueño de tú corazón?

Tania clavó sus ojos en los míos.

—Eso ya sería demasiado. Rozaría la perfección, y la perfección no existe.

—¿Y la felicidad?

—Tampoco.

Después de la comida, que no tenía nada que envidiar a las espléndidas celebraciones en que se servían infinidad de platos y duraban hasta la caída del sol, entró una danzadora que oscilaba por el salón con infinita gracia. Llevaba el pelo suelto, muy largo, y vestiduras holgadas que dejaban adivinar la desnudez de su cuerpo bajo la tela. Sus manos eran largas, y parecían acariciar el aire, lo mismo que sus cabellos. Empujó un atril en el que descansaba el libro; Santos lo había hecho repujar en oro, pero era el mismo libro; lo habría reconocido entre cien. La danzadora lo abrió por la mitad y se fue con movimientos ágiles; si me hubieran dicho que se había ido volando, lo habría creído. Emul Salefa hojeó el libro, y la luz que emanaban sus páginas se reflejaba en su rostro como si fuera un espejo.

—Hum, una magnífica copia del Corán.

Miré con asombro al beato Ramón Santos.

—Cada uno ve en el libro lo que quiere ver.

Me acerqué y no vi ninguna letra escrita, ni tampoco, por supuesto, carácter árabe alguno. Vi a María, eso sí; su rostro inolvidable estaba en todas las páginas, y me sonreía. Me pregunté por qué habría querido ver días atrás el



nombre de Santos.

—¿Qué vais a hacer con este libro?

—Me propongo mandárselo a su dueño, Denis Couronne, el hermano Mayor de la Asamblea de San Luis.

Debió de adivinar mi inquietud, porque añadió:

—Pero no temáis, del mismo modo que cada uno ve en el libro lo que quiere ver, el libro solo va adonde quiere ir.

Entró el intendente To, claramente dispuesto para un largo viaje, y Ramón Santos le dio el libro.

—Llévalo a París.

Nos asomamos al ventanal para verlo partir con su cuadrilla de hombres intrépidos y malcarados; pensé que si alguno de ellos tenía madre, era capaz de matarla por unas monedas.

—El libro va adonde quiere ir; si no quiere ir a París, volverá.

—¿Y si efectivamente va a París?

—Se convertirá en algo muy valioso en manos de la Asamblea.

Miré al beato cara a cara. Nunca creí que me atrevería, pero de pronto me encontré diciendo:

—¿Matasteis vos al rector Arcillares?

—Yo nunca he matado a nadie.

—¿Le mandasteis matar?

—Nunca mandé matar a nadie.

—Dijo Dios a Moisés: «No matarás».

—«No levantarás falsos testimonios ni mentirás».

Callé. Si aquel no era un hombre puro, lo fingía perfectamente.

—¿Me ayudaréis al menos a liberar a Carmen, la hija del cónsul?

—En eso te vamos a ayudar todos.

No me quedaba, señor García Santana, más remedio que intentar llevarme a Carmen por la fuerza, con el concurso de Cara de Rosa, que era el verdadero interesado en su amor, y después salir en persecución del intendente To y del libro del peregrino, para viajar luego, cuando lo consiguiera, a Sóller y robarme a María para siempre. Viviríamos una vida de proscritos, escondiéndonos con el favor del libro, si era generoso con nosotros, y

procrearíamos a escondidas hasta que la muerte nos sorprendiera; pero entonces no habríamos vivido en vano, porque, aunque expatriados, habríamos conocido el amor. «Quien posea el libro del peregrino», había dicho el beato Ramón Santos, «poseerá la verdadera riqueza». El libro solo iba con quien quería ir, y si accedía a venir con nosotros, obtendríamos poco menos que la gracia de Dios. Esa era la justicia que me interesaba, la divina; no la de los hombres, que a menudo estaba empañada por las malas artes y no era sino iniquidad. El beato Ramón Santos también había dicho que cada uno veía en el libro lo que quería ver, y si nosotros queríamos ver nuestra dicha, entonces por fuerza había de sobrevenirnos la ventura.

—Se impone conseguir el libro del peregrino. Si accede a venir con nosotros, podremos ver en él nuestra felicidad, y entonces la disfrutaremos para siempre.

—Nadie posee nada para siempre —dijo Cara de Rosa.

—¿No crees, pues, que debemos intentar conseguir el libro?

—En eso estoy de acuerdo; no me fío para nada del tal To.

Emul Salefa y Tania fueron recibidos por el cónsul Batlle como su rango merecía, y la princesa recibió felicitaciones por su boda con Da'ûd Qâsim, aunque pienso que maldita la falta que le hacían. Por cierto que cuando conocí al prometido me quedé con la boca abierta: era de mi talla, pero las vestiduras negras le hacían parecer más alto que yo; tenía una poblada barba entre oscura y rojiza, y como no llevaba turbante la abundante cabellera negra le llegaba a los hombros, partida por la mitad por una raya perfecta. Creo que si me hubiera puesto sus ropas me habría parecido estar ante un espejo, de modo que en seguida urdimos un plan para liberar a Carmen: si Da'ûd Qâsim accedía a colaborar, yo podría suplantarle en una fiesta de compromiso, y me llevaría a Carmen a poco que se presentara la ocasión.

—No quiero enemistarme con el cónsul... —dijo Da'ûd Qâsim.

—Claro, no tienes porqué contribuir a cometer un delito.

Además, mi profunda amistad con Tania debía de parecerle más que sospechosa.

—De modo que tendrás que atarme y fingir que me has robado.

Le abracé como si le conociera de toda la vida; se comportaba conmigo como el más leal de los amigos.

Llegó la fiesta de compromiso, frente a los jardines del castillo del almojarife, aunque bajo techado, para proteger a los invitados del frío. Había

multitud de jeques ceremoniosos que se dirigían a Cara de Rosa y a mí, que apenas llevábamos los ojos al descubierto bajo la holgada indumentaria mora. Un hombre alto y corpulento me habló con gran regocijo y parecía que fuéramos viejos amigos. Se reía a mandíbula batiente y me dio un beso en cada mejilla, con lo que me sobresalté sobremanera, por temor a que descubriera el afeitado con el que simulaba la morenez de mi rostro. No entendía ni una palabra, y me limité a hacer muchas reverencias, lo cual dejó más que contento a mi interlocutor.

—Yo creo que ese ha bebido a escondidas —dijo Cara de Rosa, cuando el intruso se hubo alejado—, a menos que sea marica.

—En ese caso te convendría guardarte de su vista.

Apareció Carmen, primorosamente vestida, custodiada por un individuo más largo que un día sin pan, con unas manos como palas. Cara de Rosa la miraba con unos ojillos tan tiernos que ella en seguida se dio cuenta de la artimaña; el corazón debía de palparle a toda prisa, lleno de alegría, pero supo mantener las formas y esperar, adivinando lo que nos proponíamos. A la señal convenida, Da'ûd Qâsim salió al jardín y le asaltamos detrás de un arbusto.

—Alto —dijo cuando nos marchábamos—. Tenéis que golpearme.

—No puedo.

—Hacedlo, o nadie creerá que habéis arremetido contra mí. Ah, y es forzoso amordazarme.

Esto último lo hice en seguida, pero no podía pegar a quien me favorecía. Nos alejamos un paso.

—¡*Mméis mm mmegarme!*

Cara de Rosa se volvió y le dio tal patada que lo dejó turulato.

—Creo que me he excedido.

Cuando salimos al jardín, llevándonos a Carmen, aún estaba sin sentido. No pudimos intentar aliviarle, porque la mole de carne que custodiaba a la prisionera venía pisándonos los talones. Por fortuna habíamos avisado a los marineros más corpulentos de la Magdalena Segunda, que ya empezaban a hartarse de comer sardinas en la cueva de Abbud Sâleh. Para reducirle, tuvieron que atizarle tanto que estuvieron a punto de hacer una carnicería. Corrimos hacia la playita de Abbud, pero el capitán Llana nos dijo:

—Si nos vamos ahora, todos los barcos del cónsul saldrán en nuestra persecución.

Optamos por escondernos de nuevo en casa del beato Ramón Santos, adonde accedimos por el túnel.

Cara de Rosa pasó tres días de felicidad metido en su alcoba subterránea. Los criados dejaban provisiones en la puerta, y las provisiones desaparecían. No sé cómo se las arreglaban para el aseo, pensé que no era cosa mía. Vivía con el corazón en vilo, esperando que cada nueva visita a la casa fuera la gente del cónsul Batlle y arrasara con todo. El beato Ramón Santos me decía:

—No temas, no se atreverá a enfrentarse conmigo.

Pero yo no estaba tan seguro. Sabía que aún tenía al capitán Olmos bajo sus órdenes, y que este conservaba sus atributos diabólicos, pues había hecho alguna especie de pacto secreto con Satanás, de modo que esperaba su venida de un momento a otro, y tanto temor me hundía en la congoja. Quería enfrentarme de una vez por todas con él, derrotarlo con la daga de San Pablo y salir en persecución del intendente To.

—¿Por qué no viene el diablo?

—El diablo no se arriesgará a deshonar esta casa.

Claro, era eso; la casa del beato Ramón Santos estaba protegida por la bendición de Dios, y el diablo nunca se metía directamente con Dios. Al tercer día, cuando Cara de Rosa y Carmen salieron por fin de su encierro, dije precipitadamente:

—Tenemos que irnos, aunque nos persigan todas las naves de este mundo. Si no, nunca daremos con el intendente To.

—Nosotros también queremos alejarnos de esta tierra donde tenemos que amarnos a escondidas. Queremos salir a la luz del sol, disfrutar la libertad y vivir la vida plenamente.

Nos fuimos al día siguiente, contra el parecer del beato Ramón Santos.

—No os atreváis a robar el libro del peregrino.

—El libro solo va adonde quiere ir —le recordé—, y no seré yo quien se interponga en sus designios.

El capitán Llana se alegró de volver a navegar, porque era un marino nato, y Abbud Sâleh no se alegró menos, porque entre la tripulación y los esclavos estaban acabando con todos sus recursos, se lo comían literalmente por los pies. Le di un puñado de monedas para agradecerle sus favores y los ojos se

le pusieron como platos.

—No podría aceptar tanta generosidad.

—No es generosidad; es el pago por vuestros servicios. Lo otro, la amistad, no tiene precio.

—Siendo así, lo acepto.

Salimos al atardecer, para que nadie pudiera descubrirnos en la oscuridad. Nos alejamos unas cuantas millas de la costa antes de que se alzara un vendaval terrible. Lo había visto anunciarse en los nubarrones, que ocultaban la luna y las estrellas, y en las crestas erizadas de las olas, que parecían espadas y puntas de flecha. De pronto navegábamos en un mar de cuchillos, y a pesar de que estábamos a mediados de abril el aire nocturno era también frío y cortante como el filo de una daga, y cuando empezó a llover caían agujas del cielo.

—Es el diablo —dije.

Nos protegimos con sacos empapados de pez, y entonces la lluvia empezó a arder al tocar cubierta, y el velamen y la arboladura se llenaron de llamas.

—Es el fin.

Cuando apareció la tez azulada del capitán Olmos, era un gigante allá en lo alto. Extendió los brazos y detuvo la lluvia, pero la Magdalena Segunda seguía quemándose. Una corriente helada desencajó los tablones que cerraban la cámara del capitán Llana, donde Carmen se había cobijado, y la vimos flotar y subir en remolino. Olmos tomó posesión de ella, la acogió entre sus brazos enormes y cuando yo blandí la daga de San Pablo lanzó un aullido ensordecedor y salió huyendo llevándose a su presa, y con él se fue la tormenta.

—La ha arrebatado con un torbellino.

—Ya debe de estar muerta.

—No creo que la haya lastimado, no si obedece órdenes de su padre.

No podíamos hacer otra cosa que controlar el incendio de la Magdalena Segunda y rogar que lloviera otra vez, pero que fuera agua, aunque estuviera helada y nos dejara yertos de frío. Cuando amaneció, toda la madera de cubierta humeaba, y estaba ennegrecida; se imponía buscar un puerto con buenos carpinteros de ribera y reparar los cuantiosos daños.

—Así no podemos continuar —dijo el capitán Llana.

—Aunque la robara cien veces —dijo Cara de Rosa—, cien veces me la robaría el diablo.

Sabía que tenía razón, y nos limitamos a mirarnos a los ojos tristemente. Estábamos tiznados de pies a cabeza.

Aun así, antes de alejarnos en busca de cobijo, Adela quiso acercarse a puerto para comprobar que Carmen estaba bien. Había permanecido inmóvil en cubierta, plantando cara al diablo entre las llamas, y creí que moriría quemado; pero luego emergió del incendio sin un rasguño. Cobo Yuste, contraamaestre del capitán Llana, le llevó en un bote hasta la orilla; deambuló a salvo por las calles de la alhóndiga de Bugía, sin que nadie le llamara la atención, preguntó en el palacio del consulado por Carmen, la hija del cónsul, y hasta le permitieron entablar un breve diálogo con ella.

—¿Estás bien?

—Sí, no sé qué torbellino me llevó de vuelta a mis aposentos. Ahora mi padre dice que ya no precisa esconderme en la torre, que estoy mejor custodiada que nunca.

—Tiene razón. Mis señores Gladis y Alejo me mandan decirte que ahora no pueden liberarte, pero que en adelante podrán, y volverán para llevarte con ellos para siempre.

Carmen contestó derramando una lágrima. Entonces Adela dejó caer una lágrima idéntica, y al juntar sus mejillas se unieron en un sollozo.

—No temas. Sé que todo acabará bien.

Mucho después supe que el cónsul Batlle había prodigado un sinfín de disculpas hacia Da'ûd Qâsim, que todavía estaba medio inconsciente cuando lo encontraron atado y amordazado en el jardín.

—Voy a encontrar a los culpables, y os presentaré sus manos cortadas en una bandeja de plata.

—Oh, no hace falta tanta violencia. Puesto que voy a unirme en esponsales con la princesa Tania, quisiera que vuestro regalo de boda fuera el indulto hacia Gladis París y su amigo Alejo Rufino, a quien llaman Cara de Rosa.

—Esto no puedo concederlo; no soy quién para entorpecer la justicia.

—Mi hermano sí puede —dijo Tania.

Se dirigió a Emul Salefa y se inclinó humildemente ante él.

—Permíteme, hermano, adornar nuestros esponsales con el perdón, puesto que así lo queremos tanto mi señor Da'ûd Qâsim como yo: queremos que el amor rijan nuestros destinos y los de Gladis París y Cara de Rosa.

—Concedido. Se estipulará en una cláusula del contrato matrimonial que vuestros amigos serán objeto de indulto.

—Pero mi justicia —dijo el cónsul Batlle— caerá sobre ellos, y con ella la ira de Dios y el acoso del diablo.

—¿Qué justicia es esa, pues precisa apelar al diablo? Sabed que si tocáis un solo pelo de mis protegidos, os apartaré de mi amor.

El cónsul se retiró con una ceremoniosa inclinación, que no debía de ser otra cosa que cortesía, por cómo me siguió hostigando en adelante.

Supe también, señor García Santana, que los esponsales de Tania con Da'ûd Qâsim fueron dignos de los señores esclarecidos que eran, y que Emul Salefa dotó a la princesa con gran generosidad. La ceremonia se celebró en el castillo del almojarife, ante multitud de invitados, y Tania, que se había entregado al mimoso baño ceremonial, estaba tan hermosa, vestida de blanco y con los ojos de mirada penetrante, aunque un tanto llorosos, que el novio se emocionó y no le salían las palabras a la hora de dar su consentimiento. Pero dejó constancia de su amor, porque dijo:

—Por ti, Tania, y por el amor que te tengo renuncio a cualquier otra esposa; tú serás la única dueña de mi corazón.

Tania, avergonzada de no saber corresponderle, confesó:

—Es más de lo que yo alcanzo, pues de haber podido, te habría compartido con Gladis París.

Hubo un murmullo de reprobación que acalló Emul Salefa con una sonrisa condescendiente, pero con gesto firme. Hacía las veces de padre de la novia, y su buen discernimiento era reconocido por todos. Se firmó, pues, el contrato, comieron cordero asado, seguido de cuscús y bastela, y de postre hubo pastelillos y frutos confitados. Vinieron luego siete días de celebraciones. Fueron felices, puesto que puede decirse que estaban hechos el uno para el otro, aunque a veces Tania se perdía a caballo por los lugares más agrestes de la montaña, adonde Da'ûd no lograra seguirla, y contemplaba el mar desde la altura. Allá a lo lejos, en alguna de las tierras que no se mostraban a la vista, existía un hombre que alguna vez se había adueñado de su corazón, y ese hombre era yo.

## Capítulo 8

—Se impone seguir el rastro del libro del peregrino —había dicho yo al regreso de Adela —; si el intendente To se dirige a París, lo más seguro es que desembarque en Marsella. Tenemos que ir a Marsella.

—Con los desperfectos que llevamos en el barco —dijo el capitán Llana—, tendremos suerte si llegamos a Menorca.

Nos dirigimos, pues, a Menorca, que no debía de estar muy lejos, según los cálculos de Llana.

—Una vez allí, deberéis tomar otra nave con destino a Marsella, pues la Magdalena Segunda tardará meses en volver a estar a punto para una larga travesía. No creo que tengáis dificultades en encontrar transporte, ya que nuestro joven rey ha hecho mucho para favorecer el comercio en este bendito mar que nos acoge.

Teníamos una buena tripulación, temerosa de Dios y que idolatraba al capitán Llana, y los esclavos, que eran poco numerosos, se sentían tan bien tratados por el amo que algunos habrían dado la vida por él. Durante la tormenta de fuego que arrasó la nave, el capitán Llana había afirmado solemnemente:

—No quiero que nadie se hunda sin remisión, ni que muera ni un esclavo.

Efectivamente, no murió ni uno, pero lo que resulta más asombroso, a pesar de lo mal que se desarrollaban los acontecimientos y el peligro de zozobrar, nadie intentó saltar por la borda. Entonces, con la Magdalena Segunda muy maltrecha, se desató un vendaval de levante que nos impidió entrar en el puerto de Ciutadella. El capitán Llana prometió la libertad a los esclavos, que lucharon con todas sus fuerzas por apartarnos de las peñas contra las que estuvimos a punto de estrellarnos en aquel cascarón de nuez desprovisto de



arboladura y casi imposible de maniobrar. Bordeamos la isla por el sur y yo dije:

—¿No sería mejor ir por el norte?

La experiencia me enseña que este viento suele virar a norte, convirtiéndose en el que llaman viento de tramontana, y si vamos por allá tendremos muy pocas posibilidades.

El capitán Llana no se equivocaba; se levantó una tramontana furiosa, casi con cara y ojos malignos, como si Olmos volviera a hacernos de las suyas, y cuando estábamos cerca de Mahón, el capitán Llana dijo:

—Todavía es menos seguro entrar por aquí, y me temo que en el castillo de Mahón no haya carpinteros de ribera lo suficientemente expertos para arreglar esta nave.

—Tenemos que ir a Barcelona —dijo entonces Adela.

Había permanecido en silencio durante todo el trayecto, envuelto en su extraño halo de luz. No le había atemorizado el rugir de los elementos, ni se había inmutado cuando todos vimos la muerte cara a cara, y esta vez no tenía nada que ver con el demonio ni tenía yo en mi poder daga alguna que pudiera exorcizar la violencia de la tempestad. No había dicho nada cuando decidimos acercarnos a Menorca, ni cuando debatíamos la conveniencia de ir a Marsella.

—Sí, tenemos que ir a Barcelona; en el puerto podremos encontrar buenos carpinteros de ribera y desde allí podremos partir a caballo y alcanzar a To antes de llegar a París.

—No, tenemos que ir a Barcelona porque allí está el intendente To.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé.

No tenía fuego en la mirada, porque hablaba sin ninguna clase de vehemencia; pero tenía luz, un resplandor extraño; tenía los ojos llenos de luz.

Nadie replicó. Ni siquiera los marineros se extrañaron que siguiéramos los dictados de un niño, o de una niña; no sabíamos muy bien lo que era. Cara de Rosa, que estaba muy abatido aquellos días por la pérdida de Carmen, que él ya consideraba definitiva, se acercó a Adela, se sentó a su lado y le acarició el pelo con la mano.

—¿Qué es lo que eres tú?

—Un muchacho.

—¿Ni siquiera eres una muchacha?

Adela sonrió. Retrocedió un poco por instinto, como si temiera que Cara de Rosa fuera a palparle los pechos incipientes debajo de la tela de la camisa. Sonrió tímidamente. Yo no estaba menos tocado por la pérdida de Carmen y del libro del peregrino, al que consideraba indispensable para enderezar mi situación con María, de modo que también me senté con ellos y pregunté:

—Si sabes predecir el futuro, dime qué ocurrirá con María, con Carmen y con el libro del peregrino.

—No sé predecir el futuro. Solo tengo visiones, algunas veces, y me guío por mis impulsos. Ellos me llevan a hacer cosas que nunca me he planteado, y hasta ahora todo me ha salido bien.

—¿Temes que algo pueda salirte mal?

—No temo a nada. Mi padre era tan pobre que no podía darme de comer y satisfacer las exigencias del señor. Me dijo que me fuera con vosotros y sería un hombre libre, y yo le abandoné a su suerte. Confío en que todo salga bien; es cuanto puedo decir.

—No eres un niño, hablas como un hombre.

—Sé que el intendente To está en Barcelona, y no me preguntéis cómo lo sé. Supe que podía hablar con Carmen, la hija del cónsul Batlle, y lo hice. No sé nada de María, ni de cómo terminará todo esto.

—¿No sabes si eres un ángel?

—Solo sé que soy un muchacho.

Cara de Rosa volvió a repetir la pregunta:

—¿Ni siquiera una muchacha?

—Soy un muchacho.

El viento viró a nuestro favor y llegamos a la playa de Barcelona en algo más de dos días. Había que varar la Magdalena Segunda antes de que un vendaval acabara de destrozarla en aquel puerto tan abierto al mar. Los carpinteros dijeron que no podían atender más barcos por el momento; insistimos, pero no parecía haber nada que hacer.

—Se avecina un nuevo conflicto con Sicilia, pues el rey quiere defender el trono de su hermano Jaime y necesita muchos barcos.

—Muchos barcos.

—Muchos.

Saqué un puñado de monedas de la bolsa que llevaba debajo de la ropa; todas eran de oro y resplandecían bajo el sol del mediodía. Un grupo de

hombres se arremolinaron en torno a nosotros, con los ojos bailándoles en las órbitas.

—¿Dónde dijisteis que estaba esa brisa que llamáis la Magdalena Segunda?

El capitán Llana cumplió su promesa de liberar a los esclavos, y no aceptó que yo le reembolsara el dinero que había pagado por ellos, aunque sí que costeara la reparación de la nave; hacía mucho tiempo que no mercadeaba, y hubo de contratar un cargamento de aceite y vino confiando que cuando llegara el verano la Magdalena Segunda estuviera lista para navegar; habría de viajar a Oriente, pero regresaría cargado de cera y especias, y con el cuarto de los beneficios que le correspondiera podría aliviar su maltrecha economía.

—No me haré rico con eso; pero yo no soy como Nicolás Mercader, mi conciencia no me permitiría comerciar con esclavos.

—Nosotros saldremos a caballo en busca del intendente To; cuando tengamos el libro del peregrino regresaremos a Barcelona y volveremos a encontrarnos.

—Mi barco siempre estará a vuestra disposición.

—Adela vendrá con nosotros.

Adela, que nos seguía con mirada taciturna, dijo:

—¿Adónde iremos?

—A París.

—¿Para qué?

—Si no alcanzamos al intendente To, siempre podremos entrevistarnos con el hermano Denis Couronne, de la Asamblea de San Luis.

Adela negó con la cabeza.

—El intendente To está aquí.

Tenía mucha fe en las intuiciones del muchacho, o la muchacha, lo que fuera, de modo que pensé que lo mejor sería seguirle la corriente. Nos llevó por un laberinto de callejas hasta la casa de Nadal Miracle, comerciante en telas, y una vez allí me dijo:

—Cómprame ropas de mujer.

Le miré sorprendido, y vi que Cara de Rosa también estaba boquiabierto, pero le compré lo que pedía. Con el pelo cepillado y un manto rojo cerrado con cordones, nadie hubiera negado su condición femenina. Toda la ropa era

de colores chillones, de modo que le dije:

—Vestido así ya no me caben dudas de lo que eres: una chiquilla preciosa; pero con tantos colores van a confundirte con una mujer de la vida.

—¿Quieres decir una puta?

—Sí.

—Es lo que pretendo.

Durante varios días husmeamos todas las tabernas y hosterías de la ciudad. Muchos hombres agarraban a Adela malamente y pretendían llevársela a la cama, o despacharla burdamente en un rincón apestoso, y tanto Cara de Rosa como yo tuvimos que vérnoslas con más de un bravucón para evitarle males peores.

—Sería mejor que tú también te vistieras de mujer. Con tu compañía y desenvoltura, nadie se metería con «nosotras».

Cara de Rosa rezongó mucho, pero acabó disfrazándose, y a fe que con vestido y un pañuelo rojo en la cabeza, bajo el que asomaba su magnífica melena rubia, parecía una ramera de lujo. Pero se metían con «ellas» igual, y fue preciso mi concurso más de una vez para desembarazarlas de borrachines y depravados. Cierta noche, al pasar ante un tugurio que se anunciaba pomposamente como La taberna del Conde, oímos gran escándalo de voces y pendencia. Una nube de gentuza de la peor especie se arremolinó ante el portal, pero se apartaron respetuosamente cuando salió un hombre vestido de negro, tan alto que hubo de agacharse para pasar por la puerta. Llevaba un envoltorio que me pareció sumamente sospechoso, y se tocaba con un sombrero de ala ancha, igualmente negro. Subió a lomos de un corcel reluciente, que parecía echar espumarajos de fuego, y se perdió al galope calle arriba, como una exhalación.

—Era el demonio —dijo alguien.

Todos se santiguaron, y yo rodeé con el puño la daga de San Pablo, por si las moscas. Entramos y, efectivamente, había un hedor acre en el antro, como si hubieran quemado brea, mezclado con los vahos del alcohol y los humos de la comida que allí se servía. Hubimos de apartar a muchos curiosos para acercarnos al rincón donde aún había jugadores de dados, con el semblante demudado, y algún que otro malandrín más divertido que asustado.

—Está muerto —dijo uno de ellos, y su rostro se me antojó familiar—, bien muerto.

Otro de los hombrones agarró a Adela por detrás, pero el muchacho se

revolvió y le escupió en un ojo. Aun hubo otro tunante que se plantó ante Cara de Rosa, que se había agachado a inspeccionar al hombre que yacía acuchillado en el suelo, y se llevó la mano a la entrepierna para decir en tono burlón:

—Ese ya no te sirve, jamona; pero aquí tienes el mejor género de Barcelona.

Cara de Rosa sacó un cuchillo y se lo hundió en el muslo. El bravucón soltó un alarido espeluznante y Cara de Rosa dijo:

—Tate, o te voy a dejar capón.

Yo me agaché para voltear al hombre que yacía acuchillado.

—No le toquéis hasta que venga la justicia.

Pero yo ya le había visto el belfo de caballo, arremangado en media sonrisa de desprecio a la muerte, y la mella en los dientes que Mofari le había hecho de una patada en el hocico.

—Es el intendente To.

Comprendí en seguida que Adela había tenido una inspiración divina, y que quien había apuñalado a To era o bien Olmos o alguien de su calaña, si no era el mismísimo diablo. En seguida salimos corriendo tras el jinete negro que volaba, con el sombrero de ala ancha y los espumarajos de fuego de su caballo. Por el camino Cara de Rosa fue dejando su disfraz de meretriz y Adela el suyo. Nos seguía un murmullo de voces y espantos. Trepamos a la muralla y vimos alejarse el corcel al galope, dejando efectivamente una estela de fuego.

—Estoy seguro de que ese lleva el libro del peregrino.

—No lo dudes.

Volaba, literalmente, tras las crines del caballo de fuego y bajo el ala negra de su sombrero, y se perdió detrás de las lomas y debajo de las nubes encendidas del atardecer.

—No hay forma humana de darle alcance.

—No.

Miré a Cara de Rosa, con la ropa de colores hecha jirones, y con las calzas al descubierto, y no pude por menos que echarme a reír. Él también se miró y rio conmigo. Pero luego vimos a Adela y nos quedamos mudos de asombro. De pie, sobre las almenas, completamente desnudo, tenía la figura estilizada y los pechos sugerentes de una muchacha. Cara de Rosa le alcanzó uno de sus guñapos.

—Cúbrete, muchacha.

Cuando regresamos a La taberna del Conde, tuvimos que escondernos de los alguaciles. Pudimos enterarnos, sin embargo, de que había habido una disputa de jugadores; alguien había apostado un libro muy valioso y lo había perdido, y como no quisiera soltar su presa, el perdedor fue acuchillado por el caballero de negro. Era un hombre imponente, y los compinches del muerto, intimidados, no habían sido capaces de detenerle.

Cara de Rosa y Adela vestían ya ropas decentes; aparentaban un joven apuesto y un muchacho de pelo desordenado, pero tenían un aire completamente decoroso; yo puse una moneda en la mano del tabernero y le pregunté:

—¿Cómo era el libro en cuestión?

—Bueno, repujado, con laminado de oro y plata.

—¿Había una cruz en la cubierta?

—Sí la había.

—El libro del peregrino.

—¿Sabéis cómo se llamaba el muerto?

—Sus compinches le llamaban To, como si fuera una yegua.

Palidecí, aunque ya sabía cuál iba a ser la respuesta. También me temía lo que dijo a continuación:

—En cambio el otro, alto y muy bien vestido, parecía un rústico metido a caballero. De ese sí retuve un nombre perfectamente cristiano: Francisco Tobar. ¿No creéis, señor, que eso merece otra moneda?

Hubiera podido desmayarme de la impresión, pero le di otra moneda.

Luego recordé que el tabernero había mencionado a los «compinches» de To, y aunque por supuesto todos habían huido a la desbandada, me emperré en encontrar al menos a uno de ellos que pudiera dar mayor luz acerca de aquel lance fatal. Muchas noches acudimos a La taberna del Conde, después de que la justicia hubo dado el asunto por zanjado con la inhumación del cadáver de To, a quien nadie reclamaba, ni siquiera el beato Ramón Santos, que por supuesto no debía de saber nada de lo acontecido, pues no era probable que ninguno de los truhanes que el intendente había reclutado regresara a Bugía. Nos sentábamos en el rincón más oscuro, ante una mesa cargada de mugre, y

el tabernero u hostelero, que de ambas cosas hacía, nos servía una jarra de vino y algo de lo que hubiera cocinado su mujer, generalmente bazofias informes en las que parecía haber majado todos los ingredientes. El hombre ya estaba avisado; si entraba uno de los compinches de To, tenía que señalarlo, y se ganaría otra moneda valiosa, lo mismo que si conseguía darnos noticias de relevancia en torno a aquel turbio asunto. Pasaron tantos días en que no pudo darnos ni la luz de una esperanza, que acabamos sabiendo su vida y milagros. Se llamaba Pedro Alcalde, y su padre había viajado a Barcelona con la esperanza de convertirse en un hombre libre, cosa que consiguió en la persona de aquel hijo desastrado, que acabó metiéndose a tabernero. Tenía la cabeza tan dura, el tal Pedro Alcalde, que más de una vez le vi dejar sin sentido a un parroquiano remiso en pagar por el solo método de pegarle un cabezazo mortal de necesidad. Siempre hablaba a voces, como si fuera sordo, que por supuesto no lo era, y repetía las cosas siete u ocho veces antes de cambiar de asunto. Su mujer, que debía de haber sido hermosa, era ahora una ruina de piel flácida y cabello gris, rezumante de grasa debajo de la cofia. Pero presumía de tener una hija joven y guapa, digna de un príncipe, que nunca recalaba por la taberna, seguramente para no contagiarse del ambiente depravado y del fracaso de cuantos hombres y mujeres la frecuentaban. Otra cosa de la que hacía gala Pedro Alcalde era de tener la picha más grande y contundente del mundo, y a todo aquel que se lo discutía, le espetaba:

—¿Qué os apostáis a que es la más grande del mundo?

Y el otro callaba, porque ¿qué iba a apostarse y con quién iba a comparar?

Luego, Pedro Alcalde, o Picha Fuerte, como dio en llamarle Cara de Rosa, contaba:

—Cuando era joven venían doncellas a mi cama, siete u ocho, y ninguna se iba insatisfecha, y si donceles eran, donceles me calzaba, ¡ja, ja, ja!

Cara de Rosa apartaba la cabeza con aversión, porque la verdad es que el tabernero Pedro Alcalde, alias Picha Fuerte, hedía como un muerto, y no cabía duda de que las desmayaba a todas con la peste que hacía, cuando no era con la visión de su increíble masculinidad, que era verdad, y no patraña, pues mi amigo le había urgido en cierta ocasión a que demostrara con hechos sus palabras y cuando se la sacó medía casi dos palmos en posición de reposo.

—¡Quita allá, por Dios, y cómo huele!

—¿No quieres probarla, pichoncita?

—¡Quita allá, majadero!

En fin, que una noche, al cabo de muchas noches, Picha Fuerte nos dijo por señas, haciendo muchos aspavientos, que catáramos bien a un facineroso que acababa de entrar, y como era tan corto de entendederas, en seguida se puso a gritar:

—Este era uno de ellos, ahora que lo veo. Era uno de ellos, me dijisteis que os lo dijera. Este era de los de To, no me cabe la menor duda. Como me dijisteis que lo dijera lo digo y este era uno de ellos, estoy seguro.

Naturalmente el hombre se vio descubierto y echó a correr. Pero le alcanzamos en el callejón. Tenía una fuerza considerable y olía peor que Pedro Alcalde, pero yo pude derribarle por la espalda y Cara de Rosa se puso de rodillas sobre su pecho para inmovilizarlo. Saqué la daga de San Pablo, cuya magnificencia y forma cruciforme le impresionó menos que la hoja afiladísima, reluciente como el sol, con la que le pinchaba el cuello.

—No temas, no tenemos nada contra ti. Vamos a entrar ahí como buenos cristianos y nos vas a contar lo que sepas de Francisco Tobar; con eso te ganarás una buena recompensa, y no vas a perder nada.

Entró rezongando, y como intentara forcejear, Adela le ató las manos por detrás con una cuerda de esparto. Nos sentamos en un rincón y el tabernero sirvió vino con aire de triunfo. Antes de que se alejara tuve que darle la moneda prometida. Pero no se conformó y exigió dos desplegando el índice el pulgar.

—No sé nada de Francisco Tobar —dijo el facineroso.

—Pues di lo que no sepas, o le decimos al obispo que andabais tras un libro sagrado, lo cual es gran herejía y te acarreará la más cruel de las muertes.

—Soltadme, yo no sé nada.

—Bebe.

Aquel vino era peor que veneno y habría hecho hablar a un mudo. Le obligamos a beberse la jarra entera, y como parecía estar muy acostumbrado, mandamos servirle otra, que se bebió casi de un trago.

—Yo no sé nada, por mi madre que no sé nada.

—¿Qué sabes del libro?

—Yo nunca supe leer. Dadme más vino.

Picha Fuerte sirvió otra jarra. Fulminó al individuo con la mirada.

—Antes tumbaríais una catedral que a este randa.



Pero el ratero estaba borracho.

—Vino Francisco Tobar, a quien ya conocíamos...

—¿Fue él quien mató al rector Arcillares?

—Efectivamente. ¿Cómo lo sabes?

—Continúa.

—Quería el libro que teníamos que llevar a Francia. To dijo que si quería el libro, tendría que ganárselo, y sacó los dados. To era un maestro con los dados; estoy seguro de que el otro hizo trampa. Echaba fuego por los ojos. Daba miedo. Nos tenía a todos como peleles; no nos llegaba la camisa al cuerpo. Si hubiera querido, le arrebatara el libro, y en paz. Pero jugó a los dados y ganó. Luego exigió el libro. «Sobre mi cadáver», dijo To, y el otro le abatió de una sola cuchillada en el cuello, ¡zas!, lo degolló, y derramó un charco de sangre. «Francisco Tobar...», dijo To, y no pudo terminar.

—¿Dijo algo más?

—No. Bueno, sí, dijo otro nombre, Sabio Alabaría, pero no sé lo que significa.

—¿Sabio Alabaría? No tiene sentido.

—No, no lo tiene.

—Sí lo tiene.

Esto último lo dijo una voz tan armoniosa que dulcificó todo el griterío de la taberna. Levanté la cabeza y vi a una criatura angelical, apenas envuelta en un manto blanco, que ya había visto otras veces: era Ana, la hija de Francisco Tobar, y estaba toda envuelta en luz, mucha más luz de la que podía emanar de la piel tersa de Adela, que la miraba con los ojos muy abiertos, como todos nosotros.

—Tenéis que seguirle el rastro, y le encontraréis sentido.

Nos paralizó con su sonrisa, y empezó a retirarse.

—¿Seguirle el rastro a quién?

—A mi padre, naturalmente.

—¿Pero cómo?

Ya había desaparecido.

Me senté, pesadamente. Desaté al pobre diablo, que ya dormía la mona repanchingado sobre la mesa, y vi que se acercaba Pedro Alcalde, alias Picha Fuerte.

—Esa era mi hija.

—¿Quién?

—Esa monada.

—Esa no era tu hija.

—Sí lo era. Parece mentira, ¿verdad?, pues su madre era idéntica a ella, cuando tenía sus años.

Señalaba la puerta del fondo, donde todavía pude ver a la muchacha. Era hermosa, ciertamente, pero no tenía el aire angelical de Ana, la hija de Tobar, ni siquiera la prestancia de Adela, cuando estaba disfrazado de doncella.

—Algo sí me parece evidente en todo esto —dije—; tenemos que regresar a Lérica. Ángel Vicario ha demostrado buena inclinación hacia mí, y si el asesino era efectivamente Francisco Tobar, si no era un intruso del que se servía el diablo, podrá llamarlo al orden y hacerle entregar el libro.

Cara de Rosa me escuchaba sin pestañear.

—¿Y Sabio Alabaría? —dijo.

—¿Crees que el esbirro de To dijo la verdad? Pudo tratarse de un subterfugio para confundirnos.

—Estaba demasiado borracho para engañarnos.

—Bien, admitamos que dijo la verdad. Ángel Vicario, o el tal Sabio Alabaría, si llegamos a encontrarlo, nos pondrán en la pista del libro. Ten en cuenta que se trata de un libro extraordinario y que solo va adonde quiere ir; si se ha dejado llevar por Francisco Tobar por algo debe ser.

—Nuestro peor enemigo, tal como yo lo veo, es el capitán Olmos, poseído por el diablo. No cejará hasta destrozarme, por la inquina que me tiene y por las veces que le hemos burlado; y puesto que en su rencor se ha aliado con el diablo, destruirá también el libro.

—Así pues tendremos que vérnoslas con el diablo.

—Nadie puede vencer al diablo.

—Dios sí puede, y el libro del peregrino cuando menos tiene la gracia de Dios.

Entonces vi que Adela cabeceaba a lo lejos, escuchando nuestra conversación.

—Hay algo que todavía no hemos hecho.

Cara de Rosa siguió la dirección de mi mirada y dijo:

—Consultar a Adela.

—Aún no he tenido ninguna otra intuición —dijo Adela.

Nos rogó que le lleváramos a la playa de noche, donde los barcos amarrados oscilaban suavemente por el empuje de la marea. Remamos en un bote hacia un navío muy grande; Adela permanecía de pie en la proa, llevando una antorcha. Solo cuando estuvimos muy cerca pude leer el nombre de aquella imponente galera; era La Princesa. Sentí pánico, pues pensé que Adela nos llevaba a la boca del lobo. Luego pensé que si Olmos o el diablo estaban contra nosotros, se habrían aliado con Nicolás Mercader, y discurrí que Adela sabía muy bien lo que se hacía. Cara de Rosa debió de pensar lo mismo, pues me guiñó un ojo, manteniendo el silencio, que el rumor de las olas y el gemir de las jarcias se encargaba de empañar. Treparamos a bordo de La Princesa sin ser vistos. Aunque ya estábamos a mediados de mayo hacía tanto frío allí arriba que pronto empecé a tiritar. No era un frío natural, pues abajo la noche era tibia, todo lo tibia que cabe esperar de una noche primaveral en Barcelona. Vi que Cara de Rosa también tiritaba; le castañeaban los dientes y no podía hablar. Iba a rogar a Adela que nos fuéramos de allí cuando noté un resplandor más intenso en la popa del barco. El frío era cada vez más demoledor, de modo que llegué a suponer que las figuras que conformaban una lúgubre escena a lo lejos, bajo la luz de la luna, estaban hechas de hielo. Adela nos indicó que le esperáramos escondidos y avanzó hacia el grupo, que al verle le recibió con visible agrado. Así pues no eran figuras de hielo, al menos el hecho de estar helados no les impedía moverse. Un hombre muy alto recibió a Adela, vestido con una casulla bajo la que estaba enteramente desnudo. Se puso una careta provista de cuernos, como si fuera el cráneo de un macho cabrío, y ayudó a Adela a tenderse sobre una mesa de madera muy gruesa. Con el pelo derramado sobre los hombros, la piel fosforescente y una sonrisa luminosa, con el cuerpo desnudo Adela era una muchacha encantadora. La calavera la besó en la frente. Vi que los hombres movían los brazos bajo las túnicas de saco con que se cubrían; iban descalzos, igual que las mujeres, solo que estas llevaban el torso descubierto. Todos, hombres y mujeres, ocultaban sus rostros con máscaras.

—Creo que si denunciáramos esta ceremonia al obispo daríamos al traste con la fortuna de Nicolás Mercader —dije, sobreponiéndome al frío.

—No te fíes, Nicolás Mercader tiene mucho dinero.

Fue cuando el celebrante alzó sus cuernos a la luna, sus manos empuñaron

un estilete y se lo hundió a Adela en el pecho. En seguida brotó mucha sangre. Eché a correr a la desesperada, seguido por Cara de Rosa, gritando con toda la fuerza de mis pulmones:

—¡No!

Fue un grito largo, exasperado, un alarido fenomenal. Hombres y mujeres se habían vuelto hacia mí y sonreían, juro que sonreían a pesar de llevar máscaras. Adela se había medio incorporado sobre la mesa, y también reía, con el estilete clavado y manando sangre a borbotones por la herida. Crucé varios círculos de silencio, de modo que mi clamor ya no se oía en la hosquedad espectral de aquella noche helada, y Cara de Rosa cruzó conmigo, y por mucho que voceara no se oía nada. Pasamos de largo sobre la escena del sacrificio y quisimos correr sobre las aguas del mar. Naturalmente, quedamos empapados, pero el agua fría de la noche era caliente comparada con el frío que reinaba a bordo de La Princesa. Nos arrastramos sobre la arena de la playa.

—Vayamos a dar parte a la justicia.

—Mañana —aconsejó Cara de Rosa—, todo lo veremos más claro mañana.

Habíamos buscado cobijo detrás de una barca varada en la orilla, y estábamos tan agotados que cuando el primer sol de la mañana nos despertó tiritábamos, acurrucados dentro del bote. Buscamos La Princesa entre los barcos del fondeadero, pero no la vimos.

—Han escapado.

El capitán Llana nos obligó a adecentarnos y comer algo antes de dejarnos hablar. Cuando le contamos el lance, dijo:

—Todo esto es muy extraño; no parece de este mundo.

Ocupábamos una caseta desde cuya puerta se podía tocar el agua, bajando apenas dos escalones: nos la había cedido la gente que obraba los barcos y reparaba la Magdalena Segunda. Llamaron a la puerta y entró Adela, con los pies descalzos y las vestiduras rasgadas.

—No es de este mundo —dijo.

—¿Qué?

—Francisco Tobar tiene el libro, pero no es de este mundo.

Agarré un jirón de sus ropas y las desgarré de arriba abajo violentamente. Apareció desnudo, mejor dicho, desnuda, con una cicatriz muy marcada sobre el pecho.

—Luego lo de anoche era verdad.

Miré a Cara de Rosa y al capitán Llana, que se habían quedado sin habla.

—Di, chiquilla, ¿qué es todo esto?

—No me llaméis chiquilla.

Recogió sus harapos y dijo:

—Hay que viajar a Lérida.

## Capítulo 9

Nos pusimos en marcha hacia Lérída, a caballo pero sin prisa, porque yo no estaba seguro de que aquel fuera el buen camino para encontrar el libro, confiado aun en que querría ir a su verdadero dueño: la Asamblea de San Luis.

—Créeme —decía Adela—, el libro va camino de Lérída.

Volvía a vestir como un muchacho de aspecto desaliñado, y hasta creía que lo era, tanto era el poder de sugestión que se apoderaba de él, o de ella, en los momentos álgidos, cuando experimentaba inspiraciones insólitas y se trasmudaba totalmente. Cabalgábamos los tres al paso, sin forzar la marcha, y tanto Cara de Rosa como Adela, cuando les veía de espaldas, parecían cargar con todo el brillo del sol sobre sus cabellos rubios, que caían en cascada sobre sus hombros. Hacía tan buen tiempo, aquella gloriosa primavera, que teníamos que aligerarnos de ropa bajo el sol, y si forzábamos la marcha empezábamos a sudar. Después no, al caer la tarde el frío se apoderaba de nosotros y teníamos que parar a encender una hoguera y arrebujarnos en las mantas, muy juntos, si es que no nos habíamos detenido en hogar o albergue alguno. Entonces Cara de Rosa aventuraba la mano hacia el pecho de la muchacha que Adela era en realidad, y le apretaba contra sí, y él se dejaba hacer, seguramente porque no era consciente de su condición o porque también andaba falto de calor.

Cuando alcanzamos el casal de Roda de Vergós donde se cobijaban Luis Umbral y Ana, con Gisela y su hijo Adán, nos recibieron con tanta alegría y familiaridad como si nunca nos hubiéramos alejado de allí. El viejecito Luis Umbral andaba muy encorvado, cada vez más cerca de la tierra, como dijo él mismo, pero aún fue lo bastante ágil como para encender un fuego vivificante

en el hogar, donde Ana, alegre y dicharachera como si no hubiera pasado un solo día para ella, asó chuletas de ternera y una hogaza de pan cortado en rebanadas. El niño Adán había crecido prematuramente, porque aunque solo tenía cinco años era casi tan alto como Adela, y resultaba de lo más espabilado. Hacía buenas migas con todos, y cuando el abuelo se lo indicó leyó en un libro en latín con hojas de pergamino, que había escrito el propio párroco Villanova, consejos ancestrales para la labor y las cosechas, y leía con una rapidez impropia de su corta edad y de la lengua culta. Cara de Rosa le acarició la espléndida cabellera rubia y apretó su cabeza contra sí, mientras Gisela, su madre, hacía lo propio.

—Bien mirado, la felicidad debe de ser algo así.

—Decidme, Luis —desvié yo—, ¿habéis oído hablar de un libro llamado «el libro del peregrino»?

—Hum, nunca oí tal cosa, ¿por qué?

—¿Ha habido algún caso de endemoniados por aquí cerca? ¿Algún hecho extraño, terrible, inexplicable?

Luis Umbral se rio con honestidad.

—Aquí no hay nada inexplicable. Si un guapo mozo pone su simiente en una moza sana como esta, se cumple la ley de la naturaleza, igual que el buey deja preñada a la vaca y el caballo a la yegua.

Todos reímos con la humildad natural del campesino, y luego compartimos su vino y sus consejas. Cuando al día siguiente, o dos días después, ya no me acuerdo muy bien, nos despedimos, puse en su mano una moneda de oro y la rechazó.

—La única moneda que acepto es la amistad. No dejéis nunca de venir a visitarnos, aunque yo ya me haya inclinado lo suficiente hacia la tierra para ser enterrado en ella.

Se me empañaron los ojos con lágrimas; creo que se nos empañaron a todos.

Entretanto, muy lejos de allí, en la espléndida finca de Villamar, con vistas al puerto de Santa Catalina de Sóller, María seguía sufriendo mi ausencia, bajo la tutela, por decirlo de algún modo, de quien pasaba por ser su marido verdadero, micer Nicolás Mercader. Mucho tiempo después supe, señor

García Santana, hasta qué punto el viejo mercader había hecho uso de malas artes, aunque fuera de modo inconsciente, por arrebátarmela y retenerla. Supe algo terrible. Supe... Se me revuelve el estómago al pensarlo. Supe que antes de que yo llegara con la página del libro del peregrino, donde estaba registrado mi matrimonio con María, el viejo había recibido una visita insólita por extremo: había recibido la visita del capitán Olmos, que es como decir del diablo. Seguramente el cónsul Batlle había hecho indagaciones cerca de su hija y de cuantos nos conocían para adivinar adónde nos dirigíamos y con qué intención, y Olmos, obsesionado en vengarse de nosotros, no habría puesto poco de su parte. Lo cierto es que el poseso llegó al idílico puerto de Santa Catalina en un leño de cabotaje, como si fuera un mercader más de los que recorrían el litoral peninsular y se aventuraban hasta las islas Baleares. Nada, pues, de acontecimientos extraordinarios o vuelos nocturnos en aras del poder del maligno, que había encontrado resguardo en él. Entró en tratos con la gente de Nicolás Mercader, y dada su complicidad con el cónsul Batlle no le fue difícil llegar hasta su mesa.

—Decidme, amigo Olmos, ¿cómo anda el bueno del cónsul Batlle?

—Un tanto intranquilo, pues como sabéis, es muy celoso de su hija, y tenemos un enemigo común en Gladis París y su compinche Cara de Rosa.

—Bueno, yo no lo llamaría enemigo.

—¿Cómo lo llamaríais, entonces?

—Un pobre enamorado. ¿Conocéis mayor desgracia?

—Un desgraciado que ahora mismo se está acercando a Sóller con una página de un libro donde dice tener registrado su matrimonio nada menos que con vuestra esposa.

Micer Nicolás Mercader no se inmutó.

—No creo que eso sea posible.

Olmos se impacientó; de pronto su mirada adquiría un fulgor claramente descorazonador.

—¿Qué ocurre? ¿Acaso no os encontráis bien? Debe de ser por culpa de la salsa. Ahora mismo mando llamar al cocinero.

—La salsa estaba perfectamente —rugió Olmos.

Extendió el brazo izquierdo y todos los presentes quedaron súbitamente paralizados, todos menos el viejo Nicolás Mercader.

—¿Quién eres tú?

Pese a que había naufragado en incontables ocasiones y se había enfrentado



cara a cara con la muerte en muchos lances, el viejo no las tenía todas consigo, tanto pavor infundía Olmos con su halo cerúleo, sus ojos inyectados en sangre, sus labios hediondos y sus garras, que de pronto levantaron al mercader a la altura del techo sin necesidad de tocarle siquiera.

—Vas a hacer lo que yo te diga.

—Yo no obedezco órdenes de nadie.

Olmos, o el maligno, le puso la zarpa sobre la cara, y cuando la retiró el viejo empezó a desinflarse como un odre vacío; el cabello y la barba le crecieron hasta llegar al suelo, y en seguida empezaron a arder. Se había arrugado sobremanera, le saltaban las pocas muelas que le quedaban y su nariz era una trompa por donde entraba una pasta helada, y sin embargo líquida, que olía peor que la mierda.

—Vas a consumirte en seguida si no te muestras dispuesto a obedecerme. No habrás existido ni tú ni esta casa. No quedará ni rastro de tu paso por el mundo.

—Basta —la voz del viejo era apenas un susurro entre el fragor del incendio—. ¡Basta!

Olmos bajó el brazo y todo volvió a ser como antes; los invitados reían, se les oía soltar el trapo a través de las puertas, y los criados iban y venían llenando los pasillos de pisadas serviles.

—¿Qué ha pasado?

Estaban en el despacho del mercader, que se sabía amenazado, pero aun a salvo y en toda su integridad.

—No ha pasado nada —Olmos lucía la mejor de sus sonrisas—. Firma este pergamino.

Micer Nicolás Mercader cogió la pluma y se dispuso a leer, pero no había nada que leer.

—Aquí no pone nada.

—Firma.

—Yo no firmo un pergamino en blanco.

Olmos extendió otra vez su brazo y el viejo se encontró ante una escena descorazonadora: su hija yacía muerta, en el palacio de Ben Boufrah, rodeada de plañideras, y el gobernador asía su manita llorando con desespero.

—¿Está muerta?

Olmos no contestó, señaló el salón de Villamar, que se representó atestado de gente que asistía, compungida, al velorio del viejo comerciante Nicolás

Mercader.

—¡Eh, que yo aún estoy vivo!

Las palabras no le salían de la boca. Vio a María, caminando cogida de mi mano por la orilla de la playa. Éramos marido y mujer, Villamar nos pertenecía y cuando cayó la noche nos retiramos a nuestros aposentos para reiterarnos el amor que nos profesábamos en total desnudez sobre nuestro tálamo.

—¡Eh, eso no! ¡No ante mis propias narices!

Miró a Olmos desolado.

—¿Está muerta mi hija? ¿Y yo, estoy acaso muerto? ¿Y estos dos, me han burlado en mi propia casa?

—Ahora es su casa. Todo esto ha sucedido por culpa de tu resistencia, y mucho más sucederá si no firmas el pergamino.

—¿Y si lo firmo?

—No habrá nada de lo que has visto; tendrás un poder inmenso, aunque no seas consciente de ello, y saldrás triunfante no solo de tu disputa amorosa, o la de Gladis París, sino de cualquier envite, por inabordable que parezca.

—¿Podré poseer el mundo?

—Dos mundos que hubiera.

—¿Dónde tengo que firmar?

Micer Nicolás Mercader firmó. La tinta olía a sangre. Su propia sangre.

Nosotros llegamos algunos días después. Al parecer Nicolás Mercader no era consciente de que hubiera entregado su alma al diablo, a cambio de retener a María; no recordaba nada y cuando nos acogió en su casa lo hizo de corazón, apiadándose de lo encendido del amor que guiaba mis pasos por medio mundo, hasta acercarme a Sóller con la página del libro del peregrino, donde aún estaba inscrito nuestro matrimonio. Cuando le dije que nuestros corazones, el de María y el mío, ardían en deseos de estar unidos para siempre, abrió mucho los ojos, como si la realidad de nuestros sentimientos le cogiera completamente desprevenido. Luego preguntó:

—¿Arden?

—Nuestros corazones están encendidos de amor.

Nicolás Mercader sostenía entre los dedos la hoja donde estaba inscrito el

matrimonio. Sus ojos se llenaron de un fulgor insoportable y la hoja del libro del peregrino se envolvió en llamas. Entonces Nicolás Mercader salió de su ser y era el diablo en persona. Cuando le arrebaté la hoja, ya era demasiado tarde.

—Se acabó, tu prueba ya no existe.

Fue cuando desenfundé la daga de San Pablo, y entonces Nicolás Mercader volvió a su ser, y no se acordaba de nada.

—¿Os dais cuenta de lo que acabáis de hacer?

—Yo no he hecho nada.

Decidimos robar a María, conocimos a Adela, y luego fuimos en busca de Carmen para viajar a Tánger y recoger el libro del peregrino de manos de Ben Boufrah y de Marta, la niña que ya era su esposa; estábamos a punto de lograrlo cuando una noche de niebla espesa nos perdimos poco menos que en el infierno, ya en aguas de Tánger, tras encontrarnos con la galera más grande y siniestra que habíamos visto jamás, a la que llamaban La Princesa. Ignorábamos que cuando Nicolás Mercader supo de nuestra huida había bajado de noche al puerto de Santa Catalina para que Bernardo Prats le llevara mar adentro remando en un bote. Era una noche sin luna ni estrellas, la oscuridad era impenetrable, pero la barca no llevaba ni una sola luz. Nicolás Mercader permanecía de pie en la proa, enérgico como si tuviera veinte años, pero poseído de un fanatismo que jamás había tenido. Por fortuna, Prats no podía verle la cara, debido a la siniestra oscuridad, de otro modo se habría asustado y habría renunciado a seguir bogando. Prats tenía enorme fe en su señor; le conocía desde que prácticamente no era nadie, y había asistido a su inteligencia y sagacidad para construir un verdadero imperio comercial, de modo que siguió remando aun sin ver nada, espoleado por la voz de su amo:

—Sigue, no te detengas.

No se detuvo ni para darse un respiro, y menos cuando avistó a lo lejos un resplandor opaco que le indicó que no se metían en las fauces sin fondo del mar, sino que había un objetivo a la vista. A medida que se acercaban empezó a vislumbrar una forma alargada, delineada con antorchas rutilantes en la oscuridad, y cuando estuvieron muy cerca vio que se trataba de una galera de ingentes proporciones. El nombre estaba grabado a fuego en la popa, pero Prats no sabía leer.

—¿Qué pone ahí? —preguntó.

—La Princesa.

Repitió el nombre tres o cuatro veces, antes de subir a bordo, fascinado no tanto por su sonoridad como por la contundencia con que su amo lo había pronunciado: La Princesa. Con el resplandor de las antorchas comprendió que algo extraordinario ocurría, porque Nicolás Mercader nunca había sido tan alto como aquel hombre gigantesco que aún continuaba de pie en la popa, dándole órdenes para el abordaje, y su voz nunca había sido tan sonora ni había despertado tantos ecos.

—¿Qué te sucede?

—Nada.

—Entonces, sígueme.

Bernardo Prats trepó por la escalerilla detrás de su amo. Se fijó en que Nicolás Mercader iba descalzo, y sus pies, largos y delgados, estaban provistos de uñas como garras; parecían las patas de un halcón. Después, cuando estuvieron arriba, vio que permanecía completamente desnudo debajo de la capa, y que se cubría el rostro con una máscara de macho cabrío; mejor dicho, el cráneo de un enorme macho cabrío, todavía provisto de cuernos. Procuró disimular su asombro, y el pavor que sintió a continuación.

—¿Sucede algo?

—No, señor; tú mandas y yo obedezco.

El ser nefando en el que Nicolás Mercader se había transformado se dirigió a la toldilla, escoltado por seis doncellas desnudas portando antorchas. Bernardo Prats se mantuvo alejado, observando todo lo que pasó a continuación y prometiéndose darlo todo al olvido tan pronto como acabara aquella pesadilla. Había un altar junto al árbol principal de aquella nave fastuosa, y el nefando escogió a la más hermosa de las doncellas, que se echó sobre la mesa mientras las demás se arrodillaban blandiendo sus antorchas. El nefando abrió los brazos y de pronto las nubes se deslizaron como una cortina y asomó la luna llena, perfectamente redonda, bañándolo todo con una luz incierta. La hoja del cuchillo que empuñaba el nefando lanzó un destello vivísimo, con el rayo de luna, antes de hundirse en el pecho de la doncella, que pareció aceptar el sacrificio como si de una causa sublime se tratara. Bernardo Prats cerró los ojos y no quiso ver cómo el ser nefando en el que se había transformado Nicolás Mercader, su amo, se bebía la sangre en un cáliz de oro.

—Ni una palabra a nadie de lo que has visto —dijo el amo cuando

regresaron a la orilla.

—No he visto nada.

No tardó en ser otra vez micer Nicolás Mercader, con sus andares dificultosos y la mirada engañosamente compasiva de siempre.

En aquella nave siniestra, La Princesa, recorrieron el mar en nuestra persecución; fueron en busca del cónsul Batlle, guiados por el capitán Olmos, y luego entraron antes que la Magdalena Segunda en el puerto de Tánger, aquella noche de niebla espesa como las aguas de un lodazal. En todos los puertos moría una doncella, y luego su baja era cubierta por otra virgen aún más hermosa. Cuando Bernardo Prats se atrevió a preguntar:

—¿Por qué la galera se llama La Princesa?

El nefando respondió:

—Pretendo convertir a María en la Princesa del Mal.

Pero todo esto lo supe yo más tarde. De haberlo sabido entonces, habría crecido mi inquietud hasta límites insospechados, y quizás no habría tenido arrestos para enfrentarme con el diablo. Desde Roda de Vergós habíamos viajado hasta el monasterio de Santa María del Camino, sumido en una paz inconmensurable, que no permitía que nada cambiara con el paso del tiempo, tanto es así que Miguel Abel, el prior, nos recibió con su panza en ristre, su barba gris y su alegría de vivir como si no hubiera pasado un solo día desde la última vez que nos acogió. Volvió a asignarnos los mismos catres de siempre en el dormitorio monacal, y dijo:

—Los novicios que los ocupaban murieron mucho antes de que llegerais vosotros.

Luego añadió:

—Murieron para el monasterio, puesto que regresaron al siglo. Tú, hermano, eres muy joven; demasiado incluso para dormir aquí.

Se llevó a Adela al cobertizo del herbolario, donde había un cuchitril adecuado para un «mozuelo servicial» que es lo que juzgó que era. Pensé que dada la condición del muchacho, medio hombre, medio mujer, y aun medio ser humano, medio ángel sobrenatural, dormir apartado en aquel chamizo era lo más adecuado para él. En la cocina volvimos a toparnos con el hermano Ángel Pascual, aquel monje bajito, con la cabeza rapada y los ojos legañosos,

para quien tampoco había pasado el tiempo.

—Soñé que te habías casado y tenías muchísimos hijos —me espetó, nada más verme.

—¿Cómo se llamaba mi mujer?

—María.

Pensé que estaba al tanto de mis amores tempestuosos con la que pasaba por ser la mujer del comerciante Nicolás Mercader, y me abstuve de hacer más comentarios. Solo pregunté:

—¿Y este? ¿Soñaste también con este?

—Tenía una novia pelirroja en medio del mar y su padre era el demonio.

—¿Cómo se llamaba?

—Pateta.

—¿Cómo se llamaba la hija?

—Carmen.

Nos quedamos viendo visiones.

En el *scriptorium*, el hermano Ignacio Obrador nos aseguró que nunca había revelado nuestro secreto, y aunque parecía algo liante, le creímos, puesto que no podía saber nada acerca de la persecución de que éramos objeto por parte del diablo. Fue cuando me atreví a preguntarle:

—¿Tenéis algún libro sobre el diablo, hermano?

Me miró horrorizado.

—Aunque soy humano, y a veces me asaltan malos pensamientos, también soy un hombre temeroso de Dios, y monje por añadidura. Si tuviera algún libro sobre el diablo, se condenaría mi alma y la de todos los hermanos de este convento. ¿Acaso tienes tú algún libro sobre el diablo?

—Tenía un libro sobre Dios, vos lo sabéis bien, el libro del peregrino, pero lo he perdido.

—¿Lo has perdido?

—Precisamente, me lo ha robado el diablo.

El hermano Ignacio Obrador me miró con gravedad. Permanecimos un buen rato en silencio. Luego se acercó mucho a mi oído para decirme:

—Tal vez tenga el libro que me pides. Ven esta noche al chamizo de Adela y, con ayuda del hermano herbolario, acaso podamos convocar al diablo y hacerle devolver lo que no es suyo.

Ni que decir tiene que me quedé estupefacto al enterarme de las supuestas dotes del hermano Ignacio Obrador, capaz de convocar al mismísimo

demonio. Pensé que se trataba de fantasías monásticas, que sería un juego peligroso, y que lo mejor era ignorar su invitación. Pero luego confié mis temores a Cara de Rosa y este dijo:

—Con probar nada se pierde. Todos estos conventos tienen algo de diabólico, cuando menos el temor al pecado. Quién sabe, a lo mejor este buen hombre nos sirve el libro en bandeja. ¿No fue él quien te enseñó a leer?

—Esto no tiene nada que ver.

—¿No está al tanto de tu amor por María?

—Sabe que ella es mi mujer, y no hay nada de pecaminoso en esto.

—Créeme. Démosle una oportunidad.

Aquella noche, cuando la oscuridad se apoderó de todo el monasterio, cuando todos los novicios roncaban en el dormitorio monacal que nos habían asignado, Cara de Rosa y yo nos deslizamos poco menos que a tientas hacia el chamizo del herbolario. El corazón me latía con tanta fuerza que pensé que iba a despertar a todo el mundo con su estruendo, y efectivamente, cuando salimos al claustro, vimos una sombra deambulando a la luz de la luna, y nos pareció ingrávida y provista de alas, y hasta llamé la atención, tocándole el brazo, de mi amigo del alma.

—Quita ahí...

—Es el diablo.

Pero no lo era, ni tampoco flotaba en el aire. Era el hermano Miguel Abel, que no debía de poder conciliar el sueño, debido a una cena demasiado copiosa aun para la mesa de un prior. Lo digo porque cuando nos escondimos detrás de un recodo y pasó sin vernos, se entretuvo en soltar una flatulencia que por poco nos deja embalsamados.

—Menuda peste.

En el chamizo había una luz mortecina sobre la mesa del herbolario, que había provisto al hermano Ignacio Obrador con flor de adormidera y otras hierbas alucinógenas.

—¿Dónde está el hermano herbolario?

—Chist, he conseguido distraerle.

Adela estaba a su lado; vestía un hábito pardo, llevaba el pelo suelto sobre los hombros y tenía una expresión poco menos que divertida. El hermano Ignacio Obrador abrió un libro inmenso sobre la mesa, lo menos medía dos codos de ancho y debía de tener cientos de páginas en pergamino.

—¿Qué es esto?

—La Biblia del diablo.

—¿Qué?

Vi que estaba escrito en latín, y luego miré, perplejo, al hermano Ignacio Obrador.

—¿De dónde lo habéis sacado?

—Yo mismo lo copié en secreto, en un monasterio de Praga, y como veis, me entretuve en calcar todas sus miniaturas.

Efectivamente, el libro estaba ilustrado con dibujos minuciosos, pintados luego con tintas de colores. Ignacio Obrador abrió una página y dijo:

—También copié la firma del diablo.

Había un hombrecillo acuclillado, con garras en las manos y en los pies, echando fuego por las fauces y con cuernos ardientes sobre la cabeza. Tenía los ojos redondos y cara de víbora, pero más que miedo daba risa.

—El diablo es mucho más fiero que eso.

—¿Acaso le has visto?

Ignacio Obrador, ahora, había perdido cualquier expresión de bondad de las que ordinariamente adornaban su rostro. Cogió la mano de Adela y le invitó a encaramarse a la mesa. Entonces vi que estaba descalzo, y que, a juzgar por el muslo dorado que asomó por la abertura del hábito, seguramente iba completamente desnudo bajo la tela de dril. Bebió la infusión de adormidera que había preparado el hermano herbolario y después también bebió el hermano Obrador. Acto seguido nos alcanzó la escudilla.

—También tenéis que beber vosotros.

Cara de Rosa bebió, pero yo no quise hacerlo.

Vi, horrorizado, cómo al hermano Ignacio Obrador le crecía pelo en toda la calva. De pronto era un anciano venerable, con el cabello y la barba de un blanco resplandeciente. Digo que estaba horrorizado porque aquel anciano era nada menos que Nicolás Mercader. Pero tenía una agilidad impropia del viejo mercader, porque se subió a la mesa y desnudó a Adela con una rapidez inusitada. Adela apareció como el ángel blanco que era, con atributos de mujer, una mujer joven, hermosa, con una cicatriz desmesurada en el pecho. Fue cuando compareció el diablo. Surgió de las páginas del libro, primero como una criatura caricaturesca, pero después en todo su horrendo poder. Cara de Rosa, drogado, se desternillaba de risa, ovillándose en el suelo. Pensé que estaba a punto de convertirse en una serpiente. El diablo y su acólito, Nicolás Mercader, depositaron el cuerpo deslumbrante de Adela de espaldas



sobre la mesa, rígido como una tabla. El diablo dijo algo en una lengua que no entendí, desde luego no era latín ni romance alguno de los que conocía, y le hundió un puñal en el pecho. Aquel puñal me era extrañamente familiar, y busqué inútilmente la daga de San Pablo. Su inmenso poder ya no surgía efecto alguno sobre un diablo inmunizado gracias a su confabulación con Nicolás Mercader y me la había arrebatado. Salí corriendo, arranqué un crucifijo en la trastienda del herbolario y lo blandí ante Satanás.

—¡Vade retro, vade retro!

El diablo desapareció, dejando tan solo el eco de su risa siniestra.

Ya amanecía cuando el hermano Ignacio Obrador volvió a su ser y Cara de Rosa optó por levantarse del suelo.

—Menuda resaca.

La primera preocupación del hermano Ignacio Obrador fue cerrar el libro y esconderlo. Ni siquiera pareció ver el desastre. Pero cuando regresó se rasgaba las vestiduras y repetía:

—¡Qué catástrofe, Dios mío, qué catástrofe!

Rígida sobre la mesa, con los pechos menudos y el rostro pálido como la cera, Adela era una muerta bellísima. Pero yo sabía que no estaba muerta, que el diablo la mataba todas las noches, y seguiría matándola hasta tanto no consiguiéramos el libro del peregrino. Extraje la daga de San Pablo lentamente y luego la limpié para devolver el brillo a su hoja afiladísima. Naturalmente, la herida se cerró y Adela volvió a la vida. El hermano Ignacio Obrador se tapaba los ojos con las manos y urgía:

—Vístete, por Dios, mujer; vístete en seguida.

—Ha visto al diablo, que es la ausencia de Dios, su olvido, tal vez su negación, un pecado nefando, y sin embargo solo le preocupa la desnudez de la mujer.

No sé lo que confesó el hermano Ignacio Obrador; sí sé que el hermano prior, Miguel Abel, le perdonó en nombre de Dios, y la paz volvió a su corazón.

Después el hermano Ignacio Obrador pareció olvidarse de nosotros. Era como si ya no estuviéramos en el convento, o como si nunca hubiéramos pasado por su vida. Nosotros, por supuesto, nunca volvimos a recordarle lo

sucedido aquella noche funesta, ni desvelamos a nadie su secreto: el libro que llamaba la Biblia del diablo estaba seguro con él, no corría ningún peligro que pudiera deberse a nuestra indiscreción. No sé qué fue del hermano Ignacio Obrador, ni sé si vive o si ha muerto, puesto que no he vuelto a verle. También ignoro la suerte de su libro; no sé si lo habrá quemado o se habrá desembarazado de él por otro método expeditivo, o si lo guarda celosamente escondido. No es asunto de mi incumbencia. Adela permaneció en cama un par de días, en el chamizo del herbolario, so pretexto de haber pillado unas calenturas; fue lo que dictaminó el hermano herbolario, y le trató con infusiones, pero también con buen caldo de gallina. Yo fui a visitarle la tercera noche después del trágico suceso, y le pregunté:

—¿Cómo tienes la herida del pecho?

—¿Qué herida?

Aparté bruscamente el embozo y descubrí la tremenda cicatriz a la altura del corazón.

—Esto es un recuerdo de mis juegos de infancia. Tenía un amigo campesino en cuya casa mi padre me dejaba a menudo para hacerse a la mar. Trabajábamos, pero también solíamos jugar, y una vez me caí en el pajar y me clavé el rastrillo malamente; estuve en un tris de morir.

Callé, y dejé que se recatara, avergonzado, bajo la frazada.

—Tienes pechos de mujer.

—¿Qué?

Era evidente que no recordaba nada.

Cerca de Cervera, nos cobijamos en el convento de San Ramón del Portillo, donde ya habíamos estado cuando huimos disfrazados de religiosos con María, y los padres mercedarios volvieron a asignarnos un cubículo de paredes desnudas, sin más muebles que un par de jergones sobre el frío suelo. A media noche, una noche fría en comparación con los calores de abril que nos hacían sudar durante el día, oí aullar a los lobos y me levanté. La luna parecía temblar sobre la llanura, como si también se estremeciera con los aullidos. Vi caminar a Adela descalzo, con su hábito de dril, bajo el que se adivinaba que era una mujer y que todas sus carnes gozaban de la libertad de la desnudez. Caminaba como sonámbulo. Creo que no me hubiera visto aunque me hubiera interpuesto en su camino. Cara de Rosa me había oído y dejó su jergón para venir a mi lado. Señaló las vestiduras holgadas y la cabellera de Adela agitadas por el viento y dijo:

—¿Adónde va?

—A su cita diaria con la muerte.

La Princesa se acercó, navegando sobre el azul oscuro, casi negro del cielo. Era como un gran monstruo alargado, adornado con luces de fuego. Adela subió por la escalerilla y se perdió sobre la cubierta.

—¿Cómo es posible que un barco llegue tan tierra adentro?

—Navega por el tiempo.

## Capítulo 10

Pienso que debo de ser un buen hijo, pues lo primero que hicimos al llegar a Lérída fue ir a ver a mi madre, que se hacía llamar Gracia Parisa. La encontré algo decrepita. Tenía el pelo completamente blanco y lo llevaba suelto en una larga melena que no se ocultaba con pañolón alguno. Parecía una bruja, y acostumbrado como estaba a las comparencias del diablo, no me hubiera extrañado haberla visto hacer brujerías en una noche de luna llena. En cambio se mostró más cariñosa que nunca, y me dijo:

—Hijo mío, hace tanto tiempo que te fuiste que ya desconfiaba de volver a verte en esta vida. Ven, que te prepararé un baño para ti y para tu amigo.

Ahí se delató; miraba a Cara de Rosa con lascivia de vieja rijosa, y mi amigo del alma se dejaba hacer con una sonrisa tolerante. Se metió desnudo en la tina y mi madre le restregaba la espalda, deteniéndose más en su musculosa anatomía que en mis carnes consumidas de tanto padecer.

—Ya eres todo un hombre, muchacho, y cómo has cambiado.

Cerré los ojos, y creo que también los oídos. Si algo había aprendido de tanto deambular por el mundo era que nadie cambiaba radicalmente de manera de ser por mucho que envejeciera.

—Genio y figura hasta la sepultura.

Era la voz de mi padre, la reconocí en seguida. Me levanté, chorreando agua y espuma, y le abracé, dejándolo bastante mojado. En un rincón, Adela sonreía displicente, casi diría que enigmáticamente.

—¡Padre, y cómo habéis vuelto sin avisarme!

—¿Dónde iba a encontrarte? Además, yo soy hombre de mundo; la isla se me hacía pequeña. Pero no temas, tus asuntos están allí en buenas manos. Para ver la buena gente solo un ojo es suficiente.

Detrás de mi padre asomó una dama embozada, totalmente vestida de negro, con unos ojos tan expresivos y chispeantes que por muy tapada que estuviera la reconocí en seguida:

—¡Simona!

Retiró el velo de su cara y leí la maldición que el viejo Nicolás Mercader había escrito en ella. Las cicatrices habían dejado surcos profundos y se podían leer fácilmente las iniciales del amo: NM.

—Nicolás Mercader —dije.

—Un día le daré su merecido.

—Si lo hicieras, me lo pondrías demasiado fácil.

—Lo haré de todos modos.

—De inteligentes y de sabios es perdonar injurias y olvidar agravios —terció mi padre.

—Nunca me tuve por mujer avispada.

En cambio era coqueta por naturaleza, y hacía buenas migas con mi madre. Había rodado por el puerto de Ciudad de Abajo, allá en Mallorca, hasta que un marino mercante se la llevó y la tuvo entretenida sin escatimarle fortuna ni favores; anclaron en muchos puertos hasta llegar a la antigua medina de Ciutadella, donde la recogió mi padre y se la trajo a Lérida. Nicolás Mercader nunca la buscaría allí, y en cambio él tenía el castillo de Paraje, y por fuerza había de volver a posar en él con su muy «amada» esposa, que a fin de cuentas tenía en Lérida a toda su familia. No estaba nada mal pensado, para una mujer que se tildaba, injustamente, de pocas luces.

—Le grabaré la S de mi nombre en el corazón. Ya sé escribirla, me lo he aprendido de memoria.

—No creo que llegue el caso.

—La venganza es repudiable, pero tiene algo agradable.

Naturalmente, Simona pugnó por meterse con nosotros en la tina. Se quitó con dos zarpazos las ropas de colores vivos que llevaba debajo del manto negro y hubimos de hacerle sitio. Cara de Rosa se entretuvo en contarle todos los nudos que formaba la espina dorsal sobre su espalda, pues estaba sumamente delgada. Tenía la piel morena, de tanto andar desnuda por el mundo, y las carnes firmes y tensas como la piel de un tambor.

—¿No temes que alguna mujer celosa te denuncie al obispo?

—Muchas lo han intentado. Decían que invocaba desnuda al íncubo para luego yacer con él.

—¿Has sido torturada?

—No llegó el caso. No sabéis hasta qué punto los obispos, esos hombres de Dios, pueden llegar a ser rastreramente humanos. Todos estamos hechos del mismo barro.

Salí del baño en cuanto pude y los dejé hacer a solas. Al caer la noche me asomé a la ventana y me entretuve contando estrellas, tarea, por lo demás, completamente vana, puesto que son incontables. ¿Qué iba a hacer ahora? Se imponía buscar a Ángel Vicario y preguntarle si sabía dónde andaba Francisco Tobar, su ayudante. Pensé que podría haber dado su consentimiento para que saliera a buscar el libro del peregrino, sin duda engañado por las malas artes del astuto Tobar. Fue cuando sentí un roce levísimo en la espalda y me volví. Una mano de seda me había acariciado, y luego unos cabellos finísimos y unos labios sensuales me buscaban. Era Simona, por supuesto. En la oscuridad de la pieza las letras de sus mejillas brillaban como si fueran ventanas abiertas a un mediodía de luz diáfana. Me recordó el resplandor de las páginas del libro del peregrino, y no sé por qué, acto seguido, me vino a la mente la imagen de Adela, subiendo cada noche al altar del sacrificio con los pies descalzos y un par de alas que me figuré pegadas a sus omóplatos.

—¿Has terminado con Cara de Rosa? —pregunté burdamente.

Estaba tan cerca que podía tocar sus pechos. El perfume que emanaba era, ciertamente, mareante.

—¿Tú nunca bajas la guardia?

—No.

—Pues deberías bajarla.

—¿Te acuerdas del morito Rayhan?

Evoqué la figura del morito guerrero, capaz de desafiar a un ejército por defender a su dama, si es que Simona era digna de tal apelativo, y luego se me representó el hombre alto, calvo, con barba de chivo en el que se había convertido por obra y gracia de la edad, todavía dispuesto a dar la vida por la dueña de su corazón. Simona inició un sollozo y buscó refugio apoyando la cabeza sobre mi hombro. Le acaricié aquella cabellera increíble, la mejilla maltrecha, pensé que era como tocar el culo de los ángeles, y luego, cuando levantó la cabeza, tenía una sonrisa preciosa y era otra mujer. Era Ana, la hija de Francisco Tobar, envuelta en el velo vaporoso, sin necesidad de tocar el suelo con los pies. Traté de abarcarla y mi mano pasó a través de su cuerpo

como si fuera niebla.

—¿Has venido a hablarme?

—Solo soy una ilusión.

—¿Por qué te muestras ante mí?

—Busca a mi padre. No quiero que desfallezcas.

—¿Qué pasó la noche que murió el rector Arcillares?

—Busca a mi padre.

—¿Dónde puedo encontrarle?

—Busca a mi padre.

Se desvanecía, a medida que decía, «busca a mi padre». Era como un sueño del que uno tarda en despertar, del que uno no quiere llegar a despertar; también era como un desfallecimiento; el mundo se nos va borrando poco a poco, como se iba borrando la efigie de Ana Tobar, y su voz sonaba cada vez más adentro, cada vez más adentro; ¿pero dentro de qué? Dentro de mi cabeza. Abrí los ojos. Me pareció que Adela se me acercaba, pasaba a través de mí, volaba con alas de ángel y acudía a su cita con la muerte nocturna. Razoné que eso significaba que Nicolás Mercader no estaba lejos. Pero tal vez seguía el rastro de Ana Tobar. Busca a mi padre. Pensé también que eso quería decir que su padre no andaba lejos. Desperté muerto de frío en el suelo, ovillado en mi jergón. Busqué a Cara de Rosa a tientas. A la luz de la luna pude verle; dormía a pierna suelta, abrazado a Simona, calentando su desnudez.

Al día siguiente fuimos a ver a Mofari. Extrañamente le encontramos rezando ante la tumba del peregrino. Había perdido todo el pelo de la cabeza y estaba encorvado como un gancho, pero se alegró tanto de vernos que solo le faltó ponerse a bailar.

—Ahora que te veo, querido Gladis, hijo mío, sé que todo irá bien, todo se resolverá para bien.

—No sabía que rezaras.

—He aprendido las oraciones cristianas.

—Dime, ¿qué sabes de Francisco Tobar? ¿Ha huido a Francia?

—Si huyó ya ha regresado; ayer le vi merodeando por el jardín de la sede episcopal.

Lo siguiente fue pedir audiencia a Ángel Vicario. Entonces supe que ya teníamos nuevo obispo en Lérida, monseñor Gerald d'Andria, de quien no sabíamos absolutamente nada. Por fortuna Ángel Vicario, que aún tenía mucha influencia, se ofreció a facilitarnos la cita. Cuando nos fue concedida mi padre accedió a acompañarnos a Cara de Rosa y a mí en la visita. Pese a que era a mediados de abril, la tarde se presentaba gris y tal vez por lo avanzado de la hora la penumbra borraba la mayoría de los detalles del paisaje. En el patio de la sede episcopal no se veían ni las estatuas. El obispo estaba medio adormilado en su despacho, a menos que tuviera siempre esa cara de fastidio. Mi padre le besó el anillo con gran reverencia. Luego dijo:

—Ilustrísima.

Debió de pensar que se había quedado corto y añadió:

—Excelencia eminentísima.

El obispo trató de obviar el protocolo meneando ambas manos.

—Hijos míos, la gracia del Señor sea con vosotros.

Tenía la mirada perdida, como si padeciera algún grado de ceguera, o como si hubiera sufrido una embolia y perdido el sentido de la realidad.

—Sabiduría y desengaños aumentan con los años —dijo mi padre, seguramente por decir algo.

—Ayúdame y serás ayudado —replicó el obispo.

—Precisamente, su eminencia, hemos venido a interesarnos por vuestro ayudante, Francisco Tobar.

—A decir verdad nunca fue colaborador mío; dicen que desapareció durante muchos meses, años tal vez, pero últimamente se le ha vuelto a ver merodeando por aquí, sobre todo en días lóbregos como este.

—Se han producido fenómenos extraños —dije—, y no estoy seguro de que Francisco Tobar sea totalmente ajeno a ellos.

—¿A qué llamáis fenómenos extraños?

Me quedé súbitamente cortado. Pensé que si me sinceraba con el obispo, él en justa correspondencia era capaz de hacerme condenar por herejía.

—Apariciones.

—¿Apariciones?

—Apariciones diabólicas.

—Hijo mío, esto es muy grave. Las mazmorras episcopales están llenas de gentes que han tenido trato con el diablo.

Me di cuenta de que estaba pisando un terreno resbaladizo.



—Tengo razones para creer que vuestro súbdito, Francisco Tobar, se ha apoderado de un libro santo, que pertenece a la llamada Asamblea de San Luis, con sede en París. Si tenéis algún poder sobre el tal Francisco Tobar, tal vez podríais hacerle confesar. Se trata del libro del peregrino, que le fue robado al rector Arcillares la noche que le mataron.

—El rector Arcillares... Tengo ciertas noticias de este incidente y se me antoja un asunto muy turbio. ¿Quién podría tener interés en matar a un sacerdote que era admirado y respetado por todos?

—Monseñor, se trata de un libro muy poderoso.

—¿Cómo de poderoso?

—Una reliquia de primer orden —improvisé—. Cualquiera capilla que lo posea será venerada por toda la cristiandad. Será como en la mejor época de los peregrinajes y la gente acudirá a visitarla como visita Santiago de Compostela.

—¿Tan grande es el poder de este libro? ¿Queréis decir que mataron al rector Arcillares para robarle el libro?

—También mataron al peregrino, Miguel Senté.

—También estoy al tanto de ese incidente. Decir que le mataron es una acusación muy grave. ¿De quién sospecháis?

—De Francisco Tobar.

El obispo permaneció un buen rato en silencio. Luego abrió la ventana. Sobre las almenas del palacio se veía la sombra de un ahorcado.

—Aquel hombre había ofendido a Dios, seguramente inspirado por el diablo; pero no se sabe que hubiera matado a nadie. Francisco Tobar ocupará su lugar, si vuestras acusaciones son ciertas, si no, lo ocuparéis vosotros mismos.

—¿Decís que Francisco Tobar merodea por aquí en días como este?

—En noches como esta.

Efectivamente, había caído la noche sobre el jardín del episcopado, y era la luna, envuelta en un halo de neblina, la que proyectaba la sombra del ahorcado.

—¿Podríais acompañarnos?

El obispo se puso la capa y salió con nosotros, flanqueado por dos soldados. Ángel Vicario hacía rato que se había quedado al margen; era como si se hubiera quitado un enorme peso de encima, dejando todas las preocupaciones y deberes del obispado en manos de monseñor Gerald d'Andria.

—¿Qué te propones? —dijo mi padre.

—Tú déjame hacer.

—Huir por vileza es vergüenza, evitar un peligro es prudencia.

—¿Dónde suele verse a Francisco Tobar?

El obispo abrió los brazos abarcando el jardín.

—Por aquí.

Una intuición, más que una esperanza, me había llevado a salir al raso, donde no hubiera techos que estorbaran la visión. El corazón me palpitaba con fuerza. Si mi presentimiento no surtía efecto, iba a perderme yo mismo. Cara de Rosa cabeceaba detrás de mí, sin duda buscando algún subterfugio con el que disimular mi atrevimiento. Alcé la cabeza al cielo, de un azul más claro a medida que se acercaba al punto donde refulgía la luna. Fue entonces cuando vi surgir la proa de La Princesa de entre las brumas, navegando en lo alto, como si viniera del paraje donde el horizonte se junta con el mar.

—¡Mirad!

El obispo abrió unos ojos como platos, mi padre estuvo en un tris de caerse de espaldas y Cara de Rosa, que no era el más creyente de los hombres, se santiguaba y dejaba oír:

—Loado sea Dios.

La galera apareció en todo su esplendor, alumbrada por multitud de antorchas. Sobre la toldilla había un hombre con máscara de macho cabrío. Adela se acercó desnuda al altar y el que oficiaba el ritual, sin duda Nicolás Mercader, le clavó el cuchillo en el pecho. Acto seguido brotó un raudal de sangre que subió al cielo como una lluvia de estrellas rojas. El oficiante se quitó inesperadamente la máscara y soltó una risotada. No era Nicolás Mercader, sino un gigante de pelo largo, espaldas anchas y colmillos blancos bajo el bigote. Era Francisco Tobar.

—¡Dios mío!

El obispo sufrió un desmayo. Con ayuda de mi padre evité que cayera de bruces. Los soldados lo trasladaron a su aposento.

—¿Qué ha pasado?

Cómo decirle lo que había pasado, si acaso no lo recordaba.

—Ah, ya recuerdo. De cuanto habéis visto, ni una palabra a nadie, o me veré obligado a encerraros por herejes. ¡Dios mío, era el diablo!

—Era Francisco Tobar.

—Era el diablo.

Monseñor Gerald d'Andria mandó dar caza a Francisco Tobar, pero resultó ser un hombre muy escurridizo. Cada vez que sus alguaciles lo acorralaban en el patio de la sede episcopal, se desvanecía como si estuviera hecho de niebla. Pasaron muchos días de acoso, y no había forma de encerrarle. Dimos en seguir a Adela, cuando se ausentaba para convertirse en víctima del sacrificio ritual de cada noche; pero cuando una mano invisible la recogía para llevarla al barco fantasma, ya era del todo imposible seguirle el rastro. También acechamos a Ana, la hija de Francisco Tobar, que solía columpiarse en el vacío, en la capilla de la Crucifixión. Fue muy difícil llegar a verla, y cuando lo logramos, también se desplazaba como un reguero de polvillo mágico que resultaba imposible seguir, o pegaba saltos descomunales y atravesaba las paredes, diciendo:

—Busca a mi padre, busca a mi padre.

—Solo hay un modo de capturar a Tobar —acabé diciendo al obispo.

—¿Cuál?

—Hay que encontrar a un endemoniado que responde al nombre de capitán Olmos.

—Si es un endemoniado, solo podrá conducirnos a la perdición.

—O lo que es lo mismo, al demonio.

El obispo llamó a un viejo conocido mío, Hugo de Saura, el fraile templario de Miravet que era amigo personal de Nicolás Mercader y también del rey Alfonso. Hugo de Saura era un hombre alto como una torre, con una mirada tan dura que fundía la cera de los cirios con el fulgor de sus ojos.

—Tengo interés en entrevistarme con el capitán Olmos, un servidor del cónsul de Bugía.

—¿Para qué le queréis?

—Sospecho que pueda tener tratos con el diablo.

—De ser así, yo mismo me encargaré de sacárselo del cuerpo.

Al día siguiente Hugo de Saura se presentó en la diócesis acompañado del capitán Olmos. Naturalmente, pronto supe la causa de tanta celeridad: Olmos estaba ahora al servicio de Nicolás Mercader. Empecé a sospechar que Olmos, Francisco Tobar y Nicolás Mercader eran una misma cosa, o mejor dicho, eran víctimas del mismo ente, el diablo. El obispo se encaró con él y le

dijo, puerilmente:

—Confiesa que eres el diablo.

Olmos soltó una carcajada que hizo temblar los cimientos de toda la sede episcopal de Lérida.

—Soy el diablo —dijo.

De pronto era un gigante que no cabía ni en la nave central de la iglesia. El obispo blandió su crucifijo y dijo las palabras de ritual:

—Vade retro, Satanás.

Cuando volvió a ser un hombrecito calvo, con la tez cerúlea, el obispo dijo:

—Solo queremos una cosa, encontrar a Francisco Tobar.

Olmos sonrió siniestramente y de pronto fue más alto, con la tez más oscura y con el cabello largo; fue un hombre musculoso, de mirada hostil: Francisco Tobar.

—¿Quién mató al rector Arcillares? —pregunté, sin poder contenerme más.

—Lo maté yo mismo, con estas manos.

Unas manos negras, callosas.

—¿Por qué?

—Tenía el libro sagrado.

—¿Por eso mataste también al peregrino Miguel Senté?

—Ese fue más duro de pelar.

—¿Quién te mandó matarle?

—Sí, es cierto, alguien me mandó matarle.

—¿Quién?

—¿Quién eres tú para preguntarlo?

Tobar se echó a reír. Era una risa siniestra, y su boca hedía a medida que echaba bocanadas de aire.

—¿Dónde está el libro del peregrino?

Francisco Tobar dio un giro fenomenal a su cabeza, de modo que tenía la nuca donde debería de haber tenido la cara. Luego se puso de pie sobre las manos y echó a andar, trepó por el muro y caminó del revés, pegado a la bóveda.

—Nunca tendrás el libro del peregrino.

—¿Por qué?

Bajó otra vez al suelo, puso la cabeza del derecho; se abrió la camisa y, cosa extraña, tenía una cruz grabada en el pecho: parecía que se la habían marcado con un cuchillo. Se arrancó la piel, pisoteó la cruz, escupió sobre

ella. Su sangre, al tocar el suelo, se convertía en fuego.

—Nunca tendrás el libro sagrado.

—¿Por qué?

Francisco Tobar sonrió con una mueca terrible; se convirtió en una mujer muy alta, muy joven y muy bella, pero en seguida fue una vieja con pelos en la barbilla y con unas ubres que rozaban el suelo; luego fue un perro, una serpiente, y finalmente el viejo Nicolás Mercader.

—Amigo mío —Nicolás Mercader abrazó a Hugo de Saura.

—Micer Nicolás Mercader, decidme que no tenéis nada que ver con el diablo.

—No tengo nada que ver con el diablo.

Aquel hombrón, Hugo de Saura, estrechó la mano de Nicolás Mercader con una sonrisa tan forzada que yo creo que era la primera sonrisa que esbozaba en su vida. De pronto se quedó tieso, como si le hubieran empalado, y cayó muerto cuan largo era.

—¿Dónde está el libro sagrado? —repetí.

—No lo tendrás nunca, ¡nunca!

Nicolás Mercader se transformó en el capitán Olmos, y este en Francisco Tobar. Subió al alféizar de la ventana y ya iba a saltar cuando le espeté:

—¿Quién mató a tu hija, Ana?

Bajó muy lentamente de la ventana. Lloraba lágrimas de fuego.

—Fue un accidente. Se subió al andamio y gritaba: «¡Padre, tú ya no eres mi padre!». Se cayó, y no pude salvarla.

—Tú la hiciste caer. Sabía que eras un asesino y para que no te denunciara la hiciste caer.

—No, no; se cayó, se cayó...

Empezó a rebuznar y ya casi era un asno cuando le hundí la daga de San Pablo en el lugar donde suponía que estaba el corazón. Puso los ojos en blanco, trastabilló, y se desvaneció en la nada, como si estuviera hecho de niebla. En el lugar donde posaba los pies quedaron resonando estas palabras:

—Nunca tendrás el libro sagrado. ¡Nunca lo tendrás!

El obispo dio la extremaunción *in articulo mortis* al desdichado Hugo de Saura.

—Ahí entro yo —dijo Simona.

Se embozó en una capa negra, que solo dejaba ver sus ojos y la cabellera lacia, resplandeciente bajo el sol benigno del mediodía. Se dirigió al castillo de Paraje, sentada a mujeriegas, y yo la acompañé a caballo. Cara de Rosa, como siempre, también quiso acompañarnos. En la puerta, sin embargo, nos detuvo la gente de Nicolás Mercader.

—Mi nombre es Simona, llamad a Bernardo Prats.

Bernardo Prats tardó mucho en aparecer.

—No creo que nos abran —dije—. Vale más esperar a que llegue la noche y saltar.

—Ahora ya están sobre aviso —dijo Cara de Rosa.

—Bernardo Prats vendrá, he dado mi nombre.

En efecto, vino al cabo de un buen rato, seguramente con la esperanza de que nos hubiéramos ido. Simona se descubrió el rostro. Las iniciales del amo, grabadas a fuego sobre sus mejillas, se veían encarnadas bajo el sol.

—¡Simona!

—Déjanos entrar. Tengo un recado para micer Nicolás Mercader.

—¿Qué recado tienes?

—Déjanos entrar.

Bernardo Prats mandó abrir los portones.

—Me la estoy jugando.

Simona le abrazó. Aunque vestido de cota de malla, Bernardo se dio cuenta de que la mujer estaba desnuda bajo el manto.

—Sabré recompensarte.

—¿Qué quieres de mi amo?

—Solo quiero verle.

—¿Y estos dos?

—Vienen conmigo.

—Estos dos se quedan aquí.

—Estos dos vienen conmigo.

Entramos en el despacho de Nicolás Mercader, y Bernardo Prats permaneció fuera, asustado. La estancia estaba sumida en la penumbra, y Nicolás Mercader tenía la cabeza apoyada sobre los brazos, derrumbado ante la mesa. Al vernos entrar dio un respingo.

—¿De dónde salís vosotros?

—¿Dónde está María?

Nicolás Mercader sonrió, diría que siniestramente.

—María está muy lejos, en Villamar. Nunca vas a recuperarla.

Simona se adelantó, se abrió el manto y efectivamente, iba completamente desnuda debajo. Nicolás Mercader avanzó una mano para tocarle las iniciales grabadas en las mejillas. Eran muy profundas y podían leerse palpando con las yemas de los dedos.

—Es extraordinario.

Había salido de detrás de la mesa y miraba aquellas iniciales con alguna especie de fascinación. Simona lo abrazó, aplastándole los pechos contra la camisa. A medida que lo abrazaba, le hundía una daga en el corazón. Nicolás Mercader se puso lívido; luego se tambaleó, retrocediendo hasta apoyarse en la mesa.

—Ya tienes tu venganza.

—Todavía no.

Simona extrajo el puñal, afiladísimo, y le grabó con él una S en la mejilla. Había aprendido a hacerla y había practicado con naranjas y melones; después con hombres, había practicado con hombres a los que dejaba grabada su señal, pero no exigía nada más por el regalo de su cuerpo. La mejilla de Nicolás Mercader sangraba, pero el viejo aún se esforzó en esbozar una sonrisa de desprecio.

—¿No me grabas la otra mejilla?

Simona le grabó la otra mejilla con la punta acerada, después le clavó el cuchillo en la frente con saña. Nicolás Mercader se derrumbó en medio de un charco de sangre.

—Ya tengo mi venganza —dijo Simona—. Ahora vosotros huid, que yo he de pagar mi pecado.

—Huiremos todos juntos.

La arrastramos contra su voluntad hasta la ventana. Desde allí podíamos saltar al foso, nadar y salir al galope con los caballos. Ya íbamos a saltar cuando vimos que Nicolás Mercader se levantaba lentamente, pesadamente, con el puñal clavado en la frente. Esbozó otra vez una sonrisa siniestra. Se arrancó el puñal y la herida se le curó limpiamente.

—Jovencita, creo que esto es tuyo.

Lanzó el cuchillo con mucho acierto y la hoja se hundió en el pecho de Simona, que en seguida fue presa de una palidez mortal. La empujé hacia abajo, y Cara de Rosa nos siguió. Antes de dejarme caer vi cómo Nicolás

Mercader avanzaba hacia nosotros, perfectamente recuperado, limpio de todas sus heridas. Cuando asomó a la ventana tenía los cabellos de fuego y una lengua de reptil; era el diablo.

—Este hombre ha pactado con el diablo.

—Lástima que no vaya a poder ofrecer a Simona en sacrificio.

Sus palabras resonaban desde todos los puntos del horizonte, y se precipitaban desde las nubes, en forma de una lluvia de sapos, y surgían del fondo del agua estancada en el foso, que borbolloneaba, pestilente. Huimos a caballo, pero cuando llegamos a casa, Simona ya estaba muerta. Mi madre nos hizo depositarla en su lecho y la cubrió con una sábana. Su cuerpo emanaba luz, como si hubiera fuego debajo de la cama. Mi madre encendió muchas velas, y el cuerpo de Simona, desnudo, parecía el de una estatua blanca; en su rostro había una sonrisa angelical. Adela posó una mano sobre sus mejillas y desaparecieron las iniciales de Nicolás Mercader; en su lugar quedó la piel sonrosada, fosforescente, como la de un niño de pecho, o de una virgen.

Enterramos a Simona una hermosa tarde de finales de abril, y pese a que el tiempo era cálido y mayo se anunciaba perfumado, yo pugnaba por no tiritar, debajo de la capa, y Adela se me acercó a buscar cobijo en mis brazos, o tal vez a confortarme con el fuego interior que la llevaba a cabalgar de noche hasta las puertas del mal para convertirse en víctima propiciatoria de Satanás.

—Están pasando cosas extraordinarias —dije.

—Solo dos cosas —dijo Adela—, el amor y el odio. Tú eres amor, María es amor, el libro del peregrino es amor, el resto es odio.

—¿Ausencia de amor?

—Odio.

—Entiendo que si Dios es amor, el diablo es odio.

Sentí que una mano se posaba pesadamente sobre mi espalda; me volví, era monseñor Gerald d'Andria. Era una mano arrugada, marrón, áspera, como si hubiera salido de la tierra, como si su destino fuera meterse a dormir en el hoyo de una sepultura y levantarse a gobernar la diócesis cada mañana. Sus ojos eran los de un extraño.

—Están pasando cosas extraordinarias —repetí.



—Sí, amigo mío, y si no las explicas, me veré obligado a encerrarte.

—¿Si no explico qué?

—La muerte de esta muchacha, por ejemplo.

—La mató el diablo.

Mi afirmación no debió de hacerle maldita la gracia al obispo. Me di cuenta de que venía con intenciones poco conciliatorias.

—Hay otros hechos anormales que deberías explicar, como por ejemplo las apariciones de Ana, la hija de Francisco Tobar.

—Es un alma en pena, porque descubrió que su padre era un asesino y quería delatarlo, y él la mató para que no hablara. No me creo la versión de que fue un accidente, si hubiera sido un accidente su espíritu descansaría en paz y no andaría errando por el mundo. Vos mismo escuchasteis cómo Francisco Tobar intentaba justificarse con lo del accidente, antes de que se disolviera en la nada.

Monseñor Gerald d'Andria sonrió enigmáticamente. No era una sonrisa de aliento, pero tampoco de animadversión; era, simplemente, enigmática, como si no supiera a qué carta quedarse. Señaló al grupo de fieles que contemplaba la inhumación de Simona; ya digo que el suyo era un dedo marrón, de piel seca, descarnada; seguí la dirección que señalaba y vi a micer Nicolás Mercader, muy compuesto y atildado. Al notar que había captado su presencia, se llevó la mano al sombrero y me saludó murmurando algo con retintín. Yo diría que era retintín, que sus palabras, que desde luego no oí, no llegaban a ser crueles. Por encima de su cabeza descubierta vi entonces la figura impresionante de Francisco Tobar, alto como una torre, hierático, fuerte como un oso, con los ojos llenos de rencor.

—Aquellos dos ciudadanos te han denunciado.

—Vos sabéis que no son ciudadanos, sino el demonio.

—Ellos afirman lo contrario, dicen que tú estás poseído por el diablo y que todo lo que sucedió el otro día no era real, sino obra de tu imaginación.

—¿Imaginación la muerte de Hugo de Saura?

—Aseguran que Hugo de Saura fue tu víctima propiciatoria, y que le seguirán muchas más, tal vez incluso yo mismo.

—Si dudáis de mí, ponedme a prueba; dejadme besar el crucifijo.

—El diablo es muy cruel, pero también muy sabio. Dicen que sabe más por viejo que por diablo.

—Probad a darles a besar el crucifijo a ellos.

—Ya lo he hecho.

Si habían resistido el contacto con el crucifijo era que el diablo tenía aún más poder del que cabía suponer. Vi que monseñor Gerald d'Andria me daba a besar el crucifijo que pendía en el extremo de su rosario, y cuando quise aproximar mis labios brotó una explosión de fuego que parecía salir de mi estómago, aunque solo lo parecía, puesto que se trataba de una artimaña contra mí de los dos personajes diabólicos que sonreían con falsedad a lo lejos.

—¿Qué pasa, no puedes besarlo?

—Claro que puedo.

Lo intenté tres veces y tres veces me derrumbó la nube de fuego. Cara de Rosa me ayudó a levantarme.

—Bésalo tú, por el amor de Dios.

Cuando monseñor Gerald d'Andria le aproximó el crucifijo a los labios, Cara de Rosa se lo arrancó, airado, de las manos.

—¿Qué pasa aquí? —gritó—. ¿A qué estamos jugando?

—Los dos han pactado con el diablo —oí que decía Nicolás Mercader.

—Encerradles —Francisco Tobar.

—Este hombre me robó a mi mujer —dije—, y este robó el libro del peregrino.

—Este hombre secuestró a mi mujer y abusó de su honra, lo cual está penado con la muerte. Confabulado con el diablo, pretende robar el libro del peregrino...

—Que pertenece a la Asamblea de San Luis —continuó Francisco Tobar—, a la que según instrucciones del señor Ramón Santos debo entregarlo.

—Mentira —dije—. El beato Ramón Santos encomendó al intendente To que lo entregara, y tú mataste a To para que no lo hiciera.

—Poseído por el diablo —dijo Cara de Rosa tras señalar a Nicolás Mercader— mató a Simona clavándole su daga en el corazón.

—Este a quien llaman Cara de Rosa, capaz de abusar de cualquier virgen que se le acerque, es su cómplice. Encerradles a ambos. Juzgadles y condenadles, o no hay justicia en la tierra.

—Justicia en la tierra —gritó la gente.

—Es el diablo y podemos comprobarlo fácilmente. La muerta tenía mis iniciales grabadas en las mejillas; mirad si aún las tiene.

—Sin duda las tendrá, agravadas por los rigores de la muerte.

El obispo mandó destapar el rostro de Simona, que aún yacía en el suelo, envuelta en el sudario, insepulta; tenía las mejillas pálidas, de una finura extraordinaria, casi resplandecientes, sin mácula.

—Es el diablo.

—Los dos representan al diablo.

La gente lo coreaba. Me acerqué al obispo Gerald d'Andria y le agarré de las vestiduras.

—Vos visteis la escena en la toldilla de La Princesa. El diablo acuchillaba a Adela, ¿y quién era el diablo? ¿Cuál de los aquí presentes era el diablo?

Monseñor Gerald d'Andria miró con ojos perplejos a Nicolás Mercader, después a Francisco Tobar; fijó luego la vista en la multitud.

—Escuchad... —dijo.

—Aquí está Adela —dijo un hombre, señalando al muchacho que continuaba a mi lado—, nadie le ha acuchillado.

—Decid —insistí—, cuál de los aquí presentes era el diablo.

Entonces monseñor Gerald d'Andria me señaló a mí y dijo:

—Tú.

## Capítulo 11

—¿Qué pasa, os habéis vuelto contra mí? ¿Dónde está Ángel Vicario? Sin duda él vendrá a dar fe de mi inocencia.

Ángel Vicario no podía ayudarme, pues había salido de viaje hacia Roma para entrevistarse con el papa, pero yo entonces no lo sabía. Monseñor Gerald d'Andria tenía la cabeza baja y no respondía a mis quejas. Se limitó a dirigirse a sus soldados.

—Encerradles en las mazmorras a los dos.

—¿Qué, a mí también? ¿De qué se nos acusa?

—Habéis sido acusados por tres ciudadanos honrados de haber pactado con el diablo, vos también, el que llaman Cara de Rosa. Vuestra actuación y forma de vida serán sometidas a debate y puestas en entredicho.

—¿Y por qué no juzgáis a quienes nos han acusado?

—No puedo.

—¿Por qué?

—No puedo, simplemente. Bien sabe Dios que quisiera ayudaros. Y si se prueba vuestra inocencia, me tendréis a vuestro lado.

—¿De qué se me acusa a mí?

—De pactar con el diablo para seducir a infinidad de doncellas.

—Para eso no hace falta diablo.

—Luego lo admite —gritó alguien entre la gente.

Había reconocido su voz, pero cuando la multitud se apartó para dejarle paso, vi la calva reluciente, con cierto tono cerúleo, pese a la luz diurna, las espaldas membrudas, los brazos como palas del capitán Olmos. Su odio hacia Cara de Rosa, y su alianza con el diablo, le habían llevado hasta allí sin duda para denunciarnos a ambos. ¿Quién más estaría implicado en la denuncia?

Seguramente el cónsul Batlle, aunque no lo vi entre la muchedumbre. O alguien que ni siquiera podíamos imaginar.

Mi padre se acercó al tumulto cuando los soldados ya nos ataban las manos.

—Bien sabéis, Ilustrísima Reverendísima, que me honro en contarme entre vuestros amigos, aunque algo bueno trae la adversidad consigo, que ahuyenta a los falsos amigos.

—Cien amigos es poco, un enemigo es mucho.

—Decid, pues, quién es el enemigo que les ha denunciado; tienen derecho a saberlo.

—Tienen derecho a saberlo cuando llegue el momento y si yo quiero.

—Con bondad se adquiere autoridad.

—No puedo decir todo lo que concierne al caso todavía. Tened por seguro que quienes les han denunciado son gentes tan respetables como micer Nicolás Mercader, el ayudante Francisco Tobar o el intendente Olmos, aquí presentes, más algunas personas de pro de las que no cabe dudar. Ahora llevadles a la cárcel. Ocasión tendrán de defenderse, y vos también la tendréis, amigo mío, vos también podréis ayudarles, pues nunca os cerraré las puertas de mi despacho.

—A la muerte pelada, no hay puerta cerrada.

Fue lo último que oí decir a mi padre, pero leí en sus ojos todo el aliento del mundo y ello me confortó, porque a decir verdad nunca me había faltado su apoyo. Pero qué podría hacer ahora contra la influencia de Nicolás Mercader y del cónsul Batlle, más acaso algún otro personaje que ni siquiera conocíamos. Nos llevaron, empujándonos malamente, hasta las escaleras de peldaños desgastados que conducían a las mazmorras del palacio del obispo; a medida que descendíamos, todo era muy hosco y sucio, y se oían gritos e imprecaciones de la gentuza que se hacinaba en el foso. El camino se hizo pronto tan lóbrego que era preciso alumbrarlo con una antorcha pestilente, fijada en una esquina, contra una pared desnuda, aunque tan negra como la muerte. Allí nos salió al paso el carcelero, que tomó el relevo de los soldados.

—Cuida bien a estos dos. No son gente corriente.

El carcelero rio, mostrando un único diente, pese a que era un hombre todavía joven, con la cabeza alargada pero hacia arriba, como si le faltara profundidad en el cráneo debido a alguna deformación; tenía la barba negra y poblada, y era tardo de movimientos. Pasamos ante una jaula llena de morralla hasta los topes, con un fuerte olor a orines y a mierda, y se oyeron

cien chillidos, aullidos y súplicas.

—Antón, un mendrugo, por el amor de Dios, Antón...

El carcelero se limitó a reír escupiendo por entre la columna de su único diente. Dedujimos que se llamaba Antón, y si nos preguntábamos adónde nos llevaba, pronto lo supimos, porque dijo:

—Os voy a llevar a una jaula de lujo, pero tendréis que pagarlo.

Los soldados nos habían despojado del poco dinero que llevábamos; pero dije:

—Tened por seguro que mi padre os dará todo el dinero que pidáis.

Antón volvió a reír con su único diente. Habíamos llegado a una celda negra como el pecado, sin ninguna ventilación. Nos encadenó a la pared y dijo:

—No es ese el precio que pido.

Miré a Cara de Rosa de modo tan intenso que lo decía todo con los ojos. Antón, sin dejar de reír, se sacó una verga retorcida y maloliente y se la frotaba, divertido.

—Métetela en la boca —le dijo a Cara de Rosa— y tendréis trato de reyes.

—Te aconsejo que te la guardes, si no quieres que te la arranque con los dientes.

Antón puso cara de pocos amigos y le propinó un puntapié furibundo en el estómago.

—Estúpido, lo acabas de echar todo a perder.

Fijó sus pies en el suelo con argollas, le arrancó las calzas y se metió entre sus nalgas con la saña propia de un energúmeno. No podía hacer nada. Mis cadenas no daban como para acercarme al pobre Cara de Rosa, que juraba que le iba a matar. Tampoco podía alcanzar al bruto de Antón. Le escupí en la cara, y él, enloquecido, pareció que aún se alegraba.

—También habrá para ti, mariposita, también habrá para ti...

—A qué busca el obispo el diablo, si lo tiene en sus mazmorras...

Cuando acabó se alejó renqueando, con el rostro trasmutado por el goce y el esfuerzo realizado; no habría podido hacer más aunque hubiera querido, se veía a las claras. Se detuvo ante la puerta, antes de cerrarla con llave.

—Te aconsejo, marica, que disfrutes las horas que te quedan —dijo Cara de Rosa, sopesando las palabras—, porque luego te cortaré los cojones y te los haré comer antes de liquidarte.

La primera noche nos dieron de comer una bazofia cochambrosa, junto con pan enmohecido y agua sucia, y Antón se tomó la precaución de no dejarse ver. Su ayudante, apenas un niño, aunque cojo y bizco, nos desató y nos sirvió el mejunje en escudillas que depositó en el suelo, como si fuéramos perros. Pudimos enterarnos, hablando a grito pelado con los demás presos, que el tal Antón se los había pasado a todos por las armas; no se salvaba ni uno. En días sucesivos, la comida mejoró, el agua era limpia, el pan menos negro, y ya no nos encadenaban, sino que nos movíamos, sin grilletes, dentro de la jaula, donde no se distinguía el día de la noche, excepto por una levísima penumbra, de modo que cuando se acercaba el resplandor de una antorcha nos cegaba la vista como si se tratara de un sol esplendoroso. Comprendí que mi padre había sobornado al carcelero Antón con dinero, o había intercedido con generosas limosnas cerca del obispo. Empecé a acariciar la idea de que monseñor Gerald d'Andria se aviniera a razones y mandara soltarnos sin someternos a debate por algo tan peregrino como nuestra incierta relación con Satán, cuando sabía positivamente que los que tenían trato directo con el diablo eran nuestros acusadores. Entretanto Cara de Rosa me aseguró:

—Aunque vayan a soltarnos, que no lo creo, yo no salgo de aquí sin vengarme de Antón.

Pasábamos las horas lamentando nuestra situación y haciendo planes para escapar, pero también para llevar a cabo la venganza prometida por Cara de Rosa al sodomita.

—Desengáñate, si se ha tirado a todos los presos, a ti también te ha de encolar.

Sabía que tenía razón y me devanaba los sesos buscando una solución expeditiva, antes de que me tocara el turno de sucumbir a la lujuria del inmundo carcelero. Pero lo cierto es que no se nos ocurrió nada lo suficientemente efectivo para quitárnoslo de encima y una noche, o día, que debido a la oscuridad de la celda para nosotros era lo mismo, en que dormía pesadamente en el frío suelo me hallé de pronto zarandeado y me pareció que me atacaba un monstruo de cinco colas, pues me arrancaban la ropa, me acariciaban ásperamente la cara, pegaban a mis labios unos labios malolientes, me buscaba la lengua una lengua agria como vómitos y me invadía una verga caliente que me producía enormes ganas de cagar, todo al mismo tiempo. Me debatí inútilmente, pues estaba encadenado, y Cara de

Rosa, que con el ruido quedó al corriente de lo que estaba pasando, intentó socorrerme en vano, pues también había sido encadenado y aun trabado como un perro y amordazado con bozal. Quedé tendido en el suelo durante muchas horas, esperando inútilmente que la luz del día viniera a darme noticia exacta de mi situación. En la penumbra adivinaba la mirada compasiva de Cara de Rosa, pero ninguno de los dos decía nada. Cuando el niño vino a desatarnos y darnos el comistrajo acostumbrado, me abracé a mi amigo y dije:

—Dios sabe que nunca he querido mal a nadie, y que no soy proclive a la venganza, pero esta vez, si hay que escarmentar a Antón, te ayudaré a darle su merecido.

—El suyo es un mal que solo se quita con la muerte.

Cuando por fin mi padre consiguió permiso para bajar a nuestra mazmorra se horrorizó de la oscuridad y las penosas condiciones a que nos tenían sometidos.

—Me quejaré ante el obispo —dijo—. Ese no es trato que se conceda a un enemigo, y mucho menos a quienes son tenidos por amigos. A mi casa llevé un amigo, se quedó de amo y yo despedido.

—Eso no es lo peor —dije, y conté la afrentosa práctica a que habíamos sido sometidos tanto Cara de Rosa como yo.

Mi padre quedó con los pelos de punta: no se lo podía creer.

—Ver para creer —dijo—. Desde luego voy a decirle cuatro frescas al obispo. ¿Qué es esto, cárcel o alcahuetería?

—Os aconsejo que no digáis nada —dijo Cara de Rosa.

—¿Qué?

—Conseguid que encarcelen con nosotros a un muchacho joven, con unas tenazas ocultas debajo de la ropa.

—Escapar no me parece conveniente, no hasta que se celebre el debate.

—¿Qué debate es este?

—El obispo se ha visto obligado a convocar a dos frailes dominicos, parece que muy sabios, para tratar vuestro caso. Es una imposición que viene del mismísimo papa. Ahora parece que todo el mundo anda a vueltas con endemoniados y herejes. La acusación de trato con el diablo será debatida en el palacio episcopal, y yo he conseguido que el canónigo Eusebio Clavería



venga desde la canónica de San Rufo solo para defenderos. Descuidad, estáis en buenas manos, y no os van a hacer nada.

—En todo caso, traed a un joven prisionero con unas tenazas.

—Bueno, no va a ser fácil; fácil es recetar, lo difícil es curar.

Quedamos reconfortados a la espera de un debate en el que sin duda había de salir a relucir nuestra inocencia, aunque Cara de Rosa se mostraba pesimista. Le había dicho a mi padre:

—Es mejor ser desconfiado que resultar estafado.

Pero mi padre consiguió pronto lo que Cara de Rosa le había pedido, un preso joven, dispuesto a ayudarnos, aunque no llevara tenazas consigo: era nada menos que Adela. Los soldados del obispo le habían registrado a fondo, aunque parece que no habían advertido su condición. Cuando el carcelero Antón vino a cobrarle el diezmo carnal a que sometía a todos los reclusos, quedó maravillado ante el resplandor que emanaba de la piel desnuda del muchacho. Estuve a punto de vomitar viendo el único diente babeante bajo la barba negra del lelo, mientras se desenfundaba el arma inicua con la que pretendía traspasar a su nueva víctima. Adela extendió un brazo indicándonos que la puerta estaba abierta, mientras el memo se ponía ciego; cogimos las llaves y abrimos todas las celdas, de donde salió un buen número de presos desarrapados, rugiendo como bestias, que agarraron al sodomita antes de que lograra su objetivo. Lo sujetaron en cuclillas sobre la mesa de piedra, llena de cochambre, que había en la galería central. Cara de Rosa se abrió paso hasta él, blandiendo una antorcha en la mano; nunca había visto una determinación tan atroz en su cara.

—Tened piedad —gimoteó Antón.

—No mereces más piedad que la que tuviste conmigo.

Sin embargo no estaba hecho para la venganza, como me ocurría a mí mismo. Pasó la antorcha a otro preso, un hombre calvo y cenceño, desdentado y casi desnudo, y me dijo:

—Vámonos, antes de que esto se llene de soldados.

Subimos la escalera, pero ya no pudimos salir. Un tropel de soldados bien armados y pertrechados nos lo impidió, y luego conminaron a los demás presos a volver a las jaulas. Pero no pudieron salvar a Antón, a quien el preso calvo le había aplicado la antorcha bajo los testículos y se los había asado en vivo, y el pobre hombre se desgañitaba inútilmente entre el griterío. Nos metieron otra vez en la jaula, esta vez provistos de una luz, aunque no nos

habría hecho falta, pues Adela iluminaba el lóbrego recinto con la luz de su cuerpo.

—Es llegada la hora del sacrificio —dijo.

Atravesó las rejas y aun las paredes para acudir a su comunión nocturna con el diablo.

—Esta gente no va a colgarnos —dije—. Basta con que convoquemos a Adela cuando llegue el crepúsculo.

Pocos días después Antón compareció con un bulto enorme entre las piernas, como si llevara una almohada debajo de la ropa. Tenía una expresión tan dolorida como la de un perro al que se ha privado de sus partes, y parecía que al llegar la noche iba a aullarle a la luna, a través del ventanuco de la galería principal, y lloraría la falta de sus atributos masculinos con lágrimas amargas. Temíamos que se vengara mutilándonos sobre un tajo, pero pronto nos dimos cuenta de que, aliviado de su condición, se había vuelto el más manso de los hombres. Nos daba la comida en silencio, nos dejaba desatados y alimentaba el candil de la celda; y lo mismo hacía en los demás calabozos, donde empezaron a llamarle el «ángel capado» de la guarda. Luego se le vio hacer alguna que otra zalamería al niño bizco y cojo que era su ayudante, y este se dejaba hacer por el premio en comida y golosinas que los bajos instintos del pederasta le reportaban.

Uno de aquellos días que se eternizaban a la luz del candil, Antón, el sodomita, nos sacó a bañarnos en el patio. De las paredes altas brotaba abundante agua que caía a chorro a través de dos caños. Debíamos de hallarnos a mediados de mayo y no hacía frío en absoluto; por lo demás, no habría hecho falta que derramaran agua, pues caía una lluvia pertinaz. Nos jabonamos y secamos luego en el sótano, y Antón nos trajo ropa limpia y calzado conveniente.

—Tenéis que estar presentables para la confrontación.

Nos llevó luego escaleras arriba, subiendo hacia las dependencias nobles del palacio del obispo, que fue como volar al cielo. En el amplio salón adonde fuimos escoltados, sin que los soldados llegaran a atarnos las manos, había una enorme chimenea apagada que me hizo pensar que en los días fríos, cuando la encendían, allí se debía de estar tan calentito como en el

mismísimo infierno. Presidía la mesa central, muy grande, el obispo, vestido con ropas de ceremonia; a su lado se erguía la figura larguirucha del que debía ser inquisidor o personaje delegado por el papa, que se daba mucho empaque para demostrar que tenía tanto poder como el obispo o acaso más que él. Había también un notario, muy circunspecto, y dos frailes dominicos más, con hábito blanco y negro. Me alegré mucho al ver a mi padre, que trataba de contemporizar con la mejor de sus sonrisas. A nosotros nos hicieron permanecer de pie, delante de la mesa, sin miramientos ni contemplaciones de ninguna clase.

El inquisidor, que se autodenominaba Donato León, leyó los cargos contra nosotros, con mucha ceremonia.

—... Siguiéndose que el ciudadano Nicolás Mercader, con el apoyo de Francisco Tobar y el llamado capitán Olmos, que le son curadores, testifica haber visto al susodicho Gladis París en tratos con el diablo para robarle a su legítima esposa, María, en ocasiones reiteradas y huir al amparo del demonio, con el apoyo del asimismo referido Alejo Rufino, conocido como Cara de Rosa, de quien se asegura haber desflorado a incontables doncellas y tener un hijo en Roda de Vergós, llamado Adán Umbral, que resulta ser hijo del diablo. Se solicita de ellos santa confesión y público arrepentimiento.

Dejó el legajo sobre la mesa y nos miró con una sonrisa de coqueto que a mí solo me hizo pensar que no estaba en sus cabales. Acto seguido se dirigió a mí:

—Gladis París, ¿confiesas tu culpa y te sometes a la justicia divina de su Ilustrísima?

—Confío en la justicia de monseñor Gerald d'Andria —dije—, a quien tengo por un hombre cabal. Pero ni yo he robado a María ni María es la mujer de Nicolás Mercader, sino la mía propia. Y en cuanto al diablo, deberíais de vigilar más de cerca las andanzas de micer Nicolás Mercader así como las de sus dos secuaces, Francisco Tobar y el capitán Olmos.

El coqueto, llamado Donato León, no pareció inmutarse ante mis palabras. Procedió a interrogar a Cara de Rosa:

—Alejo Rufino, Cara de Rosa, ¿confiesas haberte servido del diablo para seducir a Gisela, como a tantas otras doncellas, y engendrar en ella un hijo del diablo?

—Si quieres ver a un hijo del diablo, fraile, te aconsejo que te mires al espejo.

—¿Niegas acaso, como dice más abajo el sumario, haber robado a Carmen, la hija del cónsul de Bugía, honorable Ricardo Batlle, para apropiártela con ayuda del diablo?

—Lo niego. Carmen es mi esposa tanto como María pueda serlo de Gladis París y como la virgen pueda ser madre de Dios.

—¿Osas blasfemar en presencia de personas de tan alto linaje eclesiástico?

—Nada más lejos de mis intenciones que la blasfemia. Deberíais de analizar mejor a quienes nos han acusado.

Hubo un revuelo de comentarios entre los otros dos frailes dominicos y el inquisidor, mientras mi padre pugnaba desesperadamente por intercambiar un diálogo de susurros con el obispo. Luego Donato León impuso silencio y llamó a los testigos. Vi entrar a Nicolás Mercader muy engallado, como si se dispusiera a regir el mundo con el mismo acierto con que venía dirigiendo su imperio comercial, seguido de sus dos adictos, Francisco Tobar y el capitán Olmos. Francisco Tobar, el gigantón, movía la cabeza a diestro y siniestro, como si tuviera azogue, o algún otro mal propio del demonio, que sin duda lo tenía, y por lo que respecta al capitán Olmos, tenía la vista fija en Cara de Rosa, puede decirse que se lo comía con los ojos, y cuando entreabría la boca se veía a las claras que estaba a punto de babear sangre.

—¿Con esto pretenden juzgarnos? —dije a mi amigo por lo bajo—. Bien se echa de ver lo mezquino de esta gente, capaz de vender a su madre.

Donato León reclamó silencio y tomó declaración a micer Nicolás Mercader. Aunque el comerciante hablaba comedidamente y sin un deje de aversión, entendí en seguida que su pasividad era obra del mismísimo diablo.

—Este hombre me ha robado a mi legítima mujer, María, en varias ocasiones, y ha yacido con ella, lo cual ya es merecedor de castigo, pero además ha usado poderes diabólicos para escabullirse de modo fantasmal y contra natura; de otro modo nunca habría podido burlar mi poder, mi extensa red de asociados en todo el Mediterráneo ni tampoco la justicia divina.

Dijo muchas otras cosas que no soy capaz de reproducir, señor García Santana, pero creo que el notario anotó estas palabras, sobre poco más o menos. Luego, Donato León hizo hablar a Francisco Tobar, que meneaba de tal modo su cabeza que llegué a pensar que daría la vuelta completa en torno al eje de su cuello, delatando la posesión que padecía por parte del diablo. Cuando veía al notario registrar sus palabras, y al inquisidor asentir a sus comentarios disparatados, no podía dar crédito a mis ojos. Aquello parecía,

verdaderamente, una representación burlesca.

—Este hombre —dijo entre otras cosas— ha intentado robar el libro del peregrino, que mi señor Ramón Santos me ha ordenado entregar en París a la Asamblea de San Luis.

—Preguntadle porqué mató al intendente To, que era quien realmente había sido enviado a París —dije.

—Silencio.

—Preguntadle porqué mueve la cabeza y los ojos como un endemoniado.

—Silencio.

—Mostradle la daga de San Pablo que guarda mi padre.

Donato León se levantó y me abofeteó con encono.

—He ordenado silencio.

Estuve en un tris de escupirle en la cara.

Entonces Donato León llamó al capitán Olmos, que declaró:

—Cara de Rosa robó a Carmen, la hija del cónsul de Bugía, con ayuda de Gladis París, y se casó con ella contra la voluntad de su padre.

—Preguntadle quién compró un niño en Venecia con la sola intención de abusar de él.

Donato León se acercó a Cara de Rosa con aire amenazador. Fue a abofetearle, pero mi amigo le sujetó el brazo y dijo:

—Pégame y te haré quemar la mano como los huevos al sodomita Antón.

—¿Veis, señor obispo, cómo ha pactado con el diablo? Me amenaza con traspasar a mi mano el fuego del infierno.

Cara de Rosa iba a replicar, pero calló ante un gesto de monseñor Gerald d'Andria. Sin duda no se le escapaba la revuelta de presos en las mazmorras de su palacio y el escarmiento de Antón; ahondando en ese sentido, se habría concluido que toleraba al sodomita como carcelero, que era como tener parte con el diablo. Mi padre debió de intuir algo de esto, porque pidió la venia para hablar y le fue concedida.

—He sido testigo, con su excelencia reverendísima aquí presente, de un fenómeno digamos que extraordinario.

—Todo esto puede explicarse como ofuscamientos debidos a la hora intempestiva —esquivó monseñor Gerald d'Andria.

—El que no quiera ver visiones que no salga de noche —dijo mi padre—. Sin duda recordaréis la visión de un bajel espectral, que navegaba de noche sobre las nubes y en el que el diablo acuchillaba a una doncella.

—Imaginación hace cuerpo de lo que es visión —dijo monseñor Gerald d'Andria.

—Sin embargo esto no es ninguna aparición.

Mi padre sonrió abiertamente, extendió el brazo hacia la puerta y entró Adela, con el cabello lacio hasta los hombros y el cuerpo de mujer perfectamente desnudo y reluciente.

—¿Cómo os atrevéis a estorbar la paz de esta comisión con una escena pecaminosa? —dijo Donato León.

—Estamos en la casa del obispo, mientras su Ilustrísima no manifieste lo contrario, aquí no hay pecado.

Monseñor Gerald d'Andria bajó la cabeza y se la sujetaba con las manos.

—Decid, ¿es la primera vez que veis a esta muchacha?

El obispo tuvo una salida muy inspirada:

—¿Estáis seguro de que es una muchacha?

Pero mi padre no se arredró.

—Decid, ¿cuál de estos caballeros la sacrificaba al diablo?

El obispo se levantó y cubrió a Adela con su propio manto. Luego ordenó a los soldados que se la llevaran.

—Si alguien hubiera sacrificado esa muchacha al diablo, no estaría viva.

Era de una lógica aplastante; Donato León tenía una sonrisa triunfal.

—Solicito una pausa en la deliberación.

La pausa resultó ser mucho más larga de lo que había previsto: tardamos dos días en volver a ser llamados al salón noble del palacio del obispo. Mi padre se puso de pie ante los ilustres delegados y volvió a llamar a Adela. Entonces Donato León se levantó y dijo:

—Os advierto que no toleraré más sucesos obscenos de ese jaez.

Luego se dirigió al obispo:

—Os ruego que mandéis atrancar las puertas.

—No dejéis entrar a la testigo —dijo el obispo.

Mi padre se sentó y se tiró de los cabellos.

—Impedir lo que ha de ser no puede ser —dijo.

Aún no había acabado de decirlo cuando Adela atravesó las gruesas puertas del salón, envuelta en resplandor, como si fuera una ilusión. Tenía las palmas

de las manos abiertas y una hermosa sonrisa en los labios; por lo demás, estaba desnuda, y en su pecho se distinguían las horribles cicatrices del acuchillamiento al que era sometida cada noche. Mi padre se levantó, sin que Donato León o el obispo, cogidos por sorpresa, intentaran impedirselo, y preguntó:

—¿Di, Adela, qué son esas heridas que muestras en el pecho?

—Por las noches soy acuchillado ritualmente en culto al diablo.

—¿Y quién es el diablo?

—El diablo es el ángel rebelde.

—¿Hay alguien aquí que le represente?

—No.

—¿Conoces a alguien que esté poseído por él?

—Sí.

—¿Y no está aquí?

—No.

—¡Ya está bien! —tronó Donato León—; soldados, prended a esta mujer.

—No soy una mujer —dijo Adela.

Y salió por el mismo procedimiento que había entrado.

—Tendríais que encerrar a este hombre por lo que acabamos de ver —dijo Donato León.

—Mis cárceles están ya convenientemente provistas de sacrílegos. No es a él, a quién estamos juzgando.

—Pero todos hemos sido testigos de sus poderes malignos.

—Yo no he visto nada. Decid, ¿qué es lo que vos habéis visto?

—He visto a una mujer desnuda que atravesaba las puertas y hablaba del diablo.

—¿Quién más la ha visto?

Hubo un silencio tenso. Comprendí en seguida la estrategia del obispo.

—Hum, esto es muy sospechoso; nadie más que vos ha visto al diablo.

—El diablo en forma de mujer.

—Nadie más que vos ha visto al diablo en forma de mujer.

Donato León se puso visiblemente nervioso. Volvió a su sitio, compuso sus cosas y dijo:

—Ejem, prosigamos con el debate.

Mi padre se me acercó, tocó mi hombro y el de Cara de Rosa.

—Está claro que estos dos muchachos son víctimas de una confabulación;

les acusan de sacrilegio por visiones como la que ahora mismo el ilustre prelado Donato León acaba de sacar a colación. Alguien quiere perderles basándose únicamente en fantasías.

—Yo no llamaría fantasías a hechos que han corroborado ciudadanos de la categoría de micer Nicolás Mercader. ¿Es o no es cierto que Gladis París, aquí presente, robó a María, la hija de los tahoneros Bella, a su legítimo marido? ¿Es o no es cierto que Alejo Rufino, a quien llaman Cara de Rosa, robó a Carmen, la hija del cónsul de Bugía, Ricardo Batlle?

—A la luz de la candela toda música parece bella —dijo mi padre—. Con el beneplácito del obispo, quisiera contrastar los pareceres de dos hombres preclaros.

—Pero que entren abriendo la puerta —rezongó Donato León.

Entró Guillermo Pino de los Copones, el monje enorme de Bugía, que siempre nos había sido favorable, y a medida que entraba ya nos guiñó un ojo de forma rufianesca, ante lo cual mi corazón se alegró sobremanera.

—Decid, reverendo padre, ¿conocéis a estos hombres?

—Les acogí en el convento de Bugía y son como hijos para mí.

—¿Creéis que puedan estar endemoniados?

—¡Ja, ja, ja...!

—¿Cómo explicáis, entonces, que robaran a dos mujeres, María y Carmen?

—Amor —dijo el hermano Pi, poniéndose de repente muy serio—. El amor no se aviene a razones ni conveniencias. Gladis está enamorado de María, y viceversa; lo mismo que ocurre con Cara de Rosa y Carmen.

—¿Las robaron contra su voluntad?

—No. Ellas también están enamoradas. El amor correspondido es algo que no se ve mucho estos días. Deberíamos felicitarlos por ello, y evitar que las parejas tuvieran que casarse en secreto, como les ocurrió a Gladis y María, y a Carmen y Cara de Rosa.

—¿Confirmaríais vos esos matrimonios?

—Lo haría.

Se produjeron murmullos reprobatorios entre los integrantes del tribunal. Mi padre aprovechó la confusión para llamar nada menos que al canónigo Eusebio Clavería.

—¿Conocéis el caso de estos dos jóvenes?

—Lo conozco, y debo confesar que yo mismo les proporcioné vestiduras tales y un itinerario para que acudieran a Bugía.



—¿Por qué?

—No creí que me engañaran con el demonio.

—¿De verdad creéis que el diablo tiene algo que ver en todo esto?

—He visto entrar a una mujer desnuda en esta sala sin necesidad de abrir la puerta. No entiendo qué otra fuerza que la del diablo pueda permitirlo, porque si se tratara de un ángel la criatura no tendría sexo, ni estaría desnuda, ni tendría marcas de acuchillamiento.

—Al contrario, esa es la víctima propiciatoria.

—Haced callar a este hombre.

Donato León se había levantado, decidido a darnos el golpe de gracia, como quien dice. Mi padre tuvo que sentarse.

—Buena es la justicia si no la doblara la malicia.

Donato León se acercó al canónigo Clavería.

—En vuestra opinión, ¿qué es lo que debería hacerse con estos dos jóvenes imprudentes?

—La imprudencia merece escarmiento, ahora bien, estando el diablo de por medio, el escarmiento es tan terrible que no me atrevo ni a nombrarlo.

Había estado buscando sus ojos desde que entró y no me había dedicado ni una mirada de soslayo. Ahora tampoco me miró. Me evitó, y evitó a Cara de Rosa, durante todo el tiempo que permanecimos juntos en la sala.

—Yo os tenía por un buen amigo —dije—, casi por un padre.

—Hacedle callar —dijo Donato León—; no se puede dar amistad a quien la confía al diablo. Para mí el caso es claro, Gladis París y Cara de Rosa tienen que ser quemados en la hoguera, tanto si confiesan como si no confiesan.

Siguió un largo silencio. El canónigo Eusebio Clavería preguntó por señas si podía salir de la sala y Donato León le contestó afirmativamente; luego, mientras salía, le premió con una sonrisa.

—El obispo tiene que pronunciar sentencia.

Monseñor Gerald d'Andria estaba como paralizado, mudo, sordo y ciego.

—A la vista de los hechos, su Ilustrísima tiene que pronunciar sentencia.

—Ratifico la sentencia —dijo el obispo, con voz muy lejana.

—¿Qué sentencia?

—Muerte en la hoguera.

## Capítulo 12

—Ni siquiera hemos confesado nuestras culpas —protesté.

—Las confesaréis —dijo el carcelero Antón.

Ya no era el sodomita capaz de abusar de todos los presos a su cargo; parecía un hombre mucho más pacífico y hasta bonachón, pero en alguna parte de su ser conservaba la malicia que lo había empujado a abusar de tantos hombres, acentuada ahora por la frialdad que le otorgaba la carencia de necesidades sexuales; digamos que, privado de su hombría, carecía de la urgencia de desahogarse con el primer desgraciado que caía en sus manos y conservaba toda su brutalidad, bajo una falsa capa de inocencia. Lo supimos aquella misma noche, después que el obispo pronunciara la fatídica condena:

—Muerte en la hoguera.

—Ahora ya no sois nadie; solo dos proscritos a mi merced, y me las vais a pagar todas juntas.

Nos encadenó a la pared, en la mazmorra más húmeda que encontró, un hoyo fétido, de paredes toscas, rezumantes de mierda, y se entretuvo desnudándonos con un cuchillo, desviándose a propósito para ocasionarnos cortes profundos.

—¡Idiota, te voy a chafar la cabeza contra el muro en cuanto tenga las manos libres!

—Ja, ja; podéis gritar cuanto queráis, nadie os va a oír.

Nos escupió en la frente, antes de dejarnos sumidos en la más profunda oscuridad durante varios días; pasó tanto tiempo que debieron de ser varios días. No nos trajo ni una pizca de alimento, ni siquiera agua, y en cambio supe más tarde que mi padre le había dado fuertes sumas de dinero para que cuidara de nosotros. Tuvimos que pegar la cara a la mierda de las paredes

para comerla, y para beber el agua infecta que goteaban.

—Ya no saldremos de esta.

—No; esta vez se acabó todo.

—Pero cuando venga Donato León, no le daré el gusto de confesar, aunque me mate a base de cortarme en pedacitos. No voy a firmar ningún documento que me incrimine.

—Muertos ya estamos, yo tampoco firmaré.

—Todo esto me pasa por amar a una mujer. Si tuviera otra vida, no amaría a nadie; me limitaría a yacer con alguna doncella complaciente, sin llegar a enamorarme.

—No digas esto.

—Me arrepiento de haber conocido a María.

—No digas esto.

—Y de haberte involucrado a ti en mi locura de amor.

—He sido feliz siendo tu amigo —dijo Cara de Rosa—; si volviera a nacer, volvería a serlo.

Llorábamos, gritábamos, intentábamos en vano desatarnos, y luego, desfallecidos, nos dormíamos colgando de las cadenas, y así un día y otro día. La humedad que calaba en nuestros huesos, manteniéndonos siempre en remojo, acabó por acatarrarnos, y expectorábamos mocos ruidosamente; si tardaban mucho en venir no haría falta que nos ajusticiaran: ya estaríamos muertos.

Al cabo de muchos días vino Antón con una antorcha y una sonrisa de oreja a oreja. Agradecí la luz de la antorcha, pese a que me cegaba la vista; habría agradecido que me quemara con ella porque el ardor del fuego, por muy doloroso que fuera, habría sido mejor que aquella humedad permanente. Me desmoroné en un mar de toses, que Cara de Rosa coreaba involuntariamente, y luego vi que Donato León también había bajado a la mazmorra, y que se mantenía a cierta distancia, horrorizado. Antón trajo una mesa y el cura depositó dos legajos encima de ella.

—Son vuestras confesiones —dijo—; firmadlas y se abreviaran vuestros sufrimientos.

Ninguno de los dos tuvo ánimos de contestar.

—Gladis París, ¿vas a firmar que tuviste parte con el demonio?

—No.

—¿Y tú, Alejo Rufino, a quien llaman Cara de Rosa?

—¿Y a ti cómo te llaman? ¿Cara de Culo?

No teníamos fuerzas para replicar. No sé cómo Cara de Rosa había encontrado el vigor necesario para echar mano de la ingeniosidad.

Donato León mandó traer una bandeja llena de carbones encendidos, y entre los carbones, multitud de agujas que el fuego mantenía candentes. Además del calor pegajoso de junio, contrastado con el continuo roce del agua que brotaba de las paredes, la inmunda covacha se llenó del ardor del fuego. Luego Antón se entretuvo hincándonos los alfileres en todo el cuerpo; nuestras carnes atormentadas por el hambre emanaban olor a chamusquina a cada nueva aguja que nos clavaba, y a cada pinchazo, el inquisidor repetía:

—Confiesa.

Nosotros aullábamos de dolor. Aún hoy tengo las marcas de los pinchazos, puntos negros en todo el cuerpo. Por supuesto nunca replicábamos cuando Donato decía:

—Confiesa. Firma la confesión y se acabarán tus sufrimientos.

Sabíamos que de haber confesado, nos habría quemado en la hoguera igual, de modo que renunciábamos a cualquier tentativa de salvación; aparte de que no teníamos fuerzas ni para tenernos. Solo llegué a decir:

—Degolladnos. Acabad de una vez por todas.

—La muerte será mucho más lenta y dolorosa que todo esto.

Antón se entretuvo en cercenarme minuciosamente una tetilla y ponérmela en la boca. Luego me aplicó el hierro candente para cauterizar la herida. Me desvanecí, pero en cuanto torné en mí escupí el pegote de carne ensangrentada en plena cara de Donato. Vi que Cara de Rosa, sometido a la misma mutilación, acababa de hacer lo mismo. Nos desataron y nos sostuvieron para sentarnos ante la mesa.

—Firma —dijo Donato.

Volví a escupir sangre.

Antón me clavó la mano izquierda en la mesa con el cuchillo. Creí que mi aullido haría temblar las entrañas de la tierra. Pero no firmé. Cara de Rosa fue intimidado a firmar, ocupando mi silla. Ya estaba avisado, de modo que esquivó el cuchillo, que quedó clavado en la mesa, cimbreado. Lo desclavó y se lo hundió a Antón en el abdomen con una agilidad felina, impropia de un hombre agotado. Acto seguido le rajó la panza y asomaron las vísceras.

—Te dije que iba a matarte, pobre capado de mierda.

Un soldado derribó a Cara de Rosa de un porrazo en la cabeza.

—Mañana por la noche seréis ajusticiados. Vuestros cuerpos quemados iluminarán la oscuridad de Lérida.

Pensé replicar: «Y tu alma de diablo arderá en el infierno», pero me caí al suelo sin fuerzas para tenerme.

Al día siguiente nos pusieron una caperuza y una túnica de dril, todo empapado de brea, y nos llevaron al patíbulo en un carro. Ni siquiera nos ataron las manos: no teníamos fuerzas ni para permanecer de pie, cuando menos para intentar escapar. Abrí los ojos cuando oí el rumor de la multitud en la plaza. Era de noche, pero había una luna redonda, enorme en el cielo, que parecía haberse detenido solo para regodearse en nuestra ejecución. La plaza Mayor estaba atiborrada de gente, pero no reconocí a nadie. Había dos postes clavados en lo alto de una plataforma, frente a la iglesia, rodeados de leña y ramaje cuidadosamente amontonado para arder. Nos obligaron a subir directamente desde el carro a la plataforma, pero el verdugo tuvo que ayudarnos, porque nos desmoronábamos al más mínimo esfuerzo. Hubiera querido reconocer en el verdugo al hermano Pino de los Copones o a Mofari disfrazado, y esperaba ver a mi padre dándome ánimos desde la escalera, pero no vi tal cosa; solo un hombrón que me aupaba y me sujetaba a conciencia en el poste, que tenía estrías al efecto, para que la cuerda no resbalara y desvirtuara el espectáculo al convertirme en un muñón informe, devorado por el fuego. Sé que el hombrón dijo:

—Perdonadme, hermanos; yo no tengo nada contra vosotros.

No tuvimos arrestos para contestar.

Se había hecho un silencio tan profundo que oímos crepitar el fuego de la antorcha, sobre todo cuando se propagó al ramaje fino, que ardía con facilidad, que debía de ser mayormente de pino, con piñas secas que chasqueaban al arder. Reuní suficiente coraje para decir a Cara de Rosa:

—En fin, esto se ha acabado.

—Sí.

Luego aun fue capaz de recurrir al sarcasmo:

—Dentro de poco estarás conmigo en el Paraíso.

Miré la luna, los tejados, la multitud expectante; aquello no podía terminar así, no podía morir sin volver a ver a María. Había una cortina de fuego entre

nosotros y el mundo cruel que nos sacrificaba, que nos había negado el amor, cuando por fin la vi. Vestida solo con su larga cabellera rubia, resplandeciente con los destellos del fuego, sonriéndonos sin duda para darnos ánimo. Se acercó mucho al fuego y lo traspasó limpiamente, sin quemarse. Su sonrisa era ahora triunfal. Alzó la mirada al cielo, levantando los brazos, y vi su espalda perfecta lamida por el resplandor: estaba sudando sangre. Entonces me di cuenta de que no era María, sino Adela. El cielo se estremeció. La luz de un relámpago, seguido por un largo trueno, convirtió la noche en día; acto seguido empezó a caer una lluvia torrencial, una verdadera catarata de lluvia que me vivificó, nos dio fuerzas a los dos, a Cara de Rosa y a mí. Adela vino a desatarnos y entonces vimos que tenía las facciones bellísimas, tan delicadas que a buen seguro resultaban impalpables, y que era Ana, la hija de Francisco Tobar. Nos conminó a que nos alejáramos, y nadie vino a impedirlo. Cruzamos los carbones todavía humeantes bajo la lluvia y mi padre nos acogió en sus brazos; nos arrancó las vestiduras del oprobio y nos cubrió con mantas, ayudado por Mofari y por mis hermanos. Antes de marchar, sin que nadie se opusiera, vi que Ana se había tendido cuan larga era sobre el entarimado y que el demonio, con máscara de macho cabrío, acudía a acuchillarla ante la multitud horrorizada. Se oyó un aullido tremendo, un vozarrón desgarrado que decía:

—No.

Era Francisco Tobar. Saltó a la tarima, sujetó la mano del demonio y le hizo caer el cuchillo; pugnaron, y Tobar le despojó de la máscara. Entonces todo el mundo quedó pasmado, todos los corazones se helaron de pavor: el diablo era micer Nicolás Mercader, el comerciante. Se enzarzaron en una lucha desmesurada. Daban saltos descomunales, se convertían en dragones, en serpientes, en chimpancés, en hienas; se agredían a dentellada limpia. Monseñor Gerald d'Andria se les acercó, con sus acólitos, y les roció con agua bendita. Luego enarboló la daga de San Pablo, reconocí mi daga de San Pablo, y cosió a los dos contendientes a puñaladas. Hizo muchas veces el signo de la cruz, y reclamó un crucifijo enorme con el que enfrentarse a los dos posesos. Eso les aplacó. Se redujeron a un montón de aserrín mojado que luego fue un alud de piedras y luego los dos hombres, Nicolás y Francisco, tumbados en el suelo, sumamente envejecidos, como si de pronto hubiera transcurrido toda una vida en cuestión de segundos.

—¿Qué ha pasado? —dijo Nicolás Mercader.

Pero apenas se le oía.

—Que el demonio ha salido de vuestro cuerpo.

Francisco Tobar se arrodilló y pidió perdón.

—Que Dios me perdone.

Si podía nombrar a Dios era que estaba curado.

—He pecado contra Dios y contra los hombres. Soy yo quien merezco morir en la hoguera. Pero no fui yo quien lo hizo, sino el demonio que manejaba mis actos.

Pedí a mi padre que se detuviera y grité con todas las fuerzas que me quedaban:

—¿Qué pasó aquella noche?

Francisco Tobar ni siquiera tuvo que preguntar de qué noche se trataba, como si no hubiera pasado más que una noche desde la fecha de su oprobio.

—Yo robé el libro, tal como me había sido mandado; el peregrino estaba moribundo, pero tuve que apuñalar al rector Arcillares. Luego mi hija, Ana, me lo echó en cara, y me dijo que era un asesino. Huyó a lo alto del andamio de la iglesia, siempre en construcción, y en vano le dije que bajara, que no iba a hacerle daño. Tuve que subir, y ella subió más alto, demasiado alto para no tener un mareo y precipitarse sobre las duras losas del patio. No, no fui yo quien la empujé, se cayó sola; pero yo la perseguía con denuedo. Cuando fui a recoger sus despojos una mano invisible le dio una vida ilusoria; ahora podía flotar en el aire, y me dijo: no descansaré en mi tumba hasta que no confieses la verdad.

—Ahora la has confesado —dijo monseñor Gerald d'Andria.

Le dio la absolución. Estaba tan maltrecho que parecía a punto de expirar.

—No lo ha confesado todo —volví a gritar—; Francisco Tobar, ¿quién te ordenó robar el libro del peregrino?

—Maté para robarlo.

—¿Pero de quién vino la orden?

Se puso en pie y volvía a ser un hombre alto, membrudo.

—¿Quién?

—El canónigo Eusebio Clavería.

Puso los ojos en blanco y se desmoronó.

—Ha muerto —anunció el obispo.

Silencio espectral.

Hubo que ayudar a micer Nicolás Mercader a incorporarse.

—Yo no era dueño de mis actos...

—Lo sabemos.

—El diablo me obligó a firmar un pacto con mi sangre.

—Vayamos a vuestro castillo; quemaremos el pacto, y seréis libre, por la gracia de Dios.

Sé que cuando encontraron el pergamino se había borrado todo cuanto estuvo escrito en él, pero igualmente lo despedazaron y quemaron; emitía un humo pestilente, sobre el que resonaba la risa del diablo, tan siniestra que todos los muertos se removían en sus tumbas, aunque llevaran muchos años enterrados.

En los días que siguieron, mientras nos recuperábamos en casa gracias a los cuidados de mi madre, que resultó ser más maternal de lo que había sido en toda su vida, recibimos la visita de monseñor Gerald d'Andria. Se humilló mucho al visitar nuestro hogar, y tenía un aspecto sumamente pesaroso. Sentado en la salita donde celebrábamos las grandes ocasiones, nos rogó que nos acercáramos, depositó una mano sobre cada una de nuestras cabezas y nos dijo:

—Todo ha sido borrado, las actas destruidas, el hermano Donato León reprimido; ahora solo falta que me perdonéis vosotros.

No se me ocurrió más que decir:

—¿Por qué?

—Por haber dudado de vuestra fe. Por no haberos creído, pese a haber contemplado las visiones.

—No tenemos nada que perdonar —dijo Cara de Rosa.

Luego añadió lo que le dictaba su corazón:

—Al fin y al cabo, un obispo no es más que un hombre.

Monseñor Gerald d'Andria cabeceó, suspiró y dijo:

—Gracias.

Pero yo sabía que la afirmación de mi amigo le había llegado al alma. Si un obispo era un hombre, y el papa era obispo de obispos, y representante de Dios en la Tierra, ¿qué era Jesucristo? No creo que al obispo se le escapara mi razonamiento, pero aun así, repitió:

—Gracias.



Entonces ya había enterrado a Francisco Tobar en sagrado. La comitiva, seguida por muy pocos fieles, había escuchado las palabras de perdón, muy sentidas, que pronunció el propio obispo. Ante la fosa abierta, a los pies del muerto, se alzaba la figura impalpable de Ana, su hija, envuelta en un manto suave, demasiado ligero para el frío del invierno. Es posible que el obispo fuera el único que la viera. Le sonreía abiertamente, asentía a cada palabra que decía, y cuando bendijo el cadáver con el hisopo se lanzó a la tumba y se dejó enterrar bajo paletadas de tierra mojada, oscura, casi negra.

«Ahora ya puedo descansar», había dicho.

Me lo confesó el propio obispo aquella tarde, frente a la ventana de mi casa, desde donde se veía la calle Mayor de Lérida extenderse bajo el cielo límpido, como si todo hubiera sido remozado, como si se tratara de una nueva calle, una nueva ciudad, un nuevo mundo.

Micer Nicolás Mercader, desposeído del demonio, había sido rehabilitado. Tuvo que hacer pública penitencia y sufragar la construcción de una capilla del perdón, pero volvía a ser un ciudadano respetado, y lo que es más, admirado por haber superado la prueba del demonio; era como si hubiera resistido las tentaciones del diablo y sobrevivido a su inmenso poder, y muchas gentes humildes se congregaban cada día a las puertas del castillo, para que les diera su bendición. Si lograba alguna curación milagrosa, o que pareciera milagrosa, era posible que hasta le auparan a los altares. Sería San Nicolás Mercader, y María sería su cónyuge sagrada, y yo me quedaría sin plumas y cacareando. No pude evitar pensar en todo esto, mientras monseñor Gerald d'Andria nos ofrecía su comprensión y su perdón. El prelado me miró de hito en hito, y luego dijo, como si adivinara mis pensamientos:

—Micer Nicolás Mercader, libre del demonio, ha hecho mucho bien; será recordado por su filantropía y rectitud de juicio.

Filantropía y rectitud de juicio quien me había robado a mi mujer.

Otra vez el obispo pareció adivinar mis pensamientos:

—Tengo algo para ti —dijo.

Instó a su ayudante a que le entregara un atado voluminoso cuya sola vista aceleró el ritmo de mi corazón. Sabía lo que era antes de que retirara los paños en que estaba envuelto y aparecieran las tapas negras, incrustadas de pedrería.

—El libro del peregrino.

Monseñor Gerald d'Andria lo depositó sobre la mesa. El libro era ahora

más grande y más grueso, y debía de pesar lo suyo. Lo abrió por un punto que tenía señalado y me invitó a leer la página que decía:

*En Lérida, el día cuatro de abril del año del Señor de mil doscientos ochenta y cinco, comparecen ante mí, Lorenzo Arcillares, rector de la parroquia del Santísimo Salvador, Gladis París y María, solteros, de diecisiete y quince años de edad, respectivamente, hijos de Juan París y Gracia Parisa por una parte, y de Jesús Bella y Agustina por otra, vecinos de esta ciudad, y manifiestan no tener lazos de consanguinidad, así como su voluntad de contraer Santo Matrimonio, sacramento que yo imparto ante Dios, previo a la consolidación del mismo ante los hombres, siendo testigos Juan París, padre de Gladis París, y Mofari Tahêr, padrino, y para que conste queda firmado como sigue, Lorenzo Arcillares, Gladis París (cruz), María (cruz), Juan París, Mofari Tahêr (cruz) loado sea el nombre del Señor.*

—Una inscripción algo sui géneris —bromeó monseñor Gerald d’Andria—, pero inscripción al fin y al cabo, y válida a todos los efectos.

Me había quedado sin habla, pálido como la muerte, y sentí que iba a desmayarme. Tenía ante mis ojos lo que había estado buscando todos aquellos años, cinco, para ser exactos, la página que el diablo había quemado en manos de Nicolás Mercader, el documento que me acreditaba como legítimo esposo de María. Cara de Rosa, con ojos incrédulos, puso la mano sobre la hoja, la acarició, la volvió a acariciar, y no acababa de creérselo.

—Eso significa...

—Que María es tu mujer.

Me quedé viendo visiones. Naturalmente, me representé el rostro radiante de María, y me vi caminando con ella, cogidos de la mano, por la orilla del mar, un mar encalmado, una orilla inmensa, mucho más extensa que toda la vida que nos quedaba por delante y la que habíamos dejado atrás, una orilla eterna, toda bañada de satisfacción y felicidad.

—Soy el hombre más feliz del mundo. No puede haber habido nunca un hombre más feliz.

—Yo mismo iré a visitar a los tahoneros Bella —dijo el obispo—, y les

haré ver la necesidad de dar su consentimiento.

—Y yo vendré con vos —dijo mi padre—, si así lo consentís. Que nunca es tarde si la dicha es buena.

—¿Y micer Nicolás Mercader? —pregunté.

—Ya me he entrevistado con él. Ha tenido que ceder ante la evidencia. Bernardo Prats actuará como su apoderado para acompañaros a Villamar y recoger a María. Pero no quiere veros, ni tampoco a la que hasta ahora pasaba por ser su esposa. Solo me ha encargado que os dijera estas palabras: «Tú has sido quien ha logrado vencerme, nadie lo había conseguido hasta la fecha».

—Cuando volváis a verle decidle: «Solo la verdad ha logrado venceros, porque la verdad tiene que prevalecer».

Mi padre se puso sus mejores vestiduras, en las que destacaba un sombrero vistoso, provisto de plumas, que le hacía parecer mucho más alto de lo que era. Mi madre también quiso acompañarle, engalanada como para acudir a una fiesta del rey. Los tahoneros Bella se mostraron muy comedidos, respetuosos ante la presencia del obispo, y consintieron en firmar en el libro del peregrino, en la página donde estaba inscrito mi matrimonio con María. Se fijó la dote y una fecha para la consolidación del matrimonio, en una fiesta familiar con algunos invitados de postín. Cuando salió, mi padre vino a buscarme.

—Ya puedes ir a por tu mujer —dijo.

—Cara de Rosa vendrá conmigo. Iremos a recoger a María y a Carmen, la hija del cónsul Batlle. El capitán Llana seguramente estará aun en Barcelona, dispuesto a llevarnos.

Nos abrazamos los tres como chiquillos.

## Capítulo 13

Quedaban un par de cuestiones pendientes en Lérida, por un lado el robo del libro del peregrino, y la acusación que había hecho Francisco Tobar antes de morir, implicando nada menos que al canónigo Eusebio Clavería, que según sus palabras sería asimismo responsable de la muerte del rector Arcillares. Por otro lado no era justo que tantos presos en las mazmorras episcopales sufrieran el terror de Antón, que nos había vejado a Cara de Rosa y a mí, torturado y marcado para siempre. Le expliqué el caso al obispo Gerald d'Andria.

—Prepararé una delegación para esclarecer la verdad; vosotros mismos podéis viajar con ella a la canónica de San Rufo y tratar de ver qué hay de cierto en la tremenda acusación de Tobar. En cuanto a Antón...

—¿Qué?

—Bajaré con vosotros a las mazmorras.

Cuando lo hicimos, cuando descendimos al averno que eran las celdas del palacio episcopal, nos escoltó un piquete de soldados, así como el gigante que ahora hacía las veces de salvaguardia del obispo, fuerte como un oso pero más bueno que el pan; le llamaban Tranquillón, y era tan fervoroso que habría dado su vida por defender la causa de la religión verdadera. Cuando vio el estado lamentable de las mazmorras, monseñor Gerald d'Andria puso a Tranquillón al mando. Él se encargó de adecentar las celdas, proveerlas de luz, servir agua limpia y comida decente a los desgraciados que allí se hacinaban, no siempre culpables de los delitos con que les habían inculpado, y cuando todo estuvo en orden el obispo celebró una misa en la galería mayor, adornada con pinturas que recordaban la basílica subterránea de San Sebastián, en Roma, donde los primeros cristianos enterraban a sus muertos y

donde el cardenal Lourenco me prometió algo que al fin obraba en mi poder: el libro del peregrino.

Entonces nos dirigimos a la canónica de San Rufo; logré quitar de la cabeza del obispo la idea de que Donato León encabezara la delegación, como inquisidor, y aun de que nos acompañaran frailes dominicos.

—Dejad que venga mi padre —le dije— y un sacerdote de vuestra confianza, revestido de autoridad.

—No voy a confiar a nadie mi autoridad; vendré yo mismo.

Se vistió como un párroco corriente y moliente, subió a lomos de un caballo árabe, de color negro brillante como el azabache, y se dispuso a acompañarnos de incógnito.

A última hora se añadió al cortejo Adela, a quien habíamos dejado de ver desde la noche en que se transformó en Ana, la hija de Tobar, y dio pie a nuestra liberación. Cabalgaba un corcel tan negro como el del obispo, lustroso y gallardo donde los hubiera, pero no dijo una sola palabra en todo el trayecto. El obispo se lo estuvo comiendo con la vista durante un buen rato hasta que me preguntó:

—¿Quién es?

—Responde al nombre de Adela, por Adelardo, y aunque hace algún tiempo que le conozco, no podría asegurar qué es, si ángel o humano, si muchacho o muchacha.

Monseñor Gerald d'Andria quedó sumamente intrigado, pero no preguntó más. Siguió cabalgando en silencio durante un buen rato. Al atardecer, cuando avistamos la negra torre de la canónica de San Rufo, y la silueta de la iglesia en perenne construcción, Adela tomó la delantera, como si se conociera el paraje al dedillo; habló con los guardas de la puerta, penetró en el patio y aguardó la bienvenida nada menos que del propio canónigo Eusebio Clavería. Cuando salió, todos nos habíamos situado en torno al caballo de Adela, que se despojó con dos zarpazos de las vestiduras y apareció desnudo, con cuerpo de mujer y marcas de acuchillamiento en el pecho incluídas.

—¿Es esto lo que viste, cuando manifestaste haber visto al demonio? —preguntó Adela con voz firme.

El canónigo no se inmutó.

—Sí, solo que aquella vez no montaba a caballo.

Adela bajó del caballo y avanzó hasta casi tocar al fornido canónigo. Descalza delante del religioso, con mirada desafiante, era casi tan alta como él.

—¿De verdad crees que soy el demonio?

—No creo que seas más que una mujer desnuda.

—Soy algo más que eso.

Adela empezó a brillar casi tanto como la luz del sol; pronto fue una mancha de resplandor intenso, enorme, que se expandió hasta desvanecerse en el aire.

El canónigo Eusebio Clavería tampoco se conmovió ahora, pese que incluso el obispo estaba visiblemente conturbado.

—¿Qué es lo que queréis de mí?

—Francisco Tobar os inculpó del asesinato del rector Arcillares, poco antes de morir.

—¿Y por eso venís a verme con tanta compañía?

—Queremos oír de vuestra boca lo que tengáis que decir para exculparos.

—¿Y venís vos, un simple sacerdote? ¿O es que también vais a transformaros en algo de mejor calaña?

—Soy monseñor Gerald d'Andria.

Se descubrió, se quitó la capa y el canónigo Clavería le reconoció en seguida.

—Amigo mío —dijo Clavería lisa y llanamente—, no tengo nada que ocultar.

Nos llevó hasta la iglesia, que estaba a medio construir.

—Esta iglesia podría haber sido fastuosa de haber recibido la reliquia que encargué a Francisco Tobar; habría podido convertirse en un lugar de culto como Santiago de Compostela, que hoy desgraciadamente está en declive. Los peregrinos habrían podido volver a tener la influencia de siglos pasados, cuando hacían viajes iniciáticos para visitar los santos lugares y rezar a Jesús en Jerusalén, a San Pedro en Roma y a Santiago el Mayor en Compostela. Habría habido otro lugar sagrado; los peregrinos habrían venido a conocer el libro del peregrino a la canónica de San Rufo en Lérida. Es más, habríamos detenido la decadencia que nos ha traído el dominio de los señores feudales después de las cruzadas y los viajes comerciales que han substituido al

peregrinaje auténtico, el que solo buscaba el perdón de los pecados y la intercesión divina a través de Jesús y sus apóstoles. Pero Jesús murió rodeado de ladrones que, como esos comerciantes de ahora mismo, nos roban la fe con el nuevo dios del dinero. Y eso va por ti, Gladis París, por ti y por tu padre que representáis a esta nueva clase social del comercio que hoy triunfa sobre la fe. En cierto modo sois herejes y por eso no cometí perjurio al pedir que fuerais condenados tú y Cara de Rosa. Ah, si hubiese podido tener la reliquia todos los pueblos de la tierra habrían peregrinado por ver la luz del que llamáis libro del peregrino. Sin él, dudo incluso que vayamos a poder terminar la iglesia algún día.

—¿Y por eso encomendasteis a Tobar que matara al rector Arcillares?

—Solo le dije que se hiciera con el libro, que yo sabría recompensarle.

—¿Y le recomendasteis que pactara con el diablo?

—Nunca menté al diablo. Pero es obvio que debía de estar interesado en la misma reliquia que nosotros. Francisco Tobar no tenía que asesinar a nadie.

—Y sin embargo, también murió Ana, la hija de Francisco Tobar...

—En eso yo no tuve nada que ver.

El obispo recorrió todo el perímetro de la iglesia en silencio y nosotros le seguimos a cierta distancia.

—Habría sido una iglesia muy hermosa —dijo después.

Volvió a montar en su caballo y nosotros le imitamos.

—¿Qué pasará ahora? —dijo Eusebio Clavería.

—Nada.

Empezamos a alejarnos al paso.

—¿No pasaréis aquí la noche?

—No.

—En las noches de verano los caminos son peligrosos y pronto anochecerá. Puedo llamar a la canonesa Rosa Castells, que por cierto es completamente inocente, nada sabía de mis intenciones...

—Encontraremos refugio en el camino.

Nos alejamos definitivamente. Eusebio Clavería quedó desolado en la puerta.

—¡Gladis París! —llamó luego.

Nos detuvimos un momento.

—A pesar de que eres un hereje del dios del comercio siento haber testificado en tu contra.

—Ya pasó —dije—. No lo sintáis.

—¿Amigos?

—Amigos.

Cabalgamos en silencio durante un buen rato. Había en derredor un aire pesaroso. El obispo parecía haber envejecido muchos años de repente. Hasta que vimos un resplandor a la derecha del camino, campo a traviesa; una única luz en medio de la oscuridad impenetrable que nos aislaba. Naturalmente nos acercamos, tomando precauciones. Era Adela, todavía a caballo, pero envuelta en su manto. Nos guió hasta una masía cercana, y no hizo falta, ahora tampoco, que pronunciara una sola palabra. Los campesinos nos acogieron como buenos cristianos. Nos dieron sopa caliente y carne ahumada. El obispo se acomodó en una habitación humilde, pero muy limpia. Nosotros buscamos abrigo en el granero, atiborrado de paja. Antes de apagar el candil me deleité contemplando la cabellera de Adela, que había crecido hasta convertirse en una verdadera cascada dorada.

—Si me dijeras que eres un ángel, lo creería.

—No sé lo que soy.

Soplé el candil y me acosté a su lado. Despedía un fulgor mortecino, de modo que podía verla perfectamente en la oscuridad. Me miraba de hito en hito, y pensé que sus ojos eran muy hermosos. Apartó el manto que la cubría y vi las cicatrices sobre su pecho.

—En noches como esta, ¿eres todavía una víctima propiciatoria?

—Ya no.

Entendí que, habiendo sido liberado del diablo, Nicolás Mercader ya no podía acuchillar a nadie. Pasé la palma de la mano sobre el pecho de Adela y las cicatrices desaparecieron; su piel quedó lisa, tersa, como intocada. Naturalmente, yo estaba maravillado, pero tratándose de Adela ya no me sorprendía tanto. Cara de Rosa silbó:

—Creí que esas cosas solo las hacía yo.

Pero fuera lo que fuera Adela, mujer, ángel o mártir, no pensaba abusar de su cuerpo; tan solo apretarlo contra mi pecho para confortarnos mutuamente.

—Si eres un ángel, ¿por qué no te vas todavía? Ya desenmascaraste al demonio, ya nos ayudaste lo suficiente.

—Aún no he acabado mi cometido.

Temí que todo volviera a torcerse, que volviera a perder a María, a quien el obispo había mandado una misiva con la buena nueva, anunciándole mi visita



de rescate.

—Todavía queda el capitán Olmos —dijo Cara de Rosa, que nos había estado observando.

Pocos días después me despedí de mi madre, de mis hermanos, de Mofari y hasta de los tahoneros Bella y me puse en camino con Cara de Rosa y mi padre, acompañados por Adela. Íbamos cargados de trigo que pensábamos cambiar por queso en Menorca, donde dejaríamos a María después de recogerla en Villamar, adonde Bernardo Prats ya se nos había adelantado para organizar la cesión. Luego teníamos planeado viajar a Bugía, para recoger a Carmen, la hija del cónsul Batlle, para quien monseñor Gerald d'Andria nos había escrito una misiva concluyente, a fin de que entregara a su hija para consolidar su matrimonio con Alejo Rufino, Cara de Rosa. No os voy a cansar, señor notario García Santana, con las menudencias del desplazamiento hasta Barcelona, que transcurrió sin novedad. Iba yo ensimismado en el tremendo giro que había dado mi vida de la noche a la mañana; ayer estaba condenado a arder en la hoguera y hoy volvía a ser un ciudadano respetado, dispuesto a asentarse con la mujer que amaba en la isla de Menorca y a ejercer el oficio de comerciante que me había enseñado mi padre. Todo me parecía demasiado hermoso para ser verdad, y habiendo conseguido que se reconociera mi casamiento con María, previo al matrimonio nulo de micer Nicolás Mercader, me consideraba el hombre más venturoso del mundo y juzgaba que nada podía hacerme daño, como si fuera un elegido de la fortuna. Otra carga que llevábamos, cuidadosamente envuelta en pañolones, era el libro del peregrino. Debíamos devolverlo al beato Ramón Santos, que era su legítimo dueño, para que hiciera con él lo que juzgara oportuno. No lo había vuelto a abrir, ni había mutilado la página donde estaba inscrito mi matrimonio con María; monseñor Gerald d'Andria había copiado el documento de su puño y letra y lo había avalado con su sello, guardándolo entre los archivos episcopales. La verdad había prevalecido y mi matrimonio estaba a salvo de ataques; yo creo que no habría podido disolverlo ni el mismísimo rey.

Así pues, llegamos a salvo a Barcelona, y en seguida bajamos hasta la playa, con el corazón en vilo por ver si la Magdalena Segunda aun

continuaría cerca de los cobertizos de construcción y reparación de naves. No estaba. Busqué gente conocida entre los carpinteros de ribera, para informarme del destino que podría haber tomado el capitán Llana, cuando Adela me llamó la atención rozándome la espalda y señalando un punto en el horizonte. Forcé la vista; aunque remozada, habría reconocido a la Magdalena Segunda entre cien barcos. Un bote nos llevó hasta la popa, donde se leía el nombre de la nave, repintado con letra cuidadosa. Voceamos para llamar la atención de un marinero que en seguida nos reconoció. Cuando subimos a bordo el capitán Llana vino a recibirnos tan espigado como siempre, quizá algo más cansado, pero lleno de distinción. Nos fundimos en un abrazo.

—Amigos míos, ¿qué ha sido de vosotros?

Bajamos a comer al hostel del Bou, cerca del palacio del obispo, donde el capitán se había alojado temporalmente mientras le reparaban la nave, que por cierto parecía intacta y se me antojaba que con los remos que le habían sido añadidos sería más veloz que cualquier galera ligera. Mientras dábamos cuenta de un cabrito asado que parecía una bendición del cielo, referimos al capitán todo cuanto había acontecido. Se le llenaron los ojos de lágrimas cuando supo que yo era ya un hombre casado, reconocido por el mismísimo obispo de Lérida, y que micer Nicolás Mercader no volvería a entrometerse en mi camino.

—Está ya muy viejo —dije—, y al fin y al cabo creo que siempre fue un buen hombre y que sus yerros, más que a la edad, se deben a la posesión del diablo.

—No mentemos al diablo —aconsejó Adela.

—He logrado una carga de tejidos lujosos —dijo el capitán Llana— con los que pensaba viajar a Oriente, pero también puedo pasar por Mallorca, y por Bugía.

—¿Tienes sitio para una carga de trigo?

—Desde luego.

—Las cambiaremos por queso en Menorca; luego puedes regresar aquí, vender el queso y asociarte con mi hijo.

—Gladis París —me dijo el capitán Llana, con los ojos llenos de ilusión—, tú serás mi mano derecha, ahora que ya me he hecho viejo. Nunca te vi como tahonero.

—Pues pienso quedarme con parte de ese trigo, para la tahona del Gallo.

—Definitivamente, este chico se parece mucho a su padre.

Bebimos, eufóricos. Solo Adela nos miraba con un deje de nostalgia, como si fuera inmune a las alegrías de este mundo. Cuando quisimos levantarnos de la mesa recordé viejas andanzas con mi amigo Cara de Rosa, porque era como si ya hubiéramos embarcado y el suelo fuera un mar agitado, presto a engullirnos en un embate de la galerna. Cara de Rosa no se hallaba en mejores condiciones que yo. Llamó a la hostelera y le dijo:

—¿Dónde anda aquella mocita hacendosa que, si no me equivoco, era vuestra sobrina?

Cara de Rosa no había visto nunca a la hostelera del Bou, ni sabía que tuviera sobrina alguna; pero daba por sentado que todas las hosteleras listas de Barcelona la tenían. La mujer sonrió discretamente, habló al oído de su marido, se perdió tras una puerta oscura y regresó al punto con una flor delicada, rubia como el sol, con una enorme sonrisa de complacencia. Fue gracias a ella que logramos subir los peldaños que llevaban al piso donde se encontraban las habitaciones. Yo me dejé caer pesadamente en la cama, sin quitarme ni los zapatos, y me olvidé de mi padre, del capitán Llana, de la Magdalena Segunda y de todas las vicisitudes que había vivido hasta obtener el salvoconducto que me devolvía a María. Con María en el fondo de mis ojos cerrados, mucho más resplandeciente que la sobrina de la hostelera, mucho más delicada y hermosa, me dormí como un tronco y no desperté hasta el amanecer. Entonces vi que Cara de Rosa ya se había repuesto, pues bailaba, calzado y vestido, con la sobrina de la hostelera, que le seguía entusiasmada, descalza y perfectamente desnuda.

Embarcamos aquella misma mañana, la mañana de San Juan, y encontramos tan buen tiempo que en poco más de dos días estuvimos a la vista del puerto de Santa Catalina de Sóller. Antes de atracar en la orilla, favorecidos por la calma que apenas arrugaba la superficie del mar en olitas vivarachas, casi caprichosas, vimos a Bernardo Prats haciéndonos señales con los dos brazos y a su lado una cabellera muy larga y lisa, agitada al aire, destellante bajo el sol, y unos ojos chispeantes que solo podían ser los de María. Intercambiamos un sinfín de palabras en silencio, aun antes de desembarcar, todas acompañadas de sonrisas, y cuando nos encontramos frente a frente nos

abrazamos en un abrazo tan largo que pareció que transcurría la tarde, la noche y llegaba un nuevo amanecer, aunque desde luego no debió de pasar tanto tiempo. Solo dije:

—Te quiero.

—Yo también te quiero. Te he querido siempre.

Subimos la cuesta, caballeros sobre corceles jóvenes, que parecían participar de nuestra alegría, y no terminábamos nunca de contarnos todo cuanto había acontecido últimamente. Evocamos la figura celosa de Ben Boufrah, a quien Marta había unido su más tierna infancia, y también recordamos a Simona y el «morito» Rayhan, que habían perdido la vida mientras nosotros nos afanábamos por los extraños vericuetos que nos llevaron a la felicidad.

—¿Y la nana Cañete? —pregunté.

—Está bien. Muy vieja, pero bien.

En cuanto la vi comprendí que estaba algo más que vieja: se había perdido por las praderas incógnitas de la memoria, ese lugar de la vejez donde solo prevalecen los recuerdos muy antiguos, y que a trechos se olvidaba incluso de quién era.

—Mira quién ha venido. ¿Le conoces?

Tenía la cabellera larga y lisa, blanca como la nieve, y los ojos hundidos en visiones incomprensibles para el resto de los humanos; parecía un fantasma inmaterial, como si hubiera de flotar de pronto muy cerca del techo y confundirse con las sombras que poblaban su ventana, pero dijo:

—Este es algo de mi niña, de mi pequeña María.

—Soy Gladis, Gladis París.

Dejó que la besara y me acarició el pelo con las manos.

—Ah, París; dudo de que exista París.

Luego siguió hilando en una rueca que tenía. Pensé que por la noche deshilaría lo hilado, hasta que se le presentara la parca, para decirle:

—Vuelve más tarde, aún no he terminado mi tarea.

Pero habiendo conseguido María la felicidad, su tarea estaba acabada.

—Nos la llevaremos a Lérida.

—No resistiría el viaje.

—Yo cuidaré de ella —dijo Bernardo Prats.

En otras circunstancias hubiéramos querido quedarnos a disfrutar la paz y la belleza de Villamar, yo habría navegado con el capitán Llana y cada invierno

habríamos recalado en el puerto de Santa Catalina para buscar abrigo en los brazos de mi mujer y en aquella masía fastuosa de donde el viejo Nicolás Mercader no se habría visto con ánimos de echarnos. Pero habíamos conocido demasiadas adversidades que tenían como origen o como destino aquella hermosa posesión de Tramontana, donde el tiempo se detenía para convertirse en olivares y la primavera florecía entre flores de azahar. No, teníamos que marcharnos en seguida, cerrar aquella página del pasado y desear que nunca la hubiéramos tenido que vivir.

Dos días más tarde navegábamos sin problemas hacia el puerto de la antigua medina de Ciutadella, adonde entramos al anochecer. Mi padre había enviado noticia de nuestra llegada por medio de un mensajero audaz, y no debía de ser la primera tarde que nuestra gente bajaba al puerto con la ilusión de ver llegar la silueta personalísima de aquella brisa metida a galera que era ahora la Magdalena Segunda, porque en cuanto nos vieron acercarnos al muelle empezaron a agitar los brazos y a saltar literalmente de alegría. Vi a Belabé, vigoroso y fornido como siempre, si acaso más metido en carnes, con Dora, que era casi tan alta como él y continuaba esbelta y elástica como una mujer salvaje, y a toda su prole. También vi la figura enteca de mis hermanos, y los dos abrazaban lindas mujeres y tenían los niños pequeños en derredor.

—Todavía estoy vivo —dije cuando les abrazaba a todos con lágrimas en los ojos.

—Ahora es cuando de verdad empieza la vida —dijo Belabé.

Mi padre cambió el trigo por queso, contó luego las ganancias de la tahona y las del ganado de Alfurí y me dijo:

—Eres un hombre rico.

Compré una casa junto a la tahona y encomendé a María la tarea de reformarla a su gusto, para instalarnos definitivamente en ella al regreso de Bugía, adonde teníamos que ir a por Carmen, la hija del cónsul Batlle.

—¿No habría suficiente con que fuera Cara de Rosa?

Comprendí que ahora que me tenía a su lado quería disfrutar todo el tiempo de mi compañía, pero Cara de Rosa era mi mejor amigo.

—Él siempre me ha ayudado. Piensa que podrían surgir problemas.

—Tienes razón. Ve con él.

Arrancó de su cuello una crucecita de oro y me la dio.

—Esto te protegerá de todos los contratiempos, y regresarás pronto a mí.

—Tan pronto como pueda.

Viajamos hasta Alfurí con mis hermanos y sus hijos, y después de pasar dos días con ellos regresamos a la población. Por el camino me fijé en los acebuches inclinados por el empuje del viento, como viejos encorvados hacia la tierra.

—Bien se echa de ver que el viento es el señor de estos parajes.

—Bien se echa de ver que los acebuches son tan viejos como yo —dijo mi padre.

—Vos viviréis eternamente.

—Todo lo que nace tiene que morir. A la muerte no hay que temerle ni buscarla, solamente esperarla.

Me quedé mirándole en silencio. Siempre le había visto igual, siempre le había tenido incondicionalmente a mi lado, y me costaba figurarme que un día tuviera que morir. Cuando ese día llegara, y ojalá que no llegara nunca, perdería algo más que un padre, perdería a un amigo fiel, generoso, protector, y me quedaría huérfano y triste, tanto que no quería ni imaginarlo.

—No pienses en eso —dijo mi padre, como si pudiera leerme el pensamiento—. Aunque fácil cosa es pensar y difícil lo pensado dejar.

Cara de Rosa puso orden en su carnicería y mandó adecentarla para la venida de Carmen. Mateo Guerra, el antiguo almogávar que continuaba suministrándole carne de su posesión llamada la Alquería, le dijo:

—Debes preparar a la esclava Dulsi para la venida de la señora.

Cara de Rosa lo tomó al pie de la letra, llamó a Dulsi a su cama, la cubrió de besos y le contó todas las vicisitudes que había vivido conmigo y con Carmen, a quien la mora se hizo describir con tanto detalle que mi amigo llegó a sentirse vacío de palabras para evocarla.

—¿La quieres?

—Lo cierto es que sí.

—¿Y a mí?

—También.

Dulsi se quedó un rato en silencio. Había dicho «también», pero habría podido decir algo mejor, algo así como «a ti también te quiero», o «también tú cabes en mi corazón». Tenía una lágrima en los ojos cuando le pidió que volviera a tomarla, pero por fortuna la oscuridad velaba cualquier detalle insignificante como la lágrima ardiente de una simple esclava mora. El perrito de Dulsi, que se había refugiado debajo de la cama, gordo de tanto

escoger los mejores despojos de la carnicería, silbó en sueños cuando Cara de Rosa volvió a tomarla.

Viajamos después a Bugía, durante los primeros días de julio, con el mar en condiciones perfectamente favorables, lo que por fortuna nos dio alas para que pudiéramos llegar a puerto con presteza. Adela vino con nosotros, pero mi padre se había quedado en la antigua medina de Ciutadella, ayudando a María en la renovación de la que iba a ser nuestra casa después de la consolidación del matrimonio; pero había mandado recado al cónsul de Bugía, con quién monseñor Gerald d'Andria también se había comunicado, de modo que de todos era conocida nuestra inminente llegada. Cuando vi la montaña agreste que cerraba la orilla del mar, el viejo castillo, recordé lo que allí había vivido con Tania, y acto seguido lo felices que habíamos sido con María en la casa del retiro, y dije:

—Es como volver al pasado.

Cara de Rosa afirmaba con la cabeza.

—Se me antoja que aquí hemos sido felices.

—Sí, pero también desdichados.

—¿Por qué será que la memoria tiende a guardar lo bueno y desechar lo malo?

—Porque de otro modo no podríamos vivir.

Teníamos una labor delicada por delante, arrancar a Carmen de los brazos de su padre; no era seguro que el cónsul Batlle cediera fácilmente a los designios del obispo, por mucho que estuviera obligado a acatar su autoridad, los dos lo sabíamos, y los dos estábamos decididos a obviar el tema.

—El hermano Pino de los Copones os echará una mano —dijo el capitán Llana, adivinando nuestra preocupación—. Siempre lo ha hecho.

—Sí.

—Y el beato Ramón Santos también. Incluso Tania y Emul Salefa estarán con vosotros.

Tania se había casado con Da'ûd Qâsim, casi lo había olvidado.

—Y Da'ûd Qâsim, que mostró ser un aliado de confianza.

—Sí.

Era obvio que no queríamos hablar; preferíamos pasar a la acción.

—Aquí estaré —concluyó el capitán Llana—; llevaos a Adela y mandadme aviso si me necesitáis.

—No. Adela se queda aquí —dijo Cara de Rosa con decisión—. Para este negocio nos bastamos solos.

Recorrimos en silencio las viejas calles de Bugía. Vi algunas caras conocidas y leí en sus rostros que ya sabían de nuestra venida y aun de nuestro cometido. Todo se sabía en la alhóndiga, que era como un mundo en pequeño. Se me ocurrió que no había cogido el libro del peregrino, y que posiblemente nos iba a hacer falta.

—Espérame aquí.

—Pero el libro es para el beato Ramón Santos.

—Tú espérame aquí.

Eché a correr y estuve de regreso en menos que canta un gallo. Cuando vio que me acercaba, el capitán Llana ya me tendió el bulto que contenía el libro. Llamamos a la puerta del palacio del cónsul y nos abrió un siervo conocido.

—Por aquí, tened la bondad, honorables señores.

—Nos esperaban —dije en un susurro.

—La cuestión es si con buena disposición o no.

En el salón, vestido con ropajes de seda, demasiado ajustados para su edad y envergadura, el cónsul Batlle nos recibió sentado en una silla muy rara, que decididamente no pegaba con lo austero del mobiliario.

—Es mi silla preferida —dijo, observando la atención con que la miraba—; era de un cacique, una especie de reyezuelo.

Me parecía totalmente fuera de lugar, pero dije:

—Es preciosa.

El cónsul se había levantado y nos saludaba cortésmente. Creo que nunca nos había saludado tan cortésmente.

—Traemos esta misiva del obispo —dijo Cara de Rosa, tendiéndole el pliego con el sello episcopal.

El cónsul Batlle no le dedicó la menor atención. Se limitó a dejar el documento sobre una mesa, mientras decía:

—Ya estoy al corriente.

Se frotó las manos, nervioso.

—Naturalmente, un padre solo quiere la felicidad de su hija.

—Naturalmente.

—Esa es la razón por la cual en el pasado hemos tenido... digamos que



algunas diferencias.

Cara de Rosa no dijo nada. Aguantaba a pie firme.

—Estoy dispuesto a enmendar la plana.

Tendió la mano a Cara de Rosa.

—¿Amigos?

Cara de Rosa estrechó la mano del cónsul sin replicar. Luego, un poco desconcertado, el cónsul Batlle me la tendió a mí, y yo también estreché aquella mano delicada, que nunca había pegado golpe. No pude evitar acordarme de las mazmorras donde me había tenido largamente confinado, pero lo cierto es que le consideraba un pobre hombre y no le guardaba rencor.

Sin mediar más palabras, se dirigió a la puerta del fondo, andando con cierta inseguridad, y regresó con Carmen flotando en una nube de felicidad; ofreció la mano de la hija a Cara de Rosa, instándole a que la cogiera, como si hubieran de empezar a bailar, pero mi amigo la rodeó por el talle y la besó en los labios. El cónsul se retiró unos pasos. Cara de Rosa y Carmen se explicaban infinidad de cosas con la mirada. Luego mi amigo señaló al cónsul y dijo:

—Dile adiós a tu padre.

—Adiós.

Salimos con paso firme y la cabeza muy alta, Cara de Rosa llevando a Carmen y yo con el libro del peregrino bajo el brazo. Inmediatamente nos acercamos a casa del beato Ramón Santos, le di el libro y me dijo:

—Guárdalo hasta que os vayáis.

—Ni siquiera lo he hojeado.

—Lo sé, guárdalo.

—Tampoco he arrancado la página de mi matrimonio.

—Lo sé todo.

Nos dirigimos a la casa del retiro, que había preparado para nosotros. La hermana del beato, Cecilia Santos, fue en persona a invitar a Adela y el capitán Llana a que se hospedaran con nosotros.

## Capítulo 14

Permanecimos unos cuantos días en Bugía, los imprescindibles para que Carmen organizara su partida de la casa de su padre, y para que yo tuviera tiempo de cumplimentar a mis amigos, Tania y su marido, Da'ûd Qâsim, y Emul Salefa. Encontré a Tania tan hermosa como siempre, pese a que sus ropajes holgados y el enorme cuidado que ponía en prodigar sus sonrisas me anunciaron, antes de que ella lo confirmara, que esperaba un hijo. Da'ûd parecía el hombre más feliz del mundo.

—Nunca hubiera creído que pudiera casarme con una mujer como Tania, y tampoco llegué a imaginarme nunca como padre.

—Sí, es cierto —asentí—; uno nunca sabe lo que le deparará la vida.

—Tú también has conseguido a la mujer que amas.

—La busqué con empeño, pero llegué a pensar que nunca la conseguiría.

—Voy a querer mucho a este niño —dijo Tania—, pondré en él toda mi ilusión.

—¿Y si es una niña?

—Procuraré inculcarle todo lo bueno que sé.

La besé en la frente. Da'ûd me abrazó sin ambages; los dos me querían. La vida empezaba a enseñarme que debía hacer más caso de quienes me querían. Pertenecían a otra civilización, a otro país, otra religión, y sin embargo me querían. Emul Salefa también me abrazó como un hermano, y era el almojarife, todo un príncipe.

—Que Alá sea contigo.

—Os quiero a todos.

Tenía lágrimas en los ojos mientras cabalgaba con Cara de Rosa, Carmen y Adela de regreso a Bugía; el capitán Llana iba en una silla cubierta,

transportada por los esclavos del cortejo. Una vez en la casa del retiro todavía permanecí mucho tiempo sin hablar. Emul Salefa nos había ofrecido una comida opípara, muy bien servida y adornada de lo mejor que había en su jurisdicción, de modo que solo cabía descansar. Carmen ya había cargado en la Magdalena Segunda todo lo que quería conservar, y en la mente de todos estaba la misma pregunta.

—¿Qué hacemos aquí?

Fue Cara de Rosa quien acabó formulándola en voz alta, con aquel deje de discrepancia que a veces ponía en sus palabras.

Miré a Adela, y después, instintivamente, al libro del peregrino.

—Tenemos que devolver este libro.

Empecé a deshacer el envoltorio de paños que lo protegía. A medida que progresaba, eran más claros, o al menos lo parecían, porque el libro debía de emanar un fulgor cegador; quité una última gasa y deposité el volumen sobre el facistol. Pasé la mano sobre las tapas de piel ennegrecida, las letras repujadas, la cruz de pedrería.

—Habrá que llamar al beato Ramón Santos —dije.

—No hará falta.

Me volví y vi al beato en medio de la sala, vestido de gris y con el cabello gris; pensé que tenía sobre la cabeza una aureola de santo, y que había entrado sin llamar, atravesando las paredes.

—Debéis llevaros el libro, y nuestra misión estará cumplida.

—Tomaré el libro para entregarlo a la Asamblea de San Luis, a la que pertenece.

—Decid, mi señor, ¿sois vos el prior de la Asamblea?

—Yo no soy más que un humilde monje; el prior es Denis Couronne.

—Pues tomad el libro y llevádselo a Denis Couronne.

El día había sido magnífico, las flores del jardín de Emul Salefa parecían sonreír, perfumadas, bajo la caricia del sol del mediodía; la tarde había resultado sumamente apacible, pero ahora, de repente, el cielo había oscurecido, se sucedían destellos de relámpagos lejanos y rugir de truenos que se acercaba a marchas forzadas. Se alzó un viento intenso que silbaba en los oídos como si quisiera hacernos enloquecer, mientras todos nos afanábamos en cerrar puertas y ventanas. Todos estábamos agitados, todos menos Ramón Santos.

—¿Qué sucede?

—Lo que tenía que suceder.

Sonó un trueno ensordecedor, como una montaña que se hubiera precipitado sobre la casa, que tembló en los cimientos; luego otro, y otro.

—¿Qué sucede?

Carmen se apretaba contra el pecho de Cara de Rosa, que la protegía en un fuerte abrazo; el capitán Llana se tapaba los oídos, con cara de espanto, pues nunca, en todas sus navegaciones, había sentido tan cerca la amenaza de la tormenta, de la muerte; vi la cabellera de Adela agitada por el viento, que soplaba dentro de la casa como si hubiera hecho volar los tejados; ella no parecía tener miedo, era como si esperara, igual que el beato, el embate de los elementos, dispuesta a hacerles frente; yo me agarré al facistol, como si fuera un árbol que el viento pugnaba por arrancar de cuajo, como si pudiera proteger el libro con mi pobre anatomía. Sonó otro trueno horrisono, y luego tres pisadas tan aplastantes, tres mazazos tan contundentes que derribaban las paredes y amenazaban con hundir el suelo y precipitarnos en el Infierno. «El Infierno» pensé.

—El Infierno —dije.

—Calma.

Entró el capitán Olmos. Sus pies eran demasiado pequeños para organizar todo aquel estropicio, su aliento demasiado insignificante para resultar tan fétido, sus ojos demasiado diminutos para despedir todo aquel fuego. Era claro que venía no tanto como nuestro enemigo como de parte del demonio.

—Cara de Rosa, hijo de la puta veneciana —dijo.

A medida que hablaba sus palabras se hacían más graves; la última sílaba de «veneciana» abrió un lago helado bajo sus pies.

De pronto Cara de Rosa había comprendido que si no plantaba cara a aquel energúmeno nunca se vería libre de él. Dejó a un lado a Carmen, me arrebató la daga de San Pablo, que yo volvía a lucir en el cinto, y se la hundió en la frente antes de que el capitán desviado, el hombre mentecato, el que había vendido su alma al diablo pudiera reaccionar. De su frente manó un chorro de sangre negra y el capitán Olmos cayó de bruces. Se vació de sangre negra sobre las blancas baldosas de la sala y quedó reducido a un pellejo que aún babeaba insultos.

—Hijo de la puta veneciana.

Registró los últimos estertores de la muerte y luego se quedó tieso, mientras el viento amainaba y cesaban los truenos y relámpagos. Cara de Rosa le alzó

un brazo y lo dejó caer, completamente inerte.

—Creo que has vencido a tu enemigo.

Extraje la daga de su frente y la limpié con las vestiduras del muerto.

La sangre derramada había empezado a humear, y el hedor que desprendía era ciertamente insoportable. Nos hicimos todos a un lado, amedrentados, porque el humo se convirtió en una figura gigantesca que llegaba muy alto en el cielo de la noche, ahora tachonado de estrellas, puesto que los techos de la casa, efectivamente, habían volado. Ramón Santos cogió la daga de San Pablo de mi mano y la esgrimió contra la figura espantosa que nos estaba mirando, una bestia con cara horripilante.

—Vete, aquí ya no tienes nada que hacer.

La figura se echó a reír, y su risa ocasionó un terremoto; todas las casas de la alhóndiga empezaron a temblar y resquebrajarse; si aquello duraba un rato más, toda la ciudad iba a ser presa de la desolación y se perderían muchas vidas.

—¡Vete!

Del hocico de la bestia salieron dos chorros de fuego que pusieron la daga al rojo vivo, quemando la mano del beato Ramón Santos. Me toqué instintivamente la tetilla izquierda, que Antón, el carcelero, me había cercenado y cauterizado con un hierro candente, porque olía lo mismo a chamusquina. Vi que Cara de Rosa hacía un gesto idéntico al mío. La daga se fundió en el suelo en un amasijo de metales hechos papilla.

—Desdichado —la voz resonaba en nuestras cabezas como si nos la gritaran a un tiempo en todos nuestros oídos—. ¿Crees que alguien puede algo contra mí?

—Aléjate de nosotros, de nuestros seres queridos, de nuestras tierras, aquí has fracasado.

La vocecita del beato Ramón Santos tintineaba en medio de la noche como si surgiera de un niño. El diablo empezó a dejar oír otra vez su risa estentórea, que era un verdadero martirio para los oídos y terminaría por hacernos enloquecer. Pero el beato Ramón Santos no se turbó; se acercó, parsimonioso, al libro del peregrino y lo abrió. Brotó una luz tan intensa que convirtió la noche en día. Y persistió, la luz de aquel día duró todo el resto de la noche, hasta que fue sustituida por un radiante amanecer. Cegada por la luz, la bestia informe, gigantesca, empezó a temblar y desvanecerse. Se alejó, oímos los pasos que se alejaban chapoteando en el mar, levantando vientos al

otro lado del mundo, precipitándose con aullidos lejanísimos en el averno.

—No volverá a molestarnos —dijo Ramón Santos—. Nunca volverá.

—¿Qué es este libro?

—Este libro es Dios, porque contiene el verdadero rostro de Dios.

Tardó muchos meses en explicarnos sus palabras. Los meses que los albañiles necesitaron para reconstruir la casa del retiro y todas las demás viviendas afectadas de la alhóndiga, a fin de que no quedara ninguna huella del paso del diablo. Tardamos mucho en comprenderlo, señor notario García Santana, pero en esencia, eso es lo que dijo:

—Una mujer llamada Berenice recibió un retrato de manos de Jesús, una copia del rostro de Jesús de preciosos colores, y levantó un monumento en Cesarea de Filipo, en memoria de su curación por el divino rostro del Salvador. Otras muchas mujeres pretendieron luego tener iconos con el rostro de Jesús, pero solo el de la Berenice era el rostro verdadero de nuestro Señor Jesucristo, este es el *Veracon*, el que llaman *Yerónica*.

Finalmente, Ramón Santos desgajó el cuerpo del libro, abrió las guardas con un cuchillo y extrajo el retrato de un hombre joven, de rasgos nobles y cabellos largos, con una inmensa expresión de bondad.

—Este es su rostro verdadero.

Caímos todos de rodillas y nos echamos a llorar, Cara de Rosa también, y yo mismo, pese a todas mis dudas y escepticismos. Aquel rostro tenía tal poder de seducción que había alejado definitivamente al diablo de nuestras vidas, y nos había abierto la puerta de la felicidad; gracias a aquel rostro éramos hombres y mujeres hechos y derechos, seres humanos corrientes y molientes, y no me cabía la menor duda de que bajo su influjo se había dulcificado la inquina del cónsul Batlle hacia nosotros, se había doblegado el ánimo inflexible de Nicolás Mercader, había disipado sus dudas el obispo Gerald d'Andria y se nos habían allanado todos los caminos.

—Lo llevaré a París, para que sea venerado como se debe.

Tenía el cabello largo como Adela, y esa luz que desprendía a menudo la piel del muchacho, o muchacha, que no aun sabíamos qué era; nunca lo supimos, pues entonces, cuando lo busqué con la mirada, había desaparecido tan misteriosamente como había venido, y nunca volvimos a encontrarlo.

En los cinco meses que transcurrieron mientras la alhóndiga de Bugía era reconstruida nadie había molestado a Cara de Rosa por apuñalar al capitán Olmos nada menos que en la frente; se consideraba que Olmos, cargado de inquina desde que Cara de Rosa le rechazara cuando era apenas un muchacho, se había aliado con el diablo para atacarle reiteradamente, y que al final mi amigo había reunido la suficiente hombría para defenderse y descargarle la estocada decisiva. El cónsul Batlle estaba ya de nuestra parte, pues no quería perder definitivamente a su hija; Emul Salefa, el almojarife, nos distinguía con su amor, y Cara de Rosa había contribuido a llevar la paz a la alhóndiga librándola del azote del diablo; cuando llegó el mes de diciembre todo fueron parabienes y pese a lo crudo del invierno nos marchamos, como quien dice, en olor de multitudes. En el muelle quedaron las siluetas de nuestros amigos, el cónsul Batlle entre ellos, diciendo adiós con el brazo y en algún caso, como Tania o Da'ûd, con el corazón. Cayó una noche helada sobre el mar y yo me acordé de María, que me esperaba en Menorca, y tuve que admitir:

—Soy tan feliz que casi no me lo puedo creer.

Carmen y Cara de Rosa eran un espejo de mi felicidad. Les miré y me sonrieron, como si me hubieran oído, o como si pudieran captar la índole de mis pensamientos. Luego desvié la vista al mar, ya casi impenetrable entre las sombras, y me pareció que a lo lejos, pero muy lejos, tan lejos como las estrellas, una lucecita, no, dos lucecitas señalaban los ojos sonrientes de Adela que nos bendecían desde el más allá.

Nos detuvimos algún tiempo en la antigua medina de Ciutadella, donde María y yo terminamos de disponer nuestro hogar en la casa contigua a la tahona del Gallo, y Carmen y Cara de Rosa el suyo en la carnicería de la calle Mayor, donde la mora Dulsi miraba con tristeza aquella felicidad imposible para ella. Carmen, que vio la soledad en los ojos de la mora, se hizo rápidamente su confidente, y la trataba más como amiga que como esclava, y hasta le prometió la libertad por lo bien que había llevado todos los asuntos de la casa.

—No quiero la libertad.

—¿Pues qué es lo que quieres?

—Solo quiero permanecer a vuestro lado.

Carmen sonrió; entendía mejor la mirada de la mora que cualquiera de sus palabras.

—Se hará como deseas.

Meses después, cuando llegó el verano, viajamos a Lérida para consolidar nuestros matrimonios con ceremonia y celebración familiares; quiero decir que viajamos los cuatro, Cara de Rosa y Carmen, María y yo, acompañados por mi padre y mis hermanos, con sus hijos, más Dora y Belabé, con los suyos, en la Magdalena Segunda, el bendito barco del capitán Llana, que naturalmente también nos acompañaría en tan extraordinario acontecimiento. Pero antes de poner proa a Barcelona nos dirigimos nada menos que a Tánger, en el extremo occidental del mundo, para que Marta, la hija de María, pudiera asistir al casamiento de su madre, acompañada por el fastuoso gobernador, o si se quiere reyezuelo, Ben Boufrah.

La corte de Ben Boufrah se me antojó más fastuosa que nunca, y me di cuenta de que el jeque vivía envuelto en una nube de amor y que intentaba por todos los medios a su alcance evadirse de la realidad. Entramos en el salón desde donde regía su pequeño mundo y las serpientes eran de oro, así como los adornos geométricos del techo, y el suelo representaba un lago que no sé si era de agua caliente o de leche, para preservar la eterna juventud. Ben Boufrah aparecía más orondo, totalmente vestido de blanco, apretando la mano de la criatura más excelsa que había visto en mi vida, pues era el vivo retrato de María, pero tenía ya a sus cinco años el resplandor de la felicidad en pleno rostro. Madre e hija se abrazaron, y Ben Boufrah pareció despertar de un profundo letargo. Hablaron largo y tendido, y Ben Boufrah y yo nos mirábamos en silencio, sin dejar de sonreírnos. Al fin María dijo:

—Hemos venido a invitaros a la ceremonia de nuestra unión definitiva en Lérida.

—¿Lérida? —dijo Ben Boufrah—; eso sin duda está en el fin del mundo.

—En el reino de Aragón, tierra adentro.

—En el reino «cristiano» de Aragón —puntualizó Ben Boufrah.

Y entonces Marta dio muestras extraordinarias de prudencia, a pesar de su corta edad, o tal vez era que estaba muy aleccionada, y también del amor que le habían inculcado por su esposo.

—No podemos ir a Lérida —dijo—. Tened en cuenta, madre, que allí está mi padre, Nicolás Mercader, y no quiero ofenderle.

María parpadeó.

—Lo comprendo —dijo.

En realidad comprendía mucho más de lo que decía.



Pero Marta, con el consentimiento de Ben Boufrah, no nos dejó partir sin darnos su regalo de boda, un regalo sorprendente. Se trataba de una réplica del libro del peregrino, con una reliquia famosa en su interior, en una cajita de plata y cristal: una astilla del *lignum crucis*, la madera con la que estaba hecha la cruz del Salvador. Aquello tenía un valor extraordinario. Pensaba entregarlo al obispo Gerald d'Andria, para que levantara una capilla que sin duda atraería a los fieles de toda la cristiandad, con el fin de venerarla.

—Es un regalo maravilloso —dije—. Ahora veo que contamos no ya con el amor de nuestra hija, sino también el de su marido.

Ben Boufrah era todo sonrisas. La astilla podía ser muy bien falsa, pero él estaba satisfecho lo mismo, y afirmaba:

—Lo hemos hecho traer de los confines de Oriente.

Monseñor Gerald d'Andria aceptó la reliquia como un tesoro, como una verdadera bendición de Dios.

—Haré esculpir una imagen del crucificado, en madera policromada y con un compartimiento disimulado en la espalda donde situar la cajita con la reliquia. La pondremos en una capilla dedicada al culto del *lignum crucis*, y vendrán a venerarla peregrinos de todo el mundo cristiano. También haré grabar los nombres de quienes han sucumbido por causa del libro del peregrino, el rector Arcillares y Ana, la hija de Tobar, que podrá ser representada como una virgen.

Naturalmente me acordé del peregrino, Miguel Senté, que había dedicado su vida a encontrar el retrato que Jesucristo dio a Berenice, la mujer que seguía su doctrina y a la que había curado; pero no era conveniente inscribir el nombre de Senté en la capilla del *lignum crucis*, puesto que para obtener el retrato y más tarde el libro al que dio su nombre había robado y quién sabe si hasta matado. Esa era la razón por la que el canónigo Eusebio Clavería no podía recibir la reliquia de la cruz para ponerla en su iglesia en construcción, porque también había pecado para apoderarse del libro del peregrino.

—El diablo sí aparecerá aplastado bajo la cruz —dijo monseñor Gerald d'Andria, adivinando mis pensamientos—, porque al final, como siempre, ha sido derrotado por el infinito poder de Dios.

—¿Y Adela? —sugerí tímidamente.

El obispo guardó silencio durante un buen rato, mientras el nombre de Adela resonaba en sus oídos.

—Adela era un ángel —dijo al fin—, y habrá muchos ángeles en la capilla.

Nos casamos, es decir, consolidamos nuestra unión, una mañana de finales de septiembre, cuando ya había llegado el otoño. Tania y Da'ûd vinieron desde Bugía, y a última hora también se presentó Emul Salefa, acompañado por el siempre risueño hermano Guillermo Pino de los Copones; otro que no faltó fue el cónsul Batlle, y estuvo muy serio durante toda la ceremonia, mirando al frente, al vacío, diría, con el rostro compungido, como si le doliera haber sido vencido por el amor de su hija hacia Cara de Rosa; pero luego se mostró muy amable y dicharachero, y se dedicó a hacerle la corte a mi madre, que se había vestido toda de seda, casi con colores chillones, como si fuera una mujer de vida alegre. Mi padre, desde luego, prodigaba refranes, como el que dice que «a las romerías y a las bodas van las locas todas», monseñor Gerald d'Andria le contestaba con otros refranes, como el que afirma que «boda y mortaja, del cielo baja», y Mofari cabeceaba, confundido. Mis hermanos y los hermanos de María, acompañados de sus hijos, eran muchísimos, y había en los alrededores de la casa multitud de curiosos que contaban versiones tergiversadas de nuestra historia de amor, la mía y la de Cara de Rosa.

—Lo menos se ha calzado a cien doncellas —oí que decía una vecina.

Me esforcé en hacer oídos sordos. Me concentré en mirar el rostro resplandeciente de María, que desde luego parecía una reina, camino de la iglesia, y si acaso desvié la mirada alguna vez fue para sonreír a Cara de Rosa que caminaba junto a Carmen, no menos radiante que María, con mucha compostura. En la iglesia, el obispo ofició la ceremonia en latín, y luego se dirigió a nosotros para que reiteráramos nuestro compromiso.

—María, yo te recibo como mujer mía verdadera —dije—, y consiento en ti según lo ordenado por la Santa Iglesia de Roma.

—Yo consiento en vos, Gladis París, como marido y señor mío —respondió María.

Nos pusimos mutuamente los anillos, y acto seguido el obispo se dirigió a Cara de Rosa, quien dijo:

—Carmen, yo te recibo como mujer mía verdadera, según lo ordenado por

la Iglesia.

—Yo consiento en vos, Alejo Rufino, también llamado Cara de Rosa, como marido y señor mío.

Se pusieron los anillos y al fin el obispo nos dio su bendición y pronunció la frase que había anhelado oír toda mi vida:

—Que lo que Dios ha unido no lo separe el hombre.

Recibimos los parabienes familiares y nos dirigimos a la casa de mis padres para el banquete nupcial, del que no voy a hablaros, señor notario García Santana, porque creo que ya os he cansado bastante con la relación de esta historia. Sabed que mi padre lloró cuando abrazaba a los padres de María, los tahoneros Bella, y que también el cónsul Batlle acabó por enternecerse. El capitán Llana abrazó a Cara de Rosa y estaba muy emocionado cuando dijo:

—Hazte la cuenta de que soy tu padre.

Miré a lo lejos, hacia el horizonte luminoso ante el que se extendían los campos de Lérida, y logré imaginar el mar, que nos acogería en nuestras transacciones comerciales futuras y nos dejaría recalar, entrañable, en la lejana isla de Menorca, para procrear hijos y ser felices, todo lo felices que podemos ser en este mundo; pero antes de marchar he querido dejar este testimonio de mi vida, que quisiera que vos como notario guardarais celosamente para enseñanza de generaciones venideras.

Si te ha gustado  
*Su rostro verdadero*  
te recomendamos comenzar a leer  
*Perdóname... Me enamoré*  
de *Viktoria Yocarri*



## Recuerdos...

*El presidente está perdiendo el control del país. Su estela de corrupción, sus promesas rotas, sus equivocaciones económicas, su falta de tamaños para tomar decisiones correctas están llevando al país al colapso.*

*La compra de votos que hizo para convertirse en presidente lo hizo cómplice, compadre y socio de los gobernadores del partido que endeudaron sus estados para financiarlo. Ahora el excremento flota, el presidente no tiene la calidad moral para llevarlos a cuentas.*

*El país está transitando un sendero muy conflictivo y peligroso. Maestros, candidatos populistas, devaluaciones, delincuentes de cuello blanco, narcos y gobernadores corruptos están torpedeando nuestra endeble democracia.*

*Tenemos un coctel sumamente tóxico...*

De improvviso el cursor de la computadora se quedó parpadeando. Julieta Romero dejó de escribir. Mientras tomaba un respiro se volvió hacia la ventana, donde el sol apenas brillaba y sus tenues rayos intentaban traspasar la masa tumefacta de gases tóxicos suspendidos en el aire de la capital. Su mente, ajena por completo al bullicio de las discusiones políticas, saboreó los recuerdos, bordando afectos, recreando las mejores nostalgias. Tal vez fue en ese momento que los episodios del pasado comenzaron a crear el pánico de haberlos vivido y Julieta sintió la necesidad de ahuyentarlos con un cigarro, pero no logró otra cosa que caldearlos aún más.

La casona de sus padres, imponente, majestuosa. Un edificio de abolengo en una colonia de alcurnia con calles empedradas. La sala es una enorme estancia rectangular, separada del comedor por un largo pasillo. Los sillones rodean una enorme y sólida mesa de centro cuadrada, donde se exhiben piezas de plata y marfil. La tapicería combina con el piso travertino. Tres enormes ventanas, abiertas hacia el jardín frontal, iluminan la estancia. A pesar de la antigüedad de la casa, la cocina es moderna: granito, hornos eléctricos, refrigeradores y, en el centro, una mesa de madera de roble, donde

se sienta el servicio para consumir sus alimentos. La disposición de las recámaras no puede ser más tradicional. Las cuatro habitaciones convergen en un pasillo cuya largura enfatiza un tapete. El piso de madera cruje en la habitación principal, la de sus padres, Joaquín y Elena. El espacio es amplio y suntuoso, pero acogedor. En la habitación contigua, el cuarto de Julieta, con muebles hechos de caoba maciza. El olor a menta y canela se cuele por todas partes, algunas buganvillas purpúreas se asoman por la ventana que da al jardín.

En ese cuadro, Julieta de niña, hija mimada del doctor Romero, ídolo de Genaro, el hijo del jardinero que la cela y vigila; envidia de su prima Susana, que pasa todos los veranos con ella.

¡Qué lindo despertar el del día que estaba a punto de cumplir ocho años! Susana y ella empezaban su jornada de juegos en el jardín.

Susana era hija de la tía Raquel y tenía un año más que ella. Le gustaban ingenuas diversiones —entretenerse con las cocinitas y con otros pasatiempos de niñas— y a Julieta le divertía todo lo que ella desaprobaba. La tía Raquel era hermana de su madre y, aunque se parecían, Julieta decidió que al nacer debían haberla cambiado, pues su tía le parecía la mujer más fría y distante que hubiera conocido en su vida. Tenía los modales de un internado de señoritas; si se suscitaba alguna cuestión de moral, ella la defendía; especializada en la desaprobación de lo que fuera.

Susana y Julieta oyeron algo cerca de la valla de setos. Curiosas, fueron hasta allí para ver de qué se trataba. Vieron a un sujeto que las miraba. Sentado en el suelo no era mucho más alto que los setos. Lo miraron fijamente hasta que habló:

—Hola

—Hola, tú —contestó Susana.

—Tu padre es el señor Luis, ¿verdad? —preguntó Julieta.

Susana hizo una mueca despectiva.

—¿El jardinero?

El niño asintió con la cabeza. Era un chico muy curioso. Llevaba unos vaqueros azules, tenía el pelo negro como la noche y pegado a la cabeza, la piel de un color tostado y movía nerviosamente las manos.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Julieta.

—Genaro.

—¡Qué feo nombre! —replicó Susana.

Genaro se sonrojó y Julieta le dijo a Susana que se callase, signo seguro de que, después de estudiarle, lo encontró agradable. Luego, se sonrió y dijo:

—Ven a jugar con nosotras, Genaro. Nos encantará tu compañía.

Al niño se le iluminó el rostro, pero se le ensombreció al instante cuando Susana se limitó a preguntarle si se había vuelto loca.

—Mi prima está mal de la cabeza —añadió Julieta—, pero ya no se peleará contigo.

Susana se mostró irritada, pero desistió.

—A veces eres insoportable, Julieta —dijo—. De todos modos, no puedo hacer nada para remediarlo.

Desde entonces los veranos de Julieta y Genaro transcurrieron en medio de una diversión constante. Genaro tenía una risa repentina y feliz. Era una especie de *Merlín* de bolsillo, cuya cabeza estaba llena de proyectos excéntricos, extrañas ambiciones y fantasías raras. Aventajaba a Julieta en tres años, pero ella se sentía un gigante a su lado, sus ojos se iluminaban y sin él se percibía tan desdichada. Verano tras verano, a despecho de todas las advertencias y explicaciones, ansiaba reunirse con él. Se atraían como la luna atrae el agua.

Fue la residencia Romero un cómplice discreto, con sus escondrijos y recodos inmejorables para despertar a las primeras inquietudes de la pubertad, a un deseo quemante y que apenas se murmura, donde, prófugos de la realidad, Julieta Romero y Genaro Castillo soñaban en voz alta un mismo sueño.

Un brusco movimiento sobre su hombro hizo que Julieta se desperezara e interrumpiera su largo peregrinar a través de su juventud.

—¿Creí que habías dejado de fumar?

Las palabras de Paco sonaron como un eco a sus espaldas. Julieta nada respondió, apagó el cigarro y, como recurso del mal perdedor, le hizo el saludo del dedo impúdico.

Él la observó sin simpatía, estuvo a punto de soltarle un discurso improvisado, pero en un instante de lucidez comprendió que Julieta estaba tan lejos de él como un cometa.

—¿Qué hay de nuevo? —le preguntó.

—Intento escribir mi columna semanal —dijo sin volverse.

Paco se acercó al monitor y comenzó a leer.

—Quiero un presidente —dijo al cabo.

—¿Perdón?

—Me refiero a que deberías titularlo «Quiero un presidente».

Pensó que se estaba burlando de ella. Entonces se giró para que sus ojos se cruzaran con los ojos castaños de él y vio que no se reían; que su expresión era realmente seria.

—Ya sabes —explicó él—, todos queremos saber por qué el presidente puede ser un payaso o un corrupto o un incompetente. Siempre un capataz y nunca un peón.

Un destello fugaz avivó el brillo de los ojos azules de Julieta. Quienes la conocían advertían en aquel brillo un semillero de ideales, puliendo las asperezas de las penurias pasadas. Su compañero, Paco Alcántara, podía interpretar los pequeños signos y sospechaba que nada había olvidado de antiguos pesares. Julieta jamás hablaba de los muertos que enterró. Simplemente no deseaba cargar con el asesinato de sus padres, por eso no los mencionaba, y los anulaba por completo mediante el silencio.

Paco la había acompañado por muchos caminos durante tanto tiempo, siguiendo sus pasos como periodista, marchando a su lado con paso firme en las manifestaciones callejeras. Con el mismo entusiasmo la siguió en la cobertura de las elecciones para gobernador. Ni el buen humor disminuyó cuando durmieron temblando de frío en el auto, porque espiaban a un traficante callejero. Paco aceptaba todas las extravagancias de Julieta —y no eran pocas— sin hacer preguntas, porque terminó sintiéndose atraído por el carácter determinado, los ojos azules, y la voz serena y franca de la periodista.

Desde su encuentro, doce meses antes de aquel verano, ambos supieron cuánto podían esperar del otro. Paco sospechó de inmediato que su oficio de periodista, su obstinación y su ideología eran indicios pertenecientes a esa casta de intelectuales a sueldo de la clase media alta. Averiguó sin tardanza que en sus recuerdos reinaba el caos y la sórdida realidad de alguien que ha sido víctima de la delincuencia organizada. Aunque la historia de Julieta era la de una niña bien que nació en la opulencia, entre pañales de seda y dando por sentado todo, no tenía prejuicios de clase y su ideología coincidía con la suya. Le gustaba verla unida a él en feliz camaradería por los fuertes lazos del trabajo compartido. En muchas ocasiones la contemplaba con callada admiración, mas no por eso sentía que podía llegar a merecerla, pues se reconocía como un hombre sin fortuna y pretensión. Dicho en pocas palabras,



era regordete, con barriga y papada y más bajo de estatura que ella.

—Te veo luego, J. R. —dijo al ver que la atención de ella se había desplazado.

Por toda respuesta, ella asintió con la cabeza.

Julieta Romero escribía con bastante audacia. Desde niña tuvo la fortuna de haber sido educada con rectitud, sentido autocrítico y una amplia cultura. Lectora voraz y amante del arte; bajo su sólida coraza de periodista, tímida y solitaria. El saldo trágico de haber sido víctima de una orfandad forzada.

A los dieciséis, Julieta vivió las ráfagas de odio que se disparan ante la libertad irrestricta de la delincuencia organizada y el narcotráfico, y que tiñen de sangre a lo largo y ancho un país, arrasando con todo lo que encuentran a su paso, abarcando e infiltrando todos los sectores sociales, culturales, religiosos y económicos.

Fue así como Julieta huyó de su destino de una niña que empezaba a hacerse mujer y de los recuerdos de una pubertad afligida por el homicidio de sus padres. Perdida y sin comprender la causa de semejante atrocidad, abrumada por inquietudes que no sabía nombrar y que estuvieron en su corazón mucho antes de que su cuerpo alcanzara proporciones definitivas y su alma encontrara cierta paz, Julieta se embrolló en el periodismo. El silencio de las autoridades y la mudez colectiva terminaron por hacerla madurar, y mitigaron el dolor de ser huérfana. De un día para otro dejó de ser una niña y asumió la responsabilidad para con la democracia de su país. Esquivaba los riesgos con una emoción confusa, mezcla de rabia y de feroz alegría. Sus reclamos de justicia y su valor para enfrentar a la autoridad eran muy notorios, se sentía importante, fuerte, autoritaria.

El primer trabajo que tuvo luego de graduada de la universidad fue en una revista de chismes, dentro del despacho de redacción que dirigía Rogelio Santillana. En aquel entonces el vicio de la información y la fiesta del conocimiento eran dos negocios distintos, pero relacionados. Complicado de explicar. Julieta trabajaba en una colonia del centro, en una casona que servía tanto de casa habitación —en el piso superior— como de oficinas— obvio, en el inferior.

Julieta era cronista de sociales, escribía historias escabrosas y amorosas de personas influyentes y poderosas con las que la clase media sufría y gozaba.

Una tarde cuando llegó su jefe, que venía bajando de comer, le dio una larguísima lista de tareas que debía completar ese mismo día. Ella pensó que

era imposible, pero no solo lo pensó, sino que lo escribió en su escritorio: «Mi jefe está pendejo si cree que voy a acabar todo eso en cuatro horas». Después de manifestar su descontento se puso a trabajar y no paró hasta haber concluido todo lo que le había encargado.

Días más tarde su jefecito estaba platicando recargado en su escritorio. De pronto se entretuvo observando todo lo que estaba redactado. En ese instante Julieta sintió que un chorro helado recorría su cuerpo de la cabeza a los pies; sintió un nudo en la panza y la garganta se le cerró: había olvidado tirar su protesta. Él se enderezó y la miró inquisitivo. Ella comenzó a recoger sus pertenencias imaginando lo peor.

—¿Así que soy un pendejo? —le preguntó.

¿Qué hacer en semejantes condiciones? Imposible negarlo, estaba escrito con su lapicito sobre un *post-it*; había que sostener lo dicho.

—Pues sí —le contestó.

—¿Y terminaste o no?

—Sí, porque soy una chingona y trabajo rápido —respondió.

—Entonces no soy ningún pendejo, sabía que acabarías.

Julieta renunció un mes después.

Eran otros tiempos y ahora lo recordaba con una sonrisa.

Una vez asumido el fracaso de la biografía de corazones, llegó el momento de convertirse en una columnista respetada. Así pues, conoció a Marcos Villegas —editor en jefe del diario independiente La Gaceta—, quien la invitó a un proyecto periodístico del que podía ser parte, pues necesitaba a alguien que no sacrificara una buena historia por el temor de herir a alguien.

Julieta tenía una memoria y una curiosidad increíble, y eso la convirtió en una excelente narradora oral.

Para el mediodía, Julieta ya había terminado. Eran las dos; la hora perfecta para llegar al Congreso y encontrarse con el senador Gerardo Rocha.

Pocas veces se detenía a contemplar los detalles arquitectónicos del Palacio Legislativo, y aunque aquel día su estado anímico no estaba para dar un *tour* de placer, le pidió al taxista que la dejara justo enfrente de la fachada principal del edificio. Caminó sin prisa entre un contingente de personas que se estaban manifestando y entró por las rejas del recinto sin pena ni gloria

mostrando su gafete de prensa. Su vista quedó en dirección a la edificación formada por tres cuerpos: los dos extremos forrados de tezontle rojo, y el central, de mármol blanco, formando entre ambos una amplia plaza de acceso. Caminó sobre la explanada hacia la puerta principal. Hubo un momento en que recordó las constituciones que había tenido el país, uno de los episodios de la historia que más le apasionaban. En él tenía recuerdos de su infancia. Veía a su padre y a Gerardo, reunidos en la biblioteca, platicando sobre las garantías individuales y la libertad de expresión. Mientras miraba los murales que custodian el vestíbulo, Julieta no pudo más que preguntarse, ¿cómo sería su vida si sus padres vivieran?

Sin atar y desatar, queriendo desasirse de esa tremenda melancolía, Julieta vio que algunos diputados conocidos iban y venían con los radios en las manos mientras sus asistentes los perseguían como perritos falderos. Oyó el retumbar de tacones de plataforma sobre el suelo, seguidos de algún vestidito entallado de poliéster barato. De pronto, una mano le tocó el hombro. Era Rubén Aguirre, un excompañero de la escuela que ahora se dedicaba a reportear para el canal oficial.

—Julieta Romero, ¡qué milagrazo!

—¡Rubas!, ¿cómo has estado? ¿Qué haces aquí?

—Llevo un año viniendo. De hueva. Es la peor legislatura que hemos tenido. Si no fuera por los numeritos que dan algunos, esto parecería un funeral. ¿Y tú a que vienes? No te había visto por acá. Sé que has estado escribiendo para Villegas, pero no imaginé que te mandara a retratar diputadetes.

—No, nadie me mandó. Viene por otro asunto y seguramente conoces a la persona que busco.

—¿A quién?

—El senador Rocha.

—Hubo cambios en la orden del día, pero no debe tardar en salir.

Acababa de decir eso cuando Julieta distinguió el paso cansino de Gerardo que salía de la Sala de Sesiones. Se trataba de un hombre mayor, que a pesar de los años aún conservaba cierto encanto. Alto y de complexión media, mirada pizpireta y escrutadora y, al igual que Julieta, de tez blanca.

Desde sus tiempos de soltería, el actual senador había trabado amistad con Joaquín Romero —el padre de Julieta—. Práctico, de carácter férreo y don de gentes, Gerardo Rocha tenía medio siglo de militante en el partido oficial. De

ahí que aquilatara el peso de las relaciones familiares y de las amistades personales en su carrera. Ellas jugaron un papel muy importante en sus primeros triunfos como procurador general, consejero del Tribunal Electoral y actualmente como senador. Dicho de otro modo, Gerardo Rocha gozaba ejerciendo el poder público. Pero ni aún en los momentos de mayor astucia perdía de vista sus virtudes como hombre cauto que sabía adular y apuñalar al adversario, porque tenía claro que la política es una lucha de poder.

—Mira, ahí viene —puntualizó Rubén.

—Gracias. Me dio gusto verte —contestó Julieta.

—Sale, pues. ¿A ver qué día quedamos para comer?

—Te aviso —fue la comedida respuesta de ella.

—No cambias, J. R. —dijo él alejándose.

«¿Qué quiso decir con eso?», se quedó pensando, cuando Gerardo Rocha la interrumpió:

—Lamento el retraso —dijo, después de la ceremonia del beso y del abrazo —. ¿Nos vamos?

—Muero de hambre y el tráfico está infernal...

—Sabes que aquí siempre tengo una mesa reservada.

Julieta se sonrió al recordar las palabras del chofer al bajarse del taxi. *Dicen que es un mundo aparte.*

Cierto. El mismo inmueble alberga peluqueros, médicos, choferes, asistentes, entrenadores de *fitness* y cocineros, sin tener que enfrentarse al monstruo urbano de la capital. Sorpresas que van más allá de las pronunciaciones en las sesiones plenarias y que cimbran a más de algún visitante.

Alrededor del Salón de Sesiones, se encuentran ocho edificios similares a los condominios verticales habitacionales. En ellos, es posible encontrar fuentes de alimentos, servicios médicos, peluquería y oficinas. Inclusive, hay piezas de museo, como la vieja máquina que sirvió para imprimir la primera edición de la Constitución.

Julieta recordó el artículo de un diario nacional, en el que el reportero relataba una sabrosa crónica luego de cerrar calles para abrir paso a quien ganaría un voto a la fracción contraria: cuatro minutos y medio desde el aeropuerto hasta el Palacio Legislativo.

El escrito periodístico citaba que el diputado había viajado al extranjero por un asunto de negocios, de donde llegó a las 10 horas cuando había salido a

las 7:45 de la capital del país. Fue entonces cuando le enteraron que su voto era necesario y buscó un vuelo. Una aerolínea lo trajo a «casa» con una hora de retraso para una votación en la que el partido opositor apuntaba ganar.

La crónica describió que, al llegar al aeropuerto, ya lo esperaban varios choferes, cuatro coches abrieron la circulación, taparon calles, despejaron el tráfico y uno de ellos tapó la entrada del Palacio Legislativo y dejó la reja abierta, para evitar trámites. Y así, el diputado en cuestión plantó su voto antes de que concluyera la sesión, con lo cual ganó al partido opositor el rechazo a una iniciativa de presupuesto que había presentado.

En efecto, estos grupos políticos de signos contrarios afectan sin recato a los demás, viviendo de todos los recursos que aportan los ciudadanos al erario. Pensando que tienen todos los derechos. El ciudadano solo puede pagar impuestos, callar y obedecer. «¿A eso se refería el reportero?», pensó Julieta al llegar al prestigioso restaurante gourmet, donde la clase política y visitantes disfrutaban de cortes preferidos de carne y platillos de especialidad mientras cierran tratos o acuerdos.

Dejando a un lado tantos sentimientos encontrados, Julieta se dispuso a disfrutar la buena comida y la presencia de Gerardo. Él le hablaba de cosas sin trascendencia y de la fiesta que daría al día siguiente Angélica, su esposa.

—¿Te gustó la ensalada, cariño? Te cuidas demasiado.

—Está buenísima. El vino es excelente.

—¿Pedimos otra botella?

—No, tengo que regresar al periódico.

Un silencio incómodo se interpuso entre ellos. Mientras Gerardo Rocha la miraba, vio reflejada la soledad y la melancolía en sus ojos. Él también compartía su dolor, le habría gustado que el desenlace fuese diferente. Joaquín Romero era su amigo y socio, juntos habían hecho planes. Juntos conducirían a este miserable país rumbo al desarrollo. Pero eran otros tiempos, mucho antes de que el narco se enraizara en un amasiato con el Gobierno. Y, a diferencia de su amigo, Gerardo Rocha siempre tuvo bien claro que, en la política, como en la jungla, la debilidad se paga con la vida.

Consciente de que él no apartaba los ojos de ella, Julieta se adelantó a romper el silencio.

—¿Alguna vez te has preguntado cómo sería?

Él la miró fijamente durante unos instantes, cómo si tratara de adivinar lo que había detrás de aquellas palabras, pero antes de que Julieta pudiera añadir

algo, sentenció:

—Sigues obsesionada con eso.

Las palabras de Gerardo sonaban a acusación, pero no era del todo cierto — Julieta lo sabía muy bien—, una parte de ella se estaba deslizando hacia atrás en el tiempo, a través de la oscuridad, hacia la niñez que vivió con su familia, llena de amor, mientras respiraba el aire impregnado en otros tiempos de felicidad, y en los padres que ya solo vivían en sus recuerdos.

—Quizás lo que me tiene en pie es precisamente la incertidumbre. La zozobra. Saber que, por la inoperancia y el silencio de las autoridades, el asesinato de mis padres sigue impune.

—Julieta, solo sé que, si tu padre viviera, querría verte feliz.

Le habían ofrecido muchos consejos de cómo seguir con su vida y asimilar la muerte de sus padres, y ella los había aceptado y escuchado con una sonrisa. Pero aquel día no se sentía de humor para ello.

—¿Cómo sabes eso?

—Lo sé.

No dijo más y, puesto que sabía que la primera reacción de ella ante cualquier consejo era ofrecer una terca resistencia, cambió inmediatamente de tema.

—Si quieres que te sea sincero —dijo con cierta rudeza que a la vez que expresaba preocupación por la joven—, lo que creo es que estás tan absorbida por el trabajo que dejas que te agote. Necesitas distraerte. En todo caso, ven mañana a la fiesta de Angélica.

—No lo sé, Gerry. Tengo cosas que hacer al día siguiente y no puedo estar resacosa.

Gerardo sabía que solo era una excusa, por eso insistió:

—Me gustaría que conocieras a dos que tres personajes.

—¡Ah! ¿Sí? —dijo ella con fingida indiferencia—. ¿Quiénes son?

Tuvo que sonreír al oírla. Eso probaba una vez más lo bien que la conocía. Su curiosidad no conocía límites.

—Ven y averígualo por ti misma. Y, si lo que te preocupa es Gustavo, descuida, está de viaje.

En efecto, Gustavo Adolfo Rocha, el hijo modelo de Angélica, era un asunto que Julieta mantenía en un cajón cerrado bajo llave. Su relación con él, aunque efímera, no era algo de lo que se sintiera orgullosa. Desde un principio supo que, si no lo hubiera conocido desde la niñez, jamás se habría

enrollado con él y de seguro ni siquiera hubieran tenido ocasión de encontrarse, porque Gustavo Adolfo Rocha prefería a las mujeres educadas para novias inocentes y esposas fieles, aunque no siempre las cosas resultaran así. Era un espécimen que tenía mil caras, un cabrón que sostenía que era inadmisibles medir a hombres y mujeres con la misma vara, porque existen diferencias biológicas innegables y una tradición histórica y religiosa que ningún movimiento de liberación femenina conseguiría borrar.

Naturalmente, formaban una pareja ejemplar: él, enfermo de celos y pidiéndole cuenta de todos sus actos; ella, más interesada en su trabajo de periodista que en mitigar la impaciencia de su enamorado, y en ningún caso proclive a querer comprometerse con él.

Fueron amantes durante seis meses y, después, por obvias razones, terminaron dejándose.

—No es eso. Permíteme, voy al baño.

Cuando Julieta se levantó sintió una mirada que provenía de una de las mesas. Volteó discretamente y vio a un diputado que conocía muy bien su relación con Gerardo. Lo esquivó. Apresuró el paso, fingió no verlo y sacó el celular para parecer distraída. Llegó al tocador de damas. Abrió el menú del teléfono y se encontró con una serie de mensajes que Paco le había enviado —no había escuchado los timbres de aviso porque en cuanto llegó al Palacio Legislativo apagó el aparato— y procedió a marcarle.

—¿Ocurre algo?

—Por fin te dignas a contestar —dijo un tanto irritado—. Marcos te está buscando.

—Estoy con el senador Rocha, pero ya salgo para allá.

—Sale, pues. No te tardes.

Julieta oyó como Paco colgaba el teléfono y se paró frente al espejo, pensando en que estaba completamente jodida. «Estoy viva porque aún me duele». No supo por qué pensó en Genaro, ¿acaso por qué aquel día se sentía dada a la melancolía? De algún modo el fantasma omnímodo de aquel enamorado era el culpable de que Julieta se mantuviera soltera; cuando lo recordaba se ponía de un humor tortuoso.

Habían pasado varios minutos desde que entró al baño. No quería salir porque sabía que al hacerlo Gerardo se daría cuenta de su cambio de humor y le haría preguntas, como era su inevitable costumbre. Por eso, antes había lanzado el anzuelo. Quería jugar con su mente y al replicarle estaría cayendo

en la trampa. Era preciso que le hiciera sentir que todo estaba bajo control.

Retocó el maquillaje, refrescó sus labios con un poco de brillo y respiró hondo. «Esto pasa por sacar a colación al pendejo de Gustavo Adolfo», pensó de camino hacia su mesa.

—¿Qué tanto hacías ahí dentro? —preguntó Gerardo.

—Me encontré con varios mensajes de mi jefe.

—¿Problemas?

—Eso parece.

—Ya pagué la cuenta, ¿nos vamos?

—Pues sí.

Gerardo quiso llevarla, pero Julieta se negó.

—Tomaré el metro, es más rápido.

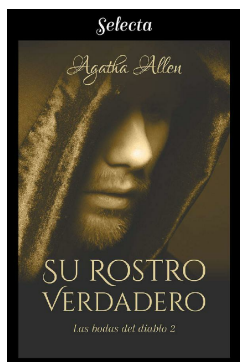
—Entonces, ¿te veo mañana?

La sonrisa con que acompañó esta frase, pareció decidirla.

—Hecho —dijo y se perdió en la explanada que lleva hacia la salida.



## ¿Es posible que el libro del peregrino tenga un poder infinito?



Por algo Gladis y Cara de Rosa, María y Nicolás Mercader siguen su periplo de París a Roma y a Tierra Santa en busca de un libro que se sucede a sí mismo, se reviste de poderes sobrenaturales y parece contener la clave de la felicidad.

¿Cuál es la clave de la felicidad?

¿Puede concretarse en un rostro, una mirada dulcísima, una simple sonrisa?

Los avatares que sufren los personajes de esta novela parecen no tener fin. No se arredran ante el fracaso, saben que cuando Dios cierra una puerta abre otra mejor, y aunque se las ven y se las desean con fieles y con infieles, con varones preclaros y con esbirros despiadados han puesto su meta en alcanzar la gracia del amor, en descubrir su rostro verdadero.

¿Cuál es el verdadero rostro del amor?

**Agatha Allen** se confiesa enamorada de Venecia y de París, pero ha viajado por España, Europa y América. Digamos que es una verdadera trotamundos. Se ha dedicado a la pintura y ha expuesto en París y en Nueva York, pero también en Madrid y Barcelona. De muy joven sintió la llamada de las letras y se convirtió en una lectora pertinaz. Le gustan las novelas imaginativas y las que seducen con el lenguaje. Reconoce asimismo que le encantan las narraciones clásicas de aventuras con una buena dosis de romanticismo.

Edición en formato digital: noviembre de 2018

© 2018, Agatha Allen

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-96-8

Composición digital: leerendigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

Su rostro verdadero

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Si te ha gustado esta novela...

Sobre este libro

Sobre Agatha Allen

Créditos